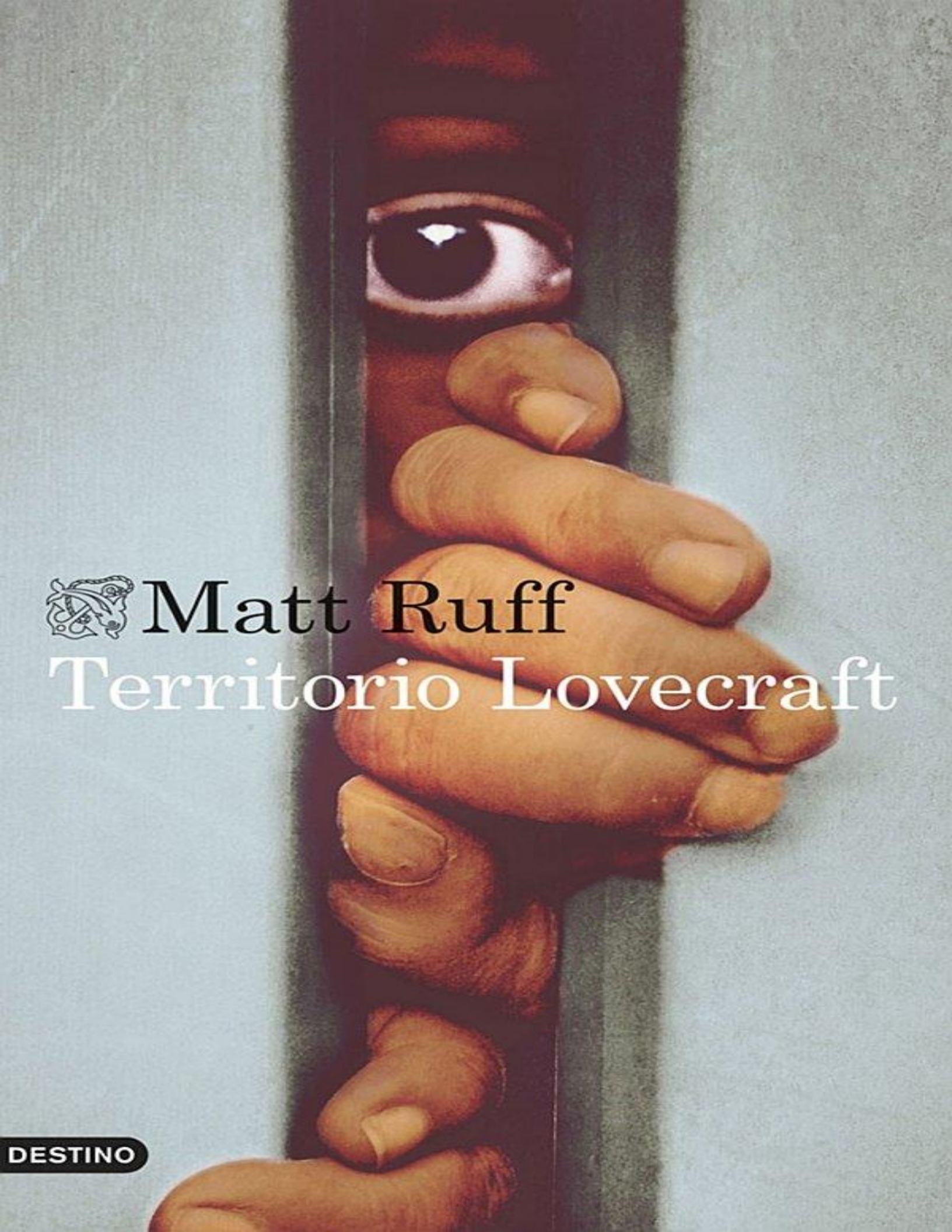

Matt Ruff

Territorio Lovecraft

DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Territorio Lovecraft
Los sueños de la casa qué
El libro de Abdulá
Hippolyta trastorna el universo
Jekyll en Hyde Park
La casa Narrow
Horace y el muñeco diabólico
La marca de Caín
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Chicago, 1954. Siguiendo la pista de su padre desaparecido de forma misteriosa, el joven de 22 años Atticus Turner se embarca en un road trip hasta la mágica y peligrosa Nueva Inglaterra, acompañado por su tío George y por Letitia, una amiga de la infancia. En su viaje a la mansión de Mr. Braithwhite se enfrentan tanto a los terrores mundanos de la América blanca de la época, como a los espíritus malignos salidos de las lecturas de H.P. Lovecraft y novelas pulp que Atticus devora.

En la mansión, Atticus descubre a su padre encerrado, prisionero de una sociedad llamada la Orden del Alba Antigua, dirigida por Samuel Braithwhite y su hijo Caleb, que se han reunido para orquestar un ritual cuyo centro es el propio Atticus. Y la única posibilidad de salvarse a sí mismo y a sus acompañantes pasa por su propia destrucción.

Territorio Lovecraft

Matt Ruff

Traducción de
Javier Calvo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1458

Para Harold y Rita

Territorio Lovecraft

MILLA SEGREGADA: Unidad de medida, propia de los automovilistas de color, que se compone tanto de distancia física como de porciones al azar de miedo, paranoia, frustración e indignación. Su naturaleza amorfa hace que la duración de los trayectos sea imposible de calcular, y su violencia nunca deja de poner en peligro la salud y la cordura del viajero.

Guía de viajes seguros para negros,
edición de verano de 1954

Atticus ya casi estaba en casa cuando el policía estatal le hizo parar el coche.

Había salido de Jacksonville hacía dos días en un Cadillac Coupe del 48 de segunda mano que se había comprado con lo que le quedaba de su paga del ejército. El primer día condujo setecientos veinticuatro kilómetros, comiendo y bebiendo las provisiones de una cesta preparada de antemano, parando sólo para poner gasolina. En una de las gasolineras, el cuarto de baño para gente de color no funcionaba, y cuando el empleado le negó la llave del servicio de los blancos, Atticus se vio obligado a orinar en las matas de detrás de la

estación.

Pasó la noche en Chattanooga. En la *Guía de viajes seguros para negros* constaban cuatro hoteles y un motel, todos en la misma parte de la ciudad. Atticus eligió el motel, que tenía adjunta una cafetería abierta las veinticuatro horas. El precio de la habitación, tal y como prometía la guía, era de tres dólares.

A la mañana siguiente, en la cafetería consultó un mapa de carreteras. Le quedaban novecientos sesenta kilómetros más para llegar a Chicago. En la mitad de su ruta prevista estaba la ciudad de Louisville, en Kentucky, que de acuerdo con la guía tenía un restaurante que le serviría el almuerzo. Atticus se lo planteó, pero toda inclinación a posponer todavía más su regreso a casa se veía vencida por el deseo de dejar atrás el sur, de forma que después de terminarse el desayuno sacó la cesta del coche y le pidió a la cocinera de la cafetería que se la llenara de bocadillos, Coca-Cola y pollo frito frío.

Sobre la una de la tarde llegó al río Ohio, que marcaba la frontera entre Kentucky e Indiana. Mientras lo estaba cruzando por un puente que llevaba el nombre de un esclavista muerto, Atticus sacó el brazo por la ventanilla y se despidió de Jim Crow levantando el dedo del medio. Un conductor blanco que venía en sentido contrario vio el gesto y le gritó algo horrible, pero Atticus se limitó a reírse, pisó el acelerador y cruzó al norte.

Al cabo de una hora, por un tramo de carretera que discurría entre granjas, al Cadillac se le pinchó un neumático. Atticus empujó el coche a un sitio seguro en el arcén y salió a poner la rueda de repuesto, pero resultó que también estaba pinchada. Aquello lo frustró —había comprobado la rueda de repuesto antes de empezar el viaje y le había parecido que estaba bien—, pero, por mucha mala cara que él le pusiera, la rueda de recambio seguiría resueltamente pinchada. Era un neumático sureño, pensó Atticus: la venganza de Jim Crow.

Detrás de él, a lo largo de dieciséis kilómetros por lo menos, no había nada más que campos y bosques, pero si miraba la carretera que le quedaba delante, podía ver, quizá a unos tres kilómetros, un grupo de edificios. Llevando consigo la *Guía del viaje seguro para negros*, echó a andar. Había tráfico en la carretera, y al principio de su caminata intentó parar a los vehículos que iban en su dirección, aunque los conductores o bien fingían no verlo o bien aceleraban para adelantarlo, de manera que terminó por rendirse y se concentró en poner un pie delante del otro.

Llegó al primero de los edificios. El letrero de la fachada decía TALLER MECÁNICO JANSEN, y Atticus pensó que había tenido suerte, hasta que vio la bandera confederada que colgaba sobre la entrada del garaje. Estuvo a punto de pasar de largo, pero decidió que tenía que intentarlo.

Dentro del garaje había dos hombres blancos: uno pequeñajo con bigotito de pelusa que estaba sentado en un taburete alto leyendo una revista, y otro mucho más corpulento, encorvado bajo la capota abierta de una camioneta. Al entrar Atticus, el hombrecillo levantó la vista de su revista y chasqueó la lengua maleducadamente.

—Disculpe —dijo Atticus. Esto llamó la atención del hombre corpulento. Cuando se incorporó y se dio la vuelta, Atticus vio que tenía en el antebrazo un tatuaje de lo que parecía una cabeza de lobo—. Perdone que le moleste, pero he tenido un problema. Necesito comprar una rueda.

El hombretón lo miró un momento con expresión malhumorada y, sin alterarse, por fin contestó:

—No.

—Ya veo que está ocupado —indicó Atticus, como si ése pudiera ser el problema—. No le estoy pidiendo que me la cambie. Usted véndame el neumático y yo ya...

—No.

—No lo entiendo. ¿No quiere mi dinero? Usted no tiene que hacer nada, sólo...

—No. —El hombre se cruzó de brazos—. ¿Necesitas que te lo repita cincuenta veces más? Porque lo haré.

Y entonces Atticus, echando chispas, dijo:

—Eso es un tatuaje de los Wolfhounds, ¿verdad? El 27.º regimiento de Infantería. —Se tocó la chapa del servicio que llevaba en la solapa—. Yo serví con el 24.º de Infantería. Combatimos juntos con el 27.º por casi toda Corea.

—Yo no estuve en Corea —dijo el hombretón—. Estuve en Guadalcanal y en Luzón. Y allí no había negros.

Y, tras esto, se volvió a encorvar bajo la capota de la camioneta dándole la espalda, lo que era al mismo tiempo una invitación a marcharse y a otra cosa. Dejando que Atticus decidiera cómo se lo quería tomar. Las humillaciones múltiples de los meses pasados en Florida hicieron que la decisión fuera más difícil de lo que a Atticus le hubiera gustado. El hombrecillo del taburete todavía lo estaba mirando, y si hubiera dicho algo o hubiera sonreído nada más, Atticus se habría liado a puñetazos. Pero el hombrecillo, notando quizá lo deprisa que podía perder los dientes incluso con la protección del hombretón, no sonrió ni tampoco dijo nada, y Atticus se marchó echando humo, con los puños cerrados a los costados.

Al otro lado de la carretera había una tienda con una cabina telefónica en el porche. Atticus buscó en la guía y encontró una recomendación de un taller mecánico con dueños negros en Indianápolis, a unos ochenta kilómetros. Hizo la llamada y le explicó su situación al mecánico que le había cogido el teléfono. El mecánico se mostró comprensivo y aceptó ir a ayudarlo, pero le avisó de que tardaría.

—No pasa nada —dijo Atticus—. Aquí estaré.

Colgó y vio que había una señora mayor dentro de la tienda mirándolo nerviosa a través de la puerta mosquitera. Una vez más,

decidió dar media vuelta y marcharse.

Volvió al coche. En el maletero, al lado de la rueda de repuesto inútil, había una caja de cartón llena de libros de bolsillo ajados. Atticus eligió un ejemplar de las *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury. Se sentó en el Cadillac y leyó sobre el «verano de los cohetes» de 1999, cuando los humos de escape de una nave espacial con rumbo a Marte derritieron las nieves del invierno. Se imaginó que él iba a bordo de la nave y que se elevaba por el cielo impulsado por un chorro de fuego, dejando atrás para siempre el norte y el sur.

Pasaron cuatro horas. Se terminó las *Crónicas marcianas.* Bebió Coca-Cola caliente y se comió un sándwich, pero, como era consciente de las miradas de los automovilistas que pasaban, no tocó el pollo frito. Estaba sudando en medio del calor sin brisa de junio. Cuando ya no pudo seguir sin hacer caso de su vejiga, esperó a que no hubiera coches y se fue detrás de un sicómoro que crecía junto a la carretera.

Ya eran más de las siete de la tarde cuando llegó la grúa. El conductor, un negro de pelo canoso y piel clara, se presentó como Earl Maybree.

—Earl, sólo Earl —insistió cuando Atticus intentó llamarlo señor Maybree. Sacó la rueda de repuesto de la parte de atrás de la grúa —. Vamos a ponerlo a usted de vuelta en la carretera.

Trabajando los dos juntos, tardaron menos de diez minutos. Después de ver lo simple que había resultado, y al acordarse de la tarde que acababa de perder sin razón alguna, Atticus empezó a echar humo otra vez. Se alejó del coche para recobrar la compostura y fingió observar el sol, que ya estaba a punto de ponerse.

—¿Tiene que ir muy lejos? —le preguntó Earl.

—Hasta Chicago.

Earl enarcó una ceja.

—¿Esta noche?

—Bueno..., ése era el plan.

—Le diré una cosa —empezó Earl—. Ya he terminado mi trabajo por hoy. ¿Por qué no se viene a casa conmigo y deja que mi mujer le haga una cena de verdad? Así descansa un poco.

—No, señor, no podría.

—Claro que puede. Le viene de camino. Y no quiero que se marche de Indiana pensando que aquí sólo hay mala gente.

Earl vivía en el distrito de gente de color que había alrededor de Indiana Avenue, al noroeste del edificio del capitolio estatal. Tenía una casa estrecha de madera de dos plantas con una parcela diminuta de hierba delante. Cuando llegaron, el sol se había puesto y estaban viniendo nubes del norte, precipitando la oscuridad. En la calle se estaba jugando un partido de béisbol con palos, pero ahora las madres de los jugadores los estaban llamando para que entraran en sus casas.

Earl y Atticus entraron también. La esposa de Earl, Mavis, recibió a Atticus con calidez y le enseñó dónde podía lavarse. A pesar de la bienvenida, a Atticus le daba apuro sentarse a la mesa de la cocina, porque muchos de los temas obvios de conversación durante la cena —su servicio en Corea; su estancia en Jacksonville; los acontecimientos de la jornada de ese día, y por encima de todo su padre en Chicago— eran cosas de las que no le apetecía hablar. Pero después de bendecir la mesa, Earl le sorprendió preguntándole qué le había parecido *Crónicas marcianas*.

—He visto que lo tenía en el coche.

De forma que hablaron de Ray Bradbury, y de Robert Heinlein, y de Isaac Asimov, autores todos que le gustaban a Earl; y de L. Ron Hubbard, que no le gustaba; y de la serie de Tom Swift, que a Earl le había encantado de chaval pero que ahora le avergonzaba, tanto por la descripción que hacían los libros de los negros como por el hecho de que de niño no se había fijado en ella, a pesar de los repetidos intentos de su padre por señalársela.

—Sí, mi padre también tenía problemas con mis lecturas —dijo Atticus.

Mavis habló poco durante la cena y pareció satisfecha de escuchar y de rellenarle el plato a Atticus cada vez que corría peligro de quedarse vacío. Para cuando se terminaron el postre ya era noche cerrada, y la lluvia tamborileaba en la ventana de la cocina.

—Bueno —dijo por fin Mavis—. Con este tiempo, esta noche no puede usted seguir conduciendo.

Pasado el punto de la resistencia incluso simbólica, Atticus se dejó llevar al cuarto de invitados del piso de arriba. Allí, en el tocador, había una fotografía de un joven con uniforme. Le habían atado una cinta negra en una esquina del marco. «Nuestro Dennis», lo había llamado Mavis, o eso le había parecido a Atticus. Pero mientras ella le empezaba a poner sábanas limpias en la cama, añadió:

—Murió en el bosque. —Y Atticus se dio cuenta de que estaba hablando de las Ardenas.

Atticus se acostó con un libro que le había ofrecido Earl: más Bradbury, una colección de relatos llamada *Dark Carnival*. Era un gesto amable, pero no era realmente la mejor lectura para llevarse a la cama. Después de leer un relato sobre una reunión familiar de vampiros y otro muy extraño sobre un hombre que se hacía extraer el esqueleto, Atticus cerró el libro, echó un vistazo al sello de Arkham House que tenía en el lomo y lo dejó a un lado. Cogió sus pantalones y sacó la carta de su padre. La releyó y tocó con el dedo una palabra que había escrita cerca del final de la página.

—Arkham —susurró.

La lluvia se detuvo a las tres de la madrugada. Atticus abrió los ojos en medio del silencio y por un momento no supo en qué país estaba. Se vistió a oscuras y bajó la escalera sin hacer ruido, con la idea de dejar una nota, pero Earl estaba despierto, sentado a la mesa de la cocina con un cigarrillo.

—¿Escapándose a escondidas? —le dijo Earl a Atticus.

—Sí, señor. Le agradezco la hospitalidad pero me tengo que ir a casa.

Earl asintió con la cabeza, y con la mano que sostenía el cigarrillo le hizo un pequeño gesto de que se marchara.

—Dele las gracias a la señora Maybree de mi parte. Dígale adiós de mi parte.

Earl le volvió a hacer el gesto de que se fuera. Atticus se metió en el coche y se alejó por las calles oscuras y todavía húmedas, sintiéndose como el fantasma en cuya cama había dormido.

Ya estaba muy al norte cuando asomó el alba. Pasó por delante de un letrero que decía CHICAGO 83. El policía estatal estaba aparcado en el arcén del otro lado de la carretera. Se acababa de echar un sueñecito, y si Atticus hubiera aparecido cinco minutos antes, habría podido pasar de largo sin ser visto, pero ahora el policía se incorporó hasta sentarse, parpadeando y bostezando bajo la luz rosada del alba. Al ver pasar a Atticus se terminó de despertar.

Atticus vio por el retrovisor cómo el coche patrulla hacía un giro de ciento ochenta grados para meterse en la carretera. Sacó de la guantera el registro del coche y el recibo de compra y los puso en el asiento del pasajero junto con su permiso de conducir, todo bien a la vista para que no hubiera confusión posible acerca de qué estaba intentando coger. Las luces centellearon en el retrovisor y empezó a sonar la sirena de la policía. Atticus paró en el arcén, bajó la ventanilla y cogió la parte superior del volante con las dos manos tal y como le habían enseñado a hacer en su primera lección de la autoescuela.

El policía se tomó su tiempo para salir del coche patrulla y se detuvo para desperezarse antes de echar a andar tranquilamente por el costado del Cadillac.

—¿Es tuyo el coche? —empezó.

—Sí, señor —contestó Atticus. Sin quitar las manos del volante,

ladeó la cabeza hacia los documentos que había en el asiento del pasajero.

—Enséñamelos.

Atticus le dio los documentos.

—Atticus Turner —dijo el policía estatal, leyendo el nombre del permiso de conducir—. ¿Sabes por qué te he parado?

—No, señor —mintió Atticus.

—No te has pasado de la velocidad —le aseguró el policía—. Pero cuando te he visto la matrícula, me ha preocupado que te pudieras haber perdido. Florida está en dirección contraria.

Atticus agarró el volante un poco más fuerte.

—Estoy yendo a Chicago, señor.

—¿Para qué?

—Por mi familia. Mi padre me necesita.

—Pero ¿vives en Florida?

—He estado trabajando en Jacksonville. Desde que me licencié del ejército.

El policía bostezó sin molestarse en taparse la boca.

—¿Has estado trabajando, o sigues trabajando?

—¿Perdón?

—¿Vas a volver a Florida?

—No, señor. No lo tengo planeado.

—No lo tienes planeado. O sea, que te vas a quedar en Chicago, ¿no?

—Una temporada.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Mientras mi padre me necesite.

—¿Y luego qué?

—No lo sé. No lo he decidido.

—No lo has decidido. —El policía frunció el ceño—. Pero sólo estás de paso por aquí, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Atticus, resistiendo la tentación de añadir: «Si

me deja usted».

Con el ceño todavía fruncido, el policía volvió a meter con malos modos los documentos por la ventanilla. Atticus los devolvió al asiento del pasajero.

—¿Qué hay ahí? —preguntó a continuación el policía, señalando la cesta del suelo.

—Lo que queda de mi almuerzo, de ayer.

—¿Y atrás qué hay? ¿Algo en el maletero?

—Mi ropa nada más —respondió Atticus—. Mi uniforme del ejército. Y libros.

—¿Qué clase de libros?

—Sobre todo de ciencia ficción.

—¿De *ciencia ficción*? ¿Y este coche es tuyo?

—Agente...

—Sal. —El policía se apartó de la portezuela y puso la mano en la culata del revólver.

Atticus salió del coche, despacio. De pie, le sacaba dos centímetros y medio al policía; su recompensa por aquella impertinencia fue que el policía le hizo darse la vuelta, lo empujó contra el Cadillac y lo cacheó sin miramientos.

—Muy bien —dijo el policía—. Abre el maletero.

Éste primero hurgó entre la ropa de Atticus, palmeando los costados de su petate como si también fuera un hombre negro apoyado contra un coche. Luego pasó a los libros, volcando el contenido de la caja en el maletero. Atticus trató de permanecer indiferente y se dijo a sí mismo que las ediciones de bolsillo eran para ser maltratadas, pero le costó contenerse. Era como si vapulearan a sus amigos.

—¿Esto qué es? —El policía cogió un objeto envuelto para regalo que permanecía en el fondo de la caja.

—Otro libro —respondió Atticus—. Es un presente para mi tío.

El policía arrancó el papel de regalo, revelando un volumen en

tapa dura.

—*Una princesa de Marte*. —Miró de reojo a Atticus—. A tu tío le gustan las princesas, ¿no? —Tiró el libro a la caja, y Atticus se molestó cuando aterrizó abierto y con las páginas todas dobladas.

El policía dio la vuelta al Cadillac. Cuando abrió la portezuela del pasajero, Atticus pensó que iba a por *Crónicas marcianas*, que se encontraba en la parte de delante del coche. Pero el policía se incorporó con la *Guía de viajes seguros para negros*. La hojeó, primero perplejo y después asombrado.

—Estas direcciones, ¿son todo sitios que sirven a gente de color?

Atticus asintió con la cabeza.

—Vaya —soltó el policía—. Esto sí que es la monda... —Miró la guía de refilón y con los ojos entrecerrados—. No es muy grueso, ¿verdad?

Atticus no contestó.

—Muy bien —dijo por fin el policía—. Te voy a dejar ir. Pero me quedo esta guía. No te preocupes —añadió, adelantándose a la objeción que Atticus sabía que no debía presentar—. Ya no te va a hacer falta. ¿Dices que vas a Chicago? Pues entre aquí y allí no hay ningún sitio donde te convenga pararte. ¿Entendido?

Atticus lo entendió.

Las oficinas centrales de la Agencia de Viajes Seguros para Negros (propietario: George Berry) estaban en Washington Park, en el South Side de Chicago. Atticus aparcó delante del templo de los francmasones que había al lado y se sentó a ver a los peatones y los conductores que pasaban, entre los cuales no había ni una sola cara blanca. En Jacksonville también había calles donde apenas se veía a gente blanca, pero esta calle, este vecindario, era el suyo —en otra época había sido el mundo entero de Atticus—, y estar allí lo

relajaba más que nada en el mundo, como sólo la voz de su madre sabía calmarlo. Mientras se tranquilizaba, y la bola que tenía dentro se desenrollaba despacio y gradualmente, se le ocurrió que el policía estatal había tenido razón: aquí no le hacía falta la guía.

La oficina de viajes todavía estaba cerrada a aquella hora, pero Atticus vio una luz encendida en el apartamento de encima. En vez de llamar al timbre, dio la vuelta hasta el callejón y subió por la escalera de incendios para llamar a la puerta de la cocina. Oyó el chirrido de una silla dentro seguido del ruido metálico del pestillo. La puerta se abrió a medias y el tío George se asomó con cautela. Cuando vio quién era, sin embargo, exclamó «¡Hola!» y abrió la puerta del todo, atrayendo a Atticus con un fuerte abrazo.

—Hola, tío —dijo Atticus riendo y devolviendo el abrazo.

—¡Me alegro de verte, hombre! —George dio un paso atrás, cogió a Atticus de los hombres y lo miró de arriba abajo—. ¿Cuándo has vuelto?

—Acabo de aparcar.

—Entra pues.

Atticus entró en la cocina y lo invadió la misma sensación de barraca de feria que lo había agobiado la única vez anterior que había visitado su ciudad después de alistarse. Aunque ya había alcanzado su pleno crecimiento justo antes de entrar en el ejército, en los recuerdos más intensos que tenía de aquel lugar, él era una persona mucho más pequeña, de tal forma que ahora la sala parecía haber encogido. Cuando su tío cerró la puerta y se giró para abrazarlo por segunda vez, Atticus se dio cuenta de que George también había encogido, aunque en el caso de George esto sólo quería decir que ahora eran de la misma estatura.

—¿Está en casa la tía Hippolyta? —preguntó Atticus, con ganas de tomarle también las medidas a ella.

—No —contestó George—. Está en Wyoming. Han abierto un balneario nuevo cerca de Yellowstone, regentado por cuáqueros, ¿te

lo puedes creer? Supuestamente abierto a todo el mundo; ha ido a verlo.

Al principio de su matrimonio, Hippolyta se había ofrecido voluntaria para hacer de exploradora para la *Guía de viajes seguros para negros*, especializada en centros de ocio para las vacaciones. En un primer momento, George y ella habían viajado juntos, pero últimamente iba casi siempre sola y dejaba a George en casa para que se ocupara del hijo de ambos.

—Estará fuera una semana por lo menos. Pero sé que Horace se alegrará de verte en cuanto se despierte.

—¿Horace todavía duerme? —Atticus se quedó sorprendido—. Todavía no se ha terminado el curso escolar, ¿verdad?

—Todavía no —dijo George—. Pero hoy es sábado. —Riéndose de la reacción de Atticus a la noticia, añadió—: Supongo que no hace falta que te pregunte cómo ha ido tu viaje.

—No hace falta, no. —Le ofreció el libro que le había traído del coche como si fuera un polluelo herido.

—¿Qué es...? Ah, el señor Burroughs.

—*Souvenir* del Japón —indicó Atticus—. Lo encontré en una librería delante de la base de Gifu, el tipo tenía una sola estantería de libros en inglés, casi todos de ciencia ficción... Pensé que quizá fuera una primera edición, pero ahora creo que simplemente es viejo.

—Ha viajado lo suyo —dijo George. El libro quedó abierto por las páginas dobladas; Atticus había hecho lo que había podido para aplanarlo, pero el doblez era permanente.

—Sí, estaba en mejor estado cuando lo compré.

—Eh, no pasa nada —aseguró George—. Se leerá perfectamente. —Sonrió—. Venga, vamos a ponerlo en el sitio de honor. —Se dirigió al dormitorio que Hippolyta y él compartían con los mejores libros.

Atticus lo siguió una parte del camino y se paró delante del otro dormitorio del apartamento para echarle un vistazo a su primo.

Horace, de doce años de edad, estaba acostado bocarriba con la boca abierta y una respiración jadeante y pesada. Tenía un número de *Tom Corbett*, *cadete del espacio* junto a la almohada y varios más tirados por el suelo.

Delante de la cama había una mesa de caballete paticorta puesta contra la pared. Sobre la mesa, una cartulina dividida en viñetas que contenían escenas de una aventura intergaláctica: negros con capas deambulando por un paisaje a lo Buck Rogers. Atticus la examinó desde la puerta, con la cabeza ladeada, como si estuviera intentando coger el hilo de la historia.

George volvió por el pasillo.

—Está aprendiendo mucho —dijo Atticus, sin levantar la voz.

—Sí, ha estado procurando convencerme para empezar una línea de cómics. Yo le he dicho que si ahorra el dinero suficiente de su bolsillo, puede que lo ayude a hacer una tirada pequeña... ¿Tienes hambre, pues? ¿Qué te parece si lo saco de la cama, llamamos a tu padre y salimos todos a desayunar juntos? ¿Ya has visto a Montrose?

—Todavía no —respondió Atticus—. Antes quiero hablar contigo de una cosa.

—Muy bien. Ve a ponerte cómodo, yo voy a hacer café.

Mientras George se ponía manos a la obra en la cocina, Atticus salió a la sala de estar, que en su infancia le había servido tanto de biblioteca como de sala de lectura. Las estanterías estaban divididas entre las de él y las de ella; los intereses de la tía Hippolyta se centraban sobre todo en la ciencia y la historia natural, más una pizca de Jane Austen. George mostraba su reconocimiento a la literatura respetable, pero reservaba su pasión más profunda y la mayoría del espacio de sus estantes para los géneros *pulp*, la ciencia ficción, la fantasía, los relatos de misterio y detectives, y los de horror e historias extrañas.

La devoción compartida por Atticus hacia aquellos géneros de

literatura escrita sobre todo por blancos había sido causa de conflicto continuo con su padre. George, por ser el hermano mayor de Montrose, era en gran medida inmune a sus burlas y siempre podía decirle que se guardara sus opiniones. Atticus no tenía aquel privilegio. Si su padre estaba de humor para debatirle sus gustos literarios, él no tenía más remedio que complacerlo.

No solían faltar temas de discusión. Edgar Rice Burroughs, por ejemplo, ofrecía abundante alimento para las críticas con sus historias de Tarzán (¿acaso era necesario enumerar todos los problemas que Montrose tenía con Tarzán, empezando por la misma idea de él?), o su serie de Barsoom, cuyo protagonista, John Carter, había sido capitán del ejército de Virginia del Norte antes de convertirse en señor de la guerra marciano. «¿Un oficial confederado? —había dicho el padre de Atticus horrorizado—. ¿Ése es el héroe?» Cuando Atticus intentó sugerir que no estaba tan mal porque técnicamente John Carter era un exconfederado, su padre se burló: «¿Exconfederado? ¿Qué es eso, algo así como un exnazi? ¡Ese hombre luchó por la esclavitud! ¡Delante de eso no se pone un ex!».

Montrose podría haberle prohibido simplemente que leyera aquellas cosas. Atticus conocía a otros chicos cuyos padres les habían hecho eso, les habían tirado a la basura sus colecciones de tebeos y de *Amazing Stories*. Pero Montrose, con limitadas excepciones, no creía en la prohibición de leer libros. Él siempre insistía en que simplemente quería que Atticus pensara en lo que leía, en vez de limitarse a tragárselo inconscientemente, y Atticus, si estaba siendo sincero, tenía que admitir que era una meta razonable. Pero si era justo admitir las buenas intenciones de su padre, también era justo señalar que su padre era un hombre beligerante a quien le gustaba tener motivos para meterse con él.

El tío George tampoco le ayudaba demasiado.

—En el fondo a tu padre no le falta razón —dijo una vez que Atticus se estaba quejando.

—¡Pero si a ti te encantan esas historias! —replicó Atticus—. ¡Te encantan tanto como a mí!

—Sí que me encantan —admitió George—. Pero las historias son como las personas, Atticus. Que te encanten no significa que sean perfectas. Uno intenta amar sus virtudes y pasar por alto sus defectos. Pero los defectos siguen estando ahí.

—Pero tú no te enfadas. A diferencia de papá.

—No, es verdad, no me enfado. Con las historias no. A veces me decepcionan. —Miró las estanterías—. A veces me dan una puñalada en el corazón.

Plantado ahora delante de aquellas mismas estanterías, Atticus cogió un libro que llevaba el sello de Arkham House. *El intruso y otros cuentos fantásticos*, de H. P. Lovecraft.

Lovecraft no era un autor que Atticus habría imaginado que le gustaría. Escribía relatos de terror, que eran más del gusto de George. Atticus prefería aventuras con finales felices o por lo menos esperanzados. Pero un día había decidido por capricho probar a ver qué tal era Lovecraft, y había elegido al azar un relato largo titulado *En las montañas de la locura*.

La historia trataba de una expedición científica en busca de fósiles a la Antártida. Mientras estaban buscando nuevos terrenos de excavación, los científicos descubrían una cordillera con cimas más altas que el Everest. En una meseta de las montañas había una ciudad construida hacía millones de años por una raza de extraterrestres llamada los Antiguos, o los Primigenios, que habían venido a la Tierra desde el espacio durante el Precámbrico. Aunque los Primigenios habían abandonado la ciudad hacía mucho tiempo, sus antiguos esclavos, unos monstruos protoplásmicos llamados shoggoths, seguían rondando los túneles de debajo de las ruinas.

—¿Shiggoths? —había dicho el padre de Atticus cuando éste cometió el error de hablarle de aquello.

—Shoggoths —lo corrigió Atticus.

—Ajá. Y la raza de los amos, el clan primigenio...

—Los Primigenios. Los Antiguos.

—Tienen la piel clara, seguro. Y los Shiggoths son oscuros.

—Los Primigenios tienen forma de barril. Y tienen alas.

—Pero son blancos, ¿verdad?

—Son grises.

—¿Gris claro?

Después de unas cuantas pullas más de este estilo —y de una disquisición aparte más seria sobre las ideas deliberadamente equivocadas del señor Lovecraft en materia de evolución—, Montrose lo dejó estar, o eso le pareció. Pero unas cuantas noches más tarde se trajo una sorpresa a casa.

Aquella noche la madre de Atticus había salido con una amiga, y Atticus estaba solo en el apartamento, leyendo *La llamada de Cthulhu* y tratando de no hacer caso de un extraño gorgoteo en el fregadero de la cocina. La verdad es que sintió alivio cuando su padre llegó a casa.

Montrose empezó sin preámbulos.

—He pasado por la biblioteca pública después del trabajo —dijo mientras colgaba su abrigo—. He hecho un poco de investigación sobre tu amigo el señor Lovecraft.

—¿Ah, sí? —respondió Atticus sin entusiasmo. Reconoció la perversa mezcla de enfado y júbilo en la voz de su padre y supo que le iban a estropear de forma irrevocable algo de lo que él disfrutaba.

—Resulta que también era poeta. No era ningún Langston Hughes, pero aun así es interesante... Mira.

El documento mecanografiado que su padre le entregó parecía una parodia barata de uno de los textos arcanos de los relatos de Lovecraft: una revista literaria hecha por aficionados, producida con un antiguo mimeógrafo y encuadernada con cartulinas manchadas. No había página titular, pero la cubierta llevaba una etiqueta que indicaba su procedencia: PROVIDENCE, 1912. Atticus nunca averiguó

cómo había terminado en el sistema de bibliotecas públicas de Chicago, pero si existía, no le sorprendió que su padre se las hubiera apañado para encontrarlo. Montrose tenía olfato para aquellas cosas.

Había un tarjetón del catálogo de la biblioteca metido entre las páginas a modo de punto de lectura. Atticus abrió la revista por la página indicada, y allí estaban: ocho versos humorísticos firmados por Howard Phillips Lovecraft.

El poema se titulaba «Sobre la creación de los negros».

A veces me dan una puñalada en el corazón...

—¿Te estás reencontrando con viejos amigos? —preguntó George, apareciendo con el café.

—Sí. —Atticus devolvió el libro a su sitio y cogió la taza que George le ofrecía.

—Gracias. —Se sentaron, y Atticus sintió que le venía encima una ola de fatiga.

—¿Y qué? —interrogó George—. ¿Qué tal Florida?

—Segregada —contestó Atticus, pensando mientras lo decía que no era la palabra adecuada, ya que también se podía aplicar a Chicago.

Pero George asintió con la cabeza.

—Sí. No pensé que te fuera a gustar el sur. Pero tampoco esperaba verte de vuelta tan pronto. Pensé que te quedarías por lo menos hasta el final del verano.

—Yo también lo pensaba —dijo Atticus—. Y estaba pensando en visitar California. Pero entonces recibí esto. —Y le mostró a George la carta de su padre.

George reconoció inmediatamente la caligrafía del sobre. Volvió a asentir con la cabeza.

—Montrose me pidió tu dirección postal.

—¿Y te dijo sobre qué me quería escribir?

George se rio.

—¿Estás de broma? Ni siquiera admitió que te iba a escribir. Sólo

me dijo que quería tener la dirección, «por si acaso». Ha sido así desde que te marchaste: se preocupa por ti y quiere estar al corriente de todo lo que yo sé, pero Dios no quiera que lo admita. Así que lo deja caer como quien no quiere la cosa cuando estamos hablando de otros temas. «Ah, por cierto, ¿tienes alguna noticia del chaval?»

—El chaval. —Atticus hizo una mueca.

—Eh, si dijera tu nombre, podría dar la impresión de que le importa. Y esto que te cuento ya es una mejora. El primer año que estuviste en Corea ni siquiera preguntaba. Venía a cenar a casa y esperaba a que yo le diera la información. Y si no se la daba yo voluntariamente, él no decía nada pero tampoco se iba a casa. Se quedaba aquí hasta las diez, las once, las doce si hacía falta, esperando a que yo sacara el tema. Me volvía loco. —George negó con la cabeza—. ¿Y sobre qué te ha escrito, pues?

—Sobre mi madre —dijo Atticus—. Dice que ha averiguado de dónde viene su familia.

—Sigue obsesionado con eso, ¿eh?

La madre de Atticus, Dora, era la hija única de una mujer soltera. La identidad de su padre era un misterio y un tema tabú. Su madre, repudiada por su familia, tampoco había hablado casi nunca de ellos, como resultado de lo cual Dora sabía muy poco de sus abuelos maternos, más allá del hecho de que habían vivido en Brooklyn pero procedían originalmente de algún sitio de Nueva Inglaterra.

Montrose, que había conseguido rastrear sus propias raíces hasta cinco generaciones atrás, había jurado que averiguaría algo más sobre los antepasados de Dora. Al principio, cuando Dora y él eran novios, había tenido la intención de darle aquella información como una especie de ofrenda de amor, pero para la época en que nació Atticus ya se había convertido en una misión puramente egoísta y en una de la larga lista de cosas por las que Dora y él se peleaban.

Atticus recordaba estar acostado en su cama de la infancia,

oyéndolos discutir:

—¿Cómo es posible que no lo quieras saber? —decía su padre—. Tus antepasados forman parte de quien eres. ¿Cómo puedes dejar que te roben eso?

—Sé adónde lleva el pasado —le contestaba su madre—. Es un sitio triste. ¿Para qué iba a querer saber más? ¿Acaso saberlo te hace feliz a ti?

—No es una cuestión de ser feliz. Se trata de estar completo. Y tienes derecho a estarlo. Es tu obligación.

—Pero es que no lo quiero. Por favor, déjalo estar.

La madre de Atticus había muerto cuando él tenía diecisiete años. El día del funeral, había encontrado a su padre hurgando en una caja de recuerdos de ella. Montrose había cogido una fotografía de los abuelos de Dora —la única imagen de ellos que su madre había tenido— y la había sacado del marco para ver si había algo escrito detrás. Alguna pista.

Su padre se había quedado sobresaltado cuando Atticus le había quitado la foto de las manos.

—¡Déjalo ya! —le había gritado—. ¡Ella te pidió que lo dejaras!

Montrose se quedó un momento intimidado pero recuperó el aplomo enseguida, con una furia que rebasaba la de su hijo. Le pegó a Atticus un golpe lo bastante fuerte para tirarlo al suelo y luego se plantó ante él, furioso.

—No me digas nunca lo que tengo que hacer. Nunca.

—Por supuesto que sigue obsesionado con eso —dijo ahora Atticus, en respuesta a la pregunta de George—. Pero lo que necesito preguntarte... Dices que papá te volvía loco. Lo que me estoy preguntando es si crees que terminó volviéndose justamente loco a sí mismo. —Leyó en voz alta un fragmento de la carta, leyendo con cierta dificultad la caligrafía de su padre—. «Sé que, igual que tu madre, crees que puedes ordenar... olvidar el pasado. Pero no puedes. El pasado está vivo, es algo que vive. Es una

duda... deuda que tienes. Ahora he descubierto algo sobre los... antepasados de tu madre. Tienes un legado sagrado... secreto, un derecho de nacimiento que te fue negado.»

—¿Legado? —repitió George—. ¿Está hablando de una herencia?

—No lo dice exactamente. Pero, sea lo que sea, tiene algo que ver con el sitio del que supuestamente vino la familia de mamá. Dice que necesita que yo vuelva a casa para que podamos viajar allí juntos y reclamar lo que me pertenece.

—Bueno, tampoco parece una locura. Quizá un poco iluso, pero...

—Lo loco no es el legado. Es el sitio. El sitio al que quiere que lo acompañe está en pleno territorio Lovecraft.

George negó con la cabeza, sin entender.

—Arkham —dijo Atticus—. La carta dice que los antepasados de mi madre vienen de Arkham, Massachusetts. —Arkham: la ciudad del reanimador de cadáveres Herbert West y de la Universidad de Miskatonic, que había patrocinado la expedición de búsqueda de fósiles a las montañas de la locura—. Es un sitio inventado, ¿no? O sea...

—Oh, sí —afirmó George—. Lovecraft lo basó en Salem, creo, pero no es un sitio real... Déjame ver esa carta. —Atticus se la dio, y George la examinó, entrecerrando los ojos e inclinando la cabeza de lado a lado—. Es una d —dijo por fin.

—¿Cómo?

—No pone Arkham con k. Pone «Ardham», con d.

Atticus se levantó y se quedó mirando la carta por encima del hombro de George.

—¿Eso es una d?

—Sí.

—No. Una b quizá...

—No, es una d. Pone «Ardham», seguro.

—Caramba. —Atticus soltó un suspiro de frustración—. Con todo lo que habla de la importancia de estar bien educado, lo normal

sería que aprendiera a escribir más claro.

—No es culpa suya —dijo George—. Montrose es disléxico.

Aquello le vino de nuevo a Atticus.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Es por eso por lo que tuvo tantos problemas en la escuela. Bueno, entre otras razones. Tu abuelo Turner tenía el mismo problema.

—¿Por qué no sabía esto yo?

—¿Me estás preguntando por qué no te lo contó Montrose? —George se rio—. A ver si lo adivinas. —Cogió un plano de carreteras de uno de los estantes. Después de consultar el índice de la parte de atrás, lo abrió por el mapa de Massachusetts—. Sí, aquí está.

Ardham, marcado por el punto hueco que representaba los asentamientos con menos de doscientos cincuenta habitantes, estaba en la parte central norte del estado, justo debajo de la frontera de Nuevo Hampshire. Un afluente sin nombre del río Connecticut trazaba una curva en dirección sur a su alrededor; el mapa no mostraba ningún acceso directo por carretera, pero bastante cerca una autopista estatal se intersecaba con el afluente.

—Lo siento —dijo George mientras Atticus, con el ceño fruncido, miraba el mapa—. Tu padre no ha perdido la cabeza. Quizá tendrías que haber llamado antes de hacer todo el viaje hasta aquí.

—No, ya me tocaba volver a casa —admitió Atticus—. Supongo que debería ir a verlo. Y enterarme de qué va todo esto del «derecho de nacimiento».

—Espera un momento...

—¿Qué?

—Condado de Devon —dijo George, dando un golpecito en el mapa con el dedo—. Condado de Devon, Massachusetts, me suena de algo... Hum. No estoy seguro. Quizá sí que este Ardham es territorio Lovecraft.

—¿De qué estás hablando?

—Bajemos a la oficina. Necesito comprobar mis archivos.

George había empezado a publicar la *Guía de viajes seguros para negros* como medio para anunciar los servicios de su agencia de viajes, y, aunque la guía había terminado dando beneficios por sí misma, la agencia —que se había expandido hasta tener tres locales — seguía siendo su principal negocio y fuente de ingresos.

La agencia organizaba viajes y compraba billetes para cualquiera, pero estaba especializada en ayudar a negros de clase media a lidiar con una industria turística que en el mejor de los casos era reticente a aceptarlos como clientes. George tenía archivos actualizados no sólo de qué hoteles era más probable que respetaran sus reservas, sino que, además, a quienes querían viajar al extranjero, la agencia les podía recomendar destinos relativamente libres de prejuicios raciales y, algo igual de importante: destinos que no estuvieran invadidos por turistas norteamericanos blancos, porque no había nada más frustrante que viajar miles de kilómetros sólo para encontrarse a los mismos intolerantes con los que tenías que tratar cada día.

Los archivos estaban almacenados en un cuarto de la parte de atrás. George encendió las luces cuando entraron y cogió algo de encima de un archivador que había junto a la puerta:

—Mira esto —le dijo a Atticus.

Era un atlas de carreteras, la misma edición que el del piso de arriba, pero este ejemplar estaba todo ilustrado con dibujos en colores vivos. Atticus reconoció el estilo de Horace: algunos de los primeros experimentos artísticos del chico habían consistido en viñetas bosquejadas sobre mapas de gasolineras. Horace había mejorado mucho, sin embargo, y mientras pasaba las páginas del atlas, Atticus se dio cuenta de que lo que tenía en las manos era una

traducción a imágenes de la *Guía de viajes seguros para negros*.

Los principales centros de población negra, como el South Side de Chicago, estaban representados por fortalezas resplandecientes. Los vecindarios y enclaves más pequeños estaban marcados con torres u oasis. Los hoteles y moteles aislados eran posadas con mesoneros sonrientes. Las casas turísticas —residencias privadas que ofrecían habitaciones a viajeros negros— eran chozas de campesinos, o casas en árboles, o madrigueras de hobbits.

Las partes más hostiles del país estaban pobladas por ogros y troles, vampiros y hombres lobo, bestias salvajes, fantasmas, hechiceros malvados y caballeros blancos encapuchados. En Oklahoma, un enorme dragón blanco enroscado en torno a Tulsa vomitaba fuego sobre el vecindario donde habían nacido el padre de Atticus y el tío George.

Atticus fue a la sección de Massachusetts. El condado de Devon estaba marcado con un icono que él había visto en bastantes otros puntos del atlas: un reloj de sol. De pie a su lado, proyectando su sombra sobre el gnomo, había un adusto templario con un nudo corredizo en la mano.

—Victor Franklin —dijo George, que había estado rebuscando en los cajones del archivador mientras Atticus miraba el atlas. Agitó una página mecanografiada que acababa de sacar de una carpeta.

—¿Quién? —inquirió Atticus.

—Un antiguo compañero mío de la Howard. Creo que no lo conoces, pero en los últimos dos años me ha estado llevando la oficina de Grand Boulevard. El septiembre pasado fue al este a visitar a su familia, y yo le pedí si se podía desviar un poco por Nueva Inglaterra para inspeccionarme unas cuantas recomendaciones nuevas para la guía.

»Uno de los sitios adonde lo mandé fue a Nuevo Hampshire. Otro amigo de la escuela, Lester Deering, se había mudado allí para abrir un hotel. Se suponía que el sitio ya tenía que estar funcionando por

entonces, pero Lester había tenido problemas con los contratistas de allí y se había visto obligado a retrasarlo todo. El día en que llegó Victor, estaba en el pueblo de al lado, intentando contratar a un electricista nuevo para terminar la instalación. De forma que Victor llegó y no sólo el hotel no estaba abierto, sino que no había nadie, y cuando intentó alquilar una habitación en un motel de la misma carretera...

—No había habitaciones libres.

—Eso mismo. No las había para él. Así que dijo: «Al carajo», y decidió volverse a Massachusetts y pasar la noche en una casa turística.

»Así pues, puso rumbo al sur, y poco después de cruzar la frontera estatal le vinieron ganas de mear. Podría haber ido a una gasolinera y pedirles permiso para usar su lavabo, pero con el día que llevaba ya se imaginaba qué le iban a decir, así que decidió parar en el arcén y meterse entre los árboles.

»Nada más salir del coche se puso nervioso. Se estaba poniendo el sol, llevaba kilómetros sin cruzarse con otro coche y no había visto a otro hombre de color desde Boston. Pero tenía que mear, de manera que se metió en el bosque; sólo se alejó lo justo de la carretera para que no lo viera nadie que pasara con el coche. Y estaba en mitad de hacer sus necesidades cuando oyó algo que se abría paso más adentro del bosque.

—¿Un shoggoth? —dijo Atticus.

George sonrió.

—No creo que Victor sepa qué es eso, pero está claro que sus pensamientos iban en esa dirección. «Fuera lo que fuera, era grande —me contó—, y no me interesaba averiguar cómo de grande.» De forma que se subió la bragueta a toda prisa y salió corriendo a la carretera, que era donde lo estaba esperando el monstruo de verdad.

»El *sheriff* del condado —indicó George—. Victor había estado

tan concentrado en aquella cosa que partía ramas en el bosque que ni siquiera había oído parar al coche patrulla. Y ahora lo tenía allí mismo, aparcado detrás de su Lincoln. Y al *sheriff* apoyado en la capota del Lincoln, con un rifle en la mano. Victor me contó que cuando vio la expresión de la cara del *sheriff*, le entraron bastantes ganas de dar media vuelta y salir corriendo. Lo único que lo detuvo era la certidumbre de que, si lo hacía, el *sheriff* le pegaría un tiro en la espalda.

»De manera que levantó las manos y dijo: "Hola, agente, ¿en qué le puedo ayudar?". El *sheriff* empezó sin preámbulos con las veinte preguntas de rigor: ¿tú quién eres, de dónde vienes, por qué te has parado aquí? Victor le contestó con todo el respeto que pudo, hasta que el *sheriff* lo interrumpió y le dijo: "¿Me estás diciendo que has venido desde Chicago para mear en mi bosque como un animal?". Y Victor estaba intentando pensar una respuesta que no le hiciera terminar con un tiro en la cara cuando el *sheriff* le hizo otra pregunta: "¿Sabes qué es un pueblo de noche blanca?".

»Victor le dijo al *sheriff* que sí, que era un pueblo que estaba vedado de noche a la gente de color. "Pues mira —le dijo el *sheriff* —, estás en Devon, que es un condado de noche blanca. Así que, como te pille aquí después de que oscurezca, mi obligación será colgarte de uno de estos árboles." Y Victor, que me dijo que tenía tanto miedo que estaba tranquilo, ¿conoces esa sensación?, miró el cielo y no pudo ver el sol por encima de los árboles, pero todavía había luz, de forma que dijo: "Todavía no se ha puesto el sol". Y me contó que a punto estuvo de desmayarse al oír cómo le habían salido de la boca aquellas palabras, como si le estuviera vacilando al comisario... Pero el *sheriff* se limitó a soltar una risilla. "No, todavía no —declaró—. Hoy la puesta del sol es a las siete y nueve minutos. Tienes siete minutos." "Bueno —dijo Victor—, pues si me deja usted que me vaya, tardaré seis minutos en salir del condado." "Yendo hacia el sur no —aseguró el *sheriff*—. A menos que te pases de la

velocidad. Y si te pasas, te tendré que parar...” “Entonces me iré para el norte”, dijo Victor. “Eso podría funcionar —repuso el *sheriff*—. ¿Por qué no lo intentas y a ver qué pasa?”

»De forma que Victor caminó hacia el Lincoln, aterrorizado ante la posibilidad de que el *sheriff* estuviera simplemente jugando con él antes de pegarle un tiro; pero entonces abrió la portezuela del coche y se le ocurrió otra cosa. Miró a la carretera, miró al *sheriff* y dijo: “¿Es legal hacer un giro de ciento ochenta grados aquí?”. Y el *sheriff* sonrió y le dijo: “Me alegro de que lo hayas preguntado. Normalmente considero los giros de ciento ochenta grados una violación del código, pero si me lo pides por favor, quizá lo deje pasar por esta vez”. De forma que Victor se lo pidió por favor, y el *sheriff* perdió unos minutos más pensándoselo, pero finalmente le dijo que podía hacerlo. Por fin Victor se metió en el Lincoln y el *sheriff* en el coche patrulla, y los dos dieron la vuelta, y Victor volvió a enfilar la carretera justo por debajo del límite de velocidad y con el *sheriff* pegado al guardabarros de atrás. Llegó a la frontera de Nuevo Hampshire con treinta segundos de margen.

Mientras escuchaba la historia, Atticus sintió varias emociones distintas, pero una de las más intensas fue la vergüenza. Su encuentro con el policía estatal de Indiana lo había dejado completamente alterado, cuando en realidad el policía ni siquiera había desenfundado la pistola.

—O sea, ¿que el *sheriff* lo dejó marchar?

—El *sheriff* se paró en la frontera estatal. Pero la carretera seguía recta durante otros ochocientos metros, y cuando Victor miró por el retrovisor vio que el *sheriff* salía del coche patrulla y lo apuntaba con el rifle. Bajó la cabeza justo a tiempo. El *sheriff* le disparó al parabrisas trasero, y una de las balas lo atravesó y le resquebrajó todo el cristal de encima del volante, justo al nivel de los ojos. Victor se mantuvo en la carretera, sin embargo, y con el pie en el acelerador. Recorrió otro condado entero sin aminorar la marcha,

hasta asegurarse de que el *sheriff* no lo estaba persiguiendo. Luego le entraron unos tembleques tan fuertes que a punto estuvo de meter el Lincoln en una zanja.

—¿Y cómo llegó a casa?

—Por Canadá. La patrulla fronteriza de Quebec le hizo algunas preguntas sobre los agujeros de bala, pero lo dejaron entrar y consiguió que le cambiaran el cristal en Montreal. Y cuando por fin llegó a Chicago, me escribió este informe —George volvió a enseñarle la hoja de papel— diciendo que no podía recomendar el condado de Devon para la *Guía de viajes seguros para negros.*

—Bueno, gracias por el aviso, George —dijo Atticus—. Pero ya sabes que no le puedo contar esa historia a mi padre. Solamente le darían más ganas de ir.

—Sí, lo sé. Y yo tampoco le hablaría del shoggoth.

El padre de Atticus no contestó al timbre de la entrada de su edificio de apartamentos. Atticus llamó por segunda vez, y la casera, la señora Frazier —que con ochenta y dos años era capaz de oír caer una aguja en cualquier punto de su propiedad—, salió a ver quién era. Reaccionó igual que George, abrazando a Atticus y dándole la bienvenida, pero cuando terminó de manosearlo le dijo que su padre no estaba en casa y que llevaba casi una semana fuera.

—Se fue con un hombre blanco, el domingo pasado, antes de que oscureciera.

—¿Con un hombre blanco? —preguntó Atticus—. ¿Quiere decir un policía?

—Uy, no lo creo —respondió la señora Frazier—. No llevaba uniforme y parecía un poco joven para ser detective. Y tenía un coche muy elegante: plateado, con ventanillas oscuras. Yo nunca había visto uno igual.

—¿Y ese hombre dijo cómo se llamaba?

—No, y tu padre tampoco me lo presentó. Pero sí que me avisó de que ibas a venir pronto, y dijo que sabrías dónde encontrarlo.

—Señora Frazier, ¿vio usted a mi padre... raro?

—Bueno, ya conoces a tu padre... No diría que estaba de buen humor, pero es lo más contento que lo he visto en presencia de una persona blanca.

Atticus le cogió prestada a la señora Frazier una copia de la llave y subió él solo al apartamento de la tercera planta. Se quedó en el recibidor, adaptándose una vez más al cambio de escala; el apartamento, que nunca había sido grande, ahora le resultó diminuto y claustrofóbico. La sala de estar albergaba el sofá mágico, que se desplegaba en forma de la cama donde Atticus solía dormir de niño, y el fonógrafo de Frankenstein, que Montrose había construido él mismo, instalando un tocadiscos moderno, un receptor de radio y unos altavoces dentro de un armario antiguo para fonógrafo rescatado de las llamas de Tulsa. Atticus miró con un conocimiento nuevo la colección de discos de su padre, que abarrotaba las estanterías de las paredes. La colección no sólo contenía música, sino también álbumes hablados: discursos, charlas, grabaciones teatrales.

A Atticus le sorprendió ver un televisor. Su padre se había resistido a comprar uno durante mucho tiempo, alegando que estaba ahorrando su dinero para el día en que los negros tuvieran canales propios. Quizá la revista *Popular Mechanics* estuviera ofreciendo kits para construir el propio televisor.

Dio media vuelta y entró por el estrecho pasillo que pasaba por entre la cocina y el cuarto de baño diminutos y llevaba al dormitorio de sus padres, situado en la parte de atrás de la casa. Se habían añadido varios estantes en un par de armarios empotrados sin puertas en el pasillo. Algunos de aquellos estantes todavía tenían escrito con plantilla el nombre de Atticus, pero todas sus antiguas

pertenencias habían desaparecido, tiradas a la basura en cumplimiento de la promesa que le había hecho Montrose cuando Atticus anunció su intención de alistarse en el ejército. Atticus, que para entonces ya había trasladado sus más preciadas pertenencias a casa de George para que se las guardara, se había tomado la amenaza con filosofía. Cuando su padre pasó de las palabras a los puños, Atticus también lo había dejado pasar, prometiéndose a sí mismo que era la última vez que Montrose le ponía la mano encima.

Pero su gran pelea había venido más tarde, en verano de 1951, cuando Atticus regresó a casa de permiso después de su primera ronda de combates. Ya había pasado el tiempo suficiente como para que tanto Atticus como su padre se arrepintieran de al menos una parte de lo que habían dicho y hecho. No hubo reconciliación formal ni tampoco un intercambio de disculpas. Pero cuando Atticus apareció inesperadamente una mañana en la puerta de la casa de su padre, Montrose lo dejó entrar, y aquel solo gesto ya decía mucho.

Su alto el fuego no oficial duró menos de un día. Aquella misma noche, Atticus recibió una llamada de un periodista del *Chicago Defender* que lo quería entrevistar para una serie de perfiles de soldados negros. Atticus se sintió halagado, pero Montrose se puso rojo de furia cuando se enteró.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —le preguntó—. Ya es bastante malo que hayas estado a punto de tirar tu vida a la basura por un país que te odia, ¿y ahora quieres inspirar a otros chavales para que cometan la misma estúpida equivocación?

En esa ocasión, el paso de las palabras a los golpes fue más rápido, y por una vez Atticus se mostró decidido a dar tanto como recibía. Examinando ahora el dormitorio trasero, Atticus todavía pudo ver las grietas en el yeso donde él y su padre, en pleno forcejeo, habían chocado con las paredes. Lo increíble era que había sido Montrose quien había terminado la pelea justo cuando estuvieron a punto de empezar a hacerse daño de verdad el uno al

otro. Atticus se había marchado, jurando no regresar nunca, pero a modo de gesto de renuncia había dejado allí el número de teléfono del periodista y no se había dejado entrevistar sobre su servicio, ni entonces ni después.

—Ah, papá —dijo ahora Atticus, suspirando.

Se pasó una mano por la cabeza y miró la cama, tentado. En vez de acostarse, sin embargo, fue a la cocina en busca de un vaso de agua. Fue entonces cuando vio la nota que había en la puerta de la nevera. No era más que una palabra, garabateada en un trozo de papel. Atticus reconoció ahora la d como lo que era, pero en su mente siguió oyendo el nombre de aquella otra ciudad, la que sólo existía en el territorio Lovecraft.

Llamó por teléfono a George.

—¿Vas a ir a buscarlo? —preguntó George.

—Sí, creo que debería.

—Muy bien, voy contigo.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro. Nos podemos llevar a Woody. —Woody era la ranchera de George, una Packard Serie 22 con acabados de marquetería en madera de abedul y paneles laterales de madera—. Dame unas horas para encontrar a alguien que cuide de Horace y se ocupe de un par de cosas más.

—Muy bien —dijo Atticus—. Pero escucha, George, entretanto, ¿conoces a alguien que pueda saber algo de ese blanco con el que papá se marchó?

—Puedes probar en el taller de los Hermanos. Si es verdad que se marchó el domingo, debió de pedirles vacaciones, o bien ellos me habrían llamado para preguntarme dónde está.

La imprenta de los Hermanos Garvey —que en realidad era propiedad de una pareja judía, los Garfield— era quien hacía todos los trabajos de impresión para la agencia de viajes de George, incluyendo las tiradas de la *Guía de viajes seguros para negros*.

Montrose trabajaba de maquinista para los Hermanos, manejando las imprentas y haciéndoles el mantenimiento y encargándose de vez en cuando de la puesta a punto de los dos camiones de reparto del taller.

Atticus fue en coche hasta el taller y habló con el supervisor de los fines de semana, que le confirmó que Montrose se había cogido sus dos semanas de vacaciones antes de tiempo, alegando que tenía una emergencia familiar. Pero el supervisor no sabía nada del hombre blanco.

Atticus tuvo más suerte en el Denmark Vesey's, el bar que su padre frecuentaba a veces después del trabajo. El camarero de turno, Charlie Boyd, había estado trabajando la noche en que había entrado un blanco, una semana y media atrás; algo muy poco frecuente, ya que el Vesey's era el típico establecimiento en el que los caucasianos sólo entraban para buscar problemas o sobornos.

—Era un tipo de veintipocos años —dijo Charlie—. Pelo castaño, ojos azules, bien vestido. No me pareció que fuera policía pero tenía la misma actitud, como diciendo que claro que podía entrar aquí. Y no tenía miedo de Árbol. —Árbol era el vigilante de la puerta, un tipo de metro noventa y ocho y con una piel tan oscura que a veces hasta los demás negros se lo quedaban mirando cuando lo veían, igual que había hecho el blanco.

—¿Y ese tipo habló con mi padre?

Charlie asintió con la cabeza.

—Fue directo a él. Y ya conoces a tu padre, se puso en plan: «¿Tú quién demonios eres?», pero el tipo le dijo: «Señor Turner... Hablamos por teléfono», y le dio una tarjeta de visita. —Charlie se encogió de hombros—. Quizá fuera abogado. Por eso se podía pagar un coche así.

—¿Viste el coche en el que vino?

—Árbol lo vio. Un sedán de cuatro puertas plateado y con las ventanillas tintadas. Árbol no reconoció la marca, pero supuso que

sería extranjero. Y muy caro.

—¿Y de qué hablaron ese tipo y mi padre?

—Eso no lo sé. Después de que le diera la tarjeta a tu padre, los dos se fueron a un reservado. Estuvieron hablando unos quince minutos y luego el blanco se levantó y se fue. Tu padre se quedó un rato más sentado, se terminó la copa y se marchó también. Y ya no lo he vuelto a ver más por aquí.

—¿Y cuándo fue eso?

—Miércoles por la noche

La carta de Montrose para Atticus tenía el sello postal del día siguiente. Pero en algún momento entre el jueves y el domingo por la noche, su padre había decidido no quedarse esperando una respuesta.

Sin dejar de darle vueltas a aquello, Atticus regresó al apartamento. El agotamiento se le volvió a echar encima y esta vez se rindió a él, dejándose caer en la cama del dormitorio de su padre y durmiendo una siesta hasta media tarde.

Lo despertó el teléfono. Era George, que llamaba para decir que todavía le faltaban unos cuantos recados por hacer pero que estaría listo para salir a las seis. Después de colgar, Atticus miró en la nevera —sin encontrar nada que quisiera o se atreviera a comer entre los restos que llevaban allí una semana— y por fin deambuló, bostezando, hasta la sala de estar. Se acercó ociosamente a la ventana y abrió la cortina.

Aquélla era una manzana donde predominaba la gente de clase media, luchadores ansiosos por participar en el sueño americano del consumismo. Y como a menudo veían sus intentos frustrados, se gastaban donde podían y como podían aquel dinero que tanto esfuerzo les costaba ganar: en muebles y electrodomésticos para sus apartamentos diminutos; en ropa cara para llevar a la iglesia y a los cines y clubes nocturnos donde les dejaban entrar, y en coches de lujo que, aunque no podían conducirlos sin peligro por el campo,

por lo menos les servían de declaración de principios aparcados en la acera.

Pero incluso en aquella calle de Cadillacs, el coche que había aparcado en la esquina destacaba, denotando una liga completamente distinta de riqueza y privilegio. Aerodinámico, de chasis bajo y vagamente siniestro, era un modelo de coche que seguro que tenía nombre de depredador. Su piel y sus acabados plateados reflejaban con frialdad el sol de la tarde, sugiriendo más invierno que verano. Las ventanillas parecían no sólo tintadas, sino ahumadas, de un negro en apariencia sólido que no daba pista alguna de quién o qué podía haber dentro.

Atticus no era el único que se estaba fijando en él. Un grupo de chavales que pasaban por la acera se paró en seco junto al coche, con las bocas abiertas. Uno de ellos estiró la mano para acariciarlo; cuando sus dedos rozaron el metal de la carrocería, soltó un chillido y apartó de golpe la mano. Los demás chavales se rieron. Después de desafiarse provocativamente entre ellos, otro chico se acercó para poner la palma sobre la capota del coche... y retrocedió de un salto, chillando. Los chavales echaron a correr, riendo de pánico.

Para entonces, Atticus ya estaba en movimiento también. Se puso rápidamente una camisa, pantalones y zapatos, y bajó la escalera corriendo. No podían haber pasado más de dos minutos, pero para cuando llegó a la acera, el coche plateado se había esfumado. Miró a un lado y otro de la calle, en vano, y se quedó contemplando el espacio vacío donde había estado el coche, preguntándose si lo habría soñado.

Cuando llegó a casa de George, Atticus se encontró a una mujer bajita y esbelta montando guardia junto a la Packard.

—¿Letitia? —preguntó—. ¿Letitia Dandridge?

—Atticus Turner —respondió Letitia, fingiendo decepción ante el hecho de que él no estuviera seguro, porque ella lo había visto venir desde una manzana de distancia y lo había reconocido al instante. Pero luego se rio y abrió los brazos.

De niños, los Dandridge habían vivido al oeste de la calle State, en una parte más pobre del vecindario. La hermana mayor de Letitia, Ruby, solía hacer de niñera de Atticus, y su hermano, Marvin, había trabajado a media jornada en la agencia de viajes. Letitia, que era un año más joven que Atticus, había sido durante una temporada la única chica miembro del Club de Ciencia Ficción de los Futuristas del South Side, que se reunía después de la escuela en la sala de estar de George. Al final, la señora Dandridge no la había dejado seguir, insistiendo en que Letitia dejara de perder el tiempo con tonterías y empezara a ganarse el sustento igual que sus hermanos, después de lo cual Atticus ya apenas la vio.

—Titia Dandridge —dijo con asombro—. ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

—Oh, ya sabes, lo mismo que tú. Rondar por el mundo, tener aventuras.

—¿Ah, sí? —Él sonrió—. Menos combates, espero.

Ella encogió un hombro.

—Podría contar historias.

—¿Y ahora has vuelto?

Letitia dijo que sí con la cabeza.

—¿Te enteraste de que mi madre se murió el año pasado?

—Creo que el tío George me lo mencionó en una carta. Lo siento.

—Sí, me perdí el funeral —dijo ella, con un tono que Atticus podría haber usado para contar que había perdido el autobús—. Creo que mi madre se quedó bastante enfadada conmigo por eso. Ahí empecé a tener una racha de bastante mala suerte.

Atticus mantuvo una expresión neutral. La señora Dandridge había trabajado en un salón de belleza, pero su verdadero trabajo

era predecir el futuro y poner a la gente en contacto con sus parientes muertos; unos talentos que le habían sido concedidos por medio de algún acuerdo vagamente pentecostal con Cristo. Atticus no estaba seguro de qué pensaba del tema, pero sabía que Letitia se lo tomaba en serio.

—¿Así que has vuelto para... hacer las paces con ella?

—Más bien me quedé sin alternativas —respondió Letitia—. Estoy viviendo en casa de Ruby hasta que se me ocurra un plan nuevo. Ella piensa que tendría que coger un trabajo de doncella en el North Side, pero eso no va a pasar nunca, de forma que...

—¿Y qué haces aquí ahora? ¿George te ha pedido que cuides de Horace?

—No, Ruby va a cuidar de Horace. Yo voy con vosotros.

—¿Ah, sí?

—Parte del camino —dijo George. Salió del edificio cargando con una bolsa de la compra y un puñado de cantimploras, y dio la vuelta a la Packard hacia el maletero abierto—. Vamos a llevar a Letitia con su hermano, que vive en Springfield, Massachusetts. Eso nos dejará a ochenta kilómetros de Ardham. Allí descansaremos un poco y luego iremos a por Montrose.

—¿Sabemos cómo llegar a Ardham?

—Ésa es la otra razón de que paremos en casa de Marvin. Ahora trabaja para el *Springfield Afro-American*, de forma que le he pedido que nos haga un poco de investigación. Nos va a conseguir un mapa del condado de Devon y va a ver qué más puede averiguar.

Después de guardar la comida y el agua, George consultó una lista y se puso a tachar puntos: colchón, almohadas y mantas; rueda de repuesto y gato; bombona de gas extra; bengalas de carretera; botiquín; linternas, material de lectura...

—Parece que estamos listos —concluyó—. Yo conduciré el primer tramo. ¿Quién más quiere sentarse delante?

Atticus y Letitia se miraron, sonrientes, convertidos

momentáneamente en niños otra vez.

—Letitia puede ir de copiloto —dijo Atticus—. Yo me tumbaré atrás hasta que estés listo para darme el volante.

—A ver —dijo Letitia—. El asiento de delante es grande. Cabemos los tres, si quieres. —Haciendo teatro otra vez, entrelazó el brazo con el suyo y enarcó una ceja—. A mí no me importa.

La guerrilla norcoreana luchaba de noche. Por la mañana enterraba las armas y se escondía a plena luz del día entre la población civil. Más de una vez, cuando conducía por entre los arrozales, Atticus había examinado a los granjeros con sus ropas de algodón y había intentado averiguar cuáles de ellos cambiarían la azada por un rifle con bayoneta cuando se hiciera oscuro. Pero si había algún truco para distinguir a los comunistas infiltrados, Atticus no lo había averiguado nunca.

En su experiencia, la gente blanca era mucho más transparente. Los más hostiles casi nunca se molestaban en esconder su odio, y cuando por alguna razón intentaban ocultar lo que sentían, por lo general mostraban la misma astucia que si fueran niños de cinco años, incapaces de imaginar que el mundo los pudiera ver de una forma diferente de la que ellos querían ser vistos.

En otras palabras: vio de inmediato quién les iba a dar problemas en Simmonsville.

Hasta aquel punto había sido un viaje bastante agradable. Habían cruzado Indiana, Ohio y el noroeste de Pensilvania sin incidentes. George conocía la ubicación de todas las gasolineras de Esso que había en su ruta, de forma que no tuvieron problemas para encontrar cuartos de baño cuando les hizo falta. En su segunda parada, hacia la medianoche, George le cedió a Atticus el asiento del conductor y se fue al asiento de atrás para echarse un sueñecito.

Letitia apoyó una almohada en la ventanilla del copiloto y durmió encogida y apoyada en ella, dándole de vez en cuando una patada a Atticus para impedirle que se quedara dormido al volante.

Cuando salió el sol ya estaban en Erie, Pensilvania. Desayunaron caliente en el Egg Benedict's, un café recomendado por la guía, recomendación que George ratificó garabateando una nota en un cuaderno de bolsillo. Después, Letitia insistió en que la dejaran conducir un rato. La Packard era demasiado grande para ella; tenía que ir echada hacia delante para alcanzar los pedales, pero se las apañó bien, aunque a George le ponía nervioso que pisara el acelerador con tanta fuerza. Adormilado detrás, Atticus oyó que su tío le pedía que fuera más despacio, más despacio, que a la patrulla de carreteras no le hacía falta que le dieran excusas. Pero Letitia le dijo que no se preocupara, que era domingo y estaba claro que Jesús no iba a permitir que a ella le pasara nada hasta que tuviera la oportunidad de recuperar el servicio al que había faltado en la iglesia. George todavía estaba intentando replicar a aquel argumento cuando Atticus se quedó dormido.

Cuando se despertó estaban en una parada para camiones en Auburn, Nueva York. George fue a rellenar las cantimploras, y Letitia cogió una manzana de la bolsa de la compra y salió a estirar las piernas. Atticus, sin pensarlo, cogió un plátano.

Estaba plantado al lado de la Packard, quitándose las legañas de los ojos, cuando oyó unas risas procedentes de los surtidores de diésel. Un camionero y uno de los empleados de la gasolinera estaban mirándolo entre sonrisas y dándose codazos en las costillas. Atticus miró el plátano a medio comer que tenía en la mano y notó que se le ponía la cara roja. Por millonésima vez en su vida, se preguntó: «¿Hay alguna manera de no hacer caso de esto y seguir a lo mío?». Y se le ocurrió que eran las pequeñas afrentas las más difíciles de pasar por alto. Luego, el empleado empezó a aporrearse el pecho y a chillar como un simio, y Atticus tiró a un lado el plátano

y levantó los puños.

Antes de que pudiera ir para allá, sin embargo, se desplomó con estruendo una pirámide de latas de aceite de motor que había amontonadas junto a los surtidores. El empleado abandonó su imitación de un gorila y echó a correr para impedir que las latas salieran rodando en todas las direcciones. Luego pisó una sin querer, perdió pie y se cayó espectacularmente de culo. El camionero soltó otra carcajada, y varios clientes más se le unieron. Atticus no se rio, pero decidió considerar que su insulto había quedado compensado. Bajó las manos, dio media vuelta y vio que Letitia volvía caminando tranquilamente hacia el coche, sin la manzana en la mano.

Se pusieron otra vez en camino. Atticus iba al volante, y Letitia tumbada en la parte de atrás con la barbilla apoyada en las manos y cara de estar satisfecha consigo misma. George revisó su hoja de ruta y dijo que quería parar en Simmonsville para almorzar.

—Hay un restaurante llamado Lydia's del que tengo un informe positivo. Como tenemos que pasar por allí, he pensado que podemos echarle un vistazo.

—¿Dónde está? —preguntó Atticus. George se lo enseñó en el mapa: Simmonsville era una cagada de mosca en pleno territorio de vaquerías del sur de Utica, una región que en el mapa de Horace seguramente habría estado poblada por troles devoradores de ganado que se hurgaban los dientes con los huesos de los automovilistas desprevenidos—. ¿De verdad quieres parar en medio de todas esas granjas? ¿Por qué no seguimos sin parar hasta llegar a Albany?

—No, tienes razón —dijo George—. Pero el tipo que me hizo la recomendación me contó que la propietaria no podía ser más amigable. Hasta le dijo que volviera cuando quisiera.

Tardaron otra hora y media en llegar, conduciendo hacia el este por la autopista estatal, que a veces tenía cuatro carriles pero la mayor parte del tiempo sólo había dos. Por uno de los tramos con

dos carriles vieron una valla publicitaria que anunciaba la próxima gran inauguración de la autopista de peaje del estado de Nueva York. El anuncio estaba ilustrado con una viñeta de una familia blanca volando literalmente a su destino en un coche flotante de capota transparente.

—Mira, George —señaló Atticus—. Es el futuro.

En el cruce de Simmonsville vieron un cuartel de bomberos voluntarios entre los dos ramales de la carretera. Sentado delante, en una silla de madera descolorida, había un tipo rubio y musculoso, sin camiseta y con pantalones de lona beige y tirantes grises, tomando el sol y dando caladas a un cigarrillo. Se quedó mirando con interés cómo se acercaba la Packard y entrecerró los ojos cuando vio que cogía la salida de Simmonsville.

—Es un edificio de ladrillo rojo —dijo George, concentrado en sus notas—. Debería estar a mano izquierda, en la otra punta del pueblo. —Atticus, que había captado la mirada del bombero y había leído el mensaje que transmitía, no dijo nada y se limitó a mirar el espejo lateral hasta que el cuartel de bomberos desapareció de su vista.

La carretera discurría hacia el sur por entre casas dispersas antes de trazar una curva al este y convertirse en una avenida principal corta y con media docena de tiendas. Las tiendas estaban todas cerradas y la calle permanecía desierta salvo por un niño en bicicleta que pedaleaba serpenteando delante de una tienda de forraje. Al lado de esta tienda había un solar vacío con una cerca alrededor que delimitaba una especie de prado. Dentro vieron una yegua de aire tristón, dando coletazos a la nube de moscas que se levantaba del polvo.

Al otro lado del prado había un inhospitalario montón de ladrillos blanqueados con las palabras DESAYUNOS SIMMONSVILLE pintadas a mano en el ventanal.

—Debe de ser eso —indicó George.

Atticus paró el coche pero lo dejó en marcha.

—¿No habías dicho que se llamaba Lydia's?

—Es el único edificio de ladrillo —comentó George—. Y está en el sitio indicado. —Señaló la carretera que tenían delante y que pasaba por entre campos abiertos—. Ahí se acaba el pueblo.

—No sé, George. No me gusta la pinta de este sitio.

—Oh, venga ya. Ya sabes que las apariencias engañan.

—Las apariencias no te pueden negar el servicio —señaló Atticus —. Ni escupirte en el vaso de agua.

Pero George insistió, de forma que, a su pesar, Atticus estacionó en el aparcamiento de grava que había en el lado este del edificio. Dejó la Packard con el morro hacia fuera y la llave puesta en el contacto, por si acaso.

La cafetería era pequeña, un puñado de mesas y un mostrador con una parrilla de asar detrás. Sólo había un cliente, un hombre con sombrero Pork Pie sentado a la barra y rebañando la salsa de un plato con un mendrugo de pan. Cuando entraron, se los quedó mirando y entrecerró los ojos, haciendo una buena imitación del bombero. El chico adolescente que había detrás del mostrador tuvo la reacción contraria y abrió mucho los ojos, como si George, Atticus y Letitia fueran marcianos verdes que acabaran de teletransportarse desde Barsoom. Aquella mirada sobresaltada se alargó un segundo entero antes de dejar paso a una máscara de indiferencia mal fingida: la mirada de disimulo de los blancos.

—Buenos días —dijo George con afabilidad exagerada y destinada a dejar claro que venían en son de paz—. Pasábamos por aquí con el coche y hemos pensado...

El cliente dio una palmada en la barra, haciendo brincar el plato y al chico de detrás. Se puso de pie, se ajustó el sombrero y se fue hacia la puerta con cara de ir a apisonar a Letitia, que estaba en su camino. Pero ella se mantuvo firme y en el último momento él la esquivó, limitándose a rozarle el hombro cuando pasó a su lado para

salir.

—Entonces —le dijo George al chico de la barra, como si allí no hubiera pasado nada— ¿elegimos mesa nosotros? —El chico parpadeó, y la nuez de Adán le subió y le bajó, algo que George decidió interpretar como un sí. Luego cogió una silla en la mesa más cercana a la puerta.

—George —empezó a decir Atticus; por fin suspiró y se sentó él también.

Letitia se quedó de pie, quitándose algo invisible del hombro con el dedo.

—Voy un momento al lavabo —anunció.

Se fue para el fondo de la cafetería mientras el chico salía de detrás de la barra con los menús en la mano. Hizo un bailecito para evitar chocar con ella y de un manotazo tiró un servilletero al suelo.

—¿Qué hay de bueno? —preguntó George, cogiendo el menú que el chico le tiró delante—. ¿Qué nos recomiendas?

El chico se limitó a parpadear y a tragar saliva; Atticus se estaba empezando a preguntar si le pasaba algo, aparte de lo de costumbre.

—¿Sabes qué? —resolvió George—. ¿Por qué no empezamos con un café?

Con expresión al mismo tiempo aliviada y nuevamente sobresaltada, el chico se retiró al otro lado de la barra. Colocó las tazas y los platillos, y estaba yendo a por la cafetera cuando le sonó el teléfono. El chico se giró hacia el aparato, se detuvo y se volvió hacia la cafetera. El teléfono volvió a sonar y él repitió su bailecito de indecisión, esta vez apañándoselas para tirar las tazas al suelo. Retrocedió un par de pasos para alejarse de la porcelana hecha añicos, se llevó las manos a la cabeza y al tercer timbrazo se fue corriendo a la trastienda. Atticus lo vio salir. Oyó que el chico cogía el teléfono y decía en voz baja: «¿Diga?». Así que por lo menos no era mudo.

Atticus miró a George.

—Tienes una recomendación de este sitio, ¿eh?

—Es de hace unos meses —dijo George, encogiéndose de hombros—. Está claro que el sitio ha cambiado de dueños o algo así.

—¿Tú crees?

—Bueno, vale, pero ya estamos aquí.

—Eso no quiere decir que nos tengamos que quedar. Si nos volvemos al coche, dentro de una hora y media podemos estar en Albany.

—No, ya estamos aquí, pidamos algo.

—George...

—Estamos aquí —recalcó George—, y tenemos todo el derecho a quedarnos. Soy ciudadano de este país. Tú eres ciudadano y encima veterano de guerra, por el amor de Dios. Nuestro dinero es tan bueno como el de cualquiera.

—Tienes razón. Pero a este ciudadano le gusta que le sirvan bien, y si la comida de este sitio se parece al servicio...

—Eh, el tipo de antes ha rebañado el plato... Y, además, tengo hambre. Démosle una oportunidad al chico ese tan nervioso.

Pero pasaba el rato y el chico nervioso no volvía. Ni Letitia tampoco. Intranquilo, Atticus se reclinó en el respaldo de la silla y se desperezó. Rozó la pared con los nudillos y se fijó en que el interior de ladrillo de la cafetería tenía el mismo encalado blanco que el exterior. Levantó la vista. El techo era de madera nueva y luminosa, sin pintar, salvo por dos toscas vigas de soporte, gruesas como postes telefónicos y mal pintadas de blanco. A continuación miró el suelo: linóleo nuevo, puesto de forma inexperta.

—Eh, George —dijo Atticus.

—Dime.

—¿Te acuerdas de aquella vez en que yo era pequeño y tú, mi padre y yo hicimos aquel viaje a Washington D. C.?

—Pues claro que me acuerdo. Fue donde conocí a Hippolyta, ¿recuerdas? Pero ¿qué te hace pensar en eso ahora?

Atticus volvió a mirar la pared y repitió una pregunta de cultura general que alguien había formulado en aquel remoto viaje.

—¿Por qué es blanca la Casa Blanca?

—Porque en la guerra de 1812 —contestó George—, los soldados británicos pegaron fuego a la mansión presidencial. Luego, cuando los esclavos la reconstruyeron, tuvieron que pintar las paredes de blanco para tapar las...

—... Las marcas del fuego —terminó la frase Atticus, mientras el camión de bomberos paraba delante de la cafetería. El hombre de los tirantes grises iba al volante; lo acompañaban en la cabina otro bombero y el cliente del sombrero Pork Pie, y había dos tipos más subidos a los estribos del camión.

George echó su silla hacia atrás.

—¿Puerta de atrás? —sugirió.

—Quizá sea mejor atrincherarnos aquí y reducirlos uno a uno a medida que entren —dijo Atticus.

Los bomberos formaron una línea de choque junto a su vehículo. Tirantes Grises iba armado con un hacha antiincendios, y otro de los hombres llevaba un bate de béisbol. Pero, antes de que pudieran asaltar la cafetería, algo hizo que todos se giraran y miraran hacia atrás en la dirección de la que venían. Se quedaron un momento inmóviles, y por fin el tipo del bate echó a andar en dirección oeste hasta desaparecer por completo. Otro de los tipos lo siguió, y otro más, y al final el tipo del sombrero, dejando a Tirantes Grises a solas junto al camión, con el hacha baja y los brazos extendidos en gesto consternado.

Atticus y George estaban asomados al ventanal, intentando ver qué estaba pasando, cuando Letitia regresó por fin del lavabo de

señoras, moviéndose con calma pero deprisa. Tenía la frente perlada de sudor y polvo en el pelo.

—Hora de irse —ordenó.

No hizo falta que lo dijera dos veces. Se escabulleron por la puerta de delante y corrieron hasta el coche, con George y Atticus echando vistazos por encima del hombro a la yegua que ahora andaba suelta por la calle, encabritada y dando coces a los hombres que la rodeaban. El hombre del bate se le acercó demasiado y recibió una coz en las costillas.

George abrió de golpe la puerta del copiloto y se deslizó por encima del asiento de ese lado para sentarse al volante, seguido atropelladamente por Letitia y Atticus. Éste ya estaba cerrando la portezuela cuando Tirantes Grises se fijó demasiado tarde en que se marchaban y soltó un grito. George arrancó el motor y salió del aparcamiento levantando una lluvia de grava.

Condujeron a toda velocidad hacia el este por entre los campos. Mientras George vigilaba por el retrovisor, Atticus miró con asombro a Letitia.

—El chaval del mostrador ha salido corriendo por la puerta de atrás —explicó—. Pero, antes de que saliera, he oído que decía algo por teléfono de esos negros con tan mala pinta que han tomado el restaurante. He pensado que necesitábamos una distracción.

—Puede que necesitemos otra —dijo George. El camión de bomberos los estaba persiguiendo. George agarró el volante y pisó el acelerador de la Packard—. Letitia, cielo —dijo—, ¿me puedes hacer un favor y coger con mucho mucho cuidado lo que hay debajo de mi asiento?

Lo que había era un revólver Colt del 45, tranquilizadoramente grande. Atticus asintió con la cabeza.

—Confiaba que lo tuvieras en la lista —dijo. Extendió la mano, pero, antes de darle el revólver, Letitia abrió el cilindro, comprobó que las seis balas estuvieran dentro y lo volvió a cerrar de golpe.

—Intenta no matar a nadie —dijo George—. Pero a ver si consigues que esos idiotas den media vuelta.

—Haré lo que pueda —aseguró Atticus. Le echó otra mirada a Letitia y cogió de nuevo la pistola y se giró para bajar su ventanilla.

Le llamó la atención una mancha brillante. Al otro lado del campo cada vez más estrecho que tenían a la derecha había otra carretera, y por ella avanzaba a toda velocidad un coche plateado de ventanillas tintadas, a la par con la Packard.

—George —soltó Atticus.

—Lo veo —repuso George.

Las dos carreteras convergían en un cruce más adelante, pero con el camión de bomberos pisándoles los talones no podía aminorar la marcha. Lo que hizo fue pisar el acelerador hasta el mismo suelo y darle a la bocina.

El coche plateado también aceleró.

Atticus amartilló el Colt e hizo un disparo alto de advertencia en dirección al otro lado del campo. El coche plateado no se dio por enterado, pero cuando se disipó el retumbar del arma, se oyó una segunda detonación de pistola, más suave, procedente de detrás de ellos. El hombre del sombrero Pork Pie estaba asomado al exterior del camión de bomberos, aguantándose el sombrero con una mano y con la otra apuntando con un revólver de cañón corto.

—Joder —dijo George. Letitia cerró los ojos y se puso a hablar en voz baja y en tono urgente con el Señor. Atticus encañonó el coche plateado con la pistola.

El coche plateado les cedió el paso en el último segundo. La Packard pasó bramando por el cruce, y el coche plateado se le metió detrás con un chirrido de frenos, derrapando hasta detenerse en plena trayectoria del camión de bomberos. El camión se le vino encima, con la bocina y la sirena fundiéndose en un mismo rebuzno.

El camión dio un volantazo. Mirando atrás, a Atticus le pareció que se desviaba demasiado tarde, pero, en el instante previo al

impacto, el vehículo entero experimentó una sacudida lateral, como si una fuerza externa acabara de darle un empujón. No chocó contra el coche plateado por un solo palmo y salió despedido al otro lado de la carretera, fuera de control, hasta estrellarse contra una cerca de otro campo. Atticus divisó a un bombero que salía volando por los aires mientras al camión se lo tragaba una enorme nube de polvo.

El coche plateado se quedó en el cruce. Al cabo de un momento desapareció también detrás del polvo que se extendía por la carretera, pero antes de desaparecer, Atticus vio que hacía parpadear los faros, una sola vez, como si le estuviera guiñando el ojo.

El hermano de Letitia, Marvin, tenía un brazo deforme por culpa de un brote de polio infantil, pero aun así insistió en llevarle la bolsa adentro. La casita olía agradablemente al estofado que había estado al fuego desde mediodía y a pan caliente, recién salido del horno. Minutos después de llegar ya estaban sentados a la mesa de la cocina, bendiciendo la comida, y probarla les puso de tan buen humor que, cuando Marvin les preguntó cómo les había ido el viaje, todos se echaron a reír.

Le contaron su aventura en Simmonsville, y tanto George como Atticus elogiaron a Letitia por la astucia que había demostrado al soltar a la yegua.

—Es como tener un explorador indio —indicó George—. Y ha sido una gran suerte.

—Calla, anda —dijo Letitia, ruborizándose.

Por acuerdo tácito, sin embargo, no mencionaron ni el coche plateado ni el accidente del camión de bomberos. Y consciente de que su viaje con George no se había terminado, Atticus tampoco pudo relajarse del todo. Cuando Marvin sacó el postre —tarta de

arándanos casera con helado de vainilla, cada bocado de la cual minaba un poco más la voluntad de seguir viajando—, Atticus empezó a echar miradas al reloj de pared. Ya eran las cuatro pasadas.

Marvin captó la indirecta. Dejando su tarta con helado sin terminar, salió de la cocina y volvió con un cuaderno.

—He hecho la investigación que me pedisteis —dijo—. Había oído historias del condado de Devon, pero nunca había sido consciente de que fuera un sitio tan extraño. —Consultó sus notas—. La capital del condado, Bideford, toma su nombre del pueblo de Inglaterra donde se celebró uno de los últimos juicios por brujería. Fue en 1682, y una mujer llamada Temperance Lloyd fue condenada por tener relaciones con el diablo, que se le apareció en forma de hombre negro. La colgaron junto con otras dos mujeres.

George enarcó una ceja.

—No estarás diciendo que Bideford, Massachusetts, la fundaron unas brujas, ¿verdad?

—Más bien cazadores de brujas. Varias familias que se asentaron en Bideford en 1731 estaban emparentadas con la acusación del caso de Temperance Lloyd; y se enorgullecían de ello. La ciudad cogió reputación de ser extremadamente retrógrada, incluso para los estándares del siglo XVIII. Durante la guerra de la Independencia, los ciudadanos de Bideford se pusieron del lado del rey Jorge, y en 1795 la milicia del estado detuvo al alcalde de Bideford por seguir teniendo esclavos más de una década después de que el Tribunal Supremo de Massachusetts declarara inconstitucional la esclavitud. Al cabo de unos años, el estado intentó incorporar el condado de Devon al condado de Worcester. La mayor parte de Devon obedeció, pero Bideford y otras tres poblaciones vecinas se negaron a ser absorbidas, y al final la legislatura estatal tiró la toalla y decidió dejarlos en paz. Desde entonces, aquello ha sido como la tierra que el tiempo olvidó; un sitio aislado y endogámico que se aferra al

pasado con uñas y dientes.

—Y no les gustan los negros —añadió Atticus.

—No les gusta la gente de fuera, punto —dijo Marvin—. Pero sí, en la morgue de nuestro periódico encontré muchos artículos sobre viajeros que habían sido atacados en Devon. Y muchos informes de desaparecidos también. —Miró a George—. Ese tramo de carretera en el que estuvo tu amigo Victor... No es un buen sitio para pasar con el coche si eres un hombre de color, ni de día ni de noche.

—¿Y qué pasa con Ardham? —preguntó George.

—Ardham es más bien un misterio. El asentamiento es más o menos contemporáneo de Bideford, pero los libros de historia local no dicen quiénes fueron los primeros pobladores ni quién vive ahí ahora. No pude encontrar ninguna noticia sobre Ardham. Iba a llamar al Registro de la Propiedad para pedirles escrituras, pero no abren en fin de semana, y me da la sensación de que, en cualquier caso, la oficina de Bideford no va a ser de mucha ayuda.

—Olvídate de las escrituras —dijo Atticus—. ¿Puedes decirnos cómo llegar hasta allí?

—Creo que sí. Espera, déjame que coja el tubo de los mapas de encima de la nevera.

Retiraron los platos y desplegaron sobre la mesa el mapa del condado de Devon. Los centros de los cuatro pueblos de Devon casi formaban un cuadrado alrededor de un bosque llamado el bosque del Reino del Sabbat, con Bideford en la esquina sudoeste. La comunidad sin ayuntamiento de Ardham era una quinta punta situada cerca del borde superior del mapa; estaba recogida en una pequeña zona de campo abierto, limitada al norte por colinas sin nombre y al sur por el afluente del río Connecticut, que aquí era identificado con el nombre de Shadowbrook. Un puente cruzaba el río desde Ardham hacia el sudeste, y una carretera partía hacia el bosque, en la otra punta, pero al cabo de un kilómetro y medio la carretera se interrumpía, como si al autor del mapa se le hubiera

acabado la tinta. Reaparecía unos doce kilómetros al sudoeste, cruzando el arroyo de Torridge para entrar en Bideford.

—Es el mapa más detallado que he podido encontrar —dijo Marvin—. La mayoría de los mapas no mencionan para nada que haya una carretera que cruza el bosque, pero la hay. Está sin asfaltar y da bastantes vueltas y se ramifica y tiene tramos sin salida, pero se puede ir en coche por ella y te acaba llevando a Ardham. O eso me han dicho.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un amigo que trabaja en la oficina del censo estatal. Como el condado de Devon tiene la reputación que tiene, he pensado que podría contarme algunas historias, así que lo he llamado esta tarde. Y resulta que él habló con el funcionario del censo que visitó Ardham en 1950. Fue bastante desastroso: en su primer intento, el funcionario tuvo que dar media vuelta en mitad del bosque porque le pareció que lo estaba siguiendo un oso pardo. Volvió una semana más tarde acompañado de un guardia forestal del monte Holyoke.

—¿Y contó cómo era Ardham?

—El funcionario del censo lo comparó con una aldea rural de la Edad Media. Una casa señorial enorme en la ladera de la colina, y las casitas y los prados junto al río. Bonito como una postal, pero los residentes eran igual de hostiles que la gente de Bideford. En la mansión nadie les abrió la puerta, y la gente de las casitas le tiró piedras al coche.

—En fin —dijo George—. Estoy seguro de que para cuando lleguemos nosotros, Montrose ya se los habrá ganado.

—¿Y qué pasa con el *sheriff*? —preguntó Atticus.

—Ah, sí. —Marvin volvió a abrir su cuaderno—. Eustace Hunt... hace pocos años que es *sheriff*, pero la NAACP (National Association for the Advancement of Colored People) ya tiene un expediente bastante abultado de quejas sobre él. Cuarenta y cinco años, soltero, exsargento de instrucción de los marines de Carolina del

Norte. Se mudó a Bideford después de que lo licenciaran.

—Pensaba que no les gustaban los forasteros.

—Él es un caso especial, una especie de hijo pródigo. Los Hunt fueron una de las familias que fundaron Bideford, pero en 1861 algunos de ellos cogieron la fiebre de la secesión y se fueron al sur para alistarse con el general Lee. El *sheriff* Hunt es descendiente de uno de los supervivientes de la carga de Pickett.

—Y orgulloso —infirió Atticus—. ¿Estás seguro de que no hay otra forma de llegar a Ardham? ¿Quizá una bonita y tranquila carretera rural que cruce esas colinas desde Nuevo Hampshire?

—Que yo sepa, no —respondió Marvin—. Lo siento.

—Entonces ¿qué quieres hacer? —preguntó George.

—Bueno, no sé tú —contestó Atticus—. Pero yo ya me he hartado de palurdos por hoy. Y, por lo que dice Marvin, no parece que importe si vamos antes o después de que oscurezca. El *sheriff* no va a estar contento de vernos en ningún caso. Así que quizá lo más sensato sea no dejar que nos vea.

—¿Quieres decir ir cuando sea oscuro?

—Estoy pensando en la madrugada. Digamos que salimos de aquí sobre las dos de la mañana, cruzamos Bideford sobre las tres, cuando todos los cazadores de brujas estén durmiendo. Una vez que lleguemos al bosque, veremos cómo es realmente la carretera y o bien seguimos adelante, o bien encontramos un sitio donde escondernos de los osos pardos hasta que salga el sol. Y llamamos a la puerta de la mansión para desayunar.

—Claro —asintió George, y se rio—. Bien pensado.

—Voy con vosotros —declaró entonces Letitia.

Llevaba tanto rato sin decir nada que casi se habían olvidado de que estaba allí.

—¿Qué? —soltó Atticus—. No.

—Ni hablar —se opuso George.

Pero ahora Marvin se estaba riendo.

—¡Oh, oh! —dijo—. A alguien le acaba de llegar un mensaje de Cristo.

Letitia lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué vas y sueltas una blasfemia así? ¿Por qué? Y vosotros... —Se volvió hacia Atticus y George—. ¿No acabáis de decir que habéis tenido mucha suerte de tenerme hoy con vosotros?

—Sí, y es verdad, y te estamos agradecidos, cariño —respondió George—. Pero...

—¿Y no os he dicho yo que el Señor me protegerá? ¿De verdad creéis que la suerte es lo único que os está amparando?

—Uy, ya empezamos —repuso Marvin.

—¿De verdad creéis que es casualidad que yo necesitara que alguien me llevara en coche a Springfield?

—Casualidad o no —contestó Atticus—, no te hace falta que te llevemos a Ardham, y ciertamente no te llevaremos.

—Atticus...

—No, Letitia. Ya es bastante malo que George y yo tengamos que ir. Esto no es un simple pueblucho perdido y lleno de racistas. Esto es... extraño.

—Razón de más para no rechazar un don de la Providencia.

—Un don de la Providencia —dijo Marvin—. Y el blasfemo soy yo. —Se echó a reír otra vez y empujó su silla hacia atrás cuando Letitia intentó darle una patada por debajo de la mesa.

Pero Atticus y George no iban a ceder tan fácilmente.

Aquella noche, Letitia durmió en la habitación de Marvin, mientras que Marvin ocupó el sofá cama de la sala de estar, y George y Atticus descansaron unas horas en un par de colchones de más que había en el sótano. George se fue directo a dormir, pero Atticus se quedó despierto leyendo casi hasta medianoche.

Cuando sonó el despertador a las dos menos cuarto, Marvin ya estaba haciendo café. Atticus se sentó en una silla en la cocina mientras George iba al coche para comprobar otra vez que lo tuvieran todo.

—Letitia está despierta —dijo Marvin, sin que nadie le preguntara —. La he oído caminar. Pero no creo que vaya a salir a despedirse.

—Perdona si te hemos estropeado la visita familiar.

—No, es culpa mía, por meterme con ella. Ha venido a pedirme dinero —explicó Marvin—. Todavía no me lo ha dicho, pero ya sé que va a ser para algo que el Señor quiere que ella haga, y eso implica que el Señor también quiere que yo me encargue del préstamo, ¿verdad? El problema es que soy un cínico que se burla de la divina Providencia, de forma que creo que ella piensa que ayudaros es el precio que Dios le pide a cambio de ablandarme el corazón. —Negó con la cabeza—. Fue nuestra madre quien le enseñó a pensar así. Letitia es más sincera al respecto de lo que era mamá, pero aun así me molesta...

Como no supo qué decir a esto, Atticus se bebió su café.

—En cualquier caso —concluyó Marvin—, se le pasará en cuanto se le ocurra otra estrategia. La voluntad de Dios es flexible.

George volvió a entrar.

—Todo a punto —dijo.

—¿Quieres un café antes de salir? —le preguntó Marvin.

—No, tranquilo, no creo que me vaya a costar mantener los ojos abiertos. Y prefiero no tener que mear en el bosque.

—Muy bien, pues —sentenció Marvin—. Tened cuidado. Cuando os volváis para casa, pasad por aquí para que sepamos que estáis bien. —Miró a Atticus—. Letitia y yo estaremos rezando por vosotros.

George se puso al volante. Su ruta hacia el norte los llevó a través de la parte blanca de Springfield, y estando parados en un semáforo de las afueras de la ciudad se les puso al lado un coche patrulla. George se limitó a mirar fijamente hacia delante, y Atticus

hizo lo mismo. Cuando cambió el semáforo, el coche patrulla esperó a que ellos arrancaran primero y luego los siguió hasta el límite municipal. En cuanto estuvo claro que estaban saliendo de la ciudad, el coche de policía dio media vuelta sin pararlos, pero teniendo en cuenta la razón por la cual estaban en la carretera a aquella hora, no pudieron evitar tomarse aquel episodio como un mal presagio.

—Bideford es mucho más pequeño que Springfield —comentó George—. Lo más seguro es que el turno de noche de la policía no sea más que un ayudante de *sheriff* haciendo el vago en comisaría.

—Sí, eso suena bien —dijo Atticus, sintiéndose ridículo—. Sigue diciéndolo.

La carretera estaba desierta y mantuvieron el horario previsto. Sobre las tres menos cuarto dejaron atrás la salida de Nuevo Salem. George apagó los faros de golpe y paró en el arcén.

—¿Qué? —dijo Atticus.

—Puede que sea simple canguelo —empezó George—. Pero tengo la sensación de que todavía hay alguien siguiéndonos.

Se sentaron a oscuras y miraron el cruce de carreteras que tenían detrás, iluminado por una farola que colgaba de un poste telefónico. No apareció ningún otro vehículo.

—Simple canguelo —afirmó George, aunque no parecía demasiado convencido.

Al cabo de unos kilómetros llegaron a un letrero que anunciaba el condado de Devon. En un cruce situado unos kilómetros más adelante giraron por la calle King, la avenida principal de Bideford. Gracias al mapa de Marvin sabían que era posible llegar al puente del arroyo de Torridge sin pasar por el centro de la ciudad, pero aun así habían decidido que era mejor coger la ruta más directa en vez de arriesgarse a perderse por alguna carretera secundaria.

Nuevamente encontraron razones para cuestionar su propia decisión. Por mucho que los ciudadanos de Bideford hubieran rechazado otros aspectos del progreso, estaba claro que la

electricidad no les causaba ningún problema: una serie de reflectores situados en la fachada del ayuntamiento, los juzgados del condado y varios edificios más iluminaban un tramo de dos manzanas de la calle King como si estuviera en pleno día. En el cruce de calles que había en el centro de esta zona iluminada estaba el único semáforo de Bideford, que se puso en rojo mientras ellos se acercaban.

Se quedaron esperando frente al semáforo, sintiéndose horriblemente expuestos a las miradas, por mucho que, igual que en la carretera, parecieran tener la calle entera para ellos solos. George tamborileó con los dedos en el volante y escrutó nerviosamente las aceras vacías. Atticus echó un vistazo a las ventanas a oscuras que había encima de la barbería de la esquina; a continuación, bajó la vista para mirar la barbería en sí y vislumbró un cartel descolorido y pegado con cinta adhesiva al interior del cristal. Era un cartel de la campaña electoral por los derechos estatales del partido demócrata, con las caras blancas y severas de Strom Thurmond y Fielding Wright dándole mal de ojo.

El semáforo se puso en verde. George pisó el acelerador, y el chirrido de los neumáticos de la Packard hizo demasiado ruido en la quietud de las tres de la mañana. Pasaron por delante de un fuerte bajo de ladrillo donde otro reflector iluminaba las palabras DPTO. DEL SHERIFF DEL CONDADO DE DEVON; George y Atticus se encogieron en sus asientos hasta que el edificio quedó atrás.

La calle King terminaba en el arroyo. Giraron a la derecha por la calle Bank, una callejuela que pasaba por detrás de un par de pequeñas fábricas. En la puerta trasera de una de las fábricas rondaba un hombre blanco fumando un cigarrillo. Cuando vio que la Packard doblaba la esquina, el hombre tiró el cigarrillo y salió al centro de la calle, levantando un brazo para protegerse los ojos de la luz.

—¿Wakely? —dijo el hombre, levantando la voz—. ¿Eres tú?

George y Atticus se quedaron paralizados en sus asientos, como si fueran ellos quienes estuvieran bajo los faros.

—¿Wakely? —volvió a llamar el hombre. Echó a andar hacia ellos, metiéndose la mano en el bolsillo de los pantalones—. ¿Quiénes sois?

Fue directo hacia el lado del conductor, y George volvió a pisar el acelerador. El hombre gritó «¡Eh!» y retrocedió atropelladamente hasta la valla de contención que bordeaba la orilla del arroyo.

A punto estuvieron de pasar de largo de la entrada al puente, que no estaba ni señalizada ni iluminada, pero Atticus vio un tramo sin valla de contención y dijo:

—Por ahí.

Un pisotón al freno, otro chirrido de neumáticos y cruzaron el arroyo por un túnel de madera. Al otro lado, la carretera estaba asfaltada durante la primera docena de metros, pero luego, igual que había pasado con el rastro de tinta del mapa de Marvin, el asfalto desaparecía, dejando un lecho de tierra y piedras lleno de roderas. Mientras las rocas golpeaban el chasis de la Packard, las ramas de los árboles salían de las sombras para chocar contra el parabrisas y la capota.

—Carajo —soltó Atticus, pero estaba más aliviado que otra cosa por haber dejado atrás Bideford.

La carretera trazaba una curva cerrada a la izquierda, y por un momento pudieron ver de nuevo el resplandor tenue de las luces de la calle King por entre las ramas de los árboles. Luego giraron a la derecha y subieron, y el estado de la carretera empeoró hasta el punto de que George se puso a mascullar. En lo alto de la loma, sin embargo, como si acabaran de pasar una prueba, la carretera se allanó y los árboles dejaron de aporrear la capota.

—¿Sabes qué? —dijo George—. Después de esto, más le vale a Montrose estar ahí.

—Sí —respondió Atticus—. Sería gracioso si resultara que está en

Ardham, Minnesota, ¿no?

Doblaron otra curva cerrada y vieron aparecer una barrera justo delante, una cancela de metal entre postes de piedra y con un letrero que decía: PRIVADO. George se detuvo lentamente delante de ella. A la luz de los faros pudieron ver que la cancela no tenía ni cadena ni candado. Estaba cerrada con un simple pestillo.

Se quedaron sentados en el coche, escuchando por si oían osos. O *shoggoths*.

—Echamos una moneda para ver quién va —propuso George por fin.

—No, tranquilo —dijo Atticus. Y mientras cogía la manecilla de la portezuela añadió, riendo—: Tenías razón con lo del café.

Un estruendo de luz y sonido se los tragó. El coche patrulla había estado escondido entre los árboles del recodo y se les había acercado con sigilo por detrás mientras ellos escuchaban sentados. La puñalada repentina de sus faros sirvió de señal a los hombres que había escondidos en los arbustos del otro lado de la cancela; ahora se acercaron corriendo a la Packard con un movimiento de pinza y usaron las culatas de sus armas para reventar las ventanillas de los lados. Atticus se apartó instintivamente de la lluvia de cristales rotos. George se inclinó hacia delante para coger lo que tenía debajo del asiento, pero un instinto de supervivencia más fuerte le hizo echarse atrás; levantó las manos mientras el cañón de una escopeta aparecía suspendido al otro lado de su ventanilla hecha añicos.

Los momentos siguientes se desarrollaron con familiaridad siniestra: les mandaron que salieran del coche, les pegaron, les gritaron, les volvieron a pegar y por fin les hicieron desfilar hasta la parte de atrás de la Packard y los obligaron a sentarse en el guardabarros trasero con las manos detrás de la cabeza y los pies cruzados en el frente.

El *sheriff* Eustace Hunt se plantó ante los faros del coche patrulla como si fuera un astro malévolo eclipsando el sol. Sus dos

ayudantes, satélites menores, aparecieron orbitando a sus lados. Los tres alguaciles empuñaban escopetas, el *sheriff* una de cañón doble, y Atticus se fijó en que tenían cuidado de mantenerse a distancia, por si alguno de los dos se abalanzaba sobre ellos de forma desesperada.

—¿Qué te dije, Eastchurch? —preguntó el *sheriff*, dirigiéndose al ayudante que tenía a la izquierda—. A veces lo puedes notar: alguien que no debería estar aquí se te intenta colar por la puerta de atrás cuando cree que no estás prestando atención.

—Sí, pero usted dijo que eran gitanos, *sheriff* —le replicó el ayudante.

—Bueeeno, era una pequeña licencia poética —dijo el *sheriff*—. No tiene nada de malo siempre y cuando aciertes en lo importante. —Señaló la matrícula—. Son viajeros, eso está claro.

—A menos que el coche sea robado —sugirió el segundo ayudante.

—Bueno, en eso tienes razón, Talbot... ¿Qué decís, chicos? —les preguntó el *sheriff* a George y a Atticus—. ¿Es verdad que sois de Illinois? ¿O sólo sois un par de ladrones de coches de Worcester?

—*Sheriff* —respondió George, y guardó silencio, mirando las armas.

—Adelante —dijo el *sheriff*—. Nos morimos de ganas de oírlo, de verdad.

George negó ligeramente con la cabeza.

—No sé a quiénes están esperando ustedes aquí, *sheriff*, pero se está usted..., esto es un malentendido.

El *sheriff* soltó una risilla.

—¿Has oído eso, Eastchurch? —se mofó—. Cómo se ha pillado a sí mismo ahí... Iba a decirme que me estoy equivocando, pero si dice eso, es un negro diciéndole a un buen hombre blanco y cristiano que se está equivocando, y ya sabes que eso nunca termina bien. En cambio, si señala un malentendido, eso es simple

cortesía, como hacerme saber que se me ha caído algo... Creo que me cae bien éste, Eastchurch. Es listo.

—No tan listo —opinó el ayudante.

—Hacemos lo que podemos dentro de los límites que nos ha puesto Dios —indicó el *sheriff*—. Yo también soy listo —le dijo a George—. Y lo voy a demostrar prediciendo lo que vas a decir a continuación. Vas a decirme que no sabes nada de un robo en una casa de Bideford anoche ni de otros dos robos en casas de Bucks Mill la semana pasada. Y cuando te pregunte por la fogata que John Wakely vio encendida en este bosque el viernes, me vas a decir: «¿Qué fogata, *sheriff*? ¿Tenemos pinta de *boy scouts*?». —Su buen humor se disipó mientras continuaba—: Os ha vencido la codicia. Vuestra verdadera equivocación ha sido venir al condado de Devon, pero si hubierais parado en Bucks Mill, puede que os hubierais salido con la vuestra. Mi otro ayudante, Coleman, ya me tenía medio convencido de que los autores de los robos eran chavales de por aquí. De hecho, está en Instow ahora mismo, vigilando él por su cuenta. Se va a arrepentir cuando se entere de que se está perdiendo la diversión.

—*Sheriff* Hunt —dijo Atticus. Las tres escopetas le apuntaron de golpe a la cabeza, pero él respiró y siguió hablando con voz tranquila —. Mi tío George tiene razón, *sheriff* Hunt. Esto es un malentendido. No somos ladrones de casas. Puede usted ir y registrar el coche en busca de cosas robadas si...

—Eastchurch —llamó el *sheriff*.

—¿Sí, *sheriff*?

—Dime que no acabo de oír eso. ¿Acaso ese negro me acaba de dar permiso para que le registre el coche?

—Me da la impresión de que sí, *sheriff*.

El *sheriff* negó con la cabeza, incrédulo.

—Éste no me cae bien —dijo.

Pero Atticus siguió sin inmutarse:

—No somos ladrones de casas, *sheriff*. Ni tampoco de coches. Somos invitados.

—¿Invitados? —El *sheriff* soltó una carcajada—. ¿En mi bosque? Yo diría que no.

—Invitados de Ardham —explicó Atticus—. Siento haber entrado sin permiso en su jurisdicción, pero nos han invitado y no conocemos otra ruta.

—¡Ardham! —Más risas—. Chaval, eres un pésimo mentiroso. He oído decir cosas extrañas de esa comunidad, pero si crees que extenderían una invitación a alguien como tú... En fin, digamos que vas a tener que devolver esa coartada a la tienda.

—Es la verdad, *sheriff*. Nos han invitado a la mansión de Ardham. El caserón que hay en la colina. Nos esperan.

—Claro, claro. ¿Y quién os espera allí?

—Montrose Turner.

El *sheriff* chasqueó la lengua.

—Mira, ¿ves? Ahí tienes un fallo de investigación. Te tomas la molestia de aprenderte mi nombre, lo cual ya es bastante sospechoso, pero si hubieras hecho los deberes, sabrías que los únicos Turner que hay por aquí son Andrew y Grace Turner, de Instow.

—Montrose Turner es mi padre —indicó Atticus—. Se está alojando en la mansión de Ardham. Y nos ha pedido que nos reunamos con él allí.

—Pero no os ha dicho de quién seréis invitados —continuó el *sheriff*—. Tiene gracia. En mi pueblo, si te vas a quedar en casa de alguien, sabes cómo se llama ese alguien, por mucho que te haya invitado otra persona. Quizá en Illinois hagáis las cosas de manera distinta.

—*Sheriff*...

—O quizá, con las compañías que tenéis, estáis acostumbrados a que os crean hasta las mentiras más idiotas.

—No hace falta que nos crea, *sheriff* —dijo Atticus—. Sólo nos tiene que llevar a Ardham.

—Queréis que os lleve allí. Que nos pongamos a llamar a la puerta a las tres de la mañana.

—La hora no importa. Nos esperan.

—Y estás seguro de eso, ¿verdad?

—Completamente —afirmó Atticus, apañándoselas para que pareciera que lo estaba.

—Muy bien pues —sentenció el *sheriff*, asintiendo con la cabeza —. Iremos a Ardham.

Atticus y George se quedaron sentados muy quietos, esperando la trampa.

—Sí, iremos a Ardham —continuó el *sheriff*—. El problema es que el trayecto es complicado. Ya habéis visto cuántas vueltas da la carretera, y al otro lado de la cancela la cosa empeora. La buena noticia es que conozco un atajo. Por ahí. —El *sheriff* señaló la oscuridad de más allá de la carretera—. Talbot, ve a buscarnos una linterna, por favor. Nos vamos a dar un paseo por el bosque y no quiero que nadie choque con un árbol por accidente.

—Claro, *sheriff*. —El ayudante se volvió para el coche patrulla.

El *sheriff* señaló con su escopeta.

—Ahora levantaos despacio, chicos —ordenó—. Con las manos detrás de la cabeza.

—*Sheriff* —dijo Atticus.

—Un momento —pidió George.

—De pie —repitió el *sheriff*—. U os llevaré a Ardham aquí mismo.

—Aguanta esa luz quieta, Talbot —sugirió el *sheriff*—. El más joven está pensando en echar a correr, y no quiero tener que forzar la vista cuando le abra un agujero en la espalda.

Desde el momento en que habían abandonado la carretera, Atticus se había dedicado a buscar con la mirada alguna clase de cobertura detrás de la cual George y él pudieran parapetarse y sobrevivir a la primera ráfaga de balas que acompañaría cualquier intento de fuga. Pero o bien el *sheriff* conocía aquel bosque de sobra, o bien el bosque en sí estaba conspirando en contra de ellos: el terreno por el que caminaban era llano, sin más vegetación que un poco de maleza, y los árboles que se habían apiñado densamente en las inmediaciones de la carretera ahora escaseaban tanto que apenas ofrecían protección. Aun así, si hubiera estado él solo, ya habría salido corriendo hacía rato. Ahora, sospechando que sólo les faltaban unos pasos para que les ordenaran que se arrodillaran y los ejecutaran, buscó la mirada de George sin girar la cabeza: si salían corriendo al mismo tiempo, era posible que uno de ellos consiguiera escapar.

—No lo intentes, chico —dijo el *sheriff*—. Sé lo que estás pensando, pero yo hacía tiro al plato en Camp Lejeune. Podríais salir corriendo en direcciones contrarias y aun así yo os alcanzaría a los dos sin recargar.

El ruido vino de arriba, de donde no llegaba la luz: un crac repentino y brusco, como un disparo de rifle o el ruido de una rama grande al romperse, seguido del golpe de algo pesado en la maleza. Atticus, George y los tres alguaciles se pararon en seco y la luz de la linterna titubeó.

—Aguanta esa luz quieta, Talbot —le ordenó el *sheriff*.

En la oscuridad, algo grande se deslizó o fue arrastrado por el suelo. Oyeron otra rama que se partía, seguida de otra, y por fin el crujido prolongado de un árbol entero al ser derribado. Y un estruendo.

¡BUUUM!

El disparo de la escopeta hizo más ruido que todos los que lo habían precedido. George se tambaleó y cayó de rodillas. Atticus

soltó un grito estrangulado y se arrodilló a su lado, rodeándolo con los brazos y buscando a tientas la herida. Pero George negó con la cabeza: no había recibido ningún disparo, simplemente las piernas no le aguantaban de miedo.

Atticus miró a su alrededor. El *sheriff* había girado un poco a la izquierda y ahora estaba apuntando con la escopeta al bosque, con volutas de humo saliéndole de uno de los cañones. El ayudante Talbot enfocó la linterna en la misma dirección. Eastchurch, en cambio, seguía encañonando a Atticus y George con determinación.

El *sheriff* se dirigió en voz alta a la oscuridad:

—Éste es mi bosque, ¿lo entiendes? ¡Hombre o bestia, más te vale largarte de aquí! —Disparó con el segundo cañón, y George se estremeció en brazos de Atticus.

Se hizo el silencio. El *sheriff* abrió la escopeta, la recargó y se quedó escuchando. Pero del bosque sólo venía silencio: lo que fuera que había derribado el árbol, hombre o bestia, estaba muerto o haciéndose el muerto.

—Muy bien —dijo el *sheriff*—. ¿Dónde estábamos?

Atticus se dirigió en voz baja a su tío.

—Venga, George. Levanta.

—No, no pasa nada. Quedaos en el suelo, chicos —ordenó el *sheriff*—. Creo que ya nos hemos alejado bastante. Es hora de terminar con esto. A menos que os apetezca hablar ahora de esos robos de casas.

El nuevo ruido vino de la carretera, detrás de ellos: el suave *fuum* de una ignición acompañado de un centelleo de llamas. Para cuando el *sheriff* y sus ayudantes se giraron para mirar, el centelleo ya se había convertido en una pira llameante en forma de coche.

—¿Qué coño pasa? —preguntó el ayudante Talbot.

El *sheriff* Hunt le sostuvo la mirada a Atticus:

—Chaval —le dijo—, ¿se te ha olvidado mencionarnos algo?

Sonó la bocina de un coche. Era la bocina de la Packard, pensó

Atticus. Lo cual significaba que la ofrenda ardiente era el coche del *sheriff*.

—Eastchurch —llamó el *sheriff*—, tú ven conmigo. Talbot, tú quédate aquí. Si hacen algo, te los cargas. —El *sheriff* vaciló, como si estuviera debatiendo consigo mismo si llevaba a cabo él de forma preventiva la última parte de aquella orden.

Luego sonó otra vez la bocina de la Packard, y el *sheriff* giró sobre sus talones y echó a correr de vuelta hacia la carretera, seguido a unos pasos de distancia por Eastchurch.

Atticus giró la cabeza para mirar a George, que asintió decididamente con la cabeza. Bajó la vista: en el suelo, justo delante de las rodillas de George, había una gruesa rama de árbol.

Atticus volvió a girar la cabeza hasta ver con el rabillo del ojo al ayudante Talbot. Estaba de pie a unos dos metros de distancia, con la escopeta en una mano y la linterna en otra. El arma apuntaba en la dirección aproximada de Atticus y George, pero el cañón había bajado hacia el suelo. Entretanto, el haz de la linterna, igual que la atención del ayudante, estaba yendo de un lado a otro: primero iluminó las figuras del *sheriff* y de Eastchurch mientras se alejaban, luego otra vez a Atticus y a George, y por fin a la parte del bosque en donde habían oído caer el árbol.

Atticus apartó la mano del pecho de George y la movió hacia la rama. La cogió con fuerza, se preparó y esperó a que el haz de la linterna empezara a alejarse otra vez de ellos. Por fin apartó de un empujón a George, se levantó de un salto, cogió impulso y giró en redondo, trazando con la rama un arco furioso en el que puso todas sus fuerzas.

La rama atravesó aire vacío. Atticus perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse otra vez. Se quedó tambaleándose frente a la linterna, que ahora estaba en el suelo. Empuñando la rama con las dos manos, buscó frenéticamente al ayudante con la mirada, esperando recibir un balazo en cualquier momento. Pero el ayudante

ya no estaba.

«¿Qué demonios?», pensó Atticus.

Luego la oyó: estaba en el bosque, justo delante y mucho más cerca que antes: la bestia. Era obviamente una bestia, se dijo a sí mismo, y grande —lo bastante grande como para derribar árboles, o para llevarse en volandas a ayudantes de *sheriff* desprevenidos—, pero ahora también sigilosa, pues se movía por entre la maleza sin hacer apenas ruido, el mínimo para que Atticus supiera que estaba allí.

Y se estaba alejando de él. Atticus se inclinó y trató de coger la linterna, pero le fallaron los dedos. Para cuando por fin la tuvo bien cogida, la bestia ya estaba lejos del alcance de su haz. Trazó un círculo hacia la carretera.

—Atticus —dijo George—. Ayúdame a levantarme. —Atticus fue con él y le pasó un brazo por los hombros. Mientras se estaban poniendo los dos de pie, una sombra enorme y veloz pasó entre ellos y las llamas, atenuando momentáneamente la luz del fuego.

A lo lejos, el *sheriff* Hunt levantó la voz:

—¿Eastchurch...? ¿Dónde coño estás?

Larga pausa. Luego un disparo de escopeta. Tanto Atticus como George vieron el centelleo del cañón. Pareció que venía de la carretera y que el arma disparaba hacia arriba, al aire.

Luego se hizo el silencio, sólo roto por el crepitar y el chisporroteo de las llamas.

Atticus y George se miraron. George suspiró y se encogió de hombros. Atticus apagó la linterna y encabezó la marcha de regreso a la carretera, intentando moverse sin hacer ruido.

Ya casi habían llegado cuando el pie de Atticus chocó con algo duro. Una escopeta. De un solo cañón. Se agachó en busca de más indicios del ayudante Eastchurch y no le sorprendió demasiado no encontrar ninguno. Le pasó la linterna a George, cogió la escopeta y siguió andando hacia la carretera.

El coche patrulla ya no era más que una carcasa ennegrecida y anónima que escupía llamas y humo al aire. La Packard tenía la ventanilla trasera y la plataforma de carga abiertas, y a la luz parpadeante del fuego Atticus pudo ver que las mantas del colchón de la parte de atrás habían sido apartadas a un lado.

El *sheriff* Hunt estaba tumbado boca abajo en el suelo justo detrás de la ranchera, sangrando por una herida abierta en la parte de atrás de la cabeza. Tirada a su lado, abollada y manchada de sangre, estaba la lata de gasolina de emergencia con la que lo habían noqueado.

—¿Letitia? —llamó Atticus en voz baja, y ella salió de las sombras del otro lado de la carretera, empuñando la escopeta del *sheriff*.

—¿Qué les ha pasado a los otros dos? —preguntó Letitia.

—Se los ha comido el oso pardo —contestó Atticus, intentando eludir la siguiente pregunta: ¿por qué a ellos y no a nosotros?

El coche patrulla vomitó una nueva bola de fuego.

—Joder —dijo George. El calor era intenso, y era casi un milagro que la Packard no se hubiera incendiado también—. Tenemos que salir de aquí.

Mientras George corría a la parte delantera de la ranchera, Letitia y Atticus se miraron el uno al otro por encima del cuerpo tumbado boca abajo del *sheriff*. Letitia estaba sonriendo, satisfecha de sí misma.

—Ya os advertí que Dios me había enviado por una razón —dijo.

Atticus echó un último vistazo al bosque, pensando: «Creo que no es Dios quien nos ha salvado».

George había abierto la cancela y ahora estaba de pie junto a la portezuela del conductor.

—¡Venga! —los llamó—. ¡Vámonos!

Letitia metió la escopeta del *sheriff* en la parte de atrás de la Packard. Atticus recogió la lata de gasolina, que todavía estaba medio llena, y la metió también en la parte de atrás. Mientras Letitia

iba corriendo al lado del pasajero y ocupaba el asiento de delante, Atticus se quedó plantado frente al *sheriff*, con la escopeta del ayudante Eastchurch en la mano, y se hizo otra pregunta.

—¡Atticus! —le dijo George—. ¡Venga!

—Al carajo —soltó Atticus. Metió la escopeta en la Packard, al lado de la otra, y subió él también. George arrancó el motor.

Atticus había cerrado la portezuela trasera de abajo y estaba a punto de cerrar también la de arriba cuando vio el otro coche. Estaba en el recodo previo de la carretera, con el motor y los faros apagados, únicamente visible porque las llamas de los despojos calcinados del coche patrulla se reflejaban en su carrocería plateada.

George pisó el acelerador. Atticus perdió el equilibrio y a punto estuvo de caerse por encima de la portezuela de atrás. Para cuando recobró el equilibrio ya habían tomado otra curva y no se veía más que el parpadeo lejano del fuego. Y, al cabo de un momento, también esa imagen desapareció.

Atticus abrió los ojos a una luz gris y a una niebla matinal. Se incorporó hasta sentarse con el cuerpo dolorido, palpando cristales rotos en el asiento contiguo. George estaba dormido al volante, con la cabeza echada hacia atrás y roncando, mientras que Letitia estaba en la parte de atrás, envuelta en una manta.

Atticus abrió su portezuela y salió. La Packard estaba aparcada debajo de un círculo de árboles y resguardada de la carretera por una floresta de arbustos altos. En la dirección opuesta a la carretera, oyó el ruido de una corriente de agua. Avanzó con cautela hacia ella y, abriéndose paso por entre otra pared de follaje, se encontró a sí mismo en lo alto de un terraplén abrupto. El arroyo que discurría al pie del terraplén era poco hondo y rocoso en los márgenes, pero descendía rápidamente a un canal central de aguas profundas y

oscuras.

Al otro lado del riachuelo, todavía medio envuelta en niebla, se encontraba la aldea de granjeros que había descrito el funcionario del censo. El Shadowbrook rodeaba los campos de Ardham como si fuera el foso de un castillo, y a su vez los campos estaban divididos en parcelas por medio de tapias bajas de piedras. La parcela que Atticus tenía justo delante estaba en barbecho; en sus hierbas y brotes silvestres pastaba un rebaño de cabras. Hacia la derecha y a la media distancia, Atticus pudo ver un puente que conectaba las dos orillas del Shadowbrook.

Al norte, más allá de los campos, el terreno se elevaba hasta un nivel superior de campo abierto que albergaba casitas de paredes blancas y, a la izquierda, un grupo de edificios de mayor tamaño, entre ellos una iglesia con campanario. Todavía más arriba, dominándolo todo, se veía la silueta pálida y acechante de la casa señorial. Su contorno era borroso e indistinto por culpa de la niebla, pero Atticus vio que había luces en varias de las ventanas.

También había luces en algunas de las casitas, aunque más débiles. Un hombre salió de una de ellas y bajó caminando hasta el campo en barbecho con un taburete y dos baldes metálicos; las cabras lo oyeron llegar y salieron corriendo a recibirlo. Luego se oyó un chapoteo a la izquierda, y Atticus vio a una mujer sumergiendo un cubo de madera en la corriente. La mujer estaba lo bastante cerca como para que él pudiera llamarla, pero tanto ella como el cabrero eran blancos, de forma que decidió esfumarse discretamente detrás de los arbustos.

Una mano descendió sobre su hombro. George. Atticus se llevó un dedo a los labios y dijo en voz baja:

—Parece que lo hemos encontrado. —Y separó las ramas para que George pudiera asomarse entre ellas.

—Parece que sí —confirmó George, en un tono no muy entusiasmado. Dio un paso atrás, con el ceño fruncido, se giró hacia

el coche y por fin volvió a mirar a Atticus—. ¿Te puedo preguntar una cosa?

—Quieres saber cómo hemos llegado aquí, ¿verdad?

Atticus lo pensó. Recordaba haberse alejado del coche patrulla en llamas, recordaba un viaje aparentemente interminable y cada vez más onírico a través del bosque a oscuras... Y recordaba haberse despertado, hacía unos momentos, a la luz gris y la niebla.

—No lo sé —le dijo Atticus a un ceñudo George—. Te lo iba a preguntar yo a ti.

Se sentaron los tres delante: George al volante, Letitia en medio y Atticus en el asiento del copiloto, con el revólver en el regazo.

El puente que llevaba a Ardham era un arco de piedra cubierto de musgo. En los costados le habían instalado a intervalos unos postes de hierro rematados con ganchos. Atticus supuso que debían de ser para colgar alguna clase de fanales, aunque no pudo evitar imaginar otros usos potenciales, sobre todo en el caso de los postes del centro del puente, que estaban a mayor altura sobre el agua. George, albergando quizá pensamientos parecidos, condujo deprisa al otro lado, hasta que de repente le tocó pisar el freno de golpe cuando un hombre blanco apareció en la trayectoria de la Packard.

El hombre, que llevaba una caña de pescar rudimentaria y un cubo lleno de truchas todavía convulsas, se los quedó mirando a través del parabrisas. Ellos esperaron a ver si los maldecía, se ponía a pedir ayuda a gritos, cogía una piedra para tirársela o bien los atacaba con el cubo. Al final no hizo nada de todo eso, sino que se limitó a inclinar la cabeza, como disculpándose, y se apartó para cederles el paso. George resultó tan sorprendido por esto que al principio sólo pudo quedárselo mirando, pero el pescador se limitó a esperar con paciencia, y con la mirada gacha, a que volviera a poner

el coche en marcha.

Siguieron adelante. La carretera se bifurcaba: un ramal iba al oeste por entre las casitas y el otro continuaba colina arriba. Ellos cogieron el que subía. En lo alto de la ladera, la carretera, ahora allanada con gravilla, se convertía en un camino de acceso circular para coches que terminaba frente a la mansión señorial.

La casa, construida con piedra de color gris claro, consistía en una estructura central de tejado plano y tres plantas, flanqueada por sendas alas de dos plantas con tejados de tejas a dos aguas. La mayoría de las ventanas de las alas estaban a oscuras, pero las de la estructura central tenían luz, y Atticus vislumbró una figura que los miraba desde el tercer piso.

George paró frente a la entrada principal de la casa. A su izquierda, en la elipse de hierba que quedaba en el centro del camino de acceso para coches, rodeado por un par de bancos de hierro, había un icono salido de los mapas de Horace: un reloj de sol sobre un pedestal. Le echaron un breve vistazo, pero su atención se vio atraída inevitablemente por el coche plateado que había aparcado más adelante en la entrada para coches, delante del ala oeste. Tenía la capota y la curva opaca del parabrisas perlados de rocío.

—Bueno —dijo Atticus—. Supongo que deberíamos llamar y ver qué hay para desayunar. —Metió el revólver en la guantera de la Packard y salió.

El espacio sobre las puertas dobles de la casa estaba decorado con un medio sol de plata asomando por encima del horizonte. Remachados a las puertas mismas había otros dos medios soles más pequeños que hacían de placas para las aldabas. Atticus subió los escalones de la entrada y estiró la mano hacia la aldaba de la derecha, pero, antes de que la pudiera agarrar, la puerta se abrió hacia dentro.

En el umbral apareció un hombre pelirrojo con uniforme de

mayordomo. Era extraordinariamente pálido —casi albino—, pero su mirada se mostró imperturbable, y la sonrisa que le dedicó a Atticus fue inmediata y espontánea.

—El señor Turner, supongo —observó el hombre—. Bienvenido a la logia de Ardham.

—Me llamo William —les dijo el hombre—. Me han pedido que cuide de usted, señor Turner, y que me ocupe de acomodarlo tanto a usted como a los acompañantes que pueda traer. —Se giró hacia George—. ¿Es usted el señor Berry? ¿El medio hermano del señor Turner padre?

—Sí, soy el hermano de Montrose —contestó George.

William asintió con la cabeza.

—El señor Turner imaginó que vendría usted también. ¿Y usted, señorita...?

—Dandridge —respondió Letitia.

—Es una amiga de la familia —explicó Atticus—. Una buena amiga.

—Nos alegramos de tenerla de invitada, pues —les aseguró William.

—¿Y de quién somos invitados, exactamente?

—Del señor Samuel Braithwhite. —William extendió las manos en un gesto que abarcaba más que el simple edificio en cuya entrada estaba—. Ésta es la casa de vacaciones del señor Braithwhite.

—El señor Braithwhite —dijo despacio Atticus, como si estuviera saboreando el nombre con la lengua—. ¿Y por casualidad ese coche —indicó, señalando el automóvil plateado— pertenece también al señor Braithwhite?

—¿El Daimler? Sí, señor. Un modelo personalizado, encargo especial del señor Braithwhite. Un vehículo formidable, ¿verdad?

—Mucho —dijo Atticus, y añadió—: Le agradezco que nos acoja, William, pero estoy ansioso por ver a mi padre. ¿Puede llevarnos con él?

—Lo siento, señor, pero me temo que no está aquí. El señor Turner y el señor Braithwhite se fueron a Boston ayer por la tarde para reunirse con el abogado del señor Braithwhite.

—¿Se fueron a Boston? Pensaba que había dicho usted que ése era el coche del señor Braithwhite.

—El señor Braithwhite tiene muchos coches, señor —contestó William—. Y ahora, si quieren entrar, les enseñaré las habitaciones donde se van a alojar. No se preocupen por su equipaje. Se lo haré subir.

Pero Atticus, pensando en el *sheriff* que habían dejado atrás en el bosque —o que quizá estaría ya de vuelta en Bideford, reuniendo a una cuadrilla de linchamiento—, no hizo gesto alguno de entrar.

—¿Hay algún problema, señor? —preguntó William. Entonces se fijó en las ventanillas rotas de la Packard—. Oh, cielos... ¿Se han encontrado algún problema por el camino?

George se rio.

—Sí, se podría decir que sí.

—Bideford —dijo William. No era una pregunta—. Lo siento muchísimo, señor Turner... ¿Alguno de ustedes está herido?

—Todavía no.

—Bueno, ya no tienen que preocuparse ustedes más. Aquí están completamente a salvo.

Atticus se acordó del coche patrulla ardiendo en la noche.

—Yo no lo prometería tan deprisa.

—Oh, no, señor Turner —lo corrigió William—. Sí que lo prometo. En calidad de invitados del señor Braithwhite, están ustedes bajo la protección del señor Braithwhite. Mientras estén en Ardham no tienen que preocuparse de nadie de Bideford. La misma garantía de protección se extiende a su padre, por supuesto, mientras esté

viajando con el señor Braithwhite. Y ahora, por favor, entren.

El vestíbulo de la logia se parecía al *lobby* de un hotel rústico de los que nunca aparecerían en la *Guía de viajes seguros para negros*. De las paredes cubiertas de paneles de madera oscura colgaba una colección de espectaculares escenas pictóricas campestres que mostraban a gente blanca cazando, yendo a caballo o simplemente plantada con aspecto sobrecogido por el paisaje.

Una serie de pasillos llevaba a las alas del edificio, y en el fondo del vestíbulo unas puertas dobles daban a un comedor. A la izquierda de aquellas puertas había un armarito empotrado con varias hileras de llaves colgadas de ganchos; William se detuvo frente al armarito, dándose golpecitos en la barbilla con el dedo.

Mientras William deliberaba qué habitaciones les asignaba, Atticus fue a mirar una pintura que colgaba al otro lado de la entrada del comedor. Era un retrato de un hombre blanco vestido con túnica y de pie en un laboratorio alquímico. Tenía un bastón de madera en la mano derecha, y bien visible en el índice de esa mano llevaba un anillo de sello con el símbolo del medio sol grabado. El brazo izquierdo, extendido, señalaba una ventana con vistas a un puerto abarrotado. El cielo de encima de las aguas era una noche estrellada, pero en el horizonte se veía un resplandor rosado.

—Titus Braithwhite —dijo Atticus, leyendo la placa metálica del marco.

—El fundador de Ardham —explicó William. Llaves en mano, se reunió con Atticus delante del retrato—. Los Braithwhite hicieron fortuna con el comercio marítimo, pero Titus Braithwhite estaba muy interesado en la filosofía natural..., en la ciencia natural. Algunos de sus estudios más esotéricos incomodaron a sus vecinos de Boston, de forma que fundó Ardham y construyó la logia como lugar de retiro donde él y sus compañeros filósofos pudieran llevar a cabo sus experimentos en privado.

—Diría que eligió una ubicación extraña —dijo Atticus—.

Teniendo en cuenta la actitud de la gente de Bideford hacia las brujas.

William soltó una risita educada.

—Titus Braithwhite no era ningún brujo, señor Turner.

—Pero no hace falta ser brujo para que te cuelguen por brujo, ¿verdad?

—No, eso es verdad, señor. Pero Titus Braithwhite tenía un acuerdo con los líderes de la comunidad de Bideford. Usando su riqueza y sus contactos políticos, les hizo una serie de favores, y a cambio ellos le ayudaron a preservar su intimidad. Evitaban que se acercaran los curiosos. Supongo que se podría decir que les dieron un buen uso a sus prejuicios.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Atticus—. Nunca he experimentado los prejuicios como algo positivo.

—Por supuesto, señor... Quizá hizo mal —admitió William—. Y quizá fue castigado por ello. En 1795 hubo aquí un incendio terrible. La logia fue destruida y Titus Braithwhite falleció junto con sus colegas y la mayor parte de su familia. El actual señor Braithwhite desciende de un primo suyo que en el momento de la tragedia estaba viviendo en Plymouth.

—¿Y a qué se dedica el actual señor Braithwhite? ¿Sigue con el comercio marítimo?

—Sus intereses están bastante diversificados.

—¿Y qué interés tiene en mí y en mi familia, William? Si no le importa que se lo pregunte.

—No lo sé, señor. Y, en cualquier caso, no me compete a mí decirlo. Yo me ocupo de la casa del señor Braithwhite, no de sus asuntos.

—¿Está seguro? —Atticus señaló con la cabeza el retrato—. Parece usted saber mucho de los asuntos familiares.

—Sólo de la historia, señor Turner. Puede usted considerarme un guía turístico..., uno humilde. ¿Les puedo enseñar ahora sus

habitaciones?

La escalera que llevaba a la segunda planta estaba nada más entrar en el pasillo del ala oeste. Una ventana situada en el rellano dejaba entrar la luz de fuera, pero igual que en el vestíbulo también había lámparas de aplique en las paredes y en el techo.

—¿Cómo es que tienen electricidad aquí? —preguntó Atticus.

—Hay un cobertizo detrás de la casa con un generador, pasado el garaje —dijo William—. Cuando el señor Braithwhite hizo reconstruir la logia en los años veinte, añadió una serie de modernizaciones. Tendrán ustedes todas las comodidades durante su estancia, incluyendo agua corriente caliente.

En lo alto de la escalera giraron a la derecha. En aquella planta, la sección central de la logia albergaba un salón de juegos, una biblioteca y una sala de fumar. William les enseñó brevemente cada una de aquellas instalaciones, recalcando que eran bienvenidos a usarlas todas. La única excepción era la sala de fumar, que tradicionalmente sólo era para los hombres.

—Con que no había prejuicios... —murmuró Letitia.

—¿Qué hay en la tercera planta? —preguntó Atticus.

—Ahí está la suite privada del señor Braithwhite —contestó William—. Estoy seguro de que estará encantado de enseñársela cuando vuelva. Entretanto —continuó, indicándoles que lo siguieran —, los voy a instalar en el ala este. Es más tranquila que la oeste y la tendrán para ustedes solos, de forma que los demás invitados del señor Braithwhite no los molestarán.

—¿Tienen a más gente alojándose aquí?

—Todavía no, señor. Pero el señor Braithwhite ha convocado una reunión de los demás miembros de la logia. Estoy esperando que empiecen a llegar pronto.

—Los está esperando —dijo Atticus—, pero no sabe cuál es el propósito de la reunión.

—Aprende usted deprisa, señor Turner.

William los llevó hasta el pasillo del ala este y se detuvo en la tercera puerta a la derecha.

—Ésta será su habitación, señor Turner —dijo, metiendo una llave en la cerradura—. Forma una suite doble con la habitación contigua, que es donde pondremos al señor Berry.

Nada más entrar por la puerta, la mirada de Atticus fue a la inmensa cama, cuya enorme cabecera tenía labrada otra escena de gente blanca haciendo actividades al aire libre. Pegado a la pared derecha había un ropero lo bastante grande como para albergar otra cama plegable. El lado izquierdo de la habitación estaba amueblado como una salita de estar, con sillones, chimenea, un minibar en un aparador de cristal y un escritorio con vistas a un ventanal ancho y compuesto de muchas ventanas individuales.

—Muy acogedor —dijo Atticus. Cuando se adentró en la habitación y se dio la vuelta, descubrió las librerías que cubrían las paredes de los lados de la puerta.

William dio un rodeo a la cama hasta llegar a otra puerta, situada junto al ropero.

—Su cuarto de baño está aquí, señor Turner. Hay toda clase de artículos de aseo, pero si necesita usted algo que no ve, por favor, no dude en pedirlo. Asimismo, no sé qué ropa ha traído usted, pero si quiere cambiarse para la cena, encontrará trajes disponibles aquí. —Indicó el ropero—. La cena se sirve en el comedor de la planta baja a las ocho en punto —siguió diciendo mientras caminaba de vuelta a la zona de los sillones—. El almuerzo se sirve a la una y el desayuno está disponible de seis a nueve. Pero también les podemos subir comida a su habitación a cualquier hora del día o de la noche. —Tocó el auricular de un teléfono de anticuario que había sobre el escritorio—. Simplemente marquen cero y podrán hablar con un miembro del servicio doméstico.

—¿Y si quiero hacer una llamada externa?

—Lo siento, señor, me temo que sólo hay una línea interna. El

señor Braithwhite quería tener servicio telefónico de verdad en la logia, pero ha resultado imposible por razones técnicas, pero también burocráticas. Por desgracia, su relación con el resto del condado de Devon no es tan cordial como la del señor Braithwhite original.

—Lo puedo entender —dijo Atticus. Se detuvo para mirar por la ventana—. Hablando de relaciones con la comunidad, ¿quién es esa gente que vive en las casitas de abajo?

—Gente sencilla —contestó William.

—¿Sencilla? ¿Quiere decir como los amish?

—Más o menos. Aunque la secta de los ardhamitas es mucho más antigua que la de los menonitas.

—¿Y viven aquí todo el año?

—Sí, señor. Ardham es su refugio del mundo. En vez de pagar alquiler, suministran servicios y mantenimiento a la logia. La mayoría de lo que comerán ustedes aquí proviene de la aldea.

—O sea, ¿que ellos dan de comer al señor Braithwhite y a cambio él los protege?

—Exacto, señor.

—¿Y qué hay de la electricidad y el agua corriente caliente? —preguntó Atticus—. ¿También les llega a ellos?

—Como digo, son gente sencilla. No les interesan esas cosas. —William se volvió hacia George—. Señor Berry. Su habitación está por aquí. Permítame que se la enseñe.

Después de que William y George se fueran por la puerta que conectaba las habitaciones, Letitia dijo:

—Ven, echa un vistazo a esto.

Atticus se reunió con ella delante de una de las estanterías.

—¿Qué es?

—Tú mira.

—Ja —soltó Atticus—. El señor Burroughs...

El estante superior estaba lleno de novelas de Tarzán, mientras

que el de debajo tenía la colección completa de libros de John Carter, además de los de Carson Napier de Venus y la serie de Pellucidar. En las demás estanterías había otros autores y títulos que él conocía, algunos aparentemente fuera de lugar en un sitio como aquél.

—Tienen todos tus favoritos, ¿eh? —dijo Letitia.

—Muchos de ellos, sí. Y un montón de libros que siempre he querido leer...

—No te pongas demasiado cómodo —sugirió Letitia.

—Demasiado tarde —indicó Atticus, agachándose. El estante de debajo de todo era territorio Lovecraft: Algernon Blackwood, Robert Bloch, August Derleth, William Hope Hodgson, Frank Belknap Long, Clark Ashton Smith y, por supuesto, Lovecraft. Haciendo caminar los dedos por los lomos de los libros, Atticus se detuvo en un volumen encuadernado en rojo que destacaba llamativamente entre *La casa en el confín de la tierra* y *Más allá del muro del sueño.*

En la cubierta del libro rojo había grabados el símbolo del medio sol y la inscripción ESTATUTOS Y PRECEPTOS DE LA ORDEN ADAMITA DEL ALBA ANTIGUA. Atticus se lo enseñó a Letitia y luego, oyendo que William y George regresaban, lo volvió a dejar en la estantería y se puso de pie.

—Señorita Dandridge —dijo William—. Su habitación está al otro lado del pasillo. Si quiere seguirme...

Y salieron.

Atticus miró a George.

—¿Tú también tienes biblioteca? —preguntó.

—Sí —respondió George—. Si me suben las comidas, no me importaría pasarme un mes ahí dentro.

Atticus asintió con la cabeza.

—Me pregunto si ésa es la idea. Es muy amable darnos un ala para nosotros solos, ¿no?

—Mucho... ¿Has visto alguna otra escalera aparte de la que

hemos subido?

—No. En este pasillo no.

—Confiemos en que no sufran otro incendio —dijo George.

Al otro lado del pasillo, Letitia soltó un chillido. Atticus y George salieron como balas hacia allí.

Se encontraron a Letitia y a William en el cuarto de baño de la suite. Letitia estaba plantada con las manos cogidas frente al pecho en el borde de lo que a Atticus le pareció a primera vista que era un agujero en el suelo: una bañera a ras del suelo, toda de mármol negro, lo bastante grande como para que los cuatro se sentaran dentro sin tocarse.

—Pero mira esto —exhortó George por encima del hombro de Atticus—. Titia tiene una bañera para ella sola.

Al cabo de unos momentos, en el pasillo:

—Voy a hacer que les suban su equipaje, señor Turner. No sé si nuestro mecánico podrá hacer algo con las ventanillas rotas de su coche, pero me aseguraré de que no quede aparcado a la intemperie.

—Gracias —dijo Atticus—. William...

—¿Sí, señor?

—¿Dijo el señor Braithwhite cuándo volverían de Boston mi padre y él?

—No estaba seguro. Quizá esta noche, aunque podría ser mañana. —Sonrió—. Pero estoy convencido de que entretanto los podemos mantener ocupados. Además de las instalaciones que ya han visto, en la planta baja hay salas de música y de ejercicios, y otros entretenimientos que puedo mostrarles. Por supuesto, son bienvenidos a dar un paseo por los terrenos o por la aldea. O si quieren ir más lejos campo a través, hasta el bosque o las colinas,

puedo conseguirles un guía para que no se pierdan.

—No, tranquilo, no creo que nos alejemos mucho.

—Muy bien, señor. Entonces, si no hay nada más de momento...

—Una cosa más —pidió Atticus.

—¿Sí, señor?

—Cuando mi padre estaba aquí, ¿en cuál de estas habitaciones se alojó?

Una brevísima vacilación.

—En ésa, señor. —William señaló una puerta que había a la derecha de la habitación de Letitia.

Atticus giró el pomo.

—Está cerrada con llave.

—Por supuesto, señor. Puedo subirle la llave si quiere. Pero no hay nada que ver. Su padre se llevó todos sus efectos personales a Boston y hemos limpiado la habitación. —Una pausa—. ¿Quiere que le traiga la llave, señor Turner?

—No, tranquilo —dijo Atticus. Se apartó de la puerta y correspondió a la sonrisa de William con la suya—. Confío en usted.

Atticus y George estaban sentados en uno de los bancos de delante de la logia, mirando cómo un pavo real se lucía alrededor de la base del reloj de sol.

—Titus Braithwhite —señaló George después de un largo silencio —. ¿Te dice algo ese nombre? Has puesto una cara rara cuando estabas mirando su retrato.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Atticus. Reclinó la espalda en el banco —. Titus Braithwhite era el dueño de la madre de la tatarabuela de mi madre.

—Creí que Dora no sabía de dónde venía la familia de su madre.

—No sabía gran cosa. Sólo que su antepasada era una mujer

llamada Hannah que había pertenecido a Titus Braithwhite, un esclavista de Boston. Hannah hizo de doncella en la finca que Braithwhite tenía en el campo hasta la noche en que se escapó.

—¿Por estos bosques? Qué valiente.

—Valiente, sí, pero también muerta de miedo —dijo Atticus—. Hubo alguna clase de calamidad en la casa, y Hannah apenas consiguió escapar con vida.

—¿El incendio? —sugirió George.

—Probablemente. Aunque una de las cosas que me explicó mi madre fue que Hannah jamás le había contado a nadie exactamente lo sucedido, sólo que había sido algo tan terrible que había tenido que escaparse. En cualquier caso, se escapó y empezó una vida nueva de mujer libre, pero se pasó el resto de sus días con miedo a que Braithwhite o su familia la encontraran.

George intentó formular la siguiente pregunta con delicadeza:

—Cuando huyó —dijo—, ¿estaba embarazada?

—Eso le pregunté a mi madre una vez. Y me dijo que yo no estaba entendiendo lo importante de la historia.

—¿Y qué era lo importante?

—No mirar atrás. Y no confiar en nadie que llevara el apellido Braithwhite.

—Sospecho que no se lo contó a Montrose.

—No, y me hizo prometer que no se lo diría tampoco. Pero supongo que al final debió de encontrar una pista en alguna parte. O quizá la pista lo encontró a él.

Letitia salió de la logia, recién bañada y con un vestido de color violeta que no habría estado fuera de lugar en el baile de Cenicienta.

—¡Dios bendito! —exclamó George.

—¿Os gusta? —Riendo de placer, Letitia, giró sobre sí misma para ellos, haciendo centellear las lentejuelas bajo el sol matinal que había salido a través de la niebla.

—Es precioso —admitió Atticus—. Pero no te lo has traído en tu

maletita, ¿verdad?

—No, tonto, lo he encontrado en mi habitación. Junto con una docena más. ¿No habéis mirado en vuestros roperos?

—Lo has encontrado —repitió George—. ¿Y es tu talla?

—Como hecho a medida. —Giró otra vez sobre sí misma.

Atticus se puso de pie.

—Creo que deberíamos bajar paseando a la aldea.

—¿En serio? —dijo George—. Justamente yo estaba pensando que deberíamos atrincherarnos en nuestras habitaciones hasta que vuelva Montrose.

—Yo no tengo demasiadas esperanzas de que vuelva mi padre. Creo que vamos a tener que ir a buscarlo.

—¿Crees que está en la aldea?

—No creo que esté en Boston con el señor Braithwhite, digámoslo así.

—Si lo tienen en alguna parte, ¿no es más probable que esté aquí arriba?

—Depende de lo que des por sentado. —Atticus echó un vistazo a las ventanas de la tercera planta de la logia y luego volvió a mirar a George, que lo estaba mirando socarronamente—. Digamos que es una corazonada.

—Muy bien —repuso George—. Te sigo la corriente. Y si lo encontramos...

—Salimos cagando leches de aquí y no miramos atrás.

George asintió con la cabeza.

—Parece un buen plan.

—Es un plan, eso sí —dijo Letitia—. Pero no creeréis realmente que va a ser tan fácil, ¿verdad?

Ya les habían cambiado el coche de sitio, de forma que siguieron el

camino de entrada hasta el final del ala oeste de la logia y dieron la vuelta hasta el garaje, un cobertizo largo y estrecho dividido en compartimentos de puertas holandesas, como unas caballerizas reconvertidas. Recorriendo el garaje a lo largo encontraron una camioneta con revestimiento de madera, dos sedanes Rolls-Royce de ventanillas oscuras y un biplaza descapotable antiguo de color gris perla.

La Packard estaba en el quinto compartimento. Atticus cogió el revólver de la guantera y comprobó que todavía estuviera cargado. Luego se dio cuenta de que no tenía ninguna forma adecuada de llevarlo; era demasiado grande para metérselo en un bolsillo de los pantalones sin llamar la atención.

—Necesito volver a subir y coger una chaqueta —dijo.

Pero Letitia extendió una mano.

—Dámelo. —E hizo que Atticus y George miraran a otro lado mientras se escondía el arma en algún lugar de los pliegues del vestido.

Cuando terminó, volvió a girar en redondo para ellos, exhibiéndose.

—Si salimos de ésta —comentó Atticus—, vas a tener que contarme unas cuantas de esas historias.

Regresaron al frente de la logia y localizaron un sendero que bajaba hasta la iglesia de Ardham. En pleno descenso se encontraron con un grupo de aldeanos que subía: un hombre, al que Atticus reconoció como el cabrero, que traía sobre los hombros un animal muerto despellejado y limpiado; una mujer que cargaba con un par de pollos desplumados y una cesta con huevos; y dos hombres más que llevaban sacos de tubérculos y otras verduras. A pesar de ir cargados, les cedieron el paso a Atticus, George y Letitia, apartándose del camino y agachando la cabeza igual que había hecho el pescador.

—Buenos días —les dijo Atticus al pasar, pero los ardhamitas no

le contestaron y rehuyeron su mirada.

La iglesia y los demás edificios de la aldea formaban una especie de cuadrado al final de la carretera de las casitas. Al otro lado de la iglesia había un taller, delante del cual un hombre sentado estaba usando una muela de pedal para afilar la hoja de una guadaña. El hombre levantó la vista cuando Atticus y sus compañeros llegaron al final del camino, pero volvió a concentrarse rápidamente en su tarea. El mastín que había encadenado a su lado no se mostró tan circunspecto: nada más captar la presencia de los forasteros bajó de un salto del porche del taller y, de no ser por la cadena, habría seguido hacia ellos.

George le echó un vistazo cauteloso al perro.

—¿Dónde quieres mirar primero? —dijo. Todavía no había terminado de formular su pregunta y Letitia ya había abierto la puerta de la iglesia.

—Supongo que empezamos por ahí —contestó Atticus.

El interior de la iglesia era una única sala de gran tamaño. El camarín de entrada tenía una soga que bajaba colgando desde el campanario y daba a una nave cuyos toscos bancos de madera ofrecían asiento para unas cuarenta personas. Las ventanas altas y estrechas que había a los costados de la nave filtraban la luz con su cristal esmerilado, y por encima del pasillo central colgaba una lámpara de aceite dentro de una vasija de cristal rosado que emitía un parpadeo débil como el de una estrella moribunda. Al frente de la nave, la sala volvía a estrecharse, y en la tarima elevada del presbiterio no había ni altar ni púlpito, sólo un atril de madera en el que descansaba un libro de gran tamaño.

En la pared de encima del atril, una vidriera de colores que constituía la única decoración verdadera de la iglesia mostraba una escena del jardín del Edén. Atticus ya estaba andando para verla más de cerca cuando Letitia, que le sacaba unos pasos de ventaja, se llevó una mano a la boca, ahogó una exclamación... y se rio por

entre los dedos.

En la vidriera, Adán y Eva estaban abrazados bajo un medio sol rosado; el sol naciente de un alba antigua. Era una escena familiar, pero le faltaban unos cuantos elementos. No estaba la serpiente diabólica, por ejemplo, y aunque la luz del sol pintaba con colores vivos los árboles y los matojos, tampoco había fruto prohibido, sino que Eva tenía las manos ocupadas con otra cosa.

Y no había hojas de parra. Atticus se quedó boquiabierto; era la primera vez que veía vidrieras pornográficas.

—Bueno —dijo George—. Baptistas no son.

—No —negó Atticus—. Son adamitas..., que a saber qué significa.

Caminó hasta el atril para ver qué clase de Biblia había, pero su curiosidad se vio frustrada: el libro de gran tamaño estaba sellado con cerradura de broche y encadenado al atril por si acaso.

Volvieron a salir. El herrero había entrado en el taller y estaba dando martillazos a algo, pero el mastín seguía tirando del extremo de su cadena.

Siguieron explorando y a continuación dirigieron su atención a una construcción de piedra y mortero que había al oeste de la iglesia. Era un edificio redondo, de unos tres metros de alto y nueve de ancho en la base, que se estrechaba un poco hacia el tramo superior. En la parte alta de un lado pudieron ver los restos herrumbrosos de una reja metálica que antaño había cubierto una ventana, pero ahora la abertura estaba sellada con mortero. La puerta con refuerzos de hierro estaba cerrada con llave y era tan maciza que cuando Atticus la golpeó con el puño, apenas hizo ningún ruido.

—¿Qué os parece? —dijo, mirando a George y a Letitia—. ¿Demasiado obvio?

—¿Les puedo ayudar?

La mujer tenía el pelo rojo largo y suelto y la piel pálida, y lo primero que pensó Atticus era que debía de estar emparentada con

William. Lo segundo fue que se parecía mucho a la Eva de la vidriera, pero con ropa: blusa de algodón de manga larga, pantalones vaqueros y botas de cuero. Cuando se les acercó, le iba tintineando contra la cadera un aro con llaves de distintos tamaños.

—Buenos días —la saludó Atticus, sonriendo—. Le presento a George y Letitia. Nos estamos alojando en la mansión.

—Me lo he imaginado —dijo la mujer. Ella también sonrió, pero su sonrisa tenía un matiz de burla—. Soy Dell.

—¿Es la autoridad de este lugar, Dell? —Ella ladeó la cabeza al oír la pregunta. Atticus señaló el aro de llaves y luego indicó con la cabeza el edificio de piedra—. Esto es la cárcel, ¿no?

—¿La cárcel? —Dell soltó un soplido de burla. Pasó a su lado, se cogió el llavero del cinturón y usó la llave más grande para abrir la cerradura. Luego empujó la puerta con las dos manos y le hizo un gesto a Atticus para que entrara—. Cuidado con el primer escalón.

Tuvo que agachar la cabeza para pasar por la puerta y luego bajar: el suelo de piedra estaba a más de un palmo por debajo del umbral. El interior era frío y seco y estaba lleno de olores salados y dulces. Cuando se le acostumbró la vista a la penumbra, apareció delante de él una extremidad cortada: una pata de ciervo, colgando de una viga de madera por medio de una cadena. Otras cadenas sostenían otras piezas grandes de carne, secas o ahumadas; algunas estaban intactas mientras que a otras ya les faltaban porciones cuantiosas.

Atticus se alejó de la puerta para examinar las cubetas de las paredes; en bastantes casos, la nariz le reveló su contenido antes que los ojos. Oyó unos pasos suaves detrás de él; Letitia y George también habían entrado y Letitia estaba zapateando en el suelo, intentando averiguar si había un sótano. Pero el suelo parecía sólido, y Atticus no vio ninguna trampilla.

—Animales —anunció Dell desde la puerta.

—¿Cómo? —preguntó Atticus.

—Nos llegan animales a la aldea, buscando comida. Mapaches, zorros y de vez en cuando un oso. Los osos pueden entrar por la puerta de una casa si tienen mucha hambre, pero aquí no pueden meterse.

—Hemos oído decir que en el bosque hay osos pardos —admitió Atticus.

—¡Pardos! —Dell soltó otro soplido de burla—. No, no hay osos pardos, sólo negros —dijo, y añadió en tono ligero—: Pero los negros ya dan bastantes problemas. Son listos. No listos de verdad, son bestias, pero sí lo bastante espabilados como para hacer trastadas. Y son persistentes. Usamos perros para ahuyentarlos, pero a veces no paran, ni cuando están heridos. Y ésos terminan entrando aquí... en cierta manera. —Señaló con la cabeza uno de los cuartos traseros de la carne.

Mientras Atticus y los demás contemplaban el destino del oso, Dell dio un paso atrás desde el umbral y llevó la mano a la puerta. Por un momento pareció que tenía intención de encerrarlos allí dentro, pero sólo les estaba dejando espacio para que pudieran salir.

—¿Listos para seguir? —les dijo.

Dell los acompañó al huerto de manzanos que había en una cuesta al oeste de la aldea, donde recibieron otra reverencia silenciosa del apicultor que estaba allí atendiendo sus panales. Dell les contó que su trabajo en Ardham era «alcaidesa de la aldea», un cargo administrativo que incluía las tareas de enlace con la mansión. Se rio cuando Atticus le sugirió que William y ella quizá estuvieran emparentados.

—No soy lo bastante engreída para estar en su familia —dijo.

Atticus quiso preguntarle por la iglesia y por el papel que desempeñaba Dell en ella, pero le volvió a la cabeza su parecido con

la Eva de la vidriera y se vio incapaz de sacar el tema, y ella tampoco le explicó nada más.

Desde el huerto bajaron hasta el río, donde le dieron un sobresalto al pescador, y por fin giraron para regresar a la plaza de la aldea. Atticus quería investigar también las casitas, pero sin acompañante, así que le dio gracias a Dell por la visita guiada y se alejó como si fuera a coger otra vez el sendero de subida. Dell se fue para el taller, donde el herrero seguía dando martillazos ruidosos a algo. En cuanto la vio entrar, Atticus cambió de rumbo, llevándose a George y a Letitia hacia el camino de las casitas.

No llegaron muy lejos. El mastín captó su cambio de rumbo y se puso a ladrar con furia. Atticus apretó el paso y no miró atrás. Pero entonces apareció frente a ellos una manada entera de perros, salidos de detrás de la casita más cercana. Eran cuatro: dos mestizos de tamaño medio, un rat terrier y una bestia supergrande que parecía un cruce de perro lobo y gran danés. Los perros no atacaron. Se plantaron en mitad de la carretera y esperaron allí, jadeando, a ver si Atticus, George y Letitia se acercaban más.

El mastín dejó de ladrar, y Atticus miró por encima del hombro. Dell había salido al porche del taller y ahora estaba plantada con los brazos cruzados y los labios torcidos en una sonrisa abiertamente despectiva. «No son listos de verdad —la oyó decir—. Usamos perros para ahuyentarlos.»

—Sí —dijo Atticus—. Vale.

Subieron otra vez la colina. Los perros perdieron interés en ellos en cuanto volvieron al sendero, pero desde la cima pudieron ver al cruce de perro lobo y gran danés y a otro de los mestizos deambulando por la carretera de las casitas como si fueran tiburones patrullando la costa de una isla.

—¿Qué te parece? —preguntó Atticus.

—El taller tiene cimientos de piedra —señaló Letitia—. Es el único edificio que los tiene, aparte de ese almacén.

—¿Crees que hay un sótano?

Ella asintió con la cabeza.

—Y con tanto martillazo, podría haber alguien ahí abajo gritando y no lo oiríamos.

Atticus miró a George, que se encogió de hombros.

—Si Montrose no aparece antes de esta noche, podemos escabullirnos después de la cena —sugirió—. Quizá podemos traerles unas chuletas a esos perros.

—Quizá —dijo Atticus, acordándose de las dos escopetas que tenían en la Packard, pero también de una incursión nocturna que habían hecho en una aldea de las afueras de Pionyang, una misión de búsqueda y captura supuestamente sencilla que había terminado con cuatro soldados negros muertos—. Quizá necesitamos enfocar esto de otra forma.

—¿Qué tienes en la mente?

—Todavía no estoy seguro. Pero lo sigo pensando.

—Bueno, si volvemos a la casa —sugirió George—, podemos pensarlo mientras pedimos comida en las habitaciones.

—Claro —dijo Atticus—. Quizá lea un poco también.

El resto de los invitados de Braithwhite empezó a llegar a media tarde. Atticus, que estaba en el piso de arriba estudiando los estatutos de la Orden Adamita del Alba Antigua, hizo un censo de los miembros de la logia desde su ventana: catorce hombres caucasianos, de edades comprendidas entre los cincuenta y los setenta, por lo menos. Sus chóferes, o ellos mismos, conducían coches caros y limusinas, la mitad con matrículas de Massachusetts

y el resto de los estados vecinos, salvo una limusina que llegó tarde y que venía del distrito de Columbia. Todos los miembros de la logia llevaban unos anillos de sello enormes que los distinguían como iniciados de la orden.

Iniciados: el libro rojo se refería a ellos como buscadores del alba, hijos de Adán y antenautas, «Viajeros al tiempo de Antes» (es decir, de «Antes de la Caída», aunque el Edén de los ardhamitas era distinto del que le habían enseñado a Atticus en catequesis). El libro no usaba la palabra «magos», pero estaba claro que también lo eran, o por lo menos deseaban serlo. Observando a cada uno de ellos individualmente, Atticus intentó deducir cuál de ellos tenía poderes mágicos reales, si es que alguno los tenía, pero al parecer los hechiceros, igual que los comunistas, eran difíciles de identificar a simple vista.

A las siete y cuarto, poco después de que el último de los hijos de Adán fuera acompañado al interior de la logia, sonó el teléfono. Era William, que llamaba para ver si Atticus y sus acompañantes iban a cenar en el comedor.

—Eso teníamos planeado —le dijo Atticus—. ¿Hay algún problema?

—Para nada, señor Turner —contestó William—. Si quieren vestirse ustedes, pasaré a buscarlos a las ocho en punto.

Atticus eligió de su ropero un traje negro de corte espléndido. Le quedaba perfecto, igual que los zapatos. George optó por un esmoquin, y Letitia contestó a la llamada a su puerta vestida con un elegante vestido de noche blanco. Un rato antes, Letitia había anunciado su intención de sacar de contrabando el vestido púrpura de Cenicienta y llevarlo a la Packard, junto con algunos artículos selectos de su ropero. «Si terminamos poniendo pies en polvorosa —les había dicho—, no veo por qué no podemos llevarnos unos cuantos de estos vestidos tan bonitos.» Pero, a juzgar por la cara que estaba poniendo ahora, Atticus adivinó que el plan se había

topado con algún obstáculo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó—. ¿William te ha pillado saliendo de extranjis por la puerta de atrás?

—No, he podido llevar los vestidos al coche —contestó Letitia—. Pero hay un problema.

Antes de que pudiera explicarse, apareció William al final del pasillo.

—Buenas noches, señor Turner, señor Berry —saludó—. Señorita Dandridge, está usted preciosa. Espero que estén disfrutando de su estancia.

—Ha sido un día interesante —dijo Atticus—. Pero no hacía falta que viniera a buscarnos, ¿sabe? Podríamos haber bajado solos sin perdernos.

—Lo entiendo, señor. Pero, si le soy franco, me temo que algunos miembros de la logia pueden ser un poco... bruscos con los desconocidos. Hasta que sean ustedes presentados formalmente, me ha parecido mejor acompañarlos.

—No quiere que nos confundan con empleados domésticos, ¿es eso?

William les dedicó aquella sonrisa tan suya.

—Su mesa los está esperando, señor Turner.

Los hijos de Adán estaban todos congregados en el vestíbulo de la planta baja. Había sirvientes llevando de un lado a otro bandejas llenas de bebidas y entremeses, pero algunos de los miembros de la logia de más edad estaban rezongando sobre el hecho de que no los hubieran invitado a sentarse todavía en el comedor. El antenauta de D. C. —un anciano chocho al que Atticus había apodado Preston Brooks por su forma de blandir el bastón— estaba proclamando en voz muy alta que a él, por lo menos, no deberían tenerlo allí de pie como si fuera un criado.

Luego entró en la sala Atticus y todo el mundo se quedó callado. A diferencia de los aldeanos, los miembros de la logia no tuvieron

reparos en quedárselos mirando. La mayoría de las miradas eran de simple curiosidad —aunque llevadas al punto de la mala educación —, pero Preston se las apañó para ir más allá: cuando vio a George y Letitia, su curiosidad inicial dio paso a la confusión y por fin a la perplejidad indignada.

—¿Tres? —vociferó, levantando su bastón al aire—. ¿Por qué hay tres?

—Por aquí, señor Turner —dijo William, fingiendo no ver a Preston y al mismo tiempo moviéndose para impedir que Preston viera a Atticus.

Letitia dedicó a Preston un pequeño saludo con la mano mientras pasaban tranquilamente a su lado para entrar en el comedor.

William los llevó a una mesa situada debajo de un estandarte rojo y plateado con el símbolo del medio sol. El hecho de que la mesa estuviera posicionada en el centro del comedor y rodeada de una zona de separación sugería que era el lugar de honor, o bien que los estaban colocando en exposición. Dos sirvientes que los habían estado esperando les separaron ahora las sillas de la mesa a George y Letitia, mientras que William en persona ayudó a sentarse a Atticus. Unos criados sirvieron el agua y el vino, y otros trajeron un entrante de sopa de la cocina.

Mientras tanto, dejaron entrar a los hijos de Adán. Los sentaron en grupos de dos y de tres, salvo a Preston, a quien le dieron una mesa para él solo. Varios miembros de la logia siguieron mirando fijamente a Atticus, hasta que Letitia se puso a hacerles muecas y ellos se concentraron en su sopa.

El joven apareció mientras estaban sirviendo la ensalada. Era blanco, de unos veintipocos años, pelo castaño y un traje elegante casi idéntico al que llevaba Atticus. Avanzó discretamente hasta la única mesa que quedaba vacía, situada en la esquina contigua a la entrada de la cocina. Los antenautas apenas le prestaron atención, pero el servicio se comportó de forma muy distinta; a los pocos

momentos de estar sentado, ya tenía delante tanto la comida como la bebida.

Llegó el plato principal.

—Si tenéis hambre —sugirió Atticus—, deberíais comer ahora.

—¿Por qué? —preguntó George—. ¿Tienes planeado escaparte antes de los postres?

—Estaba pensando en causar un pequeño alboroto —le explicó Atticus—. Veremos cómo se lo toman.

La mayoría de los comensales todavía se estaban terminando la ensalada. Atticus esperó a que los criados estuvieran a punto de servirle el plato principal a un grupo de antenautas, entre ellos Preston. Y entonces se puso de pie.

—¡Disculpen! —dijo levantando la voz y golpeando su copa de agua con una cuchara—. ¡Disculpen! ¿Pueden prestarme todos su atención?

Al instante, todas las miradas se posaron en él. La mayoría de los antenautas seguían mostrando simple curiosidad, pero unos cuantos estaban visiblemente molestos por la interrupción del servicio de la comida; Preston cogió su bastón.

Atticus se dirigió a la sala.

—Me llamo Atticus Turner. Igual que ustedes, estoy aquí en calidad de invitado del señor Braithwhite, pero me temo que todavía no sé por qué. He llegado a Ardham en busca de mi padre; aún no lo he encontrado y tampoco sé qué quiere de él el señor Braithwhite, ni qué quiere de mí. —Hizo una pausa y se quedó observando las caras que lo contemplaban, por si alguno de los presentes quería suministrarle aquella información; pero los invitados se limitaron a quedárselo mirando, ceñudos.

»No sé qué quiere de mí el señor Braithwhite —continuó Atticus —, pero tengo una teoría. Y estaba confiando en que ustedes me ayudaran a poner a prueba esa teoría.

»Tengo entendido que todos ustedes pertenecen a un club

conocido como la Orden Adamita del Alba Antigua. Esta mañana me he encontrado un ejemplar de sus estatutos y lo he estado ojeando. —Se sacó el libro rojo del interior de la chaqueta del traje y lo sostuvo en alto—. Confío en no estar violando el protocolo de seguridad —añadió al ver las miradas de consternación que aquello causaba—. Sé que a las sociedades fraternales les gusta tener secretos. Tengo alguna experiencia en la materia. Mi padre y mi tío George, aquí presente, son miembros de los Francmasones Prince Hall, y hay ciertas cosas de las que se niegan a hablar.

»¿Conocen ustedes a los Francmasones Prince Hall? Sé que han oído hablar de los masones, pero Prince Hall, y puede que esto les interese, Prince Hall fue un abolicionista que vivió en Boston en tiempos de la Revolución. Se alistó en la milicia de Massachusetts para contribuir a la lucha por la independencia. Y también quiso unirse a los francmasones locales, pero como era un hombre de color, no le dejaron. De forma que él y un grupo de otros libertos formaron su propia logia masónica.

»Debo admitir que me he quedado decepcionado al leer en su reglamento que Prince Hall tampoco podría ser aceptado como miembro del club de ustedes. No sorprendido —añadió, mirando a Preston—, pero sí decepcionado.

»Pero luego he seguido leyendo y he descubierto que hay un tecnicismo: una cláusula de membresía que se impone a las demás. Todo hombre que tenga parentesco de sangre con Titus Braithwhite será considerado automáticamente miembro de la orden. No sólo apto para ser miembro; será miembro, punto. Ni siquiera necesitará solicitar el ingreso.

»Por supuesto, "de sangre" es una expresión muy controvertida, y los estatutos dedican unos diez párrafos a explicar quién cuenta como pariente de sangre y quién no. Pero, por lo que he leído, un descendiente directo de Titus Braithwhite ciertamente lo sería. Suponiendo que existiera uno.

»¡Y hay más! Los miembros Braithwhite de la orden son miembros especiales. ¿Cómo lo dice el libro? "No sólo hijos de Adán, sino hijos entre hijos." —Atticus echó un vistazo al estandarte que tenía sobre la cabeza—. Hijos entre Hijos, un buen juego de palabras... Pero lo que esto significa es que los Braithwhite son oficiales del club. Tienen la potestad de convocar reuniones de la logia... y de dar órdenes a los demás miembros. Órdenes que hay que obedecer.

»Lo cual me lleva a mi teoría —dijo Atticus—. Creo que la razón de que yo esté hoy aquí tiene algo que ver con el hecho de que soy descendiente directo de Titus Braithwhite, y quizá no sólo un descendiente, sino el último. No estoy seguro al ciento por ciento de que sea el caso. Es una hipótesis. Pero creo que ustedes conocen la verdad, caballeros, y creo que es por eso por lo que están aquí.

»En caso de que sea verdad, podría simplemente ordenarles que me lo dijeran, y sus propias normas los obligarían a decírmelo. Podría, pero la verdad es que he viajado mucho en los últimos días y estoy cansado, y llegado a este punto preferiría hablar directamente con el señor Braithwhite. De forma que lo que voy a hacer es lo siguiente: en calidad de Hijo entre Hijos, les voy a pedir que se levanten todos de sus sillas, ahora mismo, y salgan de esta sala. Dejen las copas y los platos donde están; simplemente salgan. Salgan por esa puerta y crucen el vestíbulo y diríjanse al jardín. Pueden usar los bancos si quieren. Pero se van a quedar ahí fuera hasta que el señor Braithwhite o yo les digamos que pueden volver a entrar.

»Caballeros —concluyó Atticus—, es una orden.

Se hizo el silencio. Preston tenía el bastón agarrado con ferocidad y parecía que lo estuvieran estrangulando; y no era el único antenauta que mostraba indicios de furia abyecta. Mientras el momento se prolongaba, Atticus tuvo tiempo de preguntarse si se habría equivocado, y sintió que George y Letitia se ponían tensos,

esperando a que la multitud estallara en cólera.

Luego se oyó el chirrido de una silla, y Atticus se giró para ver a un hijo de Adán de cara ruborizada que se ponía lentamente de pie. El hombre hizo una escueta reverencia, se dio la vuelta y se fue para la puerta. Los otros dos miembros de la logia que estaban sentados a la misma mesa fueron los siguientes en levantarse, seguidos de otros dos de una mesa contigua. Y luego se levantaron todos, Preston incluido, aunque éste no hizo ninguna reverencia.

Mientras los antenautas salían al recibidor, los criados emprendieron también su éxodo a través de la cocina. William se quedó para cerrar las puertas detrás del último de los miembros de la logia antes de seguir al resto del servicio. Lo cual dejó solos a Atticus, George, Letitia y al joven de la mesa de la esquina del fondo, que era el único de los blancos presentes que había disfrutado enormemente de la actuación de Atticus. Cuando Atticus echó a andar hacia el joven, éste se puso a aplaudir con las manos en alto para mostrar su anillo de plata.

—Sé que ya lo sabes —dijo el joven antenauta—, pero los estatutos declaran que el Hijo entre Hijos es el Braithwhite presente de mayor edad. Que en este caso soy yo. Te saco un año y diez días. —Sonrió—. Aunque esos idiotas no lo saben. Y ni siquiera ese vejestorio de Pendergast está dispuesto a arriesgarse a violar las reglas... Por suerte. Seguramente le rompería la mandíbula a cualquier negro que le hablara de esa manera.

—Que lo intente —amenazó Atticus.

La sonrisa de Braithwhite se ensanchó.

—Me llamo Caleb, por cierto —indicó—. ¿Quieres sentarte, Atticus?

Hizo un gesto con la cabeza, y una de las sillas del lado de la mesa donde estaba Atticus se deslizó sola por el suelo. Atticus parpadeó, pero aparte de eso no se inmutó. Se quedó de pie y puso una mano en el respaldo de la silla.

—Caleb —dijo Atticus—. Y Samuel Braithwhite es tu padre, ¿no?

—Exacto.

—Pero eras tú quien conducía el Daimler, ¿verdad? Y fuiste tú quien fue a buscar a mi padre a Chicago.

—Yo mismo —admitió Caleb—. A mi padre no le gustan mucho los viajes largos por carretera.

—¿Por qué meter a mi padre en esto? —preguntó Atticus—. Es a mí a quien queréis. Es a mí a quien quiere tu padre, por la razón que sea... ¿Por qué no mandar a buscarme a mí?

—Porque hay reglas —aclaró Caleb Braithwhite—. Tenías que venir por voluntad propia, y si yo te lo hubiera pedido, quizá habrías dicho que no. Yo sospecho que habrías dicho que no... Pero a nuestros padres no podemos decirles que no, ¿verdad?

—¿Dónde está mi padre?

—A salvo. Y así seguirá siempre y cuando hagas lo que te decimos.

—Quiero verlo.

—No me cabe duda. —Braithwhite hizo una pausa, con la boca abierta, mientras George y Letitia se acercaban y se plantaban al lado de Atticus—. Tranquilos —dijo Braithwhite. George soltó un gruñido y dejó caer el cuchillo de carne que tenía en la mano. Mientras el filo tintineaba contra el suelo, Braithwhite pasó a mirar a Letitia, que estaba preparada y con las manos abiertas a los costados.

—Quiero ver a mi padre —pidió Atticus—. Ahora.

Braithwhite siguió observando a Letitia.

—Primero al mío —dijo él.

Había un ascensor de servicio en la cocina.

—Sólo familia —observó Caleb Braithwhite mientras abría la

puerta.

—No pasa nada —les dijo Atticus a George y Letitia—. Esperadme aquí abajo.

—Deberían terminar ustedes la cena —propuso Caleb. Y echó un vistazo a William, que andaba pululando a cierta distancia—. Encárguese de ellos, por favor. Y mande a alguien a la aldea a buscar a Delilah.

—Sí, señor.

El ascensor subió despacio. Caleb Braithwhite usó aquel tiempo para explicar otra regla.

—Mi padre no anda sobrado de tacto —dijo—. Puede que diga cosas que te darán ganas de pegarle un puñetazo. Pero te aconsejo que no malgastes esfuerzos. Es inmune.

—¿A los puñetazos? —bromeó Atticus.

—A una larga lista de cosas.

—Pues quizá te pegaré a ti.

Caleb sonrió.

—Puedes intentarlo —replicó.

En la tercera planta, el ascensor abrió sus puertas a un pequeño comedor privado. Sobre una mesa con una sola silla en la cabecera había los restos de una cena.

En la pared de delante del ascensor había una pintura. Más abstracta que el retrato de abajo, mostraba a una figura con corona y túnica plantada debajo de un cielo de color rosa. La figura regia tenía la mano extendida hacia una hilera de sombras que estaban saliendo de una arboleda. Las que acababan de abandonar los árboles eran poco más que manchones oscuros, pero a las que estaban más cerca del rey ya les habían empezado a salir extremidades y cabezas y colas, aunque ni siquiera la que estaba a los mismos pies del rey resultaba del todo reconocible. Un perro, quizá.

—¿Padre? —llamó Caleb Braithwhite, de pie frente a una de las

dos puertas de la habitación. A lo lejos se oyó un fuerte portazo y el ruido de algo que caía. Luego, un momento de silencio y por fin unos pasos que se acercaban.

Samuel Braithwhite no tenía aspecto de hechicero ni de rey. Parecía un banquero en sus horas libres, o quizá un inventor similar a Edison. Llevaba la camisa remangada y el cuello desabotonado, y entró limpiándose las manos con un trapo. No pareció ni sorprendido ni especialmente contento de encontrar a Atticus en su comedor, sino que se limitó a mirarlo de arriba abajo durante un momento largo, como si estuviera decidido a sacarle el mejor partido a la intrusión.

—Es más oscuro de lo que me esperaba —dijo por fin Samuel Braithwhite—. ¿Estás seguro de que es él?

Caleb asintió con la cabeza.

—Es él.

—Mis invitados están todos fuera en el jardín.

—Sí, señor. Eso...

—William me ha llamado para contarme lo que ha pasado. ¿Cómo ha conseguido un ejemplar de los estatutos?

—No lo sé, señor —contestó Caleb—. Ha podido pasearse por la casa todo el día. Supongo que simplemente lo ha encontrado.

—Hum. —Braithwhite, con los ojos entrecerrados, miró a su hijo —. Y cuando has visto lo que estaba pasando abajo, ¿por qué no lo has parado?

—Yo...

—No importa. Ya sé por qué. —Braithwhite suspiró—. En fin... Turner, ¿verdad?

—Señor Turner para usted —puntualizó Atticus.

—¿Tiene alguna idea de las molestias que me ha causado? Los hijos de Adán ya son insufribles de por sí bajo circunstancias propicias. Y ahora me voy a tener que reunir con ellos cuando no han cenado.

—Lamento las molestias.

—No sabe usted lo que es lamentarse. Todavía. —Braithwhite terminó de limpiarse las manos y tiró el trapo a la mesa—. Muy bien, señor Turner. ¿Quiere saber por qué está usted aquí?

Atticus asintió con la cabeza.

—Supongo que no es para recibir mi parte de la fortuna familiar.

—No —dijo Samuel Braithwhite—. La fortuna familiar es usted.

—¿Cómo dice?

En vez de repetirse, Braithwhite señaló la pintura de la pared.

—¿Qué le parece este cuadro, señor Turner?

Atticus se encogió de hombros.

—No es mi estilo —repuso.

—El artista se llamaba Josef Tannhauser. Contemporáneo de Titus Braithwhite. No era miembro de la logia pero tenía intereses parecidos. Murió en un manicomio de Boston en 1801. Ésta es una de las últimas pinturas que hizo y se titula *Génesis 2, 19*. ¿Conoce usted el versículo?

Atticus negó con la cabeza. Braithwhite citó:

—«Y a partir de la tierra el Señor formó todas las bestias del campo y todas las aves del aire; y se las llevó a Adán para ver cómo las llamaba: y la forma en que Adán llamó a cada criatura viviente sería en adelante el nombre de ésta.» Tal como lo concibió Tannhauser, este acto de nombrar es mucho más que un simple acto de poner etiquetas. Adán está participando en la creación, asignándole a cada criatura su forma final y su puesto en la jerarquía de la naturaleza.

—Poniéndolo todo en su sitio —dijo Atticus.

—Exacto. En el alba de los tiempos, sólo por un momento, todo está donde debería estar y todo es como debería ser, desde Dios hasta el hombre y la mujer y la criatura más baja que se retuerce. —Miró a Atticus—. Y luego la entropía entra en escena, por supuesto. Se pierde el paraíso. Babel y el diluvio traen confusión y desorden; lo

que era una elegante jerarquía se convierte en un caos de tribus y naciones. Por supuesto —añadió Braithwhite—, no sucedió así en realidad. El literalismo bíblico es para la gente simple. Pero es una parábola útil.

—Sobre la entropía —dijo Atticus. La entropía, la historia y la evolución social, o la regresión: el libro rojo dedicaba muchas páginas a estos temas—. Y ahí es donde entra usted, ¿verdad? Usted y su orden van a invertir la situación, van a encontrar el camino de vuelta al jardín. Con magia.

Braithwhite hizo un mohín con los labios.

—Ésa es una palabra vulgar —dijo. Miró deliberadamente a Atticus—. Una palabra para gente simple. No somos magos. Somos científicos. Filósofos de la naturaleza. De la naturaleza —repitió, golpeando con los nudillos en la mesa del comedor—. La naturaleza es sólida. La naturaleza tiene reglas. La gente que habla de magia cree que todo es posible. No lo es. Uno no se limita a agitar una vara y convertir plomo en oro. No funciona así.

—¿Y cómo funciona?

—Para la mayoría, no funciona. La naturaleza se mantiene impertérrita a los deseos del aspirante a hechicero. Sin embargo —volvió a estirar el brazo hacia la mesa y pasó la mano lentamente sobre el grano de la madera—, hay fisuras. No excepciones a las reglas, entiéndame. No existen las excepciones, pero sí los casos especiales, las anomalías naturales que los hombres con la suficiente visión son capaces de descubrir y explotar. Y aun entonces hay límites estrictos a lo que es posible: la mayoría de los exploradores sólo pueden aspirar a un prodigio puramente simbólico de vez en cuando. Sólo los filósofos naturales más extraordinarios pueden ir más allá y alcanzar obras de grandeza verdadera.

—Los hombres como usted.

Sintiéndose objeto de burla, Braithwhite se irritó.

—Mi pleno potencial está por demostrar —dijo—. Pero ya soy

más poderoso que ningún otro iniciado vivo. Le conviene a usted tenerlo en cuenta.

—¿Y Titus Braithwhite?

—Fue un caso único. Un genio de este arte.

—Sí —afirmó Atticus—. ¿Y cómo terminó?

—Mal —reconoció Braithwhite—. Desafiar a la entropía es un trabajo peligroso, y el genio no es ninguna garantía contra los accidentes. Titus Braithwhite conocía los riesgos y aun así decidió seguir adelante.

—Y quemó la casa.

—El fuego no fue todo —dijo Samuel Braithwhite—. Seguimos sin saber con exactitud qué pasó aquella noche. Un aldeano ardhamita llamado Tobias Foote, que durante mucho tiempo se creyó que era el único superviviente de la catástrofe, contó que antes de que la logia se viniera abajo, sus llamas tuvieron todos los colores de la naturaleza y algunos más fuera de ella. La imagen hizo enloquecer a Foote, que terminó en el mismo manicomio que Josef Tannhauser y murió menos de un año después. Tengo el diario que escribió antes de fallecer. La mayor parte es puro galimatías, pero entre los delirios se menciona la existencia de una segunda superviviente: una «mujer oscura» que huyó al bosque justo cuando la casa empezaba a arder.

»Pero ese descubrimiento vendría mucho más tarde. Por entonces sólo hubo un desastre sin paliativos. Fallecieron las mejores mentes de la orden. El puñado de miembros de la logia que no estaban presentes en aquel ritual eran todos parásitos de segunda fila, y después de la catástrofe se dispersaron. Se perdió un corpus enorme de conocimiento esotérico, y se detuvo por completo el trabajo que la orden había estado realizando.

»Hasta principios de este siglo mi padre no redescubrió una parte de aquel conocimiento perdido y empezó a juntar otra vez las piezas de la orden. Desde entonces hemos dado grandes pasos, hemos tenido éxitos extraordinarios y creemos estar listos para emprender

la gran obra que se interrumpió en 1795. Pero el mundo tampoco se ha detenido. Cuando se fundó la Orden Adamita del Alba Antigua, la era de los reyes justo estaba empezando a ceder el paso a la era del hombre corriente, y el horror que le producía a Titus Braithwhite esa posibilidad fue en parte lo que lo llevó a asumir los riesgos que asumió. Sólo puedo imaginar lo horrorizado que estaría hoy, después de ciento ochenta años de hombre corriente. Y todo esto no es nada comparado con lo que se avecina en las décadas próximas. Así que ya lo ve usted, tenemos que actuar deprisa. Se nos está acabando el tiempo.

—Vaya, todo eso parece muy importante —admitió Atticus—. Pero no veo qué tiene que ver conmigo.

—Los hijos de Adán, señor Turner —dijo Samuel Braithwhite—. Los hijos de Adán: el poder del verdadero filósofo se transmite con la sangre; y Titus Braithwhite, Hijo entre Hijos, era un hombre muy poderoso. Usted es un depositario de ese poder. Diluido, sin duda, y también algo contaminado, pero todavía útil de cara al trabajo que necesitamos hacer. La Orden Adamita del Alba Antigua lo requiere a usted.

Atticus miró primero a Samuel Braithwhite y después a su hijo, inspeccionando sus caras en busca de indicios de que todo esto era una enorme farsa, la elaborada broma de un hombre rico. Lo verdaderamente gracioso era que no estaba sorprendido en absoluto; mientras leía el libro rojo, se había imaginado algo muy parecido a esto. Simplemente sonaba mucho más ridículo cuando alguien lo decía en voz alta.

—¿Me requiere usted —empezó Atticus— para que sea su negro mágico?

Braithwhite no le vio la gracia.

—Creo que no ha entendido usted su situación —dijo—. Entiendo que pueda estar usted confuso. El problema es que es usted dos cosas muy distintas a la vez. Por un lado, es el avatar de Titus

Braithwhite, lo más parecido a él que todavía camina por este mundo. Es por respeto a eso por lo que lo he tratado a usted como lo he tratado: invitándolo a mi casa en vez de traerlo a la fuerza; y no sólo protegiéndolo, sino ofreciéndole todas las comodidades; dándole la bienvenida, dándole comida y ropa.

»Todo por Titus Braithwhite. Pero, al mismo tiempo, sí, es usted Turner, el negro. Y ése es alguien por quien no siento un respeto especial. Lo toleraré, en mi casa e incluso en mi presencia, en honor del otro. Pero mi tolerancia no es infinita y ya está usted poniendo a prueba sus límites.

Inmune, pensó Atticus, muriéndose de ganas de cerrar los puños. Sería interesante poner a prueba los límites de eso. Pero no se había olvidado de por qué estaba allí, así que lo dejó correr.

—Quiero ver a mi padre.

—Si le permito que lo vea, ¿dejará usted de molestar a mis demás invitados? ¿Se comportará usted?

—Dejaré en paz a sus invitados —contestó Atticus—, siempre y cuando ellos me dejen en paz a mí.

Braithwhite volvió a hacer un mohín con los labios. Pero, aunque la exasperación del anciano era obvia, también lo era su deseo de terminar con aquella conversación.

—Encárgate de ello —le ordenó a su hijo—. Y de que no cause más problemas.

—Sí, señor —aseguró Caleb Braithwhite.

—Dile a William que estoy listo para la reunión. Que vaya a buscar a los demás al jardín y los mande aquí arriba.

—Sí, señor.

—En cuanto a él —dijo Braithwhite padre, señalando con la cabeza a Atticus—, lo necesitaremos para el ritual de mañana. Hasta entonces no quiero volver a verlo ni que William me tenga que volver a llamar por sus travesuras. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Caleb por tercera vez. Luego hizo una

reverencia, como los aldeanos, con expresión inmutable de respeto solemne. Hasta que Atticus y él estuvieron en el ascensor, bajando, no permitió que aflorara su burla.

—Dell te llevará a ver a tu padre —le explicó Caleb Braithwhite a Atticus.

Estaban en el vestíbulo con George, Letitia, Dell, William y un par de sirvientes más de la casa, hombres corpulentos cuya presencia parecía destinada a garantizar que nadie se portara mal. Los antenautas ya habían subido al piso de arriba. A través de las puertas abiertas del comedor, Atticus vio a unos cuantos sirvientes más retirando los platos y los cubiertos de las mesas.

—Vosotros quedaos aquí —ordenó Caleb a George y Letitia—. William os llevará a vuestras habitaciones. —Y dedicándole una sonrisa a Letitia, añadió—: A menos que quieras tomar el postre conmigo.

—No, gracias —contestó Letitia. Y le dijo a Atticus—: Te estaremos esperando.

Atticus asintió con la cabeza, y Caleb Braithwhite añadió:

—Espero que entiendas que, si causas más problemas, habrá consecuencias.

—Sí, mensaje recibido —dijo Atticus. Se dirigió a Dell—: Vamos.

Bajaron la colina en ese anochecer estival. Los aldeanos ya se habían retirado a sus hogares. Atticus vio lámparas y velas encendidas en las casitas y varias lámparas más desplegadas a lo largo del puente, al este. La plaza de la aldea estaba desierta y a oscuras, salvo por el taller.

—Soy yo —llamó Dell cuando subieron al porche del taller.

El mastín, libre de su cadena, salió a recibirla a la puerta. Ella lo agarró sin miramientos por el cogote y lo apartó a un lado, y el

animal reculó hasta la esquina contigua a la puerta y se sentó sobre sus cuartos traseros; aun así, se mantuvo alerta, siguiendo con la vista todos los movimientos de Atticus y gruñendo por lo bajo con la garganta.

El herrero estaba sentado en mitad del taller, en un taburete inclinado hacia atrás y apoyado en un poste. Sobre la mesa de trabajo que tenía al lado estaba la guadaña recién afilada, un tazón alto lleno de una bebida espumosa y una colección de piedrecitas dispuestas sobre una cuadrícula tallada en la superficie de la mesa, como si fueran fichas del juego de las damas.

—¿Algún problema? —le preguntó Dell, y él dijo que no con la cabeza y se permitió una larga mirada a Atticus.

La trampilla estaba escondida debajo de un baúl, en un rincón del fondo del taller. Dell la abrió, revelando una empinada escalera de madera que descendía a la oscuridad.

Atticus se quedó mirando el hueco oscuro.

—¿Habéis metido a mi padre ahí abajo? —dijo, girando la cabeza para incluir en la pregunta al herrero.

Dell contestó sin vergüenza ni apocamiento:

—He hecho lo que me han mandado. —Cogió un fanal de un gancho de la pared, lo encendió y se lo ofreció a Atticus—. Tenga, le va a hacer falta.

—¿No bajas tú conmigo?

—No le caigo bien —confesó ella—. Y tira cosas.

—Bien por él —dijo Atticus.

Y bajó. Igual que el almacén, el sótano era frío y seco, aunque éste olía a moho. La luz del fanal se reflejó en las largas hileras de frascos que había en los estantes de madera —alguna clase de conservas— e iluminó los montones de detritos del taller: una rueda de carreta con los radios rotos, un mazo de madera con el mango astillado.

—¿Papá? —llamó Atticus, y oyó un ruido procedente de la otra

punta del sótano.

A medida que caminaba hacia allí, se empezó a encontrar un tipo distinto de detritos: manchones secos de gachas o de crema de avena, un corazón aplastado de manzana, cristales rotos. «Tira cosas», pensó Atticus.

Unos pasos más y la luz del fanal cayó sobre un tosco camastro de madera. En el borde del colchón había sentada una figura encorvada con una manta echada sobre los hombros. Un destello metálico en el suelo: la figura tenía una cadena cerrada con candado en torno al tobillo izquierdo y afianzada a una argolla de la pared.

—¿Papá? —Su padre levantó el rostro, de ojos rojos y cansados, y alzó la mano para protegerse de la luz, revelando una palma cubierta de viejas cicatrices. Atticus retiró la lámpara y la sostuvo en alto para iluminarse la cara—. Soy yo, papá.

Vio que su padre lo reconocía y que casi inmediatamente adoptaba otra expresión perfectamente familiar: decepción mezclada con disgusto. Y, a pesar de todo, Atticus sintió que el disgusto brotaba también en su interior, como si fuera bilis subiéndole al fondo de la garganta.

—¿En serio? —dijo Atticus—. ¿En serio, papá?

—Veintidós años —clamó Montrose Turner—. Te pasas veintidós años peleando conmigo por todo. Y ahora, la única vez que no quiero que me hagas caso, ¿qué pasa?

—¿Quieres hablar de años, papá? ¿Cuántos años se pasó mamá diciéndote que lo dejaras correr? ¿Por qué no pudiste hacerle caso tú a ella?

Montrose se puso de pie de un salto y se quitó de encima la manta.

—¿Quieres tener una discusión sobre tu madre? —dijo—. Acércate un poco, pues.

Pero Atticus negó con la cabeza.

—No he venido a pelear contigo, papá. —Miró la cadena y luego

otra vez a la cara de su padre—. ¿Estás bien?

—¡Pues claro que estoy bien! —dijo Montrose todavía encrespado —. ¿Por qué has tenido que venir aquí?

—Porque tú me lo pediste —repuso Atticus—. ¿Por qué no me esperaste? Después de mandarme aquella carta...

—¡Ah! —Montrose volvió a levantar la mano para repeler la pregunta y apartó la vista. Al cabo de un momento dijo—: Fue el chico ese, Caleb. Se las apañó para meterse en mi cabeza.

—¿Qué hizo, te hipnotizó?

—¡No! ¡No fue eso! Fue más bien... No sé qué fue. Me di cuenta de que no era trigo limpio, ¿de acuerdo? No soy tonto... Pero no paraba de decirme a mí mismo: siempre y cuando yo sepa que no es trigo limpio, es como que le estoy tomando el pelo. Le voy a seguir la corriente hasta averiguar la verdad... Y necesitaba averiguar la verdad. No por mí. Por Dora. Por ti... Así que cuando me ofreció llevarme con él, le dije: «Vale, ¿por qué no?». —Se quedó mirando la cadena con el ceño fruncido—. ¿Por qué no?

—Así que te trajo con él. ¿Y te metió aquí abajo?

—No, me metió aquí el padre —dijo Montrose—. Al principio me tuvieron en la mansión. Unas cuantas horas. Pero la farsa ya no se sostenía, y el viejo no miente tan bien como el chaval. O quizá no me quería tener bajo su techo. En cuanto lo conocí, fue como si se rompiera el hechizo, o lo que fuera. Me puse rebelde. —Sonrió débilmente, pero la sonrisa no duró más que un momento—. Así que me entregaron a los siervos —concluyó—. ¿Qué día es hoy?

Atticus tuvo que pensarlo.

—Lunes. Lunes por la noche. Hace ocho días que te fuiste de casa.

—¿Ocho días sólo?

—He venido nada más recibir tu carta.

Montrose negó con la cabeza.

—No esperaba verte hasta al cabo de un mes, como pronto.

Estaba rezando porque no vinieras. —El disgusto se le volvió a infiltrar en la voz—. Veintidós años.

—Sí, veintidós años, papá. No te olvides. —Atticus dejó el fanal en el suelo y se volvió indignado a la escalera.

Dell lo estaba esperando arriba, junto a la trampilla. Abrió la boca para decir algo, y Atticus le pegó en la frente con el mazo. Ella puso los ojos en blanco y se desplomó como un saco de patatas. Todavía estaba cayendo cuando Atticus pasó de largo para encargarse de la acometida del mastín, al que le asestó un fuerte golpe en el cráneo mientras saltaba.

A continuación se le acercó dando tumbos el herrero, derramando su bebida mientras intentaba coger su guadaña. Atticus dejó caer el mazo y agarró una pala de la pared. Desvió la hoja de la guadaña con la pala y alcanzó al herrero en la garganta con el costado del mango de la pala. Luego lo sujetó del flequillo mientras intentaba coger aire; le estampó la cabeza contra la mesa y lo llevó arrastrándolo y forcejeando con él hasta la trampilla para tirarlo escalera abajo.

El mastín estaba intentando ponerse de pie, pero no conseguía coordinar las patas. Atticus se dedicó a pegarle con la pala hasta que dejó de moverse. Luego hizo una pausa para escuchar su propia respiración y los sonidos de la aldea. Había otro perro ladrando en alguna parte, en la zona de las casitas, pero los ladridos no se acercaron y se apagaron enseguida.

Atticus le cogió el aro de las llaves a Dell. También encontró un cortacadenas.

El herrero estaba tirado inmóvil al pie de la escalera. Atticus pasó por encima de él para volver con su padre y darle las llaves y el cortacadenas. Luego arrastró al herrero lejos de la escalera y lo dejó apoyado en un estante de conservas. Subió, se echó a Dell sobre los hombros, la llevó abajo y la puso al lado del herrero. Para entonces, Montrose ya se había liberado. Se acercó y sostuvo el fanal en alto

para mirar a sus carceleros.

—Yo me encargo de los próximos dos —dijo.

—Te puedes encargar de los próximos cincuenta —repuso Atticus —. Y es posible que no tengas más remedio si no salimos pronto de aquí.

—¿Tienes coche? —preguntó Montrose.

Atticus asintió con la cabeza.

—Tengo a Woody.

—¿Woody? —interrogó Montrose—. ¿Ha venido George también?

—Tu familia se preocupa por ti, papá. Hazte a la idea.

Subieron, tiraron al mastín por el hueco de la trampilla, la cerraron y arrastraron el baúl hasta dejarlo encima. Apagaron todos los fanales, salieron a la puerta y se pusieron a escuchar otra vez, a oscuras.

—¿Dónde está George? —susurró Montrose.

—Trayendo el coche, espero.

—¿Esperas?

—Un momento. —Atticus levantó una mano—. ¿Oyes eso?

Se acercaba un vehículo por la carretera de las casitas. Atticus se asomó al porche para ver si era la Packard, y se vio bañado en un resplandor repentino de faros largos.

No era la Packard. Era el Daimler. Para cuando Atticus lo distinguió, el coche plateado ya se había detenido delante del taller. Letitia asomó la cabeza por la ventanilla del coche y llamó a Atticus por su nombre.

—¿Te has traído a una chica? —preguntó Montrose.

—Hablémoslo por el camino —sugirió Atticus.

Se metieron los dos en la parte de atrás del coche, Atticus detrás de Letitia y Montrose detrás de su hermano. George se giró para mirar a Montrose y le dijo:

—¿Estás bien?

—¿Os habéis traído a una chica? —insistió Montrose.

—¡Hola, señor Turner! —saludó Letitia en tono afable, sonriéndole por el retrovisor mientras giraba el volante para dar media vuelta—. Intentaron no traerme, pero el Señor y yo no estuvimos de acuerdo.

Atticus miró a George.

—¿No habéis tenido problemas para salir?

—Creo que no. —George sostuvo el revólver en alto—. Hemos metido a William en el cuarto de baño de Titia. Hemos volcado el ropero delante de la puerta, hemos arrancado el cable del teléfono y hemos cerrado con llave la puerta del pasillo. Está con él uno de esos grandullones, o sea, que supongo que no tardarán en salir, pero al menos nos hemos podido escapar de la mansión sin que nadie diera la voz de alarma.

—¿Y Woody?

—He tenido que dejarlo —respondió George con voz triste—. Estaba bloqueado entre todas esas limusinas. Titia se ha dado cuenta cuando ha salido antes. Pero éste seguía aparcado delante de la casa.

—Tenía las llaves dentro —añadió Letitia, en un tono que sugería que había sido un regalo de la Providencia. E, independientemente de que lo creyera o no, Atticus supuso que escapar en el Daimler tendría sus ventajas. Ninguno de los aldeanos salió a detenerlos cuando pasaron frente a las casitas. Los perros ni siquiera ladraron.

—Sí —confirmó George—. Pero voy a echar de menos la ranchera. Quizá cuando lleguemos a Chicago pueda cambiar este Daimler por una nueva.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —preguntó Montrose—. ¿Tienes contactos en el hampa que no conozco?

—Yo quizá pueda ayudarte —dijo Letitia. Giró hacia la derecha para coger el puente.

El motor se murió en mitad de la curva. No renqueó ni se caló; simplemente se apagó. Mientras el coche torcía hasta pararse

delante del puente, Letitia agarró la llave del contacto y la hizo girar hacia atrás y hacia delante. No pasó nada.

—¿Qué demonios es eso? —soltó Montrose.

Miraron todos la arcada del puente y vieron los fanales que colgaban en parejas de los ganchos de hierro. Cinco pares que se convirtieron en cuatro, ya que los más lejanos acababan de apagarse. Al cabo de un momento se apagó el par siguiente, generando la impresión de que una ola de oscuridad había salido del bosque y avanzaba hacia ellos.

Para cuando la oscuridad se tragó el tercer par de fanales, quedó claro que no era una simple ilusión óptica. Las luces largas del Daimler todavía funcionaban, y ahora sus ocupantes pudieron ver cómo su luz, que alcanzaba el centro de la arcada del puente, de pronto se esfumaba en el vacío.

Letitia apartó la mano del contacto. La oscuridad había dejado de avanzar, pero parecía ganar sustancia y asentarse en mitad del puente, una masa de sombra viviente que obstruía su vía de escape. «Génesis 2, 19», pensó Atticus, aturdido. Adán se había dejado una.

—¡Oh, demonios! —exclamó Montrose. Pasó el brazo por encima del respaldo del asiento, le cogió el revólver de la mano a George y abrió su portezuela de golpe.

—¡Papá, espera! —dijo Atticus, pensando que iba a atacar a la cosa del puente, pero su padre salió del coche y echó a andar en dirección contraria. Atticus se giró en su asiento y miró por el parabrisas trasero.

Por la carretera de la mansión venía andando Caleb Braithwhite. Caminaba despacio, sin prisa, y, aunque todavía estaba lejos, Atticus le pudo ver la cara con claridad, como si se la estuviera iluminando un foco. Venía sonriendo.

Atticus soltó una palabrota. Abrió su portezuela y salió atropelladamente, pero los pies se le quedaron pegados al suelo, igual que si los hubiera metido en cemento de secado rápido.

Su padre no había llegado mucho más lejos. Montrose se había quedado plantado a unos cinco pasos de la punta trasera del Daimler. Estaba inclinado hacia delante, como si luchara contra un fuerte viento, y tenía el brazo izquierdo extendido por completo hacia delante. Estaba apuntando con el revólver, lo tenía amartillado, y con el dedo cerrado en torno al gatillo. Pero no disparaba, o no podía.

Caleb Braithwhite siguió caminando directo hacia ellos, sin intentar apartarse para nada de la línea de fuego. Atticus bajó las dos manos y procuró levantar una de sus piernas paralizadas. No consiguió moverla ni un milímetro. Detrás de él oyó que Letitia y George aporreaban el interior de las portezuelas delanteras del Daimler.

Caleb se detuvo frente a Montrose, contemplando con una sonrisa la boca del cañón del revólver. Atticus rezó para que tirara del arma hacia él y que de esa forma apretara accidentalmente el gatillo, pero cuando por fin se la cogió, lo hizo con cuidado, pasando el pulgar por debajo del gatillo para evitar que cayera y torciendo la pistola hacia un lado.

Y por fin tuvo la pistola en la mano. Abrió el cilindro y comprobó que estuviera cargado. Lo cerró de golpe. Volvió a amartillar el arma.

—¡No! —exclamó Atticus—. ¡No!

Caleb le echó un vistazo.

—Te avisé —dijo—. Consecuencias.

Apuntó con el arma al pecho de Montrose y apretó el gatillo.

Volvía a ser por la mañana.

El canto de un gallo en la aldea despertó a Atticus, que había estado velando junto a la cama de su padre. Se inclinó hacia delante sobre la cama, confirmó que Montrose todavía respiraba y por fin

bajó las sábanas y miró cómo el pecho de su padre subía y bajaba a la luz gris del alba.

No había ninguna herida.

Todavía le costaba aceptarlo. Había visto y oído la detonación del arma y había visto desplomarse a su padre. Luego habían llegado varios sirvientes corriendo de la logia; Atticus, medio loco de furia, se había peleado con ellos como había podido con las piernas paralizadas, pero enseguida se había visto reducido. Luego lo habían llevado junto con los otros al ala este y los habían encerrado en la suite doble. Como ya podía moverse otra vez, les gritó a George y a Letitia que trajeran agua y toallas. Pero al abrir de un tirón la camisa de su padre, en vez de la herida y la sangre que se esperaba, se encontró piel y huesos intactos, bajo los cuales el corazón de su padre seguía latiendo con fuerza.

Al principio no se lo creyó; él había visto dispararse el arma, a quemarropa; y, movido por la desesperación, hizo rodar el cuerpo de su padre primero a un lado y después al otro, en busca de la herida de bala inexistente.

No había herida. No había orificio de bala ni tampoco quemaduras de pólvora en la camisa. Y la única sangre venía de los nudillos despellejados de Atticus.

Mientras su hijo se dedicaba a moverlo a un lado y a otro, Montrose abrió los ojos y le dijo que lo dejara en paz, que estaba bien, aunque parecía igual de consternado que Atticus por este hecho. Intentó incorporarse hasta sentarse, pero una punzada repentina de dolor provocó que se desplomara de nuevo. Hizo acopio de valor y volvió a intentarlo, y esta vez consiguió ponerse de pie antes de que el dolor agónico de la bala fantasma que tenía en el pecho le hiciera desmayarse. Atticus lo cogió mientras caía, lo devolvió a la cama y empezó a comprender aquel milagro de doble filo: su padre estaba vivo. Pero no podían moverlo.

Ahora, mientras Atticus devolvía la manta a su sitio, su padre se

movió y se despertó con un parpadeo.

—Hola, papá —dijo Atticus, hablándole con gentileza pero listo para inmovilizarlo si trataba de levantarse.

Pero Montrose había aprendido la lección. Cambió de postura sobre el colchón, pero permaneció en posición horizontal.

—Estaba soñando con tu madre —contó.

—¿Ah, sí? ¿Era un sueño agradable?

—Por lo menos no me decía: «Te lo dije». —Montrose giró la cabeza con cuidado y examinó la habitación—. ¿Dónde están George y Letitia?

—En la habitación de George —dijo Atticus, señalando la puerta que conectaba las habitaciones.

—¿Están bien?

—Titia tiene un ojo morado por pelearse con el tipo que la estaba llevando, y George también está un poco magullado. Aparte de eso están bien.

Montrose volvió a girar la cabeza.

—¿Ya has intentado romper esa ventana?

—No nos vamos a ir sin ti, papá.

—Por lo menos podríais sacar a la chica de aquí.

—Si crees que tú puedes convencer a Letitia para escaparse, voy a despertarla ahora mismo.

—No —negó Montrose—. Convencer a la gente no es mi punto fuerte. —Miró con el ceño fruncido a su hijo—. ¿Sabes qué tiene planeado hacer Braithwhite contigo?

—Los detalles no —comentó Atticus—. Pero lo puedo adivinar.

Montrose asintió con la cabeza.

—Va a invocar a un miembro del clan primigenio. Y seguramente también a una hueste de shoggoths. Y el sacrificio vas a ser tú.

—Me alegro de que te encuentres lo bastante bien como para bromear con esto, papá.

—Bueno, no estoy diciendo que me alegre, pero he leído las

suficientes de esas historias tuyas como para saber cómo terminan. El gran hechicero y sus esbirros también son devorados. O se vuelven locos.

—Normalmente sí —dijo Atticus—. Pero Braithwhite no parecía muy preocupado cuando hablé con él. Quizá sepa lo que está haciendo.

—El padre es un idiota —afirmó Montrose—. El peligroso es el hijo. Si tienes la oportunidad de empujarlo al foso, no lo dudes.

Media hora más tarde, poco después de que Montrose se volviera a quedar adormilado, Atticus oyó una llave en la cerradura de la puerta del pasillo. Era Caleb Braithwhite. Estaba solo.

—¿Has venido a llevarme arriba? —le preguntó Atticus, sin levantar la voz.

—No. —Braithwhite se limitó a quedarse en la puerta, cómodo pero con aspecto de no querer molestar—. Todavía faltan unas horas para el ritual. Mi padre y los demás miembros todavía están debatiendo cuándo han de celebrarlo exactamente.

—¿La hora importa?

—Mi padre cree que no, pero Pendergast y algunos de los demás tienen teorías astronómicas opuestas y están muy seguros de ellas. De forma que lo están discutiendo mientras desayunan. Suponiendo que no se maten entre ellos, supongo que vendrán a buscarte sobre el mediodía.

—¿Vendrán? —preguntó Atticus—. ¿Tú no vas a estar presente?

—No. Me han ordenado que abandone la logia hasta que el ritual haya acabado.

—¿Para preservar la estirpe familiar en caso de que la cosa salga mal? ¿O es que los mayores no quieren que estorbes?

—Un poco de las dos cosas —contestó Caleb Braithwhite—. He venido a decir adiós y a disculparme. —Señaló con la cabeza la figura dormida de Montrose—. Siento mucho todo eso.

—Sí, ya vi lo triste que estabas al apretar el gatillo anoche.

—Hice lo que tenía que hacer. Ya te lo dije.

—No gastes saliva —dijo Atticus—. ¿Quieres hacer algo positivo? Llévate a Letitia. Y a George también, si puedes.

—No puedo.

—Sabes que no hace falta retenerlos. Mientras mi padre esté así, no voy a causar más problemas.

—Seguramente no vas a causar más problemas —reconoció Braithwhite—. Pero estoy seguro de que Letitia los causaría si yo intentara sacarla de aquí sin ti. Y las órdenes de mi padre son explícitas: me marcho yo. Y nadie más.

—Entonces no tenemos nada más que decirnos.

—Muy bien. —Asintió con la cabeza—. Me marcho. —Pero vaciló con la mano en el pomo—. Haré que suban el desayuno.

—No te molestes.

—No, confía en mí, te conviene comer algo —dijo Caleb Braithwhite—. Te conviene tener todas tus fuerzas para el ritual. Y nunca se sabe cuándo una comida será la última... Ninguno lo sabemos.

Atticus ya estaba listo cuando fueron a por él. Había sacado brillo a los zapatos, se había cambiado de pantalones y se había puesto una camisa blanca limpia, remangándose como si le esperara un duro trabajo físico.

William abrió la puerta con la llave y sonrió como si hubiera venido a acompañar a Atticus a almorzar. Los criados que estaban detrás de él en el pasillo —un par de ellos todavía magullados de la noche anterior— se mostraron menos amigables.

Atticus echó un último vistazo a su padre y luego a George y Letitia, que estaban de pie junto a la cama.

—Cuidad el uno del otro —les indicó—. Y rezad por mí.

La sala donde se iba a celebrar el ritual era un espacio rectangular grande situado en el centro de la tercera planta. No tenía ventanas, pero sí una claraboya y media docena de apliques de pared con potentes bombillas. A juzgar por las raspaduras del suelo y por varios indicios más, Atticus supuso que la sala era un taller habitualmente lleno de mobiliario y equipamiento pesado. Hoy, sin embargo, la habían vaciado de todo lo que no fuera imprescindible para realizar la tarea que se traían entre manos.

En el extremo este de la sala se levantaba un portal autónomo, desconectado de las paredes. En los tablones que formaban el marco había tallada una serie de letras en un alfabeto extraño que deletreaban lo que Atticus supuso que serían palabras mágicas. La puerta en sí era de color negro reluciente, con las bisagras y el pomo plateados.

En el suelo de alrededor de la puerta había dibujado un círculo de tiza blanca con motas plateadas. De una parte, donde se interrumpía el arco oeste del círculo, salían unas líneas paralelas que lo conectaban con otro círculo situado en la otra punta de la sala. Este segundo círculo contenía un curioso artefacto: un cilindro de plata, alto hasta la cintura y rematado con un pedazo enorme de cristal transparente.

A medio camino entre el portal y el cilindro, directamente debajo de la claraboya, había un tercer círculo. Alrededor de su circunferencia había inscritas más letras extrañas, y en su centro se veía un símbolo de gran tamaño que parecía una estrella de cinco puntas rota y hecha de líneas curvas, como si un pentagrama normal y corriente hubiera sido distorsionado por un campo magnético, pensó Atticus. La idea del magnetismo no era arbitraria: la serie de círculos le recordó al diagrama de un circuito y le permitió adivinar cómo iba a funcionar el ritual. El portal se iba a abrir para dejar entrar alguna fuerza o energía procedente de otra parte. El cilindro, que debía de ser alguna clase de condensador, la capturaría. Para

completar el circuito sólo hacía falta un conductor: algo que obligara a la energía a fluir, que la dirigiera hacia donde tenía que ir... y que se quemara como un fusible si la energía resultaba demasiado potente para contenerla.

—Y quieren que yo me ponga ahí —dijo Atticus.

—Sí —afirmó Samuel Braithwhite. Vestido con túnica ceremonial, tenía un aspecto todavía más mundano que mágico, como un profesor de Harvard que hubiera perdido su birrete.

Los demás hijos de Adán, vestidos de forma parecida, estaban congregados detrás del círculo que contenía el cilindro, que resultó ser también la parte de la sala más cercana a la salida. A William y al resto de los sirvientes les habían dicho que esperaran abajo y no subieran; Atticus se preguntó si alguno de ellos tendría el suficiente sentido común como para escaparse corriendo por las colinas.

—También vamos a necesitar que recite usted una invocación —dijo Braithwhite. Le hizo una señal a uno de los antenautas de aspecto más nervioso; el hombre se acercó con un rollo de pergamino en la mano, lo desenvolvió y se lo enseñó a Atticus.

—No puedo leer esto —objetó Atticus—. Ni siquiera sé en qué idioma está.

—Es la lengua de Adán —explicó Braithwhite—. Todo el mundo puede leerlo. Sólo hay que acordarse.

—Si usted lo dice... ¿Qué viene por ese portal?

—Luz. La primera luz de la creación.

—La primera luz de la creación —repitió Atticus—. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Preston golpeó el suelo con su bastón.

—¡Es la hora! —gritó.

—Se enterará usted pronto —le dijo Braithwhite a Atticus—. Y, ahora, entre.

Irritado por el tono de Braithwhite, Atticus se volvió a plantear mandarlo todo al infierno y tumbar de un golpe al hombre. Ahora,

sin embargo, sabía que por mucho que lo intentara sus puños no le obedecerían. Y, además, tenía que pensar en su padre, y en George y en Letitia; si quería salvarlos, tenía que seguir adelante con aquello.

De forma que entró en el círculo.

—Póngase mirando hacia el portal —le pidió Braithwhite— y extienda las manos.

Atticus estiró los brazos hacia delante con las palmas hacia arriba. Braithwhite se sacó un cuchillo de la túnica y le hizo un corte atravesándole las dos palmas con una hoja tan afilada que empezó a formarse un charco de sangre antes de que Atticus sintiera ningún dolor.

—¡Es la hora! —volvió a gritar Preston, y uno de los otros antenautas hizo sonar un cuerno, un zumbido largo que le provocó a Atticus un estremecimiento en la rabadilla.

La sangre de las manos de Atticus empezó a gotear en el suelo, y los goterones se deslizaron como grumos de mercurio hasta las líneas curvas del pentagrama, que los absorbieron. La luz del sol de mediodía entraba en la sala, y el pentagrama empezó a absorberla también. Y a resplandecer.

Braithwhite, que ahora tenía en la mano un pedazo de tiza plateada, se puso en cuclillas junto al círculo. Trazó una sola raya sobre una de las letras, transformándola en otra, y Atticus sintió que la parálisis le volvía a atenazar las piernas. Braithwhite le hizo una seña con la cabeza a su asistente, que le ofreció el pergamino a Atticus. Éste lo cogió, pero vio que todavía no podía descifrar la invocación.

Luego, Braithwhite se incorporó y rodeó con pasos rápidos el portal hasta el otro lado del círculo, donde estaba Atticus. Cuando sonó el cuerno por segunda vez, se detuvo y cambió otra letra. A Atticus lo invadió una oleada de conocimiento. De pronto, podía leer las palabras del pergamino y oírlas en su cabeza. Pero cuando

intentó pronunciarlas en voz alta, algo le detuvo la lengua; una presión como la de un dedo invisible contra sus labios.

—¡Es la hora! —gritó Preston—. ¡Es la hora! —Volvió a sonar el cuerno y Braithwhite trazó una tercera raya con la tiza. Atticus abrió la boca.

Cuando empezó a hablar pudo ver que Braithwhite y su asistente corrían para unirse a los demás antenautas. Pero mientras Atticus seguía recitando las palabras mágicas, la sala entera pareció desvanecerse, hasta que no quedó más que el portal delante de él y el trazado resplandeciente del suelo.

Una luz se materializó en torno a los bordes del portal, una luz de un color que Atticus no recordaba haber visto nunca y que no sería capaz de describir, aunque al mismo tiempo le resultaba íntimamente familiar. A medida que el resplandor se intensificaba, Atticus sintió que su comprensión crecía también. Ah, pensó mientras el pomo de la puerta empezaba a menearse y a temblar. Ah, ya veo.

Poco después de ser destinado a Corea, Atticus había asistido a un servicio religioso dominical en el campamento. El capellán de la unidad estaba en el calabozo, acusado, junto con otros negros, de instigar una reyerta con unos soldados blancos que se habían negado a compartir su comedor. El capellán sustituto se adjudicó a sí mismo la tarea de sermonear a los reclutas negros del 24.º de Infantería sobre la importancia de la tolerancia racial. La gente debía esforzarse por vivir en la tierra igual que en el cielo, les dijo. En la casa del Señor se despojarían de sus cuerpos mortales; dejaría de haber razas y dejaría de haber hombres y mujeres, sólo habría almas puras, unidas en Dios.

La queja más obvia de aquel sermón era que se lo estaba predicando a la congregación equivocada. No eran los soldados negros quienes habían desafiado la orden de integración del presidente Truman; y tampoco habían sido ellos quienes habían

empezado la pelea por el comedor, daba igual lo que dijera la policía militar. Pero algunos de los camaradas de Atticus también habían puesto objeciones a la teología del capellán: «¿En el cielo no hay hombres y mujeres? —oyó que un soldado rezongaba detrás de él—. Si ya no soy un hombre, es lo mismo que estar muerto, ¿no?».

Ahora Atticus conocía la respuesta, y también la respuesta a la pregunta que él le había formulado a Samuel Braithwhite. Un filósofo natural experimentado podía tener alguna esperanza de sobrevivir a la luz sin filtrar de la creación, pero a Atticus lo habría aniquilado. Lo habría despojado de su identidad, de todo lo que lo convertía en Atticus: no sólo de su hombría, sino también de su nombre. Era como morir, pero una aniquilación positiva en vez de negativa. Un regreso a la posibilidad infinita del estado primordial.

Aniquilación positiva. La perspectiva lo aterraba menos de lo que habría esperado, y entendía que a cierto tipo de personas no le resultara aterradora, sino lo contrario: un destino que valía la pena perseguir.

A cierto tipo de personas, pero no a Atticus. A él le gustaba lo que era y la persona que era. Siempre le había gustado. Con quienes tenía problemas de vez en cuando era con las demás criaturas de Dios.

Y así pues, como no buscaba la aniquilación, y tampoco estaba listo para morir, se metió la mano por dentro del puño izquierdo remangado de la camisa y sacó el pedazo de papel que tenía allí escondido. La nota anónima que le habían entregado junto con el desayuno.

«Para Atticus —decía la nota—. Un giro argumental. Cuando puedas leer esto, léelo», seguido de tres palabras en el idioma de Adán.

«Es la hora», pensó Atticus.

Dijo las palabras en voz alta y el dibujo resplandeciente del suelo se transformó. El círculo que rodeaba el portal se rompió, y el

camino que lo conectaba con el otro se esfumó. El círculo que rodeaba a Atticus se cerró, y en el momento justo: se estaba abriendo el portal.

Un velo de oscuridad protectora descendió sobre los ojos de Atticus, protegiéndolo de la luz que de otra forma lo habría quemado allí mismo. Su mente, viendo que la oscuridad era buena, decidió entregarse a ella.

Mientras perdía el conocimiento, oyó que los hijos de Adán gritaban.

Al disiparse la oscuridad, Atticus estaba encogido en el suelo. Las heridas de las manos se le habían cerrado, dejándole sólo unas cicatrices tenues, y por lo demás estaba ileso.

No se podía decir lo mismo del resto de la sala. Fuera del círculo protector, los tablones del suelo estaban chamuscados y ennegrecidos, igual que las paredes y el techo. El portal mágico y el condensador eran meros despojos quemados y fundidos, y la claraboya era un agujero abierto en el techo.

En cuanto a los hijos de Adán, ahora eran más bien hijos de Pompeya: figuras cenicientas, petrificadas en poses de terror. Luego, Atticus se puso de pie, y la vibración de sus pisadas provocó una disolución final. Rindiéndose a la entropía, los antenautas se deshicieron en forma de montones de polvo blanco.

Atticus intentó no ensuciarse los zapatos con aquel polvo al salir.

Encontró a George, a Letitia y a su padre abajo, esperando en el vestíbulo. Con sus bolsas al lado, parecían turistas descontentos

dejando la habitación de su hotel, claramente arrepentidos de haber elegido aquel alojamiento, pero por lo demás, indemnes.

—¡Papá! —exclamó Atticus—. ¿Estás bien? —A lo que Montrose contestó encogiéndose de hombros con abatimiento.

—William ha llamado a la habitación hace unos minutos y nos ha dicho que ya podíamos marcharnos —explicó George—. Para cuando han venido los criados a abrir la puerta, Montrose ya estaba levantado.

—¿Qué ha pasado con el señor Braithwhite y la orden? —preguntó Letitia—. ¿Están...?

—Muertos —dijo Atticus—. Todos. —Miró a su padre—. Braithwhite júnior ha dado un golpe de estado.

—Te lo dije. —Montrose asintió con la cabeza.

—¿Y eso dónde nos deja? —se preguntó George.

Oyeron un coche delante de la casa y salieron a mirar. Era William, que les estaba trayendo la Packard de George del garaje. Le habían cambiado las ventanillas rotas y el vehículo entero había sido lustrado y abrillantado hasta parecer prácticamente nuevo.

—¡Señor Turner! —exclamó William en tono jovial al salir del coche—. ¡Cómo me alegro de que haya sobrevivido ileso a su dura experiencia!

—Sí, yo también —confesó Atticus—. Buen trabajo con las reparaciones.

—Son cosa del señor Braithwhite —dijo William—. Se ha encargado personalmente de ellas esta mañana antes de marcharse. Me ha pedido que le diga que siente no poder estar aquí para despedirse en persona, y que se disculpa nuevamente por todo lo que ha tenido que pasar usted. Confía en que acepten ustedes unas cuantas muestras de su sincero pesar: unas cuantas cajas de libros para usted y para su tío; y para usted, señor Turner —indicó, mirando a Montrose—, una copia de toda la información genealógica que el señor Braithwhite ha podido reunir sobre la familia de su

difunta mujer. Señorita Dandridge, me he tomado la libertad de volver a empaquetarle sus vestidos. Y, señor Berry, además de repararle el coche, el señor Braithwhite le ha hecho una pequeña modificación que cree que le resultará a usted agradable.

—¿Qué clase de modificación? —preguntó George.

—Una pizca de inmunidad. A partir de ahora, verá que es usted mucho menos susceptible de encontrarse con problemas por el camino. Los agentes de la ley, en particular, tendrán tendencia a tratarlos a ustedes como si no pudieran verlos.

—O sea, ¿que George puede pasarse del límite de velocidad sin que le suceda nada? —inquirió Montrose—. ¿Es posible?

—Sí, señor. Confieso que desconozco el mecanismo, pero el señor Braithwhite lo tiene también en todos sus coches. Resulta bastante útil cuando tiene prisa, o cuando no puede encontrar aparcamiento legal.

—¿Y qué pasa con el *sheriff* Hunt? —preguntó Atticus—. ¿Tampoco podrá vernos?

—En cierto sentido —dijo William—. Tengo entendido que el *sheriff* está ocupado contratando ayudantes nuevos. De hecho, se ha olvidado por completo del encuentro que tuvo con ustedes la otra noche; y continuará sin acordarse siempre y cuando tengan cuidado de no volver a cruzarse con él. A ese fin, cuando salgan de aquí, les conviene tomar el camino de la izquierda cada vez que la carretera se bifurque. Después de la tercera bifurcación, verán que están saliendo del bosque, y del condado de Devon, sin haber pasado por Bideford.

—¿Y eso es todo? —interrogó Atticus—. ¿Nos vamos a casa y ya está?

—A menos que prefieran ustedes otra destinación, señor Turner. —William miró detrás de él, levantó la mano y chasqueó los dedos. Salieron unos criados de la logia, llevando las bolsas.

—¿Qué pasa con el señor Braithwhite? —preguntó George,

cuando el equipaje ya estuvo en el coche.

—¿El señor Braithwhite, señor? ¿Qué pasa con él?

—Creo que mi tío George está preguntando qué planes tiene el señor Braithwhite —indicó Atticus—. Ahora que es el señor de la mansión.

—Le aseguro que no lo sé, señor Turner —dijo William—. Ya se lo dije cuando nos conocimos: yo me ocupo de la casa del señor Braithwhite, no de sus asuntos.

—Y yo se lo dije a usted: sospecho que sabe mucho de sus asuntos. Acerca de mi «dura experiencia», por ejemplo. Yo no habría sobrevivido si no me hubiera pasado usted esa nota.

—Eso ha sido cosa del señor Braithwhite únicamente, señor Turner. Yo me he limitado a seguir sus instrucciones. —William hizo una pausa para pensarlo—. Supongo que se me puede reconocer el acierto de saber *a qué* señor Braithwhite seguir... Pero la elección no era difícil. —Sonrió—. En fin —concluyó—. Tengo que limpiar un poco, o sea, que deben ustedes disculparme. Conduzcan con cuidado. —Y diciendo esto, y saludándolos por última vez con la cabeza, entró rápidamente en la logia y cerró las puertas detrás de él.

Los cuatro se quedaron allí plantados bajo la luz de la tarde, pensando: despedidos.

—No falla nunca —dijo Montrose—. Da igual lo que te hagan, después es como si no hubiera pasado. Se supone que tienes que dar gracias por seguir respirando.

—Bueno, yo doy gracias por eso —admitió George. Se acercó al coche y pasó una mano por los acabados de madera—. Inmunidad. Ja.

—Vamos a tener que probarla de vuelta a casa de Marvin —aseguró Letitia—. Yo estoy encantada de conducir, si quieres.

George se rio.

—Ni hablar —soltó—. Me lo pido yo primero.

Letitia y Montrose se sentaron delante con él. Atticus se metió como pudo entre el equipaje y los regalos de despedida de Braithwhite, para poder mirar por el cristal de atrás mientras se alejaban.

Primero se quedó mirando la logia hasta que desapareció de la vista. Después de cruzar el puente y entrar en el bosque, se quedó contemplando la carretera, intentando avistar cualquier destello plateado en las curvas y recodos que iban dejando atrás. No vio ningún rastro del Daimler de Braithwhite, pero cuando llegaron a la tercera bifurcación de la carretera, sí que vislumbró una sombra enorme moviéndose entre los árboles. ¿Habría venido a despedirse?, se preguntó Atticus. ¿O solamente a decir hasta luego?

Al cabo de otro kilómetro y medio, dejaron atrás un letrero que decía: FIN DEL CONDADO DE DEVON.

—Alabado sea Dios —dijo Letitia.

—Aleluya —añadió George.

—Hasta nunca —murmuró Montrose.

Atticus no dijo nada; se limitó a mirar hacia delante y a intentar creer que el territorio al que se dirigían era distinto del que acababan de dejar atrás.

Los sueños de la casa qué

Ninguna parte de dichas instalaciones podrá ser usada u ocupada de forma directa o indirecta por persona o personas negras, teniendo en cuenta que esta restricción no impedirá la ocupación, durante el desempeño de su trabajo, de los aposentos de conserjes o chóferes en los sótanos, o en un cobertizo o garaje trasero, o en los aposentos del servicio (...). Ninguna parte de dichas instalaciones podrá ser vendida, regalada, cedida o alquilada a persona o personas negras, ni tampoco se dará permiso o licencia para usar ni ocupar ninguna parte de éstas a ningún negro que no sea criado de la casa o conserje o chófer empleado en ella tal como se ha estipulado.

«Pacto de restricción, formulario estándar»,
redactado para la Junta Inmobiliaria de
Chicago por Nathan William MacChesney, de la
Comisión Planificadora de Chicago, 1927

El verano ya estaba en declive cuando Letitia recibió por fin la bendición que había estado esperando. Para entonces, las tribulaciones que había vivido en Ardham ya le parecían un recuerdo lejano, y hubo momentos, a medida que junio se convertía en julio y

julio en agosto, en que se preguntó si se habría equivocado al creer que Dios le tenía reservado algo especial. Quizá la virtud de ayudar a Atticus a encontrar a su padre ya fuera supuestamente una recompensa en sí misma; eso, y el hecho de llegar a casa con vida después.

Si ése fuera el caso, ella lo habría aceptado y habría estado agradecida. Por mucho que su hermano Marvin afirmara lo contrario, Letitia sabía que no podía creer que Dios le debiera nada. Pero también sabía que el Señor se mueve a su ritmo, y que a menudo la paciencia forma parte del precio que él se cobra a cambio de darnos lo que quiere darnos.

Cuando por fin llegó, la bendición fue todo lo que ella había esperado y más. Pero Letitia se había equivocado en una cosa: sus tribulaciones no se habían terminado.

Se presentó en la Agencia de Viajes Seguros para Negros el mismo día en que había depositado el cheque. George estaba solo en la oficina, revisando las pruebas de la edición de otoño de la guía. Letitia fue al grano.

—Bienes inmuebles —dijo George—. ¿Te ha tocado la lotería?

—Más o menos —respondió Letitia—. La semana pasada me llegó una carta certificada. —En realidad, el sobre iba dirigido a la «señorita Dandridge», y como Letitia se estaba alojando en casa de Ruby, lo normal habría sido dar por sentado que la carta era para Ruby. Pero aquella mañana Letitia estaba sola en casa y le había vencido la curiosidad—. La carta era de un abogado. Y decía que había recibido una suma de dinero de uno de los socios de papá, destinada a pagar una antigua deuda. —«Socio», en el caso de Warren Dandridge, significaba «jugador profesional». El padre de Letitia se había ganado la vida con los naipes: principalmente póquer

y *gin rummy*, aunque jugaba a cualquier juego que pudiera ganar.

—Sé lo que estás pensando —dijo Letitia.

—No estoy pensando nada, cariño. Siempre respeté a tu padre.

—Ya lo sé. Pero serías tonto si no lo pensaras. Papá no era un estafador pero se juntaba con estafadores. Ruby quería quemar la carta.

—Pero tú no, ¿eh?

—Tenía que ir a ver. —Pensando que, aunque fuera una estafa, quizá ella sería capaz de sacarle algún provecho—. El bufete del abogado estaba en un edificio pijo de la calle LaSalle. Los guardias de seguridad ni siquiera me querían dejar entrar en el vestíbulo.

La habían obligado a usar el ascensor del servicio, lo cual la había tranquilizado. Hacerse el difícil era un viejo truco de estafador, pero contratar a un abogado blanco en un edificio de blancos era tomarse muchas molestias para engañar a alguien, y ella no creía que los amigos de su padre tuvieran mucho respeto por la inteligencia de las mujeres.

—¿Y el abogado no te dijo quién era el socio? —preguntó George.

—No. Para eso justamente estaba el abogado, porque el socio quería permanecer en el anonimato.

—Hum.

—Lo sé —contestó ella—. En cuanto me lo dijo, no me cupo duda de que me iba a pedir un adelanto, alguna clase de honorarios. Pero no me pidió nada, ni siquiera una firma. Sólo tuve que enseñarle mi carnet de conducir y él me entregó un cheque.

—¿Por cuánto era el cheque?

—¿Esto queda entre nosotros?

—Por supuesto.

Ella le indicó la cantidad.

—Vaya —se asombró George—. Con eso te puedes comprar un apartamento. Uno pequeño, por lo menos. En caso de...

—En caso de que el dinero sea real, sí. Lo sabré bien pronto. Pero, entretanto, la razón de que esté aquí es que quiero algo más que un simple apartamento.

—¿Una casa?

Ella vaciló, sin saber qué nombre darle a su deseo.

—Un sitio —dijo por fin—. Con espacio suficiente para que Ruby y yo no estemos siempre tropezándonos la una con la otra, y un cuarto para que Marvin se quede cuando nos visite, y habitaciones libres para alquilar...

George sonrió.

—¿Quieres ser casera?

—Sé que no tiene mucho glamour —admitió ella—. Pero sí, creo que me gustaría. —Letitia contempló con expresión calculadora la oficina—. Y quizá también espacio para montar un negocio propio...

—Bueno, admiro tu ambición —dijo George—. Pero, por mucho que puedas juntar la entrada de un sitio de ese tamaño, ya sabes que ningún banco te va a dar una hipoteca.

Letitia asintió con la cabeza. Como a los bancos no les gustaba invertir en los vecindarios de color, o en los vecindarios con más números de llenarse de gente de color, a los negros les resultaba casi imposible obtener préstamos hipotecarios, y la mayoría se veían obligados a recurrir a contratos de financiación. La estructura de pagos era parecida a una hipoteca, pero la propiedad no era tuya hasta que terminabas de pagarla, y si incumplías un pago, aunque fuera el último, perdías todo lo que habías invertido. La ventaja era que cualquiera podía conseguir aquellos contratos: a menudo, los vendedores estaban ansiosos por ofrecérselos a aquellos compradores que pensaban que no podrían pagar, porque eso les permitía cobrar múltiples entradas por la misma propiedad.

—El otro problema —añadió George— es encontrar el sitio. No hace falta que te diga cómo está la situación de la vivienda.

—Bueno, en ese sentido... —dijo Letitia—. Estaba pensando en

intentar ser pionera.

—¿Quieres comprar una propiedad en un vecindario de blancos?

—Sé que conoces a gente que lo ha hecho. Como el señor y la señora Powell. ¿No los ayudaste a comprar en East Woodlawn, cuando prácticamente no había negros viviendo allí?

—Sí —admitió George a su pesar—. Pero lo que pasó con Albert y Thea es la crónica de un éxito pero también un cuento de miedo.

—Explícamelo pues —suplicó Letitia—. ¿Cómo sucedió?

—Bueno —dijo George—. Fue hace seis años, justo después de que el Tribunal Supremo dictaminara que los acuerdos inmobiliarios racistas eran inconstitucionales. Albert y Thea tenían bastante dinero ahorrado y llevaban más tiempo que nadie queriendo comprar una casa, de forma que interpretaron el dictamen como una buena señal. Y entonces Albert vino a verme y me preguntó si conocía a un agente inmobiliario de confianza.

»Pero, fíjate, lo que los jueces dijeron en realidad fue que los acuerdos restrictivos en materia racial no son ejecutables ante un tribunal. Los propietarios, sin embargo, pueden cumplirlos de forma voluntaria, y la mayoría de la gente blanca, a menos que esté desesperada, no va a venderle una propiedad a alguien de color si eso le va a costar perder todas sus amistades. De forma que Albert necesitaba a un agente dispuesto a hacer el trile y también a una persona blanca que hiciera de hombre de paja.

—¿Para comprar la casa por él, quieres decir? ¿Tuvo que pagar a alguien para eso?

—Así es como suele funcionar —dijo George—. Ahí Albert tuvo un poco de suerte. Su hermana está casada con un blanco. Judío —aclaró—, pero lo bastante alemán para pasar por luterano. Así que Albert hizo que su cuñado le comprara la casa, usando el dinero de Albert y de Thea, con el entendimiento de que en cuanto estuviera cerrado el trato el título de posesión les pasaría a ellos.

»El siguiente paso era tomar posesión. Aun con el Tribunal

Supremo de su lado, a Albert y a Thea les preocupaba que sus nuevos vecinos pudieran intentar impedirles que se mudaran allí. De forma que lo hicieron a escondidas: fueron a la misa del sábado por la noche, le pidieron a san Judas que los amparara e hicieron la mudanza la mañana siguiente mientras los vecinos estaban todos en la iglesia. En cuanto terminaron de descargar la furgoneta, Albert llamó a la policía local para informarles de que se acababa de mudar a su distrito una pareja de negros que seguramente iba a necesitar protección.

»Por supuesto, la policía hizo justo lo contrario y se lo dijo a los vecinos. El lunes por la mañana, cuando Albert y Thea se fueron a trabajar, todas las demás casas de la manzana ya tenían letreros diciendo: SOMOS UNA COMUNIDAD BLANCA. FUERA INDESEABLES.

»Eso fue el lunes. El martes por la noche alguien tiró un ladrillo por la ventana delantera de la casa de Albert y Thea. Él volvió a llamar a la policía, y, como no hicieron nada, llamó a la NAACP y a la Comisión de Relaciones Humanas del ayuntamiento. Yo también hice unas cuantas llamadas. Al final, la policía estacionó un coche patrulla delante de la casa. No sirvió para nada. Aquel primer año hubo treinta y nueve casos de vandalismo, incluyendo dos intentos de incendiar la propiedad. Y, por supuesto, Thea y él no podían ni caminar por su calle sin que la gente los insultara...

Letitia asintió con la cabeza, entendiendo lo que George le estaba intentando hacer comprender, pero ansiosa por decir la suya también.

—Pero al final se quedaron la casa, ¿no?

—Oh, sí —dijo George—. Albert encaneció prematuramente por culpa de pasarse un año sin dormir, y Thea tuvo un ataque al corazón, pero se quedaron la casa... —Negó con la cabeza—. Todo esto lo estás planeando en serio, ¿no?

—Bueno, George —repuso Letitia—. No me imagino al Señor dándome esta oportunidad si no quisiera que yo la aprovechara.

—¿Y Marvin y Ruby están de acuerdo?

Una cosa que el abogado había recalcado: el cheque estaba destinado a las hijas de Warren Dandridge. De forma que Marvin y su escepticismo quedaban fuera. En cuanto a Ruby...

—Sí —afirmó Letitia—. Están de acuerdo.

La inscripción pintada en el cristal esmerilado decía: HAROLD BAILEY, SECRETARIO INMOBILIARIO. Secretario inmobiliario: corredor de fincas negro. No confundir con un agente inmobiliario, a cuya asociación nacional blanca no se podían unir los negros. Un par de adhesivos indicaban que el señor Bailey también era miembro de los Francmasones Prince Hall y de la Orden Mejorada de los Uapitíes.

El despacho del señor Bailey estaba a oscuras y tenía la puerta cerrada con llave. Letitia, plantada junto con Ruby en el pasillo de la tercera planta, intentó controlar su impaciencia.

Un desconocido quizá no hubiera adivinado que eran hermanas. Letitia, esbelta y de piel clara, se parecía a su padre. Ruby, voluptuosa y de piel oscura, se parecía a su madre de joven, aunque a una versión de su madre que se dejaba manipular. Su maleabilidad tenía límites, sin embargo, y dentro de ella había un núcleo genuino de su madre que, si se le daba tiempo, era capaz de emerger como una montaña del mar. El truco era sacarle lo que uno quería antes de que la embarcación embarrancara. De momento, Ruby parecía dispuesta a aceptar el plan de Letitia, pero si tenían que postergar la reunión de esa mañana, existía la posibilidad de que empezara a cambiar de opinión.

—Dijo las nueve en punto...

—Bueno, le prometí a la señora Parker que pasaría a ver a Clarice a las once y media —dijo Ruby—. Y confiaba también en pasar por el sótano de Mandel Brothers a ver si encuentro zapatos para ese

trabajo nuevo de catering que te dije.

—No entiendo para qué quieres empezar otro trabajo —protestó Letitia—. Ahora que tenemos este...

—Claro que no lo entiendes. Porque hay que aprender a conservar un trabajo fijo antes de poder plantearte tener otro.

—Ahora voy a tener trabajo fijo, Ruby. Justamente se trata de eso. ¡Seguridad!

—Sí, la gran casera de la calle del Chollo. —Ruby suspiró—. Todavía podemos donar el dinero a la iglesia.

—¡Ruby! —Letitia se quedó horrorizada—. No se lo habrás contado a nadie de la iglesia, ¿verdad?

—No, no te preocupes, Tío Gilito. No he revelado tu secreto.

—Más te vale. Papá quiso que ese dinero lo tuviéramos nosotras.

Ruby soltó un soplido de burla.

—Como si a ti te importara lo que quería papá.

—¡Sí que me importa! Y me importas tú. —Lo cual provocó otro soplido—. ¿Te quieres pasar el resto de tu vida viviendo en un cuartucho?

—Claro que no. Pero...

—Y con lo mucho que trabajas... ¿Cuándo es la última vez que te encontraste con una fortuna así?

—Nunca —dijo Ruby—. Por eso sé que no he de confiar en estas cosas.

Se abrió una puerta en la otra punta del pasillo. Las hermanas se giraron para contemplar al hombre blanco que acababa de salir a mirarlas.

—¿Señorita Dandridge? —preguntó el hombre.

—Yo soy la señorita Dandridge —dijo Letitia. Sintiendo que Ruby se encrespaba a su lado, añadió—: Somos las dos.

—Me llamo John Archibald y soy amigo del señor Bailey. Él me ha pedido que les diga que no va a poder reunirse hoy con ustedes.

—Oh.

—También me ha explicado a qué han venido. Si lo desean, yo estaré encantado de ayudarlas en su lugar. —El hombre se adentró más en el pasillo mientras decía esto, y Letitia, mirando la puerta abierta que había más allá de él, vio las palabras AGENTE INMOBILIARIO pintadas del revés en el cristal—. Por supuesto —añadió, notando que ella vacilaba—, si prefieren esperar al señor Bailey...

Ruby estaba estirando del brazo de Letitia, como diciéndole: «Vámonos». Pero podía pasar otra semana entera antes de que Ruby volviera a tener un rato libre. Era demasiado tiempo.

—Usted y el señor Bailey —dijo Letitia— ¿son sólo amigos o...?

—Socios —indicó el señor Archibald—. Socios sin voz.

—Éstos son todos vecindarios blancos.

—Sí —aseguró el señor Archibald—. Es lo que Hal me ha dicho que les interesaba.

—A mí nadie me ha dicho nada de vecindarios blancos. —Ruby miró acusadoramente a Letitia, que se puso de inmediato a pasar las páginas de una carpeta de tres anillas que les había ofrecido el señor Archibald.

—No termino de entender estos precios —dijo Letitia—. Mire estos dos edificios de aquí: se ven casi iguales, en términos de metros cuadrados y tamaño de la parcela. Pero el primero es mucho más barato. —Le enseñó el listado.

—La diferencia es la ubicación —le explicó el señor Archibald.

—Pero si están en la misma calle.

—Pero en manzanas distintas. En la manzana de ese primer inmueble los propietarios todavía son todos blancos. Y no hace falta que les diga que puede resultar difícil ser el primer negro que entra en una manzana...

—No queremos nada difícil —dijo Ruby—. Eso está claro.

—... Así pues, en este caso el vendedor, un inversor que Hal y yo conocemos, ha aceptado ofrecer lo que llamamos un descuento de primera incursión. En cuanto se cierra esa primera venta, las siguientes ya resultan mucho más fáciles. Y al final, como en el caso de esa segunda propiedad, las cosas llegan a un punto de inflexión en el que la propiedad de la manzana entera puede cambiar en sólo un año o dos.

—Muchas comisiones para usted —dijo Letitia.

—Muchas comisiones para mí y también para el señor Bailey —la corrigió él—. Y muchos nuevos hogares para familias negras que lo merecen.

Letitia asintió con la cabeza.

—Muy bien —observó.

No estaba muy bien, pero tampoco se podía escandalizar demasiado por una práctica de la que confiaba beneficiarse. El problema verdadero era que, incluso con aquellos descuentos de primera incursión, no estaba segura de que le llegara el dinero para lo que ella quería, y por mucho que se las diera de hombre íntegro, ella tenía claro que el señor Archibald estaría encantado de aceptar su dinero por una propiedad que ella terminaría no pudiendo pagar.

Pasó otra página de la carpeta.

—Esto no puede estar bien —musitó, leyendo la cotización—. Este precio no puede estar bien, ¿verdad?

El señor Archibald se inclinó hacia delante para ver qué propiedad estaba mirando ella.

—Ah —dijo—. La casa Winthrop.

—¿La casa qué?

—Es fea —concluyó Ruby.

—Será más bonita cuando sea nuestra —replicó Letitia—. Como los bebés.

Era mediodía del domingo siguiente, y las hermanas estaban plantadas y vestidas para ir a la iglesia delante de un edificio de líneas cuadradas cuyo exterior de ladrillo exudaba el mismo encanto que una escuela pública. Pero lo que importaba a Letitia era el interior. Levantó la vista y vio la pirámide de cristal del tragaluz, que, de acuerdo con la descripción de la inmobiliaria, remataba un atrio de dos plantas rodeado de catorce habitaciones. Catorce habitaciones: el apartamento en el que habían crecido Letitia y sus hermanos sólo tenía dos, más un cuarto de baño compartido en una planta distinta.

La casa Winthrop compartía su angosta manzana con una taberna clausurada y un solar invadido de maleza que en algún momento había sido un parque. La manzana estaba en el lado oeste de una calle de dos carriles. El lado este eran todo casitas unifamiliares, de propietarios blancos. Una mujer sentada en el porche de la casita que había justo delante de la casa Winthrop se había quedado mirando nerviosamente cómo se acercaban Letitia y Ruby y ahora las estaba observando sin tapujos.

—Desde aquí también se tarda mucho más en llegar al trabajo —dijo Ruby.

—Sí, pero cuando llegues a casa te podrás estirar y ponerte cómoda.

—Ya estoy cómoda ahora.

—Aquí estarás más cómoda —insistió Letitia. Volvió a levantar la vista y se quedó mirando una silla oxidada y puesta de forma incongruente en la esquina nordeste de la azotea—. La vista debe de ser bonita. Me pregunto si se podrá ver el lago desde ahí. —Se giró con una sonrisa y se encontró con la mirada hostil de la mujer blanca.

—Sí, una vista preciosa —dijo Ruby, escrutando el otro lado de la

calle—. Estoy segura de que estaremos de lo más cómodas.

El señor Archibald llegó al cabo de unos minutos. Se quitó el sombrero para saludar a la mujer blanca de mirada furibunda e hizo entrar a toda prisa a Letitia y Ruby.

Flotaban motas de polvo en la luz del sol que caía a raudales sobre el suelo de ajedrez del atrio. Una serie de arcos a izquierda y derecha de la puerta principal daban acceso a lo que el señor Archibald identificó como un comedor y un salón, aunque dada la ausencia de muebles a ellas no les quedó más remedio que fiarse de su palabra. Una escalera subía por la pared derecha del atrio hasta una galería trasera, con más puertas visibles por encima y por debajo.

Letitia se acercó a la pieza central del atrio, una figura cubierta con una sábana que se erguía dentro de un parapeto circular de mármol. La descripción de la inmobiliaria mencionaba una fuente, pero a Letitia no se le había ocurrido que pudiera estar dentro.

—¿Puedo? —preguntó.

—Por favor —respondió el señor Archibald.

Letitia cogió un pliegue de la sábana, tiró de ella y desveló una estatua de bronce de una divinidad desnuda.

—Dios —dijo Ruby.

La figura de bronce tenía el pelo recogido con una diadema en forma de media luna y estaba sosteniendo dos antorchas enormes, una en cada mano, con las llamas elevándosele por encima de los hombros. Entre los pechos desnudos le colgaba una llave maestra. A sus pies tenía una cesta llena de serpientes sibilantes, y los tubos de cobre de sus cuerpos enroscados se adentraban en las entrañas de la fuente.

—Hécate —indicó el señor Archibald en tono solícito—. Diosa de

la luna.

—No se gastaba el dinero en ropa, eso está claro —dijo Letitia, dando la vuelta por detrás de la estatua.

Hécate tenía dos caras más en la parte de atrás de la cabeza, como si se hubiera escapado de un circo de monstruos; un coro de sapos, con las mismas espitas en las bocas que las serpientes, formaba un feo montículo detrás de los talones de la diosa.

—Esto se tendrá que quitar.

—Ciertamente, puedo hablar con el vendedor —aseguró el señor Archibald—. Pero tal como les expliqué ayer, bajo los términos del contrato de compra...

—Sí, me acuerdo perfectamente. —Como Letitia no sería dueña de la casa hasta que terminara de pagarla, el vendedor tenía que aprobar cualquier «alteración significativa» de la propiedad—. ¿Está seguro de que no puedo hablar directamente con ellos?

—No, me temo que no.

La descripción de la propiedad decía que la casa Winthrop era propiedad de Fincas Penumbra, una firma que Letitia daba por sentado que estaba gestionada por el amigo inversor del señor Archibald, o quizá por el mismo señor Archibald. Toda comunicación con Penumbra tenía que pasar por él.

—Les transmitiré su preocupación.

—Asegúrese de hacerlo. —Letitia resopló—. A la clase de inquilinos a los que queremos alquilar habitaciones, familias, gente que va a la iglesia, no les va a gustar esto. Ni un pelo. —Mientras lo estaba diciendo, se le ocurrió que los negros del South Side estaban dispuestos a aguantar cosas mucho peores que las estatuas paganas para tener un techo sobre las cabezas. Pero no tenían por qué aguantarlas, pensó; y estaba claro que ella no quería tener que verle la luna a Hécate todos los días.

Desvió su atención a un par de umbrales a oscuras, uno arriba en la galería y otro justo debajo, los dos cerrados con rejas de acordeón

de hierro.

—¿Eso es el ascensor? —dijo.

—Sí —afirmó el señor Archibald—. El hombre que construyó la casa, Hiram Winthrop, lo hizo instalar para su mujer. Ella había tenido la polio —les explicó.

—¿Oyes eso, Ruby? —dijo Letitia—. La polio. Como Marvin.

—Marvin no tiene problemas para subir escaleras —contestó Ruby.

—Bueno, pero hay gente que sí los tiene. Podría ser un argumento de venta, de cara a los inquilinos. —Gente mayor, pensó. No hacían ruido. Era fácil llevarse bien con ellos. Pagaban el alquiler a tiempo.

—El ascensor necesita reparaciones —señaló el señor Archibald, y la delicadeza con la que lo dijo dejó claro de quién era la responsabilidad.

Ruby soltó un soplido de burla.

—Ya me parecía a mí. ¿Qué más le pasa a esta casa?

—Hay que mirar el cableado. Ahora mismo la electricidad está desconectada, pero el último ocupante informó de que los fusibles saltaban todo el tiempo. También...

—No —dijo Ruby—. ¿Qué le pasa? —Clavó en el hombre una mirada de ojos entrecerrados: su madre se asomó desde las profundidades—. Una casa de este tamaño, a este precio tan bajo, ¿y está dispuesto a vendérnosla a nosotras? No puede ser por un simple fusible. ¿Por qué no nos lo quiere decir?

El señor Archibald vaciló. Estaba claro por su expresión que había estado esperando aquella pregunta y que incluso estaba aliviado de que hubiera salido a colación; aun así, no estaba seguro de cómo contestar.

Letitia le ahorró la molestia:

—Está encantada.

—¿Qué? —dijo Ruby.

—Es una casa encantada. ¿Qué otra cosa puede ser? —Miró al señor Archibald, que confirmó su conjetura a base de no negarla—. ¿Y quién es el fantasma? ¿La señora Winthrop? ¿Se pasa la noche recorriendo los pasillos con su silla de ruedas?

—De verdad que no lo sé —confesó el señor Archibald—. Yo...

—Un momento —soltó Ruby—. ¿Esto es verdad?

—Yo sólo he oído las historias. —El señor Archibald levantó una mano, palabrita del niño Jesús—. Nunca he experimentado personalmente ningún fenómeno, ni tampoco lo espero. Pero es verdad que los ocupantes anteriores han denunciado... incidentes. Golpes en plena noche. Y todos los últimos intentos de vender la casa han terminado con los compradores echándose atrás.

—¿Y cuándo exactamente tenía usted planeado mencionarnos esto?

—Señorita Dandridge, por favor. No estaba intentando ocultarles información a ustedes. Pero me considero a mí mismo un hombre racional. No creo en...

—No pasa nada —dijo Letitia—. No nos dan miedo los muertos.

—¡Letitia!

—Pero una cosa. Ahora que ha salido la verdad, ¿cree usted que el vendedor nos bajaría todavía más el precio?

—¡Letitia!

—¡Ruby! —contestó ella, replicando exactamente su tono—. ¡Tiene ascensor!

La primera invitada que llegó a la fiesta de inauguración de la casa fue la mujer de George, Hippolyta. Llegó a bordo de su Buick Roadmaster, con Horace sentado a su lado y un bastidor de cama amarrado a la capota.

El ascensor todavía no funcionaba, así que tuvieron que subir el

bastidor a pulso por la escalera —Letitia y Horace cogiéndolo por un extremo e Hippolyta, con su metro ochenta de altura, por el otro— y meterlo en la habitación que Letitia había elegido para ella, donde ya esperaban el somier, el colchón y las sábanas. Después de hacer la cama, Letitia dio un paso atrás y respiró hondo, casi esperando despertarse bajo las sábanas del apartamento antiguo de Ruby. Pero la casa de sus sueños permaneció sólida a su alrededor, de forma que respiró hondo otra vez, se rio y se dirigió a Hippolyta:

—Ven —le dijo—. Te enseño la casa.

Salieron a la galería y sorprendieron a Horace en la planta baja, asomándose por debajo de la sábana de Hécate.

—¡Cuidado! —lo avisó Letitia, provocando que Horace diera un respingo—. ¡Te quedarás ciego! —Y se volvió a reír—. Ven arriba, hay algo que os va a gustar a tu madre y a ti.

Los llevó a una habitación de la esquina sudoeste de la segunda planta. Seguramente había sido concebida como estudio, a juzgar por su estantería empotrada, y Letitia tenía planes de convertirla en un dormitorio rentable. Pero de momento albergaba el juguete enorme de un hombre rico.

El señor Archibald había denominado a aquel trasto «planetario»: un modelo del sistema solar, aunque el sistema que representaba no era el de nuestro sol, sino el de una estrella doble. Los soles gemelos eran sendas esferas de oro y de plata montadas sobre un eje central. Organizados a su alrededor por medio de una serie de brazos metálicos de longitudes variables, había once planetas, algunos con satélites propios, así como un cometa hecho con un trozo tallado de cuarzo blanco. El aparato estaba instalado sobre una mesa metálica baja cuyo tablero de cristal permitía ver una serie de engranajes complejos.

—Uaau —dijo Horace.

Hippolyta no dijo nada, pero se le abrieron los mismos ojos como platos que a su hijo cuando se inclinó para examinar uno de los

planetas más grandes, una bola de cristal llena de un fluido que formaba franjas y remolinos parecidos a la atmósfera de Júpiter.

—Ya os dije que os gustaría. Y se mueve. Horace, agáchate y dale a esa palanquita que hay ahí, en la base. —El chico obedeció entusiasmado.

El planetario cobró vida: los soles se pusieron a danzar sobre su eje y los brazos metálicos giraron. Los engranajes expuestos emitían un ruidoso tic, tic, clac, pero el movimiento de los planetas era fluido, y si mirabas desde cierto ángulo, podías hacer que desaparecieran los brazos y que todas las bolas parecieran flotar libres.

Letitia miró de reojo a Hippolyta, que en aquellos momentos parecía la niña más alta del mundo en plena mañana del día de Navidad.

—Si lo queréis, quedáoslo.

—¡Mamá! —dijo Horace—. ¡Sí!

—Oh, no... —La cara de Hippolyta estaba diciendo «ya me gustaría».

—No se lo puedo vender a un anticuario —explicó Letitia—, porque no es mío. Pero mi contrato no dice que no lo pueda prestar. Y sé que vosotros lo disfrutaréis.

—Mamá...

—Pero ¿dónde lo pondríamos?

—¡En mi habitación! —exclamó Horace.

—Ajá. Y cuando hayamos sacado tu cama para hacerle sitio, ¿dónde vas a dormir?

—¡En el suelo! —E hizo una demostración, tumbándose boca arriba en el suelo de madera dura mientras los planetas giraban por encima de él.

—También podéis quedaros las fotos —dijo Letitia. La pared de delante de la librería estaba decorada con una serie de placas fotográficas de cristal grueso que mostraban cúmulos de estrellas.

Hippolyta fue a mirarlas más de cerca.

—Qué raro, no conozco ninguna de estas constelaciones —musitó al cabo de un momento. Observó con curiosidad una imagen de una galaxia en espiral etiquetada como EL PULPO QUE SE AHOGA—. ¿Sabes dónde hicieron estas fotos? —Letitia dijo que no con la cabeza.

Horace, que volvía a estar de pie, abrió una puerta estrecha que había a un lado de la librería.

—¿Qué hay aquí dentro?

—Una escalera que va a la azotea —contestó Letitia—. No subas. —Y luego le dijo a Hippolyta—: Te estoy ofreciendo darte esto en serio. Quizá lo puedas poner en tu azotea.

—Sería toda una hazaña subirlo a la azotea —dijo Hippolyta, riendo—. Habría que desmontarlo sólo para sacarlo de esta habitación.

—¡Yo puedo desmontarlo! —se ofreció Horace—. ¡Y luego volverlo a montar! Podemos...

La puerta del pasillo se cerró de un golpe. Horace dio un brinco y su madre se sobresaltó también. Sólo Letitia mantuvo la calma, por lo menos externamente, y ni siquiera pestañeó.

—Es una casa vieja con corrientes de aire —dijo.

Llegaron más invitados. Algunos trajeron muebles, y otros comida y bebidas para la fiesta. Árbol Hawkins, el portero del Denmark Vesey's, se trajo a sí mismo y a tres amigos suyos igual de grandes que él. Llegaron en un Cadillac herrumbroso con el silenciador roto para que su llegada no pasara por alto a nadie en el vecindario; su plan era escabullirse por la puerta de atrás al final de la velada y dejar el coche allí a modo de advertencia a los vecinos. Como causaras problemas, tendrías que vértelas con gigantes.

Al anochecer ya había más de cincuenta personas en la casa; más cuerpos cálidos de los que la casa Winthrop había visto en años, o quizá en toda su historia. Después de echar un vistazo al bufet disponible en el comedor, Letitia se paró a charlar con el padre de Atticus, cuyo regalo de estreno de la casa había sido una escopeta y una caja de cartuchos.

—Tres —dijo Montrose, señalando el retrato familiar que colgaba sobre la chimenea del comedor: Hiram Winthrop, su mujer y un chico más o menos de la edad de Horace—. Todo este espacio para tres personas.

—Para dos, en realidad —indicó Letitia—. He estado haciendo averiguaciones. Resulta que la señora Winthrop murió justo antes de que se mudaran aquí. O sea, que vinieron él y el chico solos. Y los criados, claro. —Los aposentos de los criados estaban en el sótano, debajo de la cocina y de la lavandería.

—¿Sabes cómo hizo fortuna?

—La fortuna familiar le venía de una serie de plantas textiles que tenían en el este. Pero me da la impresión de que al viejo Hiram le gustaba más gastar dinero que ganarlo.

—Plantas textiles —gruñó Montrose—. Fortuna algodonera.

—Sí, tiene gracia cómo todo vuelve, ¿no?

Árbol y los otros porteros habían sacado instrumentos, y algunos de los invitados estaban bailando, o intentándolo. La banda no paraba de perder el tempo, provocando los gemidos, en su mayoría afables, del público.

Letitia se acercó a Charlie Boyd, que estaba sentado en el borde de la fuente. Ahora Hécate llevaba la sábana atada en torno al cuerpo como una toga y alguien le había colgado un banderín de los Bisontes de la Universidad de Howard de una de las antorchas.

—¿Qué le pasa a Árbol? —preguntó Letitia—. Normalmente no tocan tan mal.

Charlie se encogió de hombros.

—Me da la impresión de que no es su primera fiesta del día. Pero Árbol asegura que son las malas vibraciones.

—¿Vibraciones?

—A través del suelo. —Charlie imitó el gesto de golpear con una escoba en el techo—. No tienes a nadie viviendo ya en el sótano, ¿verdad?

—Todavía no. Pero hay unas literas bien majas, si te interesa.

—Gracias, ya vivo en un sótano. Pero si me quieres alquilar una de esas habitaciones del piso de arriba...

—Ya hablaremos —le prometió Letitia—. ¿Has visto a Atticus?

—Estaba hablando de subir a la azotea.

El interruptor de la pared de la sala del planetario hizo clic inútilmente, pero a la luz del pasillo Letitia pudo ver que estaba abierta la puerta de la azotea. Rodeó con cuidado el planetario y mientras lo hacía vislumbró algo pequeño y provisto de muchas patas que nadaba en el fluido del gigante gaseoso en miniatura. Pero era un simple efecto óptico de las sombras y se esfumó en cuanto ella lo miró directamente.

En la azotea, las chimeneas se erguían como megalitos alrededor de la pirámide del tragaluz. Atticus estaba en la otra punta, sentado en la silla y de espaldas a ella. Letitia estaba a punto de llamarlo cuando la atenazó una duda repentina, otro efecto óptico que provocó la ilusión de que la figura de la silla tenía una mata de pelo blanco y liso peinado hacia atrás sobre un cuello pálido.

Luego, Atticus se dio la vuelta con una sonrisa.

—Eh —dijo—. ¿Te he dicho ya que estás muy guapa esta noche?

Ella giró escuetamente sobre sí misma junto al tragaluz y el gesto le recordó al sitio de donde venía aquel vestido. Y se lo recordó también a Atticus. Su sonrisa se desvaneció.

Letitia se le acercó y se quedó de pie junto a él. Al otro lado de la calle, los vecinos también habían montado una fiesta. «Peor música, peor bebida», pensó, acordándose de un comentario que le había

hecho una vez su padre sobre las fiestas de los blancos.

—Se han estado portando bastante bien —le dijo Atticus espontáneamente—. Antes había unos chicos en el jardín intentando dinamitar el Cadillac de Árbol con la mirada, pero se han terminado desanimando y se han vuelto a su casa. No creo que tengas ningún problema esta noche. Mañana... —Se encogió de hombros.

—No estoy preocupada —dijo Letitia automáticamente.

—Pero Ruby sí. Y la verdad es que la entiendo.

—¿Ruby te ha dicho algo? ¿Cuándo, ahora?

—Me la encontré hace unos días por la calle. Mira, Letitia, sé que no es cosa mía...

—En eso tienes razón —señaló ella—. Y si tanto te preocupamos, ¿cómo es que Ruby se tiene que encontrar contigo? ¿Cuánto hace que volvimos ya, tres meses? Y en todo ese tiempo ¿cuántas veces me has llamado o has venido a ver cómo estoy?

—Lo sé —dijo, asintiendo con la cabeza—. Lo sé y lo siento. Pero después de lo que pasó, me pareció que guardar las distancias sería menos peligroso para ti. Por si acaso no se ha terminado todo.

—Sí, ya me lo imaginaba. Pero podrías haber tenido la cortesía conmigo de preguntarme si yo quería que me protegieras de esa manera. ¿O es que no me lo he ganado?

Atticus no tenía respuesta para aquello. Apartó la vista hacia la oscuridad de la noche y fingió que le interesaban las luces de navegación de un avión que pasaba.

Al cabo de un momento, Letitia dijo:

—Me he enterado de que ahora trabajas para George.

—No está tan claro —dijo Atticus—. Le he estado haciendo trabajillos, sobre todo investigación para la guía. De vez en cuando me manda a explorar.

—¿Como Hippolyta?

—La tía Hippolyta elige adónde va. A mí George me da una lista y me paga la gasolina y los gastos.

—Pues a mí me suena a trabajo.

—Mi padre lo llama «hacer como que trabajo». Me ha estado insistiendo para que deje de hacer el tonto y use los beneficios del ejército para ir a la universidad. Y no se equivoca —dijo Atticus—. Pero no sé... Sigue habiendo algo sin resolver.

—Bueno, si quieres hacer como que trabajas más —empezó Letitia—, por aquí nos iría bien un poco de ayuda. ¿Sabes algo de reparar ascensores?

—Eso parece un trabajo para papá. Se lo deberías pedir a él.

—Te lo estoy pidiendo a ti. No te puedo pagar un sueldo, pero te puedo alojar gratis cuando no estés viajando para George. Así puedes alejarte un poco de tu padre, si quieres.

Atticus lo pensó:

—O sea, ¿que sería tu manitas de guardia? ¿Y quizá también el encargado de controlar a los vecinos?

—No iría mal —reconoció Letitia—. Quizá podrías llevar el uniforme de vez en cuando, para que sepan que aquí vive un soldado.

—Muy bien. —Él asintió con la cabeza—. Lo único es que mañana me voy a Colorado a inspeccionar una cadena nueva de moteles y a hablar con unos dueños de gasolineras para ver si quieren vender la guía. Pero debería estar de vuelta el viernes. ¿Ruby y tú estaréis bien solas hasta entonces?

—Claro que sí. Y no estaremos solas. —Letitia sonrió—. Tendremos al Espíritu Santo vigilándonos.

Venía la madre de Letitia a ver la casa. Letitia se las había apañado para que la visita se le fuera completamente de la cabeza, hasta que el lunes a media mañana se despertó con un sobresalto y se dio cuenta de que sólo tenía unos minutos para prepararse.

Salió corriendo a la galería y descubrió desolada que también se había olvidado de limpiar después de la fiesta del sábado por la noche: los azulejos blancos y negros del atrio estaban sepultados debajo de una montaña de confeti de colores, y había serpentinas por todas partes. Y cuando se asomó al comedor (tras alcanzar la planta baja sin dar un solo paso) vio todavía más porquería: platos y vasos atiborrando la mesa, y manchas en las paredes, que tendría que frotar.

¡Y Hécate! La diosa no sólo volvía a estar desnuda, sino que se había vuelto todavía más obscena, con unos pechos y un trasero más grandes y la comisura de la boca vuelta hacia arriba en una sonrisita cruel, como si ya se estuviera imaginando la reacción de la madre de Letitia. Ésta se llevó una mano a la boca, horrorizada: «¡Mamá me va a dar una tunda, está claro!».

Dio media vuelta con la intención de volver corriendo a la cocina, encontrar una escoba y barrerlo todo —el confeti, la vajilla, a Hécate, todo—, pero la diosa le puso una pesada mano de bronce en el hombro y la inmovilizó. Fuera se cerró de golpe la portezuela de un taxi, y Letitia oyó que su madre le decía al taxista que tuviera cuidado con su maleta.

Una luz centelleó debajo de la galería. El ascensor estaba subiendo del sótano y su interior blanco resplandeciente brillaba como un faro. Dentro iba Hiram Winthrop, que fulminó con la mirada a Letitia desde el casco de cristal del traje espacial que llevaba puesto. Letitia parpadeó, y la cabeza de Winthrop fue reemplazada por un remolino de oscuridad en el que flotaban criaturas de muchas patas.

Mientras el ascensor seguía subiendo, Hécate la agarró más fuerte, aplastándole el hombro. Su madre estaba aporreando la puerta de la casa.

—¡Letitia! —llamó—. ¡Sé que estás ahí dentro! Le...

—... Titia.

Letitia se incorporó hasta sentarse en la cama, a oscuras, con la mano de su hermana en el hombro.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué?

—Hay alguien en casa —susurró Ruby.

Letitia escuchó y al principio no oyó nada, pero luego captó un ruidito rítmico a lo lejos.

—¿Qué es eso?

Sin esperar respuesta, se quitó de encima la mano de Ruby. Se sentó con las piernas colgando a un lado de la cama y el *shock* del suelo frío en los pies descalzos la terminó de despertar. Sacó la escopeta de debajo de la cama, la abrió, pasó el pulgar por las fundas metálicas de los cartuchos que ya había cargado, la volvió a cerrar de golpe y salió a la galería.

La luna brillaba a través del tragaluz, iluminando el suelo del atrio —el suelo impecablemente limpio, se fijó Letitia— y a Hécate, la diosa en su elemento. Letitia se giró a la derecha y vio que el ascensor, igual que en su sueño, ahora estaba en la segunda planta y tenía la verja abierta.

—Eso es lo que me ha despertado —le dijo Ruby—. He oído que se movía.

Letitia metió la cabeza en la cabina vacía del ascensor, que olía a madera y a cuero rancio. Hizo una pausa para escuchar otra vez. Ahora el ruido rítmico se oía más fuerte: tic, tic, clac; tic, tic, clac.

La puerta de la habitación del planetario estaba entreabierta, dejando salir al pasillo una cuña de cálida luz eléctrica. Letitia contó hasta tres, invocando el nombre del Salvador, y cruzó el umbral. Tic, tic, clac; tic, tic, clac: las estrellas y planetas giraban y zumbaban, y Letitia se puso a hacer lo mismo, barriendo la habitación con el arma de lado a lado y de esquina a esquina. Pero la habitación estaba vacía, al menos aparentemente.

—¿Qué hay, Letitia? —preguntó Ruby desde el pasillo, diez pasos detrás de ella.

—Nada —dijo Letitia. Dio un paso atrás, bajó el arma y la puerta se le cerró de golpe en las narices, provocando que Ruby soltara un chillido.

A continuación le tocó al ascensor, la verja se cerró con un estruendo metálico, y luego empezaron a cerrarse todas las demás puertas de la casa: *pum, pum, pum, pum*.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío —dijo Ruby, y su pánico empujó a Letitia en dirección contraria, del miedo a la furia.

—Joder, Ruby —soltó—. ¡Para de berrear! ¡No es más que ruido!

Y entonces vino el estruendo más grande de todos, una sacudida tremenda, como si alguien hubiera desprendido la casa entera de sus cimientos y la hubiera dejado caer otra vez. Letitia luchó para mantener el equilibrio mientras Ruby se desplomaba contra la pared.

—¡Letitia! —gritó, y el terror a caerse fue lo único que le impidió salir de allí en estampida—. ¡Me quiero ir a casa!

—Ya estás en casa —dijo Letitia. Cuando la casa Winthrop experimentó una segunda sacudida, esta vez ella estaba lista, con los pies plantados como un capitán en la cubierta de un barco en plena galerna. Su barco—. No nos vamos a ninguna parte —indicó—. Ahora ésta es nuestra casa. —Se inclinó en dirección a la galerna—. Estamos en un punto crítico.

Pero Ruby no quiso quedarse.

Poco después del alba, en lo que le pareció una versión invertida de su sueño, Letitia vio que Ruby metía una maleta hecha a toda prisa en la parte de atrás de un taxi.

—¿Adónde vas a ir? —dijo Letitia.

—Lejos de aquí —le contestó su hermana.

Mientras el taxi se alejaba, Letitia sintió que alguien la observaba y miró al otro lado de la calle para ver a la mujer blanca del porche,

cuya expresión petulante hizo que Letitia se preguntara si sabría algo del fantasma. Luego vio el Cadillac de Árbol, todavía aparcado en la acera pero ahora con las cuatro ruedas pinchadas y la expresión NEGROS DE MIERDA toscamente rayada en el capó. «Es esto, entonces —pensó Letitia—. ¿Crees que Ruby se está escapando de esto?» Miró con desprecio al otro lado de la calle hasta que a su vecina se le desinfló la sonrisita como si fuera un neumático pinchado y se acordó de alguna tarea urgente que tenía pendiente dentro.

—No me pienso marchar —le anunció Letitia a la calle vacía.

Cuando volvió a entrar en la casa Winthrop, todo estaba tranquilo, de momento. Las sacudidas y los golpes habían continuado durante un cuarto de hora antes de parar de golpe, dejando tras de sí una sensación de disipación, como si la casa fuera una batería gastada. «¿Cuánto tiempo tardaría en recargarse? —se preguntó Letitia, echándole un vistazo socarrón a Hécate—. ¿Esto va a pasar a diario? ¿Dos veces por semana? A mí me da igual lo que me eches, pero necesito inquilinos, y hasta la gente de South Side puede considerar que los terremotos nocturnos son demasiado. Aunque, bueno, la gente alquila apartamentos todo el tiempo al lado de las vías elevadas del tren.»

Decidió que ya se preocuparía de aquello después del desayuno y puso rumbo a la cocina, donde se fijó en que los temblores no habían movido para nada las bandejas, ollas y sartenes, la mayoría de las cuales habían venido con la casa. Ahora que lo pensaba, tampoco se había caído ninguna de las placas fotográficas de la habitación del planetario. De forma que al fantasma no le gustaba dañar su propia casa. Interesante.

Letitia sacó un cuenco y una caja de un preparado en polvo para hacer panqueques. Estaba cogiendo una taza de medir cuando oyó un chirrido suave de bisagras detrás de ella. Se metió por el pasillo que conectaba la cocina con la lavandería y se encontró la puerta del

sótano abierta. Se quedó mirando los escalones que bajaban a la oscuridad. Se inclinó hacia delante con cuidado y encendió el interruptor de la luz. No pasó nada. Se acordó de la caja de fusibles que había al pie de la escalera y pensó: «Quizá más tarde». Cerró la puerta del sótano y regresó a la cocina.

Letitia volvió a coger los polvos para hacer panqueques y notó con medio segundo de retraso un ruidito extraño como de algo que escarbaba dentro de la caja. Vació la caja sobre el cuenco y de ella cayó una catarata de cucarachas, gusanos, arañas y otras criaturas que reptaban y se retorcían. Un ciempiés enorme salió correteando del vaso de medir por el dorso de su mano, y ella se apartó de un salto, chillando y agitando el brazo. La caja cayó al suelo con un estremecimiento y sus costados empezaron a inflarse. Letitia vislumbró una masa de gusanos rojos que salían a borbotones de una fisura en el cartón y se marchó corriendo cruzando una puerta giratoria hasta el atrio.

Se quedó de pie debajo de la galería, mirando la grieta de la parte inferior de la puerta giratoria. A medida que remitían las palpitaciones de su pecho, oyó un ruido de agua que corría. Echó un vistazo a Hécate, pero la fuente estaba seca. Salió de debajo de la galería y levantó la vista.

Subió con cautela la escalera. Estaba saliendo vapor del cuarto de baño principal contiguo a su dormitorio. Dentro, la bañera estaba a punto de desbordarse, y en el agua flotaba lo que a primera vista a Letitia le pareció que era un cuerpo, inflado y morado. Luego captó un centelleo de lentejuelas. Se puso de rodillas junto a la bañera, cerró el grifo y metió la mano en el agua caldeada para agarrar el vestido empapado. El púrpura se le escurrió entre los dedos, mezclándose con el tinte de media docena de vestidos más, todos echados a perder.

Se quedó allí de rodillas, al borde del llanto, hasta que algo le hizo girar la cabeza y mirar el espejo de encima del lavamanos. En la

condensación del cristal acababa de aparecer un insulto muy parecido al que había rayado en el Cadillac de Árbol, pero precedido por otra palabrota más corta dirigida a ella. Letitia parpadeó como si la acabaran de abofetear. Por un momento, las sensaciones abandonaron su cuerpo.

Luego la invadió la rabia, se incorporó y echó a andar.

Agarró la escopeta y se fue hacia la sala del planetario. La puerta se cerró de golpe mientras se acercaba, pero ella puso la directa y disparó uno de los cañones a bocajarro, reventando el pomo y abriendo un agujero circular de un palmo a su alrededor. Tras abrir la puerta de un empujón cruzó el umbral y apuntó al planetario.

Mientras pulsaba el gatillo, una fuerza invisible empujó hacia arriba el cañón de la escopeta. El disparo hizo un agujero en el techo. Letitia se quitó el polvo del yeso de los ojos y agarró la escopeta como si fuera un bate de béisbol. Pero el fantasma le arrancó el arma de las manos, y luego ella sintió que algo la cogía de los hombros y la impulsaba hacia atrás de vuelta al pasillo. La puerta, o lo que quedaba de ella, se volvió a cerrar de golpe.

—¡Tarde o temprano terminaré entrando! —gritó Letitia. Le dio una patada a la puerta, luego agachó la cabeza y miró amenazadoramente por el agujero—. Y cuando entre, voy a desmontar ese juguete tuyo pieza a pieza. ¡Intenta pararme si te atreves!

Con un traqueteo y un estruendo, la reja del ascensor se abrió de repente. Letitia puso la espalda recta y se giró hacia el ruido, sintiendo una punzada repentina de miedo. El fantasma le volvió a poner las manos sobre los hombros; ella intentó resistirse pero no tenía nada sólido a lo que golpear, y se vio arrastrada, pataleando y dando manotazos, hasta la galería.

La cabina del ascensor ya no estaba en la segunda planta, ni tampoco en la primera. El fantasma empujó a Letitia hasta el borde del hueco abierto del ascensor; ella se agarró al borde de la reja con

una mano extendida y se aferró con ferocidad mientras la impulsaban al abismo.

—¿Qué vas a hacer? —gritó—. ¿Me rompes el cuello y luego qué? ¿Te crees que no voy a volver a acosarte yo a ti? ¡Adelante! ¡Conviérteme en fantasma! Ya verás adónde te lleva eso.

La fuerza que la estaba empujando se relajó. El aire que la rodeaba bullía de malicia, pero Letitia también sintió incertidumbre.

—Ya sé que tú estabas aquí primero —dijo Letitia—. Ya sé que crees que ésta es tu casa. Pero no te la vas a poder quedar para ti solo, ya no. Porque yo me quedo. Viva o muerta, en guerra o en paz. Es cosa tuya.

Una sacudida repentina la hizo soltar la reja. Letitia ahogó un grito, cerró los ojos y encomendó su alma al Señor.

Pero el fantasma no la arrojó al hueco del ascensor, sino que la apartó de él; y mientras Letitia se desplomaba contra la barandilla de la galería, oyó que la reja se cerraba con un ruido metálico.

Miércoles por la noche.

Se había incendiado un bloque de apartamentos de la calle State. Los inquilinos del edificio estaban congregados en la acera, esperando a que se marcharan los bomberos para poder volver a entrar; ya fuera para recuperar sus posesiones o, a falta de algo mejor, para reclamar sus apartamentos inundados y quemados.

Letitia se fijó en el gentío desde una parada de autobús cercana, básicamente con la cabeza en otra parte. Le había costado poco más de veinticuatro horas encontrar a Ruby en su antiguo piso de una sola habitación, a cuyo contrato de alquiler resultó que nunca había renunciado. Letitia había ido con la intención de persuadir a su hermana para que le diera otra oportunidad a la casa Winthrop, pero el descubrimiento de que Ruby había mantenido todo aquel tiempo

una ruta de escape abierta le pareció a Letitia un acto de traición, como si Ruby le hubiera hecho una promesa con los dedos cruzados.

Ruby no quiso oír hablar del tema.

—¿Tú estás enfadada conmigo? —le dijo—. ¿Me arrastras a vivir en una casa con fantasmas y como no sale bien es culpa mía?

—Pero ¿cómo va a salir bien si ni siquiera te quieres comprometer?

—Comprométete tú —le dijo Ruby—. Te puedes quedar la casa y el dinero, no me importa. Es todo tuyo. Es lo que querías a fin de cuentas.

—¡No es lo que yo quería! ¡La casa es para nosotras, Ruby! Para *nosotras*.

—Sí, comprométete a eso también. Lo que sea que te tranquilice la conciencia.

Aquello no era justo, pensó Letitia con petulancia. Por supuesto que quería la casa para ella —claro que sí—, pero nunca hacía las cosas sólo para ella. ¿Por qué no podía verlo Ruby?

Se fijó en un hombre negro, alto y de piel clara que estaba entre los inquilinos evacuados por el incendio. Tenía su gorra en las manos y la estaba retorciendo como si fuera un trapo mientras contemplaba una hilera de ventanas chamuscadas del piso superior del edificio de apartamentos. Viendo la confusión que el hombre tenía en la cara, Letitia sintió un impulso redentor de buen samaritano. Antes de que pudiera seguir aquel impulso, sin embargo, una niña que estaba al lado del hombre se giró hacia ella con expresión de recelo.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó la niña en tono imperioso.

—¡Celia! —le dijo el hombre con brusquedad, y le dedicó a Letitia una breve mirada de disculpa. En ese momento llegó el autobús, y Letitia, sintiéndose reprendida, se subió sin decir palabra.

Ya era oscuro cuando llegó a su parada. Desde allí tenía otro kilómetro y medio de camino a pie, y, aunque en las manzanas del trayecto vivía sobre todo gente de color, se mantuvo alerta y no

quitó la mano de la navaja que llevaba en el bolsillo de la falda.

Ya casi había llegado a casa cuando se le puso al lado un sedán Oldsmobile. Letitia lo reconoció: era el coche de uno de sus vecinos del otro lado de la calle. El conductor, un chico rubio que no llegaba a los veinte años, se puso a llamarla:

—Eh... Eh... Eh...

Su madre no había parido a nadie llamado «Eh». Letitia hizo como que no lo oía y siguió caminando.

Más adelante y a la izquierda estaba la taberna clausurada. Por detrás de ella había un callejón que llevaba a la parte de atrás de la casa Winthrop. Letitia se había jurado que no usaría nunca la entrada del servicio, pero el chaval rubio no lo sabía; mientras ella se acercaba a la entrada del callejón, el Oldsmobile aceleró y dio un volantazo para subirse a la acera, cortándole el paso.

—Eh —dijo el chico rubio. Asomó la cara sonriente por la ventanilla del conductor—. ¿Cómo te va? ¿Quieres que te lleve a alguna parte?

Letitia se lo quedó mirando a los ojos fijamente.

—Quiero que te apartes de mi camino, joder.

El chico blanco se echó atrás con una mueca de sorpresa exagerada.

—Uau... Escúchate. —Se abrieron las puertas del otro lado del sedán y salieron dos chavales más. El rubio también abandonó el coche. Los tres la rodearon. Eran todos más altos que ella, pero Letitia puso la espalda recta y agarró la navaja que llevaba en el bolsillo, pensando: «El primero que me toque se lleva una cicatriz».

—Tienes que aprender a ser más educada —se puso a decirle el chico rubio—. O sea, estamos intentando ser amables. Y aquí estás tú, caminando sola y de noche por el vecindario de otra gente.

—También es mi vecindario.

—No, no lo es. —Él levantó la mano como si fuera a golpearla y la detuvo a medio palmo de la cara de Letitia—. Éste no es tu sitio.

Tienes...

Lo interrumpió un gruñido sordo. El chaval dio un paso atrás y se giró a medias, con la mano todavía en alto, mientras un perro emergía de las sombras del callejón. Era un pastor alemán, de los grandes, enseñando los dientes y con las orejas pegadas al cráneo.

—Éste es *Charlie Boyd júnior* —dijo Letitia—. Vive conmigo y me ayuda a vigilar la casa... *Charlie*, este chico dice que éste no es nuestro sitio. ¿A ti qué te parece?

El pastor alemán se abalanzó hacia delante, ladrando y dando dentelladas al aire, y el chico rubio retrocedió con un bailecito, diciendo «eh..., eh..., eh...», esta vez en un registro más agudo. Letitia esperó a que el chico rubio estuviera acorralado contra el costado del Oldsmobile y empezó a contar atrás lentamente desde diez. Cuando terminó de contar, chasqueó los dedos, y el perro guardó silencio y se sentó al instante.

Sin quitar la vista de encima del pastor alemán, el chico rubio intentó coger la manecilla de su puerta. Letitia miró a los otros dos chicos, que se batieron en retirada al otro lado del Oldsmobile. Los tres se metieron otra vez en el coche. Desde el asiento del conductor, el chico rubio empezó a decir: «Esto no quedará así...», pero *Charlie Boyd júnior* apoyó las garras en la portezuela del conductor y se asomó por la ventanilla, ladrando con furia, y el chico rubio puso la marcha atrás y pisó el acelerador. El sedán retrocedió por la calle y chocó con la farola de la otra acera, perdiendo un faro trasero y dejando una abolladura considerable en el guardabarros. El chico rubio hizo rechinar los dientes, cambió la marcha y arrancó a toda prisa, dejando unas gruesas marcas de caucho en el asfalto.

—¡Esto no quedará así! —gritó, y mientras el Oldsmobile se alejaba por la calle a oscuras, los otros chicos también gritaron amenazas.

Letitia se limitó a sonreír. Los desperfectos del faro y el guardabarros no compensaban los daños al Cadillac de Árbol, pero

eran un buen comienzo.

Luego miró a *Charlie Boyd júnior*, que le devolvió una mirada expectante.

—Vale, muy bien —le dijo ella—. Tu papá pasa al primer puesto de la lista de inquilinos.

Ladrando ahora en tono feliz, *Charlie Boyd júnior* la acompañó el resto del camino hacia la puerta de la casa. Pero no quiso entrar con ella. Mientras Letitia metía la llave en la cerradura, al pastor alemán se le erizaron las orejas, y cuando por fin tuvo la puerta abierta, el animal giró sobre sus talones y se alejó al trote por el costado de la casa rumbo a la caseta improvisada que tenía en el garaje, dejando a Letitia sola ante Hécate.

Jueves.

El señor Wilkins, un viejo amigo de su madre que tenía a su cargo una tienda del Ejército de Salvación, debía pasar por casa de Letitia para ver qué muebles le hacían falta. Se había ofrecido para llevarle cualquier cosa que necesitara a cambio de que Letitia le diera a su madre una habitación con los primeros seis meses de alquiler gratis. Letitia estaba segura de que podía rebajarlo a tres meses, pero aun así necesitaba andarse con cuidado. Se le estaban acabando las habitaciones que ofrecer a cambio de favores.

Mientras esperaba al señor Wilkins, se sentó en el comedor para practicar manos de póquer, una forma peculiar de devoción que le había enseñado su padre. Warren Dandridge había insistido en que el póquer era un juego cristiano. Los jugadores que practicaban la virtud —aprender y respetar las probabilidades de victoria, controlar las emociones, gestionar con inteligencia sus efectivos— solían prosperar, mientras que los que sucumbían al vicio —apostar con todo en contra, dejar que la pasión gobernara a la razón— acababan

convertidos en pecadores irredentos.

A los baptistas con los que se había criado no les había gustado mucho aquella mentalidad, sobre todo después de que él se quedara con quinientos dólares del hijo de un pastor que había intentado ir de farol con una mano incompleta de cartas. Para cuando conoció a la madre de Letitia ya había aprendido a no jugar nunca contra un oponente con el que luego pudiera compartir banco de iglesia. Lo que hacía era ganarse la vida en la carretera, como un predicador itinerante, viajando por un circuito de trastiendas y casas de juego ilegales. Jugaba virtuosamente y luchaba contra la trinidad impía de las trampas, los ladrones y la policía. A veces llegaba a casa magullado y ensangrentado, pero traía dinero en metálico en el bolsillo. Y mantenía a su familia.

Un día de 1944 estaba jugando en un casino situado en un sótano de Detroit cuando hubo una redada. El casino tenía una salida trasera que la policía no conocía, y en medio de la confusión un amigo y él se escabulleron y se escaparon. Estaban a una manzana de distancia, y todavía corriendo, cuando se cruzaron con un policía fuera de servicio que estaba saliendo de un bar. El policía no sabía nada de la redada, pero aun así sacó la pistola, disparó a Warren Dandridge por la espalda y lo mató.

Letitia seguía echando de menos terriblemente a su padre, pero sabía que él la vigilaba desde el cielo, y que con una baraja de naipes ella podía llamarlo de vuelta a la tierra siempre que quisiera. Cada vez que repartía las cartas sobre la mesa, oía su voz en el oído, estableciendo los parámetros de cada mano —la jugada, la apuesta, el tamaño del bote y la posición de ella en relación con los demás jugadores— y luego formulando la pregunta: ¿qué haría con esto una buena cristiana? Y Letitia le contestaba, sonriente, sintiendo que su padre asentía con la cabeza a su lado para mostrar su aprobación.

Ella había juntado las cartas y las estaba barajando de nuevo

cuando sintió otra presencia a su lado. No se giró.

—Hola, señor Winthrop —dijo—. ¿Juega usted al póquer?

No hubo respuesta, pero la carne de gallina de su pescuezo le indicó que el fantasma estaba muy cerca. Podría notar su respiración si todavía respirara.

Letitia barajó una vez más las cartas y repartió una mano: el tres de diamantes, el tres de tréboles, el seis de tréboles, el seis de corazones y el siete de picas.

—Mano incompleta, límite de dos a cuatro con apuestas ciegas de un dólar y dos —anunció ella—. El bote está abierto delante de usted y hay cuatro jugadores más detrás. ¿La sigue o se retira?

Hubo un hormigueo de electricidad en el aire. El siete de picas tembló sobre la mesa y se separó de las dos parejas.

—Ajá —dijo Letitia—. Sólo tiene una posibilidad entre doce de que le salga un *full.* Y cuando no...

El siete de picas volvió a temblar.

—Muy bien. Si se quiere arruinar... —Y le repartió otra carta. Era el seis de diamantes—. Hum. —Letitia cogió la carta y le miró el dorso para ver si estaba marcada. No estaba marcada, pero quizá al fantasma no le hiciera falta—. Interesante. Iba a invitarlo a sentarse, pero tal vez necesitamos encontrar un juego donde mirar las cartas no sea una ventaja... ¿Qué le parecen las damas? ¿Alguna vez jugó con su hijo? Mi padre...

Un puño invisible golpeó la mesa. La baraja le fue arrancada violentamente de las manos y los naipes salieron volando.

—¿Qué? —exclamó Letitia—. ¿Qué he dicho?

¡PUM!

Sonó como si un pájaro se hubiera estrellado contra la ventana del salón. Letitia se giró para ver un puñado de algo que parecía barro esparcido por los cristales y deslizándose hacia la cornisa. Un segundo terrón, más grande que el primero, se estrelló contra la hoja superior de la ventana, haciendo temblar el cristal. Mientras

Letitia echaba hacia atrás su silla y se ponía de pie, oyó terrones golpeando el resto de las ventanas y escurriéndose contra los ladrillos. Para cuando salió al atrio, el ruido ya se había vuelto continuo, una tormenta de granizo marrón que bombardeaba la fachada de la casa Winthrop.

Abrió la puerta delantera y la asaltó el olor a estiércol. Había dos camiones agrícolas parados con el motor encendido delante de la casa. En las plataformas de carga abierta de ambos había varias figuras encapuchadas, metiendo las manos en unos baldes enormes de bostas de vaca. Uno de ellos apuntó a Letitia, y todos concentraron sus proyectiles. Letitia consiguió apartarse en el último segundo, mientras las bostas de vaca estallaban contra la puerta.

Charlie Boyd júnior apareció como una bala por el costado de la casa y fue recibido con una descarga de montones de excrementos. Un disparo preciso le acertó entre los ojos y convirtió sus ladridos en gañidos angustiados.

El bombardeo continuó. Letitia subió corriendo la escalera. Ya tenía la mano en la escopeta cuando oyó que se rompía un cristal en uno de los dormitorios de la parte delantera de la casa; rezó porque no fuera el que ya tenía una cama. Luego oyó que los motores de los camiones arrancaban.

—¡No! —gritó, bajando otra vez a la carrera hasta el atrio. Abrió de golpe la puerta delantera y salió, resbalándose en el estiércol, que ahora se amontonaba en el umbral—. ¡Volved aquí! —Salió corriendo a la calle detrás de los camiones y se echó el arma al hombro.

Casi todos los vándalos la vieron venir y agacharon las cabezas, pero había uno mirando en otra dirección y por un momento ella lo tuvo en el punto de mira, con los dos cañones de la escopeta perfectamente alineados con el espacio de entre los omóplatos de la figura encapuchada. Luego, el tiempo pareció detenerse y Letitia volvió a oír la voz de su padre, recordándole las reglas de aquel

juego en concreto: a quién se podía disparar por la espalda impunemente y a quién no, y lo que estaba en juego si uno confundía ambas categorías.

Pasó el momento. Letitia bajó la escopeta sin disparar, y la figura a la que le acababa de perdonar la vida se rio de ella y la saludó con la mano mientras los camiones se alejaban por la calle.

En la casa Winthrop empezó a sonar el teléfono. Sonó una docena de veces antes de que Letitia lo oyera por encima del latido de la sangre en sus oídos y una docena más antes de que caminara con las piernas agarrotadas a cogerlo.

Alguien jadeando en la línea.

—¿Quién es? —preguntó Letitia.

Contestó una voz de hombre.

—Es la única advertencia que vas a recibir. La próxima vez entraremos.

Y colgó. Letitia colgó el teléfono y caminó en círculos ciegos de furia hasta que sus piernas la llevaron por fin de vuelta al comedor.

En la mesa del comedor, las cartas desperdigadas habían sido reunidas y apiladas pulcramente a un lado. Ahora también había un tablero de ajedrez que Letitia no había visto nunca, con las piezas negras en el lado de ella de la mesa. El peón del rey blanco ya había avanzado dos casillas desde su posición inicial.

Letitia se quedó mirando el tablero un momento largo sin pestañear. Luego apoyó la escopeta con cuidado en la pared, se sentó, hincó los codos en la mesa y la barbilla en las manos.

—Muy bien —dijo, asintiendo con la cabeza—. Muy bien. —Y luego añadió—: ¿Qué quiere apostar usted?

Viernes al anochecer.

Entraron por la cocina. El silencio que reinaba en la casa desde

justo antes del crepúsculo se vio roto por el estruendo de los cristales rotos cuando una palanca hizo trizas la ventana de encima del fregadero. Un chico con un saco de pienso a modo de capucha y guantes de trabajo que todavía olían un poco a estiércol se coló por la ventana. Agachándose precariamente con un pie en la repisa y el otro en el borde de atrás del fregadero, se sacó de debajo del cinturón un revólver de cañón corto. El revólver del 38, que tan potente le había parecido cuando lo había sacado de la cajonera de su padre, ahora se veía pequeño e ineficaz, y la mano le tembló cuando apuntó hacia delante, esperando que el pastor alemán saliera dando brincos de las sombras.

Pero el pastor alemán no apareció dando brincos. Preocupado porque el saco de pienso no le dejara oír bien, el chico se lo quitó, revelando una mata de pelo rubio. Detrás de él, en el callejón, una voz le susurró en tono hosco:

—¡Por Dios, Dougie!

—¡Calla! —dijo el chico. Y se puso a escuchar los ruidos de la casa. Nada. Con el dedo en el gatillo del revólver, se bajó torpemente del fregadero y a punto estuvo de pegarse un tiro en el muslo.

La puerta de atrás estaba cerrada con llave y tenía pasado el cerrojo. Éste estaba atascado y el chico tuvo que abrirlo a golpes, haciendo un ruido espantoso y mellando toda la empuñadura del revólver. Por fin abrió la puerta y entraron dos chavales más, uno de los cuales llevaba una lata de gasolina y el otro la palanca.

—¿Dónde está el perro de los cojones? —preguntó el chico de la lata de gasolina.

—No lo sé —respondió el chico rubio—. Pensaba que estaría en la parte de atrás. Se lo debe de haber llevado.

—No se lo ha llevado —dijo el chico de la palanca—. Ya te lo he dicho. Se ha ido con otro puto negro hace una hora. El perro no estaba en el coche.

—Pues aquí no está. —Relajándose, y con la vista acostumbrándosele a la penumbra, el chico rubio examinó la cocina, que era mucho más grande que la que él tenía en casa—. ¿Te puedes creer este sitio? —Pasó la mano por una encimera y caminó hasta la puerta del comedor.

—Dougie, ¿adónde vas? —inquirió el chico de la lata de gasolina —. Hagamos esto de una vez.

—Quiero mirar la casa primero.

—Dougie... —Pero el chico rubio entró en el comedor y al cabo de un momento el de la lata de gasolina lo siguió.

El chico de la palanca empezó a seguirlos también, pero mientras estaba cruzando la cocina sintió una ráfaga repentina de aire.

El chico rubio atravesó el comedor hasta llegar al atrio. En cuanto divisó a Hécate, empezó a levantar el revólver, pero luego se rio.

—¿Qué es eso? —interrogó el chico de la lata de gasolina. Se quitó la capucha y miró con el ceño fruncido a la diosa—. ¿Es... algún rollo vudú de ésos?

Los dos avanzaron juntos hasta pararse justo delante de Hécate, el chico rubio con una sonrisita y el otro frunciendo el ceño.

—Venga, Dougie, peguémosle fuego y salgamos de aquí.

—Relájate —dijo el chico rubio—. ¿Dónde está Darren?

—No lo sé. Estaba justo detrás de mí.

—Ve a buscarlo.

El otro chico soltó un suspiro exasperado, pero dejó la lata de gasolina en el suelo, dio media vuelta y regresó a la cocina. El chico rubio se metió en la piscina vacía de la fuente. Levantó una cara sonriente hacia el rostro de Hécate y estiró la mano para agarrarle uno de los pechos.

—Eh, nena —le dijo.

Oyó un susurro cortante y algo le mordió la espinilla. Soltó un chillido más de sorpresa que de dolor y retrocedió atropelladamente, tropezándose con el parapeto de mármol. Se dio un buen trompazo

y se volvió a incorporar de un salto, buscando a tientas el revólver, que se le había caído, y pensando en el perro. Pero no había ningún perro, allí sólo estaba Hécate, inmóvil en su pedestal.

—¡Ronnie! —gritó—. ¡Darren! ¿Dónde coño estáis?

Debajo de la galería, la puerta del ascensor se abrió con un ruido metálico. El chico se movió rápidamente a un lado para verlo bien, pero el ascensor era un pozo de oscuridad entre las sombras.

—¿Quién está ahí? —preguntó—. ¿Darren? ¡Deja de hacer el idiota o te vuelo la puta cabeza!

Había algo allí. No era Darren y no era Ronnie. Ni el perro. De pronto, se murió de ganas de echar a correr, pero bajó la vista y vio horrorizado que los pies le estaban resbalando hacia delante, deslizándose por las baldosas como si el suelo estuviera engrasado.

—No —dijo—. Ni hablar. —Y levantó el brazo para disparar, pero el revólver se le escapó volando de la mano y luego alguien lo agarró, una mano de hierro que se lo llevó a rastras y entre chillidos al interior de la oscuridad.

Llegaron tarde a casa y riéndose. El viaje de Atticus a Colorado había ido lo bastante bien como para que George le pagara un dinero extra, y él decidió gastarse la bonificación sacando a Letitia de fiesta. Fueron a cenar y después a bailar. Letitia estaba por las nubes cuando doblaron la esquina, pero la visión del camión de bomberos delante de la casa Winthrop la hizo bajar de golpe. Atticus apenas tuvo tiempo de frenar antes de que ella saliera del coche y echara a correr hacia la puerta principal.

Dentro de la casa, todas las luces estaban encendidas y había varios hombres uniformados husmeando. Un policía que estaba comiéndose la estatua con los ojos se giró para preguntarle en tono desafiante:

—¿Usted quién demonios es?

—Vivo aquí —dijo Leticia—. ¿Qué está pasando?

—¿Trabaja aquí? ¿Es la criada?

—Vivo aquí.

Las rejas del ascensor de la primera y la segunda planta estaban abiertas, y en la galería había un par de bomberos asomándose al hueco. El ascensor en sí estaba entre dos plantas, con el suelo de la cabina suspendido justo por debajo del dintel de la puerta de la planta baja. Por el espacio estrecho que quedaba asomaba una cabeza rubia, a punto de ser guillotinada. Letitia, que una vez había visto un accidente igual de horripilante en unas casas de protección oficial, pensó que el chico rubio ya debía de estar muerto, con la garganta aplastada. Pero luego uno de los bomberos, sin demasiada delicadeza, bajó de un salto al techo de la cabina del ascensor, y la sacudida devolvió al chico a la vida entre gritos histéricos.

Atticus entró cuando los gritos se estaban convirtiendo en gemidos.

—¿Qué ha pasado?

—Este chaval ha entrado a hacer destrozos —dijo el policía, indicando la lata de gasolina que había en el suelo—. No estoy seguro de cómo ha terminado atrapado ahí, pero uno de los vecinos lo ha oído berrear y nos ha llamado.

—Quiero que lo detengan —senteció Letitia—. Y presentar cargos.

—No se preocupe, presentaremos cargos. —El policía miró a Atticus—. ¿De verdad ésta es su casa?

—Es de contestó —contestó Atticus.

—Y se acaba de mudar usted, ¿no? —El policía echó un vistazo a la lata de gasolina y asintió para sí mismo—. ¿Le importa si le pregunto cómo se las ha apañado para poder pagar una casa como ésta?

—Sí —respondió Letitia—. Me importa.

Otro policía emergió del comedor.

—Hemos encontrado a dos más en el sótano —anunció.

—¿En el sótano? —dijo el primer policía—. ¿Están...?

—No, están vivos. Más o menos. —El segundo policía sonrió—. Blancos como la cera y cubiertos de picaduras de bichos, pero todavía respiran. —Hizo una pausa para sacudirse algo de la manga y señaló con el pulgar a Letitia y Atticus—. ¿Éstos quiénes son, los criados?

—El alquiler se paga el primero de cada mes —dijo Letitia—. Puede usted usar la cocina, el cuarto de la lavadora y los cuartos de baño de arriba y de abajo. Está prohibido entrar en el sótano y también en la habitación de la esquina del piso de arriba que pone PRIVADO.

El nuevo inquilino, el señor Fox, estaba asintiendo con la cabeza en la puerta del comedor. De detrás de él venía un pataleo de suelas duras de zapato jugando a la rayuela en el ajedrez de baldosas del atrio.

—Celia —aseguró.

—No pasa nada —indicó Letitia—. Su habitación está al lado del dormitorio de la señora Wilkins. Es dura de oído, o sea, que los ruidos no la molestan, y le encantan los niños. Si necesita usted a alguien que le vigile a su hija mientras usted está en el trabajo, estoy segura de que estará encantada.

El señor Fox volvió a asentir con la cabeza. Hizo un gesto hacia el ajedrez que había en la mesa.

—¿Esa partida es de usted?

—Sí.

—Las negras tienen mate en tres.

—Ya lo sé —dijo Letitia—. Estoy simplemente esperando a que mi oponente lo vea. ¿Juega usted?

—De vez en cuando —contestó el señor Fox—. Y un poco también al *gin rummy*.

Letitia sonrió.

—En ese caso, ha venido a la casa perfecta. ¿Por qué no van usted y su hija a echar un vistazo a su habitación? Giren a la derecha cuando lleguen al rellano de la escalera y sigan el pasillo. Es la habitación que tiene las cortinas verdes. Yo subiré dentro de un minuto.

El señor Fox asintió una vez más con la cabeza, se giró y llamó a su hija por su nombre.

Letitia se levantó de la silla y fue hasta la ventana. Delante de la casita de la acera de enfrente había una furgoneta de mudanzas, y otras dos casas tenían letreros de SE VENDE en el jardín.

—Adiós, muy buenas —dijo Letitia, despidiéndose con la mano, y detrás de ella, en el tablero de ajedrez, el rey blanco se tambaleó y cayó.

—¿Señor Archibald?

El agente inmobiliario, que estaba saliendo de su ofi-cina al final de la jornada, se encontró a Atticus en el pasillo.

—¿Sí?

—Soy Atticus Turner —dijo Atticus—. Un amigo de Letitia Dandridge. La mujer que compró la casa Winthrop...

El señor Archibald cerró con llave la puerta de su oficina y se metió la llave en el bolsillo.

—Me temo que no tengo más propiedades como ésa —explicó—. Pero si quiere volver usted durante horas de visita...

—No estoy buscando casa.

—¿No? Entonces no sé muy bien en qué puedo ayudarlo.

—Vengo por la casa Winthrop. Tengo una pregunta.

—Lo siento —dijo el señor Archibald—. Si la señorita Dandridge tiene algún problema, ya sabe cómo ponerse en contacto conmigo. Pero a usted no lo conozco. Ahora, si me disculpa...

En vez de apartarse, Atticus se plantó con las piernas abiertas.

—Hay un retrato de los Winthrop en la pared del comedor —apuntó—. Había algo en ese retrato que se me hacía raro, pero no sabía exactamente el qué. Hasta que ayer encontré una caja con más fotografías en el sótano y entendí cuál era el problema. En la foto del comedor no se le ve la mano al señor Winthrop. —Y cuando dijo esto, miró las manos del señor Archibald, que eran pequeñas y pálidas y no tenían ninguna joya, ni siquiera una alianza—. En algunas de las demás fotos, en cambio, sí se aprecia. Se ve el anillo grande de plata que lleva. Y luego hay esto... —Sacó una foto que mostraba a dos hombres delante de un biplaza descapotable de color negro reluciente—. Suponiendo que sea un Ford último modelo, yo diría que esta foto es de hace veinte años. Y el hombre que está con el señor Winthrop se parece muchísimo a Samuel Braithwhite. ¿Le suena a usted el nombre?

El agente inmobiliario ni siquiera echó un vistazo a la foto.

—Apártese de en medio, señor Turner.

—Fincas Penumbra —dijo Atticus—. ¿Es una empresa de la familia Braithwhite o bien es propiedad de la orden? ¿Y para cuál de las dos trabaja usted?

—Le voy a pedir que se aparte una vez más. Y después voy a entrar en mi oficina y a llamar a la policía.

Atticus se apartó lo justo para que el señor Archibald pasara encogiéndose a su lado. El agente inmobiliario se alejó rápidamente por el pasillo, y ya había llegado al ascensor cuando Atticus dijo:

—También he hablado con el señor Bailey.

El agente inmobiliario se detuvo con el dedo en el botón de llamada del ascensor.

—Él lo conoce a usted —continuó Atticus—, y admite que han

hecho algún negocio juntos, pero se ha quedado muy sorprendido al enterarse de que usted lo define a él como un socio. El día en que Letitia y Ruby se tenían que encontrar con él... Según me ha dicho, no es verdad que lo llamara a usted. Resulta que la policía lo agarró de camino aquí y lo retuvo esposado dos horas en el coche patrulla, interrogándolo sobre un robo a una licorería. Entretanto, usted apareció y le robó a sus clientas. Todavía está bastante enfadado por aquello.

—No lo bastante enfadado como para no aceptar su parte de la comisión —dijo el señor Archibald.

—Sí, el señor Bailey dice que usted le pagó para que cerrara la boca. Pero todavía se está planteando denunciarlo a usted a la Asociación de Agentes Inmobiliarios. El problema es que cree que les preocuparía menos saber que engaña usted a los negros que el hecho en sí de que haga negocios con ellos.

—Así funciona el mundo —aseguró el señor Archibald, pulsando el botón del ascensor—. Y, en cualquier caso, ¿qué más da? Hal y yo tenemos nuestro dinero, y su amiga tiene una casa preciosa. Todo el mundo contento.

—De momento —dijo Atticus—. Pero tiene usted que decirle a Caleb Braithwhite que no importa lo que esté tramando, con quien tiene asuntos es conmigo. Letitia está fuera de esto.

—No sé de qué está usted hablando, señor Turner.

—Ya lo creo que sí. Y hay algo más que necesita saber: he buscado la dirección de su domicilio en la guía telefónica. No puedo decir que haya estado nunca en su vecindario. Pero si algo le pasara a Letitia, estoy seguro de que podría encontrar la casa.

Llegó el ascensor. El señor Archibald se quedó un momento más en el pasillo, boquiabierto y buscando en vano una réplica.

Y luego, como un fantasma, desapareció.

El libro de Abdulá

En cuanto a mi libertad, que usted dice que me concede, no me supone ningún beneficio, dado que mi carta de libertad ya me la dio en 1864 el capitán preboste general del departamento de Nashville. Mandy dice que le da miedo volver sin tener ninguna prueba de que usted está sinceramente dispuesto a tratarnos de forma justa y amable; de manera que hemos decidido poner a prueba su sinceridad pidiéndole que nos mande nuestro salario correspondiente al tiempo que le servimos (...). A razón de veinticinco dólares mensuales en mi caso y de dos dólares semanales para Mandy, el dinero que se nos debe ascendería a once mil seiscientos ochenta dólares. Añádanse a esto los intereses por el tiempo en que se nos han retenido los sueldos y dedúzcase lo que pagó usted por nuestra ropa y por tres visitas médicas para mí y una muela que le sacaron a Mandy, y el balance mostrará lo que se nos debe justamente. Por favor, mándenos ese dinero por medio de Adams Express, a la atención de V. Winters, Lic., Dayton, Ohio.

Carta de JOURDON ANDERSON a su antiguo dueño, 7 de agosto de 1865

El lunes de antes de Acción de Gracias, George y Montrose fueron al banco a recoger el Libro de los Días. Se trataba de un libro de

contabilidad que contenía un registro completo de la servidumbre de su bisabuela Adah: los trabajos que había desempeñado, las humillaciones que había sufrido, y los salarios y penalizaciones que se le debían. Adah había muerto en 1902, pero la familia había conservado su libro y todos los años se reunía para calcular y registrar los intereses de la deuda todavía sin abonar.

Todos los años, después de añadir una línea al registro, contaban la historia de cómo había llegado a existir el libro: cómo Adah había nacido esclava en una plantación de Georgia en 1840; cómo a los siete años la habían puesto a trabajar en los campos; cómo había trabajado de sol a sol en ellos hasta el 22 de noviembre de 1864, cuando los soldados de la Unión habían llegado armados con antorchas a las puertas de la plantación; cómo se había unido entonces a las filas de los miles de exesclavos que habían marchado en la estela del ejército de Sherman; cómo en febrero de 1865, enferma de fiebre tifoidea, la habían dejado en un campamento hospitalario instalado en un viejo sanatorio de las afueras de Savannah; cómo, en plena neblina de su fiebre, se había dado cuenta gradualmente de que el sanatorio no era un sitio para curarse, sino una trampa mortal destinada a reducir la población de libertos negros; cómo, todavía enferma, ella y otro exesclavo llamado Noah Pridewell habían conseguido escaparse; cómo habían viajado hacia el oeste y llegado después de muchas penurias más a Kansas, donde se habían asentado y se habían casado; y cómo por fin en 1878, en el decimocuarto aniversario de su emancipación, ella había empezado a trabajar en el libro.

Era la hija de Adah, Ruth, quien lo había escrito casi todo; aunque Adah había aprendido a leer, no dominaba la caligrafía. Lo que sí tenía era una memoria perfecta. Si se concentraba en una fecha determinada, podía evocar todo lo que había hecho y todo lo que le habían hecho a ella, desde el momento de despertarse hasta el momento de irse a dormir.

Ruth registraba sus trabajos diarios en una línea distinta del libro de contabilidad. Y allí donde correspondía, Adah añadía de su propio puño símbolos que representaban las ofensas que le infligían: latigazos. Palizas. Otras.

En cuestión de salarios, Adah difería a la sabiduría de su antiguo dueño, Gilchrist Burns. Burns tenía la costumbre de alquilar a sus esclavos cuando no los necesitaba en la plantación, y no guardaba en secreto lo que cobraba, de forma que todos los esclavos sabían exactamente en cuánto valoraba su trabajo. De niña, Adah «ganaba» veinte centavos por una jornada completa de trabajo. A los dieciséis años ya había progresado hasta un dólar diario, el mismo dinero que un peón de campo hombre, ya que el amo Burns era notablemente igualitario en lo que respectaba al dinero destinado a su propio bolsillo.

Para las penalizaciones, Adah consultaba su Biblia. Por cada tanda de latigazos cobraba veintisiete dólares y veintiséis centavos, ya que 27, 26 era el verso del Evangelio de san Mateo en que el Redentor era azotado. Su precio por la más común de las «otras» ofensas, veintidós dólares con veinticinco centavos, se basaba en el Deuteronomio.

Ruth introducía las cifras en forma de pulcras columnas, calculaba los totales parciales y los sumaba. El cómputo final, después de sustraer los gastos de manutención pero antes de sumarle los intereses, ascendía a 8.817,29 dólares, una pequeña fortuna para la época.

Pero para Adah era el recuento de los días lo que tenía un mayor significado. Con el libro terminado en la mano, se dio cuenta de que había llevado a cabo una especie de exorcismo. Aunque sus recuerdos de la esclavitud seguían siendo igual de nítidos que siempre, su carga había sido transferida a las páginas del libro de contabilidad. Y ahora, doblemente liberada de verdad, se dispuso a vivir lo que le quedaba de vida con una paz que no había conocido

nunca.

El libro en sí fue a parar a manos de Ruth, que se pasó el cuarto de siglo siguiente intentando sin éxito cobrar la deuda. Los miembros supervivientes del clan Burns consideraban que su responsabilidad había terminado con la destrucción de la plantación, y no hicieron caso alguno de las cartas de Ruth; lo mismo que habían hecho once gobernadores de Georgia y seis presidentes de Estados Unidos.

Al final, Ruth le legó el libro a su hija mayor, Lucy, que a su vez se lo dejó a George. Horace sería el siguiente administrador del libro, a menos que Montrose, que se había nombrado a sí mismo contable asistente a los cinco años de edad, se lo arrebatara al cadáver de George. En cuanto a la hermana de George y de Montrose, Ophelia, la hija mediana, hacía tiempo que se había retirado de la línea sucesoria. Venía por Acción de Gracias, con un bolígrafo —era la que tenía la caligrafía más pulcra de los tres—, pero la custodia del libro se la dejaba a sus hermanos.

Sabía que nunca permitirían que le pasara nada.

George y Montrose se reunieron a mediodía delante del banco, al que llegaron siguiendo rutas distintas. Éste había sido el procedimiento estándar desde 1946, cuando la policía los había parado mientras estaban yendo juntos en coche para recoger el libro el día antes de Acción de Gracias, una cosa había llevado a la otra y habían terminado en comisaría, donde sólo un cuantioso soborno había conseguido sacarlos de allí antes de que el banco cerrara hasta después del festivo.

Ese día los dos hicieron sus trayectos respectivos sin incidentes, pero nada más entrar en el banco se dieron cuenta de que algo pasaba. El vestíbulo estaba abarrotado de forma desacostumbrada

incluso para la hora del almuerzo, y las colas iban desde las ventanillas de los cajeros hasta la puerta. Y allí donde normalmente habría salido a recibirlos el director de la sucursal, Ben Rosenfeld, les salió al paso un guardia de seguridad, Whitey Dunlap

—¿Qué está pasando, Whitey? —preguntó George. Miró al otro lado del vestíbulo y vio que tanto la oficina del director como la del subdirector tenían las persianas cerradas.

—Ha venido la policía —explicó Whitey, en voz baja—. Detectives de la Comisión municipal contra el crimen organizado.

—¿Y qué querían? —preguntó Montrose.

Whitey se encogió de hombros.

—A mí me han puesto fuera en la acera, así que la verdad es que no lo sé, pero hemos abierto una hora tarde y ha corrido el rumor de que la gente estaba sacando su dinero del banco. El señor Rosenfeld se ha pasado toda la mañana al teléfono, hablando con los dueños de los depósitos, intentando poner un poco de calma. Me ha dicho que les diga que siente no poder atenderlos en persona, pero que los puedo ayudar yo.

La cámara acorazada con las cajas fuertes estaba en el sótano. Whitey abrió con llave la puerta de la cámara, los acompañó adentro y se detuvo para recoger una colilla de puro del suelo. Con el ceño fruncido, miró por los rincones de la cámara, como si la persona que había tirado la colilla pudiera estar todavía presente.

George sacó la llave de su caja fuerte.

—¿Te importa, Whitey?

—Para nada... —Con la colilla del puro cogida con dos dedos, Whitey sacó también su llave.

Mientras George sacaba la caja de su casilla, Montrose se mantuvo cerca, listo para abalanzarse hacia delante si George sufría un derrame cerebral repentino o bien Dios lo arrebataba al cielo. Vio que la expresión de George cambiaba al comprobar que la caja no pesaba.

—¿Qué? —dijo Montrose.

George levantó la tapa de la caja. Dentro estaba la carpeta de cuero que contenía los documentos de emancipación de 1833 de la familia Berry con otros papeles más recientes como el certificado de nacimiento de Horace. Pero el Libro de los Días, que debería estar encima de todo, no estaba, y en su lugar había una escueta nota escrita a mano:

EL AZOTE DE LA BRUJA
Calle W. Berwick, 750
En cuanto les vaya bien.

—Hijo de puta —bramó Montrose.

La nota estaba firmada con el símbolo del medio sol de la Orden Adamita del Alba Antigua.

Fueron los dos juntos en la Packard de George.

—Dime que has traído el arma —dijo Montrose mientras George arrancaba la ranchera.

—Debajo de mi asiento —contestó, pero cuando Montrose intentó cogerla, George lo detuvo—. Yo me encargo.

—¿Le vas a pegar un tiro tú?

—Voy a recuperar el libro de Adah. —Resistió el impulso de señalar que Montrose ya había tenido su oportunidad de pegarle un tiro a Caleb Braithwhite y no le había ido precisamente bien—. Si quieres ayudar, saca el callejero que tengo en la guantera y encuentra esa dirección. —Montrose obedeció, rezongando.

George intentaba tener paciencia con su hermano. Y era así como pensaba en Montrose, y como lo presentaba siempre a la gente: como su hermano, no su medio hermano. El parentesco,

según la mentalidad de George, era una proposición sin matices. Aun así, a veces el hecho de que tuvieran padres distintos era ineludible, y especialmente cuando se trataba del libro de Adah.

Los Berry habían tenido mucha suerte: su último dueño, Lucius Berry, había sido uno de los escasos cristianos de verdad dispersos entre las filas de los supuestos fieles. Los padres y hermanos de Lucius habían muerto en la epidemia de cólera de 1832, convirtiéndolo en propietario único de la plantación de tabaco de la familia y de los siete seres humanos que trabajaban en ella. Interpretando la epidemia como confirmación divina de lo que su conciencia ya sabía, Lucius se dispuso a expiar los pecados de su familia: se vendió el resto de su herencia, metió a sus esclavos en carretas y los acompañó sanos y salvos al oeste, donde les dio no sólo su libertad, sino también dinero y tierras para que empezaran de nuevo. Demostrando que un acto así era posible.

Tener «mucha suerte», por supuesto, no quería decir estar libres de todo sufrimiento. Los Berry emancipados todavía pasaron tribulaciones. Uno de los siete originales fue asesinado por colonos blancos que no querían compartir la demarcación de su propiedad con un hombre de color, y de la primera generación de la familia Berry nacida en libertad, tres hijos y una hija murieron en la guerra civil. A éstos se les sumó el padre de George, Jacob Berry, empresario próspero, muerto a los veinticuatro años, cuya prosperidad no lo había protegido del asma que lo atormentó durante toda su corta vida. George sólo tenía tres años, y Ophelia todavía era un bebé, cuando una nube de polvo levantada por un carro que pasaba les provocó a los pulmones de Jacob su último y mortal espasmo.

Después de la muerte de su primer marido, Lucy Berry se casó con Ulysses Turner, un hombre con una historia familiar muy distinta: a los Turner, tal como el padrastro de George no se cansaba de contar, nunca nadie les había dado nada: ni la libertad ni siquiera

un apellido. El abuelo de Ulysses había nacido con el nombre de Simon Swincegood en la plantación Swincegood de Carolina del Norte. En 1857 se escapó al Gran Pantano Triste de Virginia, donde vivió seis años como esclavo fugitivo antes de alistarse en el ejército de la Unión. Fue mientras vivía en el pantano cuando adoptó el nombre de Nat Turner, un apodo popular entre los esclavos fugitivos, y que uno tenía que ganarse por medio de una serie de hazañas, como, por ejemplo, matar a cazadores de esclavos y asaltar asentamientos de gente blanca.

O por lo menos eso decía la historia que contaba Ulysses. Con el tiempo, George reconoció aquellas historias de las hazañas del bisabuelo Turner como su primera experiencia con el género *pulp*; lo cual no quería decir que fueran pura fantasía, sólo que en lugar de ser una verdad incuestionable estaban más bien «basadas en hechos reales». Pero Montrose se las creía a pies juntillas, y no era de extrañar que hubiera crecido pensando que el guardián del libro de Adah tenía que ser no un Berry, sino un Turner.

George sabía que su padrastro opinaba lo mismo que Montrose. El hombre no escondía su desdén por lo «fácil» que lo habían tenido los Berry, ni tampoco su convicción de que George había sido un niño mimado. Pero en calidad de Turner, tenía que respetar ciertas tradiciones. Y fue por eso por lo que en la última noche de mayo de 1921 —la noche en que los blancos de Tulsa declararon la guerra a los negros de Tulsa—, Ulysses permitió a George, en contra de los deseos de su madre, que fuera a rescatar el libro de Adah de la caja fuerte de la tienda que tenía Ulysses en la calle Archer, cuando la primera oleada de incendiarios blancos ya estaba cruzando las vías del tren. Debido a los demás sucesos de aquella noche espantosa, George nunca se jactó de lo que había hecho y nunca intentó echárselo en cara a Montrose, pero era consciente de haber demostrado su valía y sabía que Montrose también lo creía.

—La calle Berwick —dijo Montrose ahora, enseñándoselo en el

mapa—. Está en Lake View.

—Muy bien —dijo George—. Espera.

Aceleró en dirección norte, conduciendo de una forma en que ningún hombre de color debería conducir cuando se estaba adentrando en la parte blanca de Chicago. Pero el hechizo que le habían hecho a la Packard en Ardham todavía duraba, provocando que los policías y agentes de tráfico apartaran la vista del coche o bien se lo quedaran mirando fijamente sin verlo. Lo cual habría resultado gratificante, reflexionó George, si no fuera porque sabía que estaba usando la magia de Caleb Braithwhite para hacer lo que Caleb Braithwhite quería.

El letrero de la entrada del Azote de la Bruja mostraba a un puritano con sombrero de copa alto quemando a una mujer en la estaca. Por lo demás, el edificio habría sido fácil de pasar por alto: una fachada de ladrillo vacía con una hilera alta de bloques de cristal en vez de un ventanal. Una puerta de acero pintada del mismo color que los ladrillos. El típico sitio que habría sido una buena ubicación para un bar ilegal durante la prohibición, y que probablemente había albergado uno.

George salió del coche sosteniendo la pistola en el costado. Montrose abrió la plataforma de carga de la Packard y se armó con una palanca.

Una nota escrita a mano y pegada con cinta adhesiva encima de la manecilla de la puerta decía que el Azote de la Bruja estaba CERRADO PARA UNA FUNCIÓN PRIVADA, pero la puerta no estaba cerrada con llave. Seguido de cerca por Montrose, George entró en un bar alargado y de techo bajo.

Encontraron a Caleb Braithwhite sentado a una mesa en mitad del local, en compañía de otro hombre blanco que se estaba encendiendo un puro. El hombre del puro era un gorila enorme y fornido, con el pelo castaño canoso y cortado al rape. Su nariz tenía pinta de que se la habían roto más de una vez en el pasado, y los

capilares rotos de sus mejillas delataban décadas de beber mucho, pero los ojos azules que contemplaron a George y a Montrose a través de una nubecilla de humo eran inteligentes y despiertos.

Había otros dos hombres blancos apoyados en la barra. Se habían quitado las chaquetas, dejando al descubierto fundas idénticas de pistolas y estrellas de agentes de policía en los chalecos. Encajado entre ambos había un hombre negro con la cabeza gacha y las manos esposadas al frente. George estuvo a punto de no reconocer a su sobrino, que en teoría estaba en Iowa, en un viaje de investigación para la guía.

Atticus levantó la vista, avergonzado.

—Hola, tío George —dijo.

—George Berry y Montrose Turner —dijo Caleb Braithwhite—. Les presento a los detectives Burke y Noble —señaló con la cabeza a los dos hombres que flanqueaban a Atticus—, y al capitán Lancaster, de la Comisión municipal contra el crimen organizado. El capitán Lancaster también dirige el capítulo local de la orden. Hemos estado negociando una fusión entre las logias de Ardham y de Chicago, y como parte de esa maniobra hemos decidido unir nuestros recursos en un proyecto de investigación común, y nos gustaría que ustedes nos ayudaran.

George a duras penas oyó las palabras. La presencia de Atticus lo había cogido con la guardia baja, tal como seguramente había planeado Braithwhite. Confundido como estaba, dejó que el pulgar se le fuera al gatillo de la pistola que tenía en la mano. Fue un gesto minúsculo, pero los detectives reaccionaron llevando las manos a las pistolas, y el capitán Lancaster se metió una manaza debajo de la chaqueta.

—Caballeros —dijo Braithwhite con voz amable, haciendo que

todo el mundo se detuviera—. No nos precipitemos... Capitán Lancaster, creo que he visto una botella de Dalmore de cuarenta años en el almacén. ¿Por qué no se sirven unos vasos usted y sus hombres mientras yo les explico la situación al señor Berry y al señor Turner?

—¿Está seguro? —repuso el capitán.

—Todo irá bien. —Sonrió—. Somos todos amigos.

El capitán Lancaster se puso de pie y señaló con el dedo a George a modo de advertencia. Luego les hizo una señal con la cabeza a los detectives y los tres abandonaron la sala.

—Así pues —continuó Caleb Braithwhite—. Dejemos claras de entrada las reglas básicas. La violencia no va a funcionar. Tengo inmunidad. —Miró a George a los ojos—. No puede usted dispararme. Ni pegarme. —Miró a continuación a Montrose, que estaba luchando infructuosamente para levantar la palanca por encima del nivel de su cintura—. Y aun en el caso de que pudiera, entonces no podría recuperar el libro de Adah. Ahora, si todo está claro, a ver si podemos tratarnos como gente civilizada. —Dirigiéndose por fin a Atticus, Braithwhite le abrió las esposas con un gesto de la mano.

—¿Qué quiere usted? —preguntó George.

—Un intercambio —dijo Caleb Braithwhite—. Libro por libro. Lo que estaba diciendo ahora mismo de fusionar las logias... No es la primera vez que se intenta hacer. En la década de los treinta, mi padre procuró llegar a un acuerdo parecido con un antiguo maestre de logia de Chicago.

—Hiram Winthrop —adivinó Atticus.

Braithwhite asintió con la cabeza.

—No salió bien. Y terminó como suele terminar todo cuando los hombres poderosos no se pueden poner de acuerdo.

—¿Y eso qué tiene que ver con un libro? —se extrañó George.

—Winthrop era explorador. Viajó a algunos sitios muy

interesantes y se trajo cosas consigo. Una de las más valiosas fue un libro, escrito en la lengua de Adán.

—¿Un libro de magia?

—Un tratado de filosofía natural. Su título se podría traducir aproximadamente como *El libro de los nombramientos*, o *El libro de los nombres*.

Atticus enarcó una ceja.

—¿El *Necronomicón*?

Braithwhite sonrió.

—Eso sería el libro de los nombres *muertos*. *El libro de los nombres* es justamente lo contrario. Trata de la vida. De la transformación. Del génesis.

—¿Y qué pasó con él?

—Al morir Hiram Winthrop, mi padre se las apañó para hacerse con unas cuantas de sus posesiones. Pero el libro no estaba entre ellas. Mi padre dio por sentado que Winthrop lo habría escondido en alguna parte. Por desgracia, para entonces Chicago se había vuelto un lugar peligroso para él, de forma que no pudo llevar a cabo una búsqueda exhaustiva.

—Pero ¿los nuevos amigos de usted saben dónde está?

—De acuerdo con el capitán Lancaster, el libro está en el Museo de Historia Natural. Hiram Winthrop estaba en el consejo de administración y al parecer hizo instalar una habitación secreta.

—Entonces ¿por qué no van a por él?

Braithwhite echó un vistazo por encima del hombro a la puerta del almacén. Luego dijo en voz baja:

—El capitán está siendo muy cauteloso al respecto, pero sé que hace poco que es maestre de logia. Y nadie quiere hablar de lo que le pasó al maestre anterior... En cualquier caso, el trato es que él me enseñe la entrada de la habitación secreta y yo entre a coger el libro...

—.... O encuentre a alguien que lo coja por usted —concluyó

George—. Y si le decimos que no...

—Entonces tienen hasta el jueves —dijo Braithwhite, encogiéndose de hombros— para decidir cómo le dan la mala noticia al resto de la familia.

Aquella noche se celebraba la reunión mensual de los Francmasones Prince Hall. Debido a lo cerca que estaban las fiestas, se esperaba que no asistiera mucha gente, pero el secretario de la logia, Abdulá Muhammad, no podía faltar. Y Abdulá —cuyo nombre real era Percy Jones— tenía un primo que trabajaba de vigilante nocturno en el Museo de Historia Natural.

George y Montrose se presentaron temprano, confiando en poder hablar con Abdulá antes de la reunión. Pero Abdulá llegó a la hora en punto, después de pasar a recoger al maestre de la logia, Joe Bartholomew, a quien todo el mundo llamaba Joe *el Pirata* por el parche que llevaba.

Uno de los miembros que sí llegaron antes de hora fue Mortimer Dupree. Mortimer era un dentista que, en palabras de Montrose, había sido hipnotizado por la pirámide del reverso del billete de un dólar. Por supuesto, había mucha gente con ideas románticas equivocadas sobre la francmasonería. Quienes se afiliaban a ella aprendían a aceptarla como el club social y la organización benéfica y de ayuda mutua que era en realidad, o bien la abandonaban desilusionados cuando descubrían que no se iban a convertir en los amos secretos del universo. Mortimer había elegido la primera opción, pero seguía aferrándose a la esperanza de que existiera un círculo interior masónico del que nadie les había hablado, y de que un día alguien le daría un golpecito en el hombro. Entretanto, hacía lo que podía para demostrar que era digno.

Las reuniones de la logia solían incluir una charla para edificación

de los miembros. En el pasado, George había hablado sobre los aspectos prácticos de hacer crecer y expandir un negocio, mientras que Montrose había dado una charla sobre investigación genealógica. Las charlas de Mortimer solían tratar de temas más esotéricos, como los misteriosos ataúdes andantes de Barbados o las líneas de Nazca del Perú. Esta noche, al llegar George y Montrose, estaba colocando una maqueta de la tumba de Tutankamón, con figuritas de Howard Carter y lord Carnarvon incluidas.

Normalmente, George habría estado encantado de oír una charla sobre la maldición de la momia, pero aquella noche tenía otras prioridades, de forma que nada más empezar la reunión presentó una moción para suspender los asuntos del día y hacer una petición especial de ayuda. La moción fue aprobada, pero George se dio cuenta enseguida de su error, porque aunque habló de Caleb Braithwhite de la forma más mundana que pudo, vio que Mortimer se iba excitando más y más. Y cuando llegó a *El libro de los nombres*, Mortimer hizo inmediatamente la misma conexión que había hecho Atticus y la soltó, para confusión de los presentes que no conocían la obra de H. P. Lovecraft.

—¿El *Necronomicón*? —preguntó Joe *el Pirata*—. ¿Eso qué es?

—Un libro de magia negra —respondió Mortimer en tono entusiasta—. Escrito por el árabe loco Abdul Alhazred.

—Más bien por el árabe tartamudo —apuntó Abdulá—. Se dice «Abd al», no «Abdul». *Abd* quiere decir «sirviente de», y *al* es «el», o sea, que Abd al al-Hazred querría decir «sirviente del el Hazred».

Joe *el Pirata* parpadeó con su único ojo.

—¿Qué es un *hazred*?

—Un tipo blanco de Rhode Island intentando ir de gracioso —contestó Montrose.

—Olvidaos del *Necronomicón* —propuso George en tono impaciente—. Estamos hablando de un libro de verdad.

—De un libro de magia de verdad —dijo Abdulá.

—Bueno..., presuntamente.

—¿Eso qué quiere decir? ¿No crees que sea mágico?

—No importa.

—A mí sí. —Abdulá se puso una mano en el pecho—. Abd Alá. Sirviente de Dios. Por un hermano de la logia estoy dispuesto a hacer muchas cosas, George, pero una cosa en la que no pienso participar es en hacer más poderoso a un hombre malvado. Y da la impresión de que el tal Caleb Braithwhite ya es bastante malo ahora mismo.

—Lo es —dijo George—. Y es por eso por lo que en realidad no le vamos a dar el libro. Tal como lo tengo planeado, Montrose, mi sobrino y yo nos reuniremos con Braithwhite y sus amigos el miércoles, después de que cierre el museo. Ellos nos llevarán dentro, nos enseñarán dónde está la habitación secreta y nosotros entraremos y conseguiremos *El libro de los nombres* ese. Pero lo que yo quiero hacer es ir antes, mañana por la noche, y encontrar la habitación y *El libro de los nombres* antes de tiempo. Y entonces...

—Y entonces —interrumpió Mortimer— lo cambias por un señuelo, o sea, un volumen de *El libro de los nombres* falso. ¡Luego lo «encuentras» el miércoles y se lo das a Braithwhite a cambio del libro de tu bisabuela Adah!

George lo miró con expresión irritada.

—Sí —admitió.

—Pero ¿de dónde sacas un ejemplar de *El libro de los nombres* falso? —preguntó Joe *el Pirata*.

—Todavía no lo tengo decidido —dijo George—. La cuestión es que sabemos que Winthrop, el tipo que escondió el libro, hizo lo que pudo para impedir que llegara a manos del padre de Braithwhite. Así pues, ¿quién sabe si todo eso de la habitación secreta no es un señuelo también? Tal como yo lo veo, no pasa nada si Braithwhite se da cuenta de que el libro que le damos es falso, siempre y cuando crea que el libro falso viene de Winthrop.

—Eso es lo que esperas —observó Abdulá—. Pero ¿qué pasa si ve tu mentira? ¿O se la cree, pero decide quedarse el libro de tu bisabuela hasta que encuentres la habitación secreta de verdad?

—Eso es adelantarse mucho a los acontecimientos —repuso George—. Si se da el caso, ya veremos entonces qué hacemos.

—Es mejor resistirse a la tentación evitándola del todo —sugirió Abdulá—. Hagamos lo siguiente: yo consigo que mi primo te deje entrar mañana en el museo, pero voy contigo. Y si encontramos *El libro de los nombres*, me lo das a mí.

—¿Y tú qué vas a hacer con él?

—El edificio de Calumet donde acabamos de abrir la capilla nueva tiene una incineradora en el sótano. En el peor de los casos, le puedes decir a Braithwhite que el tal Abdul Alhazred se volvió a memorizar el Corán.

A George no le gustó la idea, pero vio que Abdulá estaba decidido a ir adelante con ella. Y quizá tuviera razón.

—Muy bien —dijo George—. El libro es tuyo *si* lo encontramos. Pero...

Mortimer lo volvió a interrumpir.

—¡Fantástico! —exclamó, frotándose las manos—. ¿A qué hora quedamos en el museo?

—¿Y no podías decirle simplemente que no? —preguntó Atticus.

—Es un hermano de la logia —contestó George.

—Quizá no sea el más espabilado de todos —añadió Montrose.

Faltaba un cuarto de hora para la medianoche y los tres estaban apiñados junto a la entrada para personal, en el lado este del museo, mirando cómo caminaba hacia ellos Mortimer Dupree. En vez de seguir la acera, Mortimer había optado por usar los jardines de camuflaje, corriendo de árbol en árbol de una forma que

seguramente habría despertado las sospechas de cualquier transeúnte. Por suerte, entre lo tarde que era y las temperaturas próximas a la congelación, la zona estaba desierta.

—Muy elegante —dijo Montrose cuando Mortimer por fin los alcanzó. El dentista llevaba zapatos y pantalones negros, jersey negro, gorro de lana negro y guantes de ante negros. También llevaba una abultada bolsa al hombro que iba traqueteando—. ¿Eso qué es, tus herramientas de ladrón?

—Hay que ir preparado —respondió Mortimer. Y señaló la bolsa más modesta que llevaba George—. ¿Tú tienes el señuelo?

—Sí —dijo George—. Es una enciclopedia de cábala en hebreo, con una bonita encuadernación antigua. —Sacó el libro para que Mortimer lo pudiera ver—. Lo compramos en la tienda de Thurber Lang. Era lo más parecido a un libro de magia de verdad que tenía.

—Da igual lo bonita que sea la encuadernación —señaló Montrose, y no por primera vez—. Braithwhite va a saber que no es el libro.

—Claro que sí —dijo George—. Pero no pasa nada siempre y cuando no se dé cuenta de que el cambiazo se lo hemos dado nosotros.

—Sí, tú sigue repitiéndolo.

—Sólo tenemos que venderlo bien cuando se lo demos.

—Tendrías que haberme dejado que le pusiera una trampa explosiva —indicó Montrose—. Y que le reviente la cara cuando lo abra, a ver si es inmune a eso.

Abdulá y Joe *el Pirata* llegaron justo antes de medianoche. Abdulá hizo bajar al grupo por una escalera hasta una puerta subterránea que decía SÓLO EMPLEADOS. A las doce y un minuto la puerta se abrió, y el primo de Abdulá se los quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Qué coño es esto, Percy? —preguntó—. ¿Te has traído al club entero o qué?

—Hola, Bradley —saludó Abdulá—. ¿Te acuerdas de la vez en que te desahuciaron y el *sheriff* te dio una hora para sacar todas tus cosas a la calle? No recuerdo que aquella vez te quejaras de que me hubiera traído a un montón de gente.

—Bueno, aquello fue aquello y esto es esto —dijo Bradley. Pero se apartó del umbral y les hizo un gesto para que entraran—. Callados como una tumba hasta que lleguemos arriba.

Los llevó a través de un vestuario, por un pasillo y por delante de una puerta entreabierta en la que se leía SEGURIDAD. Dentro de la oficina de seguridad sonaba una radio; oyeron un susurro de páginas de periódico y luego la voz de un hombre blanco que decía:

—Putos irlandeses de mierda.

Bradley se llevó un dedo a los labios. Siguieron de puntillas hasta el final del pasillo y subieron una escalera que los dejó en la tienda de obsequios del museo.

—Mi supervisor, el señor Miller —dijo Bradley, calculando que ya estaban lo bastante lejos como para no ser oídos—, la mayoría de las noches no sale de la oficina más que para usar el lavabo, pero de vez en cuando le gusta asegurarse de que no estoy haciendo el vago en mi ronda. Además, le parece muy gracioso aparecer de golpe y decir: «Buu», o sea, que no siempre lo oigo llegar.

—No te preocupes, no le dejaremos que nos sorprenda —aseguró Abdulá.

—Ajá —dijo Bradley—. Háblame de esta habitación secreta que estáis buscando. ¿Sabes al menos en qué parte del museo se supone que está?

Abdulá se giró hacia George.

—Montrose y yo hemos revisado los informes anuales del museo esta mañana en la biblioteca —empezó George—. Durante los años en que Hiram Winthrop estuvo en el consejo de administración hubo unos cuantos proyectos de reforma, pero creemos que el que nos interesa fue en 1925. Ese año, Winthrop patrocinó y lideró una

expedición al Sudán, y cuando volvió supervisó la instalación de una galería nueva. Suponiendo que sea ahí donde puso la habitación secreta, tenemos que buscar en la esquina noroeste del edificio, segunda planta.

—Segunda planta, esquina noroeste. —Bradley asintió con la cabeza—. Eso es bueno. Al señor Miller no le gusta alejarse tanto.

Cruzaron el vestíbulo central del museo y subieron a la galería de la segunda planta. En la sala que antaño había albergado la exposición de Winthrop sobre el Sudán ahora había una colección de especímenes zoológicos del Amazonas. Bradley los dejó en la entrada, junto a una vitrina llena de tarántulas grandes como manos.

—Me vuelvo abajo a hacer mi ronda —dijo—. Vendré a veros dentro de media hora. Intentad no hacer demasiado ruido. —Echó un vistazo al uniforme de caco de Mortimer—. Y no trasteéis con las piezas en exposición.

—No te preocupes —dijo Mortimer.

Se separaron para buscar paneles secretos y trampillas. En la galería en sí no encontraron nada, pero en la punta este del pasillo había un pasadizo en forma de L que conectaba con otra sala. En la pared del pasadizo había un mosaico que representaba un arco de piedra rosa en medio de un desierto. El arco estaba rodeado de cielo azul y de arena, mientras que el espacio del tamaño de una puerta que había dentro del arco en sí era de un color negro insulso y liso.

—Tiene que ser ahí —señaló Atticus. Los costados del arco estaban decorados con jeroglíficos, pero los símbolos de la dovela central eran letras individuales, y él reconoció el alfabeto—. Es la lengua de Adán.

—Habrá que presionar una de las piezas del mosaico para abrirla —observó Mortimer, y se puso de puntillas para presionar la dovela central, pero la pieza del mosaico estaba perfectamente fija y no cedió.

Joe *el Pirata* señaló otra pieza que había en el lado derecho del arco cuyo jeroglífico representaba a un hombre sosteniendo una cruz egipcia como si fuera una llave.

—Prueba ésa.

La pieza de la cruz egipcia tampoco funcionó. Abdulá y George sugirieron otras, hasta que Montrose se impacientó.

—¡Parad de toquetear! —exclamó—. Tenemos que ser sistemáticos.

—¿Y si es más de una pieza? —sugirió Joe *el Pirata*—. ¿Y si hay que presionar dos a la vez? ¿O incluso tres?

—Entonces nos vamos a tener que pasar la noche aquí —dijo George—. Pero si es lo que hace falta...

El chasquido de una navaja llamó la atención de todos los presentes. Los francmasones se giraron para ver a Atticus haciéndose un corte en el pulgar.

—¿Qué haces? —preguntó Abdulá.

—Probar un poco de filosofía natural —contestó Atticus—. Es largo de explicar.

Avanzó al frente del grupo y trazó una línea con sangre de lado a lado de la dovela central, con cuidado de tocar todas las letras. La pieza del mosaico absorbió la sangre casi al instante, y mientras la mancha desaparecía, el color de la dovela se intensificó. El brillo se expandió a las demás piezas del arco, al tiempo que las piezas oscuras empezaban a desdibujarse y fundirse entre ellas. La oscuridad se volvió más nítida y adquirió profundidad hasta que, en un momento de transición continua, lo que no había sido más que la sugerencia de una abertura se convirtió en un agujero en la pared.

Una vez completado el proceso, Abdulá fue el primero en hablar.

—La esquina noroeste del edificio —dijo—. Y éste debería ser un muro exterior, ¿no?

—O cerca del exterior —indicó George, asintiendo con la cabeza.

La luz tenue no penetraba mucho más allá de la abertura, pero

cuando se asomaron a la oscuridad todos vieron que el pasadizo se alargaba un buen trecho, más allá del perímetro del edificio, hasta lo que debería ser el aire del exterior.

Mortimer se volvió a emocionar.

—¡Es una dimensión alternativa! —dijo—. Quizá otro universo.

—Sí —afirmó Joe *el Pirata*—. ¿Quién quiere entrar primero?

George entró primero. Luego Montrose. Luego los demás.

Pasada la estrecha entrada había un pasadizo recto y llano, de unos tres metros de ancho, con unas paredes de piedra oscura que subían hasta un techo abovedado. El aire estaba helado y seco y desagradablemente viciado.

George y Montrose habían traído una linterna cada uno; Mortimer había traído tres. El pasadizo continuaba más allá del alcance de las vigas.

—¿No deberíamos dejar a alguien aquí para que vigile la entrada y le explique a Bradley adónde hemos ido? —propuso Joe *el Pirata*.

Atticus miró de reojo a Mortimer, que agarró su bolsa con gesto defensivo.

—¡Ni hablar! —exclamó Mortimer—. ¡Quiero ir!

—Hagamos esto de una vez —dijo Montrose, impaciente.

De manera que todos echaron a andar juntos, con George, Montrose y Abdulá en cabeza, y Mortimer, pese a su supuesto anhelo de seguir, manteniéndose cautelosamente en retaguardia.

El pasadizo seguía recto y sin ramificarse, y pronto se volvió monótono.

—¿Alguien está contando los pasos? —preguntó Abdulá.

—Si no estuviéramos en la dimensión X, a estas alturas ya estaríamos cruzando las vías del tren.

—Delante de la estación del otro lado hay una cafetería abierta

toda la noche —comentó Joe *el Pirata*—. Maxie's Depot, se llama. Tienen unos dónuts muy buenos.

—No me importaría comerme un dónut —dijo Atticus—. Mortimer, ¿has traído un martillo neumático?

—¿Qué? —Mortimer pareció sobresaltado—. No, yo...

—Veo algo más adelante —indicó George.

Todo el mundo se calló y miró. Algo resplandecía en la oscuridad. Siguieron avanzando despacio, y el objeto emergió por fin bajo la luz concentrada de las linternas: un cofre. Un cofre plateado, colocado sobre un pedestal oscuro que les llegaba a la cintura. Cambió la textura del aire, y los ecos de sus pasos sugirieron un espacio abierto más grande.

—Parece que hemos encontrado la cámara del tesoro —dijo Montrose—. Prepara las herramientas de caco, Mortimer.

—Espera —advirtió George. Estiró el brazo para detener a su hermano y bajó el haz de la linterna. A menos de un metro y medio por delante de ellos, el suelo de piedra oscura desaparecía.

George volvió a elevar el haz de luz hasta el cofre y lo examinó con más atención. No había pedestal; el cofre estaba simplemente flotando en la oscuridad.

Sintió que había otro objeto flotando cerca. Movió la luz hacia arriba y hacia la derecha.

—Dios bendito —dijo.

El muerto había sido blanco, en vida. Muerto, su carne reseca había adquirido un tinte gris. El traje le colgaba holgadamente del cuerpo marchito, y las manos que le asomaban de las mangas estaban retorcidas como ganchos, dejando ver unas yemas ennegrecidas y unas uñas rotas. Tenía los ojos piadosamente cerrados, pero los labios retraídos habían hecho que la boca estuviera abierta del todo y dentro se le veía la punta pálida de la lengua encogida.

A George le tembló un poco la mano con que sostenía la linterna,

y bajo la luz vacilante, la punta de la lengua pareció moverse, como si el antiguo maestre de logia de Chicago estuviera intentando hablar. O gritar.

—Es una esfera —indicó Abdulá, iluminando con su linterna las paredes lisas de piedra que se alejaban trazando una curva al final del pasadizo—. Yo diría que de unos cincuenta metros de diámetro.

El cofre estaba en el centro de la esfera, y la abertura del pasadizo estaba en mitad del costado. El maestre de logia muerto flotaba en el hemisferio superior, en las inmediaciones del trópico de Cáncer, girando lentamente como un madero arrastrado por el océano y atrapado por una corriente lenta.

—¿Qué lo mantiene ahí arriba? —se preguntó Montrose—. A él y a eso... —Señaló con la cabeza el cofre, que a diferencia del cadáver estaba suspendido inmóvil, un punto fijo en el espacio.

George se acercó al borde del vacío y extendió un brazo a modo de experimento.

—Cógeme del cinturón.

—¿Qué? —preguntó Montrose.

—Atticus y tú, agarradme del cinturón por detrás.

Montrose y Atticus se pusieron detrás de George, lo agarraron cada uno de una parte del cinturón con una mano y le pasaron los dedos de la otra por debajo de la cintura de los pantalones.

—Muy bien —dijo George—. Agarrad bien fuerte. —Y se echó hacia delante.

No se había inclinado demasiado —lo justo para que la mayor parte de su cuerpo estuviera dentro de la sala esférica— cuando la gravedad lo soltó de repente. Se le despegaron los pies del suelo y la inercia lo mandó hacia delante, poniéndolo completamente horizontal, y agitando los brazos, mientras Montrose y Atticus

luchaban por estabilizarlo.

—Dios santo —soltó Mortimer.

—¿Tío George? —dijo Atticus.

—Estoy bien —les contestó George, riendo nerviosamente—. Tengo la sensación de que voy a echar la cena, pero también es bastante divertido. Vosotros no me soltéis, ¿de acuerdo?

La ráfaga de aire llegó sin previo aviso, golpeando a George de lado. Como si fuera un globo de un desfile atrapado por un viento de costado, dio un bandazo y experimentó una fuerte sacudida hacia la derecha, arrastrando consigo a quienes lo tenían cogido. Montrose, que estaba en el lado del barlovento, se vio empujado al vacío por el giro del cuerpo de George. Se inclinó demasiado por encima del borde y pronto él también se vio flotando, lo cual dejó a Atticus convertido en el único punto de anclaje.

Joe *el Pirata* salió disparado y agarró a Montrose de un tobillo. Abdulá le cogió el otro. Llegó otra ráfaga de viento, pero Joe *el Pirata*, Abdulá y Atticus mantuvieron su presa y arrastraron a Montrose y a George hasta un sitio seguro. En cuanto volvieron a estar dentro del pasadizo, la gravedad se restableció y los cinco hombres terminaron amontonados en el suelo, con Mortimer plantado detrás de ellos y repitiendo una y otra vez: «¡Dios santo!».

George salió de encima de Atticus, donde había aterrizado, y le concedió un momento a su ritmo cardíaco para que se tranquilizara. Luego se incorporó con esfuerzo y ayudó a los demás a levantarse. Recogió su linterna y apuntó con ella al maestre muerto, que seguía girando perezosamente en las latitudes superiores.

—O sea, que eso es lo que le pasó —dijo George—. Que se asomó demasiado sin nadie que lo agarrara y salió disparado a la órbita.

—¿Y luego qué? —preguntó Atticus, quitándose el polvo de las mangas—. ¿Crees que murió de sed?

—O de hipotermia —conjeturó George—. O quizá se abrió la

cabeza contra la pared mientras estaba dando tumbos.

—Ahora no está dando tumbos —observó Montrose—. ¿Crees que el viento ese sólo sopla aquí, en la entrada?

—Podría ser. —George vio adónde quería ir a parar su hermano —. Mortimer —dijo—, ¿tienes una cuerda en esa bolsa?

—Ya lo creo. Bien larga.

—Necesitamos la suficiente para hacerme un arnés, con unos treinta metros largos de margen.

—No —replicó Montrose—. Tú no.

—Yo sí —afirmó George.

Pero Montrose negó con la cabeza.

—Eres demasiado grande. Y yo también, de hecho. Necesitamos a alguien pequeño, que si nos equivocamos en lo del viento no nos arrastre a los demás al vacío. —Miró a su alrededor y su mirada se posó en Mortimer Dupree, que medía metro sesenta—. Alguien a quien podamos lanzar.

—A la de tres —dijo George.

Montrose y él estaban a unos cuantos pasos del borde del pasadizo, sosteniendo a Mortimer en volandas entre ellos como si fuera un ariete humano. Detrás de ellos, Joe *el Pirata* y Abdulá permanecían a cargo de una cuerda cada uno: la primera estaba atada formando un arnés improvisado en torno al pecho de Mortimer, y la segunda en torno a su tobillo derecho, a modo de cuerda salvavidas. Atticus se encontraba a la derecha de su padre, empuñando la linterna más potente.

—Vale —asintió Mortimer, levantando la mano para encender la linterna frontal que llevaba en la frente—. Estoy listo, estoy listo. —Cerró los ojos con fuerza—. Dios.

—No te preocupes, Dupree —dijo Montrose—. Después de esto,

los Illuminati te iniciarán seguro.

—Vale —dijo George—. ¡Uno..., dos... y tres!

Mientras lo arrojaban de cabeza al espacio, Mortimer volvió a abrir los ojos. La transición a la ingravidez fue instantánea, pero su cerebro se aferró obstinadamente a la idea de que un hombre arrojado desde un precipicio debía *caer*, y con fuerza:

—Oh, mieeeeeerd...

Una ráfaga de aire ahogó su exclamación. Pero se había alejado del borde de la esfera y el viento ya no lo tocaba. Elevándose un poco, fue planeando hacia el cofre, con los brazos extendidos como alas de eficacia inverosímil. Abdulá y Joe *el Pirata* empezaron a soltar las cuerdas, intentando evitar que se enredaran.

—Muy bien —dijo George—. Empezad a echarle el freno.

Para entonces Mortimer ya se había recuperado lo bastante como para ir gritando sus instrucciones.

—Ya casi estoy..., despacio..., despacio...

A base de aplicar una ligera fricción a las cuerdas, Abdulá y Joe *el Pirata* consiguieron que se detuviera a un metro o dos del cofre. Desde su perspectiva, parecía estar flotando justo encima de él y a su derecha.

—¡¿Estás bien, Mortimer?! —le gritó George.

—Necesitaría unos calzoncillos nuevos —contestó Mortimer—. Pero por lo menos ya sé cómo se siente Superman.

—Intenta usar tu visión de rayos X con el cofre —le sugirió Montrose—. ¿Qué ves?

—Mucha decoración por fuera —respondió Mortimer—. Estrellas y planetas y cosas así. Y veo más letras raras de ésas... —Una pausa —. No tengo que sangrar encima de él, ¿verdad?

—Aún no —dijo George—. ¿Puedes ver cómo se abre?

—No veo ni cerradura ni pestillo. Hay una ranura que recorre la parte de arriba y que podría ser el borde de la tapa. Si me acerco un poco más, puedo intentar... ¡Uau! —Mortimer se retorció de pronto

en mitad del aire—. ¡Veo una cadena! Una cadena grande que sale de detrás y llega hasta la pared del fondo... Parece de hierro forjado y está tensa, casi como si el cofre colgara de ella, aunque, bueno, ya sabéis, de lado.

George se giró hacia Montrose.

—¿Podría haber alguna clase de campo magnético que empujara el cofre hacia aquí? —interrogó.

—Supongo —dijo Montrose—. Pero si lo hubiera, tendría que afectar a todo lo que hay en la sala... ¡Eh, Mortimer! —lo llamó—. ¿Sientes algo que te estira de la hebilla del cinturón? ¿O de los empastes?

—No —contestó Mortimer. Y añadió preocupado—: ¿Por qué?

—Háblanos más de la cadena —pidió George—. ¿Crees que la podríamos cortar?

—Haría falta un soplete de los grandes... ¿Por qué me has preguntado por mis empastes?

—No te preocupes por eso. ¿Puedes ver cómo está sujeta la cadena al cofre? Quizá la podríamos desenganchar...

—Un momento... —Retorciéndose otra vez, y usando las cuerdas para darse impulso, Mortimer se dio la vuelta. Estiró el brazo hacia el cofre y se las apañó para enganchar la punta del dedo en una filigrana decorativa. Era un agarre muy débil, pero suficiente para darse un poco de impulso. Al cabo de unos segundos ya pudo sujetar con firmeza el cofre e impulsarse hacia él.

El cofre se meció al final de su cadena cuando Mortimer colisionó con él. Del otro lado de la esfera vino el retumbar metálico de una puerta o una verja al abrirse, seguido de un ruido como de algo que bajaba deslizándose por una rampa. Mortimer, que se había subido a horcajadas al cofre, giró la cabeza hacia el ruido.

—Hum —dijo.

Se detuvo ese ruido. Ahora oían un zumbido suave de aspas de rotor.

—Hum —repitió Mortimer Dupree.

—Mortimer... —empezó George—. ¿A qué le estás diciendo «hum»?

—No lo sé exactamente —respondió Mortimer—. Parece un submarino pequeño.

Atticus apuntó con la linterna al torpedo negro que acababa de salir volando de las sombras del hemisferio contrario. Debía de medir sesenta centímetros de largo, tenía una hélice muy grande y unas alas cortas que le permitían guiarse por el aire; el morro estaba provisto de un círculo de pomos de cristal con muchas facetas, como ojos de libélulas que resplandecían bajo la luz. Mientras la cosa se acercaba a la boca del pasadizo, los hombres oyeron el clic, clic de sus engranajes interiores.

—Creo que deberíamos sacar de ahí a Mortimer —dijo Atticus después de que la cosa pasara de largo.

—Sí —coincidió George—. ¡Mortimer! —lo llamó—. ¡Te vamos a traer de vuelta!

—¿Por qué? —preguntó Mortimer—. ¿Crees que esa cosa es peligrosa?

—Tú suelta el puñetero cofre, Dupree —le dijo Montrose.

En vez de soltarlo, Mortimer se agarró más fuerte, se agachó y giró la cabeza para seguir con la vista la trayectoria del torpedo. Mientras daba la vuelta por el otro lado del cofre, el ruido de la hélice cambió de tono. Y cuando un momento más tarde Atticus lo cazó con el haz de su linterna, se estaba moviendo más deprisa; y luego, al acercarse, se le abrió el morro y de él salió un haz de cuchillas de aspecto amenazador. Las cuchillas se pusieron a girar hasta convertirse en una masa borrosa que emitía un zumbido agudo como de taladro de dentista.

—¡Eh! —riñó Mortimer al torpedo, igual que reñiría a un perro callejero revoltoso—. ¡Eh! ¡No!

El torpedo fue a por la cuerda del arnés. Las aspas la segaron

con facilidad. Las puntas cortadas y deshilachadas se quedaron flotando mientras el torpedo seguía volando, dando la vuelta al cofre para hacer otro pase.

George agarró la cuerda del tobillo, que ahora era el único salvavidas, y le dio un tirón fuerte.

—Mortimer —le dijo—, tienes que dejar que te traigamos de vuelta.

Pero Mortimer seguía abrazado al cofre y mirando con los ojos como platos el torpedo.

George soltó la cuerda y se metió la mano en el bolsillo en busca de la pistola.

—Atticus, voy a necesitar esa luz bien quieta.

—Vale —dijo Atticus.

El torpedo volvió a aparecer volando desde detrás del cofre. George apuntó con cuidado y presionó el gatillo. El ruido del disparo fue ensordecedor, pero la bala no dio en su objetivo; pudo verla estrellarse en la pared. Apuntó otra vez rápidamente y disparó. Y erró el tiro.

—Mierda —dijo Montrose—. Déjame a mí... —Hizo el gesto de coger la pistola, pero antes de poder quitársela de la mano a George, Abdulá se interpuso entre los dos hermanos y agarró la cuerda del tobillo con las dos manos. Mientras el torpedo se acercaba, soltó un poco de cuerda y luego dio un tirón fuerte, mandando una ondulación alta de extremo a extremo. El torpedo intentó ajustar el rumbo, pero en vez de segar la cuerda por completo sólo le hizo un pequeño corte.

—¡Dispárale! —gritó Mortimer—. ¡Dispárale!

George disparó otra vez al torpedo en retirada. Y falló.

—¡Mierda! —exclamó Montrose.

Luego Joe *el Pirata* habló con voz imperiosa.

—Hermano Dupree —dijo—. Te doy mi palabra como hermano masón de que no te vamos a dejar morir, pero tienes que bajar el

culo de ese cofre ahora mismo.

Temblando, Mortimer se subió como pudo hasta ponerse en cuclillas encima de la tapa del cofre... y se quedó paralizado.

—Hazlo o te echamos del club, Mortimer —amenazó Joe *el Pirata*.

Con un chillido, Mortimer se lanzó al vacío. Montrose y Abdulá comenzaron a tirar de la cuerda, que al tensarse empezó a partirse y deshilacharse por la parte donde el torpedo le había hecho un corte.

—Suave —les avisó George.

Entretanto, Mortimer, elevándose en ángulo oblicuo, se encontró escorándose hacia el maestre de logia muerto.

—¡Aparta! —le chilló al cadáver, pero el muerto no se movió y los dos chocaron y se quedaron dando vueltas hechos un enredo de brazos y piernas.

Se partió otra hebra de la cuerda. El torpedo, ahora en plena trayectoria de regreso, levantó el morro hacia los cuerpos enredados y pegó un acelerón final.

Mortimer oyó el zumbido de las aspas que se acercaban. Se retorció una vez más y usó el cadáver del maestre a modo de escudo. El torpedo se clavó en la espalda del muerto. Las aspas le hicieron trizas la espina dorsal y lo que le restaba del corazón y los pulmones antes de quedarse medio atascado en su esternón, con el motor recalentado del taladro chillando a modo de protesta.

—¡Apartaaaaa! —gritó Mortimer, poniéndole las manos en los hombros al muerto y empujando.

Abdulá y Montrose dejaron atrás la parte deshilachada de la cuerda. Tirando con fuerza otra vez, arrastraron a Mortimer entre gritos hasta el pasadizo, donde lo agarraron.

El torpedo ejecutó un giro lento y pesado y puso rumbo él también al pasadizo, empujando al maestre muerto ante sí. El cadáver sonriente abrió los brazos como si fuera a abrazar a alguien. George volvió a levantar la pistola, apuntó al bulto ensangrentado que el muerto tenía en el pecho y soltó tres tiros más, uno de los

cuales por fin dio en su objetivo. Hubo una pequeña explosión, un tintineo de engranajes rotos y la hélice por fin se detuvo. Llevado por el impulso, el cadáver siguió flotando hacia delante.

Luego, el viento se volvió a despertar y mandó al maestre de logia dando tumbos hacia las sombras, con el torpedo muerto sobresaliéndole de la espalda como una grotesca llave de dar cuerda.

—Quizá nos estemos planteando esto incorrectamente —admitió Montrose al cabo de unos minutos.

—Bueno, si conoces la forma correcta —dijo George—, soy todo oídos.

—En vez de preguntarnos cómo vamos a hacernos con ese cofre —apuntó Montrose—, deberíamos estar preguntándonos cómo se haría con él Winthrop. Ésta es su cámara secreta del tesoro, ¿verdad? O sea, que no debía de venir con una panda de gente, debía de venir solo. Pero, entonces, ¿qué hacía?

George se encogió de hombros.

—Era un hechicero. Quizá volaba hasta el cofre.

—Ese muerto también era hechicero —señaló Montrose—. Pero no podía volar. Si pudiera volar, las trampas no tendrían sentido.

—Vale. —George asintió con la cabeza—. ¿Pues cuál es la respuesta?

—La sala entera es una máquina —dijo Montrose—. Hay una razón para que esté organizada de tal forma que no se vea la cadena desde aquí. Si no sabes que hay una cadena, das por sentado que el cofre está flotando en medio de la nada y no vas a tener más remedio que subir ahí e intentar agarrarlo. Y así es como te metes en líos..., Mortimer. —Se giró hacia el dentista, que estaba sentado en mitad del pasadizo con la barbilla apoyada en las manos

—. ¿Has visto hasta dónde iba la otra punta de la cadena?

—¿Hasta dónde? —Mortimer levantó la cabeza—. Ya te lo he dicho, va hasta la pared del fondo.

—¿Sólo hasta ella? O sea, ¿está remachada a la pared? ¿O se mete en ella?

Mortimer lo pensó.

—No estoy seguro —respondió—. No he visto bien cómo estaba sujeta. Sé que había un agujero en la pared del que ha salido esa cosa que volaba. Puede ser que la cadena se metiera en otro agujero.

Montrose se volvió hacia George.

—La cadena tiene una bobina. Os lo garantizo.

—Entonces es el cofre el que viene a nosotros —concluyó George —. Pero ¿cómo conseguimos que venga?

—Eso es lo complicado. Si hay que usar una palabra mágica, lo tenemos claro.

—¿Qué otra cosa puede ser? —George examinó las paredes y el techo de alrededor del final del pasadizo, en busca de un interruptor que les hubiera pasado por alto.

—No va a estar aquí —dijo Montrose—. Si fuera yo, lo pondría justo fuera, para que no lo puedas ver sin asomar la cabeza pero donde puedas alcanzarlo sin mirar.

George se arrodilló al final del pasadizo y, con cuidado de no asomarse demasiado, pasó los dedos por encima del borde y se puso a palparlo. Montrose se unió a él, buscando los dos en direcciones opuestas.

George había palpado ya un tercio de la pared del lado izquierdo cuando encontró un hueco poco hondo que tenía un botón dentro.

—Creo que he dado con él —dijo.

Pulsó el botón, y el cofre, movido por la misma fuerza invisible que lo mantenía en su sitio, empezó a flotar hacia ellos, desenrollándose la cadena de su bobina escondida en la pared con

un traqueteo continuo. El cofre llegó a la boca del pasadizo y se detuvo, todavía flotando. Cuando casi la mitad del arca estaba dentro del pasadizo, la parte superior se levantó y se retiró hacia atrás por medio de unas bisagras motorizadas.

A diferencia de su exterior adornado y reluciente, el interior del cofre era gris e industrial. Una bombilla fluorescente instalada dentro de la tapa se encendió con un parpadeo y proyectó su luz fría sobre el contenido de la caja.

El libro de los nombres descansaba sobre una gruesa almohadilla de cuero y estaba sujeto con un par de correas con hebillas. El tamaño del libro sugería un volumen de enciclopedia o unas escrituras impías. Estaba encuadernado con la piel de algún animal de poros grandes, y las letras adamitas de su cubierta tenían aspecto de cicatrices, como si le hubieran hecho cortes a la criatura en cuestión y los hubieran dejado cicatrizar antes de desollarla.

—¿Qué os parece? —preguntó George, mirando las correas y la almohadilla—. ¿Alguna trampa más?

—No lo sé —dijo Montrose—. Quizá. —Pero luego se encogió de hombros—. Bah, al carajo...

Metieron las manos juntos en el cofre y desataron las correas. George agarró una punta del libro y Montrose la otra, y entre los dos lo sacaron. No había más trampas, pero *El libro de los nombres* pesaba mucho y el tirón repentino de la gravedad mientras lo estaban sacando del cofre y terminando de meterlo en el pasadizo hizo que los dos lo agarraran con más fuerza.

—Tranquilo —dijo Montrose—. Lo tengo.

—No —replicó George—. Lo tengo *yo*.

—Perdonad, hermanos —dijo Abdulá.

Ya era pasada la una cuando regresaron al museo. George fue el

último en salir del pasadizo, y cuando miró por encima del hombro vio que la abertura se había cerrado en silencio detrás de él.

—Bradley... —llamó en voz baja Abdulá, entrando en la galería. Estaba aguantando *El libro de los nombres* lejos del cuerpo, como si fuera algo contaminante, y le empezaban a temblar los brazos del esfuerzo—. Bradley, ¿estás aquí?

No hubo respuesta. Empezaron a cruzar la galería, pero sólo habían avanzado unos pasos cuando se encendió una cerilla en las sombras de más adelante. En aquel mismo momento oyeron un amartillar de pistolas a su derecha, y los detectives Burke y Noble salieron de detrás de una vitrina empuñando sus armas.

—¿Lo veis? —dijo Caleb Braithwhite—. Ya os dije que lo conseguirían.

—Sí —replicó el capitán Lancaster—, y yo te dije que nos intentarían joder. —Con el puro encendido, agitó la cerilla para apagarla y la tiró—. Muy bien, acabemos con esto... Están ustedes invadiendo esta propiedad —les dijo a George y a sus compañeros —. Los podría trincar a todos por allanamiento, o bien podría hacer que mis hombres los mataran a tiros y ahorrarnos el papeleo. Y a usted —señaló con el dedo—, Percival Avery Jones, con domicilio en South Wabash, 5713, apartamento 2C, le conviene pensar en su esposa, Rashida, y en su hijo, Omar, y en lo que les va a pasar si no vuelve usted a casa. ¿Y su primo Bradley? Ahora mismo ya no trabaja aquí, pero si me obliga usted a arrancarle ese puto libro de las manos, me puedo encargar de que consiga un trabajo nuevo doblando ropa de la lavandería en el penal de Joliet.

Ahora Abdulá tenía abrazado *El libro de los nombres*, pero le seguían temblando los brazos.

—Rashida —dijo Lancaster—. Omar.

Abdulá agachó la cabeza.

—Lo siento, George —se disculpó, con la voz ronca de vergüenza. Dio un paso adelante, pero George levantó la mano para

detenerlo.

—Teníamos un trato —le dijo George a Braithwhite.

—Lo teníamos —admitió Braithwhite en tono afable—. Y estoy dispuesto a honrarlo. —Dio un golpecito a una bolsa que tenía en el suelo junto a los pies—. Suponiendo que ése sea realmente *El libro de los nombres*, por supuesto. —Sonrió—. No me interesa la cábala.

«Eso es adelantarse mucho a los acontecimientos», recordó George. Intentó pensar en alguna alternativa, pero la única jugada posible era la obvia: sobrevivir a esta noche y esperar a que se presentara alguna oportunidad futura para enmendar las cosas.

Retiró la mano y le hizo un gesto a Abdulá para que avanzara. Braithwhite le cogió el libro y lo hojeó.

—¿Y bien? —preguntó el capitán Lancaster.

Braithwhite asintió con la cabeza.

—Es correcto —confirmó.

—Entonces no hay más que hablar —soltó el capitán. Echó un vistazo silencioso a los detectives, que se relajaron y enfundaron las pistolas—. El museo está cerrado —anunció Lancaster—. Encuentren una puta salida de incendios y lárguense de aquí. —Se metió el puro en la boca, giró sobre sus talones y se alejó, seguido por sus detectives.

—Todo suyo —le dijo Caleb Braithwhite a George, dándole otro golpecito a la bolsa con la punta del pie—. Hay un pequeño extra por las molestias. Hasta la próxima. —Y se marchó también.

—La próxima —gruñó Montrose.

George fue hasta la bolsa y miró dentro. El libro de Adah estaba encima de todo, envuelto en una tela blanca y limpia. George se aseguró de que el libro de contabilidad estuviera intacto y luego miró a ver qué era el «pequeño extra». Se quedó boquiabierto.

Montrose se puso a su lado y lo vio también.

—Joder —dijo.

—¿Qué es? —preguntó Atticus.

—Dinero —respondió George, mirando con incredulidad los fajos de billetes de cien dólares sujetos con gomas—. Creo que es la deuda de los Burns. La está pagando.

—¿Lo que le debían a la bisabuela Adah? Hablas del capital sin intereses, ¿verdad? ¿De los ocho mil ochocientos originales?

—No —dijo George—. Hablo de la deuda entera: los ocho mil ochocientos más noventa años de intereses. —Mientras hurgaba dentro de la bolsa, contando los fajos, sintió que el libro de contabilidad que tenía en la otra mano se volvía más liviano y que lo mismo le pasaba a su cuerpo entero, como si la gravedad lo estuviera dejando ir una vez más—. Trescientos mil —dijo—. Trescientos mil dólares.

—Jo-der —exclamó Montrose.

Hippolyta trastorna el universo

El problema lo tienes aquí. ¡Este teleportador no está enchufado!

ORITHYIA BLUE

Júpiter estaba en el firmamento. Hippolyta se puso en cuclillas en un pasto cubierto de nieve y se distrajo del frío a base de encontrar el punto luminoso entre las constelaciones de Cáncer y Géminis. Marte también estaba en el firmamento, lo sabía, en Acuario, cerca del horizonte occidental, aunque escondido de ella por la ladera boscosa que tenía detrás. Daba igual: no quería que los marcianos la vieran así.

De vuelta en el coche, se sentó con la calefacción puesta y hojeó el número 11 de *Las aventuras interplanetarias de Orithyia Blue*. Horace había creado aquel cómic después de que Hippolyta le sugiriera que no estaría mal leer una historia de ciencia ficción protagonizada por una mujer, para variar. Orithyia Blue, licenciada en 2001 por el Instituto Astrotécnico Howard y la mejor reparadora del sistema solar, iba pitando de planeta en planeta a bordo de su fiel Cosmoneta Buick. La llamaban para reparar telescopios defectuosos

u ordenadores averiados, y ella siempre se encontraba con problemas más graves: disturbios entre las tribus de fuego y de sombra de Mercurio; intrigas políticas en las lunas de Saturno; un primo del monstruo del lago Ness que causaba destrozos en el Gran Canal de Marte.

En este último número, Orithyia volvía a la Tierra por Navidad y decidía parar en los almacenes Marshall Field's de Ceres para hacer unas compras navideñas de último momento para su hijo. Pero Megajulio, el robot gobernante supremo de Titán, todavía dolorido por la derrota que le había infligido Orithyia en el número 7, mandaba a sus esbirros a tenderle una emboscada. A continuación tenía lugar una frenética persecución por el cinturón de asteroides, en la que la pregunta no era «¿Sobrevivirá Orithyia?» (era una piloto espacial fabulosa y tenía una gran habilidad para pensar en tres dimensiones, mientras que los robots de Megajulio apenas podían distinguir la izquierda de la derecha), sino «¿Conseguirá llegar a la tienda antes de que cierre la sección de juguetes?». Hippolyta se echó unas buenas risas con una de las páginas, que estaba dedicada por completo a mostrar un primer plano de la lista de la compra de Orithyia. En el futuro podían cambiar muchas cosas, pero los gustos de los chavales de doce años parecían inmutables. ¿Quién habría imaginado que en el siglo XXI seguirían teniendo coches en miniatura Matchbox?

Bueno, pensó, aquel año Horace se había portado bien, y ella todavía tenía unos días para hacer realidad sus sueños de Navidad.

Pero primero los de ella. Dejó el cómic a un lado y cogió del asiento del pasajero el otro libro, titulado *Relación de observatorios astronómicos de América del Norte*. Hippolyta lo había encontrado en su última visita a la casa Winthrop. Estaba en el cuarto del planetario, a punto de accionar el interruptor que ponía los planetas a girar, cuando se había abierto de golpe un cajón escondido en la base del planetario.

Ella conocía la mayoría de los observatorios de esa relación. Al final del libro, sin embargo, Hippolyta descubrió un apéndice escrito a mano:

OBSERVATORIO HIRAM WINTHROP
COLINA DE LOS BRUJOS, WISCONSIN

Justo debajo pudo ver una serie de sesenta y cuatro números de tres dígitos, pulcramente dispuestos en ocho hileras de ocho. Y más abajo la inscripción T. HIRAM.

Además de la *Relación*, el cajón escondido contenía un par de llaves. Una parecía una típica llave de una casa, pero la otra tenía forma de vara y medía unos quince centímetros, con un bucle en el final; casualmente, se parecía mucho a la llave que Orithyia Blue usaba para poner en marcha su Spacewagon.

Hippolyta le enseñó el libro y las llaves a Letitia y le preguntó si se las podía quedar.

—¿Estás planeando ir a Wisconsin? —preguntó Letitia.

—Voy la semana que viene a Minneapolis —dijo Hippolyta—. Pero puedo desviarme en la vuelta.

Letitia ladeó la cabeza y pareció que se lo estaba pensando. Hippolyta oyó un golpe por debajo del suelo.

—Vale, sí —dijo Letitia—. Pero ten cuidado —añadió—. Puede que fuera el observatorio del señor Winthrop cuando lo construyó, pero Dios sabe quién lo estará llevando ahora.

—Tendré cuidado —prometió Hippolyta.

Su padre la había introducido en la astronomía. Aunque sin quererlo. En diciembre de 1928 se había presentado en casa con un telescopio, regalo navideño para sí mismo, y había justificado el

gesto asegurando que en realidad era para el hermano de Hippolyta, Apollo, con la esperanza de avivar su interés por la ciencia y mejorar sus malas notas. Pero lo único que le interesaba del cielo a Apollo era que a veces caían pelotas de él.

Con nueve años, Hippolyta saltó a la palestra. Empezó a seguir a su padre a la azotea de su edificio de apartamentos de Harlem y a acompañarlo en expediciones más largas al campo. Esto último tenía lugar más o menos una vez al mes. Su padre le cogía prestado un coche a un amigo y los dos recorrían ochenta kilómetros hasta una pequeña granja en el norte del estado, propiedad de otro amigo, el señor Hill, un negro de piel tan clara que prácticamente era blanco. Llegaban a la granja cuando ya era oscuro, saludaban al señor Hill y a su esposa, Gretchen, y después de una breve charla y quizá un trozo de tarta, los Hill se iban a la cama, e Hippolyta y su padre se iban a los campos.

Allí, lejos de las luces de la ciudad, pudo ver por primera vez el cielo nocturno. Su padre orientaba el telescopio mientras Hippolyta consultaba efemérides y leía en voz alta las instrucciones para encontrar el objeto celeste que hubieran elegido como presa.

El favorito de su padre era Marte. Él le habló de Percival Lowell, un hombre blanco de Boston que estaba convencido de que las líneas que veía en la superficie de Marte eran canales. Los colegas astrónomos de Lowell se mostraban escépticos, pero sus ideas habían inspirado a bastantes escritores de ciencia ficción, y las simpatías del padre de Hippolyta estaban siempre con los escritores. Por desgracia, su pequeño telescopio de dos pulgadas de apertura no era lo bastante potente como para permitirle ver los canales. Se quedaba mirando el disco rojo y liso que el aparato le mostraba y trataba de hacer aparecer las líneas a base de pura fuerza de voluntad (lo cual quizá no fuera tan distinto de lo que había hecho Lowell), y mientras lo hacía se dedicaba a especular en voz alta sobre los aficionados a la astronomía marcianos que quizá lo

estuvieran mirando a él.

A Hippolyta la intrigaba más la otra obsesión astronómica de Lowell. Una serie de misteriosos trastornos en las órbitas de Urano y Neptuno habían llevado a los astrónomos a postular la existencia de un «cuerpo transneptuniano». Lowell había buscado el llamado Planeta X hasta su muerte, pero falleció sin haberlo encontrado.

Hippolyta decidió que el Planeta X lo iba a descubrir ella. Su padre le seguía la corriente y la dejaba apuntar con el telescopio a sectores al azar del cielo, como si fuera un pescador buscando un pececillo en un océano gigantesco. Era inútil, por supuesto. Tal como Hippolyta descubrió en la biblioteca, la búsqueda de planetas requería equipamiento especializado: para encontrar el Planeta X, necesitaba no sólo un telescopio más grande, sino también uno que pudiera hacer fotografías; y otro aparato, llamado comparador de parpadeo, que pudiera cotejar fotos del mismo campo de estrellas tomadas en noches distintas a fin de revelar si se había movido algo. A falta del dinero para comprar aquellas cosas o de los medios para construirlas, el único recurso de Hippolyta era convertirse en astrónoma profesional, una meta que a ella le parecía razonable. Comparada con la intención de su hermano de ser el primer lanzador negro de los Yankees, ni siquiera resultaba demasiado ambiciosa.

En octubre tuvo lugar el crac de la Bolsa; para diciembre, el amigo de su padre había perdido su trabajo y se había vendido el coche, lo cual terminó con los viajes al norte del estado. Hippolyta siguió mirando las estrellas desde la azotea, pero a menudo ella sola. Su padre también estaba teniendo problemas en el trabajo y necesitaba conseguir horas extra para llegar a fin de mes.

Y luego, el 14 de marzo de 1930, el periódico de la mañana trajo la noticia de que Clyde Tombaugh, un astrónomo en prácticas del Observatorio Lowell de Arizona, había descubierto el Planeta X. Hippolyta se quedó dividida entre la emoción y la decepción, pero a medida que asimilaba la noticia, fue el segundo sentimiento el que

predominó.

Su padre hizo lo que pudo para consolarla.

—El periódico dice que todavía no le han puesto nombre —señaló —. Seguro que están abiertos a sugerencias.

La madre de Hippolyta, que estaba preparando copos de avena en la cocina, reaccionó al oír aquello. Nunca había sido muy dada a fantasear, pero desde el crac de la Bolsa había multiplicado sus esfuerzos por inculcarles ideas más prácticas a sus hijos.

—Bernard —dijo en tono de advertencia.

Su marido hizo como que no la había oído.

—Podrías escribir una carta al observatorio —le dijo a Hippolyta.

Como cualquier otro aspirante a descubridor, era obvio que Hippolyta había dedicado mucho tiempo a pensar qué nombre le iba a poner a su planeta. Si quería mantener la convención, tenía que sacar el nombre de la mitología clásica; y el nombre tenía que connotar oscuridad, frío y lejanía. Después de mucho pensarlo, redujo las posibilidades a dos: Plutón, dios del submundo, y Perséfone, su reina. Ella quería elegir a Perséfone, porque le parecía injusto que Venus fuera el único planeta con nombre femenino. Por lo demás, sin embargo, era un nombre menos adecuado. Perséfone, diosa de la naturaleza por nacimiento, había vivido en la calidez y la luz hasta que Plutón la había raptado y se la había llevado al Hades, y aun entonces sólo se pasaba una parte del año en el submundo. Mientras que Plutón, como el Planeta X, residía siempre en la oscuridad y siempre había sido así.

Plutón, pues. Plutón era el nombre.

Hippolyta quería saltarse la escuela para escribir la carta, pero su madre le dijo que ni hablar. Así pues, lo que hizo fue escribirla aquel día en clase: trescientas palabras argumentando por qué el Planeta X tendría que llamarse Plutón. En la secretaría de la escuela suplicó que le dieran un sobre y lo dirigió a:

SEÑOR CLYDE TOMBAUGH

A LA ATENCIÓN DEL OBSERVATORIO LOWELL, FLAGSTAFF, ARIZONA.

Después del timbre de la salida, se encontró a su padre esperándola delante de la escuela. Antes de que Hippolyta le pudiera preguntar por qué no estaba en el trabajo, él le dijo:

—¿La tienes? —Ella asintió con la cabeza y le enseñó la carta—. No se lo contaremos a tu madre, ¿de acuerdo? —Ella volvió a decir que sí con la cabeza, le cogió la mano y los dos caminaron juntos hasta la oficina de correos.

Pasaron dos meses más. Su padre encontró otro trabajo al otro lado del río, en Hoboken, del que sólo volvía a casa los fines de semana y a veces ni siquiera entonces. Su madre seguía trabajando en Harlem, pero empezó a marcharse del apartamento más temprano y a volver más tarde. Apollo le hacía el desayuno a Hippolyta y la acompañaba a la escuela.

Ya no recibían el periódico de la mañana, así que Hippolyta estaba en la biblioteca cuando leyó la noticia de que le habían puesto un nombre oficial al Planeta X. Cuando vio cuál era el nombre, soltó un «uaau» que hizo que dos bibliotecarias le chistaran. Pero su euforia fue breve. El artículo del periódico no acreditaba el nombre a Hippolyta Green de Harlem, sino a Venetia Burney de Oxford, Inglaterra.

Hippolyta se quedó perpleja. Ya había supuesto que otra gente escribiría al observatorio, y como Plutón era un nombre lógico, no era ninguna sorpresa que se le hubiera ocurrido a más gente. Pero ¿Inglaterra? ¿Cómo era posible que una carta mandada desde el otro lado del océano Atlántico llegara a Arizona antes que una enviada desde Nueva York?

Luego siguió leyendo y lo entendió. Venetia Burney no era una niña normal y corriente. Su tío abuelo, Henry Madan, era el profesor del Eton College que había puesto nombre a las lunas de Marte, y su abuelo, Falconer Madan, era un antiguo director de la Biblioteca Bodleian de Oxford. Era Falconer quien se había encargado de que la

sugerencia de Venetia fuera reenviada por telegrama al Observatorio Lowell.

¡Por telegrama! De manera que el esfuerzo de Hippolyta había sido en balde. A pesar de sus prisas, seguramente su carta estuviera todavía esperando en la oficina de correos de Harlem cuando el telegrama de Venetia —¡que ni siquiera había escrito ella misma!— había saltado al principio de la cola.

Hippolyta intentó centrarse en la única buena noticia. De acuerdo con los cálculos preliminares de los astrónomos, la existencia de Plutón no terminaba de explicar las irregularidades de las órbitas de Urano y Neptuno. Lo cual significaba que había otros cuerpos celestes transneptunianos esperando a que los descubrieran. Y esperando a que les pusieran nombre.

Mantuvo la compostura hasta aquella noche, cuando su madre regresó a casa del trabajo. La madre de Hippolyta se había olvidado por completo del Planeta X, pero Hippolyta todavía recordaba su escepticismo sobre la idea de escribir la carta, y pensar de repente en aquello, y en lo que su madre diría ahora —«¿Qué esperabas que pasara?»—, abrió las compuertas. Hippolyta se puso a berrear.

Su madre, que acababa de entrar por la puerta del apartamento y todavía no había dicho una palabra, la miró alarmada.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué pasa?

Hippolyta se pasó varios minutos sin contestar, sólo llorando, mientras su madre la abrazaba y le acariciaba el pelo. Al final Hippolyta consiguió articular unas cuantas palabras estranguladas, entre sollozos:

—Voy. A encontrar. El próximo. Sí o sí.

—Muy bien, cielo —le dijo su madre todavía perpleja—. Encontrarás el próximo. Claro que sí.

La colina de los Brujos estaba situada en la agreste zona de bosques y granjas que quedaba entre La Crosse y Madison, en las afueras del pueblo de Amesboro. Hippolyta cruzó Amesboro sobre las diez en punto y se encontró a casi todo el pueblo ya durmiendo. El único edificio que todavía tenía las luces encendidas era uno que, a juzgar por el letrero de encima de la puerta, supuso que sería un templo de francmasones blancos.

El desvío que llevaba a la colina de los Brujos tenía un letrero que decía PRIVADO, concepto subrayado por una cadena tendida de lado a lado de la carretera de acceso. La máquina quitanieves no había llegado a la parte de detrás de la cadena, pero alguien había despejado con una pala un caminito para ir a pie.

Hippolyta paró el Roadmaster al lado de la camioneta Chevrolet que ya permanecía aparcada allí. Cogió la *Relación* y las llaves, y sacó de la guantera una linterna y la pistola del 38 que George insistía en que se llevara siempre en sus expediciones por el país. Dejó a Orithyia Blue en el asiento del pasajero para que le cuidara el coche.

Una vez fuera, se quedó de pie mirando hacia arriba y saboreando la noche sin luna. En vez de encender la linterna, dejó que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad, y luego pasó por encima de la cadena y se puso a seguir el camino a la luz de la Vía Láctea.

La carretera trazaba una curva, y más adelante vio una cabaña de madera que derramaba una luz de fanales sobre la nieve. Siguió caminando, y el ruido de un arroyo cercano enmascaró el crujido de sus botas, hasta que pudo ver por la ventana delantera de la cabaña.

Dentro había dos hombres blancos, sentados en sendas sillas colocadas cerca de una estufa panzuda, mientras que detrás de ellos una lámpara de queroseno y una botella de ginebra vacía compartían la mesa de la esquina. Granjeros, quizá, reclutados para

hacer de vigilantes nocturnos durante la temporada baja. Pobres: los dos dormidos, uno con la cabeza tan echada hacia atrás que ella no le pudo ver nada más que la sombra de la barba, y el otro encorvado hacia delante, con la barbilla apoyada en el pecho y los ojos cerrados, a punto de caerse de cara sobre la estufa.

Hippolyta decidió no molestarlos. Sólo iba a echar un vistazo rápido, se dijo a sí misma, manoseando las llaves que llevaba en el bolsillo. Entraría y saldría mientras los campesinos dormían y se volvería a la ciudad sin que nadie se hubiera enterado de nada.

Echó a andar otra vez, antes de perder el valor.

La primera vez que Hippolyta visitó un observatorio sin que nadie la invitara y en plena noche había sido en 1938, en el Swarthmore College.

Ella no estudiaba allí. Aun en el caso de que hubiera tenido dinero para pagarse una carrera, licenciarse en Astronomía no habría sido una opción práctica. Durante un tiempo mantuvo la fantasía de llegar a ser astrónoma sin título universitario. Clyde Tombaugh lo había hecho: había conseguido su trabajo en el Observatorio Lowell gracias a sus observaciones de aficionado de Marte y Júpiter. Pero cuando ella le confió su ambición a un guía del Planetario de Hayden, él se la tiró por tierra con tres simples palabras:

—Eres una negra.

Con nueve años, Hippolyta no habría aceptado un no por respuesta, pero con la adolescencia había experimentado un cambio drástico. Había dado un estirón aparentemente de la noche a la mañana y se había convertido no sólo en una negra, sino también en una giganta, y el aumento de masa había traído consigo un aumento de la inercia, una disposición a aceptar —a menudo sin protestar— los límites que le imponían. Los parientes que venían de

visita comentaban lo retraída que se había vuelto, aunque se equivocaban al suponer la causa, y sus abuelas y tías hablaban en voz baja y en tono preocupado sobre sus problemas con los chicos. En aquella época, Hippolyta podría haber estado dispuesta a tener problemas con los chicos —podría haber hecho algo muy estúpido—, pero los chicos a los que conocía estaban intimidados por su tamaño y, o bien se burlaban de ella, o bien hacían como que no existía.

Otro efecto secundario de su estirón era que había aprendido a coser. Su talento mecánico —un talento que en otra vida se podría haber aplicado a pulir lentes de telescopio— se dirigió, en ésta, a hacer ropa de su talla. Después de que Hippolyta terminara la secundaria, su madre la mandó a Washington D. C. a trabajar en la sastrería de su tío Jasper.

Jasper tenía un Ford Phaeton que insistió en que Hippolyta aprendiera a conducir para poder hacerle recados. Al principio, ella aceptó esto igual que aceptaba todo lo demás, pero en cuanto salió a la carretera se dio cuenta de que conducir le gustaba y de que era algo por lo que incluso podía desarrollar cierta pasión. En poco tiempo, Hippolyta se sacó el carnet de conducir, y, después de demostrar que se podía confiar en su manera de conducir, se dispuso a convencer a su tío para que le prestara el coche también para su uso personal, y él aceptó, siempre y cuando ella se pagara la gasolina. Hippolyta terminó gastando un montón de dinero en gasolina.

Un fin de semana de febrero, Hippolyta se fue con el coche a ver a sus padres. Su padre seguía en Hoboken, trabajando de chófer para un hombre llamado Arnold Silberstein. La hija del señor Silberstein, Myrna, acababa de empezar su segundo semestre en el Swarthmore, y se había olvidado de llevarse una caja de libros. El señor Silberstein tenía planeado mandarle al señor Green con la caja, pero cuando se enteró de que Hippolyta iba a conducir pronto hacia el sur, preguntó si a ella no le importaría hacer la entrega.

Ya era noche cerrada cuando Hippolyta llegó al campus. Le había dejado los libros a la encargada de la residencia de Myrna y estaba caminando de vuelta al coche cuando divisó la cúpula del Observatorio Sproul del Swarthmore College. Cambió de rumbo. Al principio sólo quería echar un vistazo más de cerca al edificio por fuera, pero como se encontró la entrada abierta y sin vigilancia, entró. Subió la escalera de la segunda planta y se adentró por un pasillo hasta una puerta que tenía el letrero OBSERVACIÓN ESTELAR. De dentro venía el ruido de un motor y el retumbar de la cúpula al girar.

Estaba intentando reunir el valor para llamar con los nudillos cuando la puerta se abrió sola. Un chico blanco y larguirucho con gafas de carey se asomó al exterior y pareció desconcertado al verla.

—¿Delbert Shaughnessy? —preguntó el chico.

—¿Perdón?

—Delbert Shaughnessy —repitió el chico—. Nuestro nuevo compañero de laboratorio. ¿No eres él?

Hippolyta se limitó a quedárselo mirando hasta que el chico dejó de sonreír y se ruborizó de vergüenza.

—Lo siento —dijo—. He sido un maleducado. Soy Tom. Tom Appleton.

—Hippolyta Green —se presentó ella.

—Hola, Hippolyta. ¿Has venido a ver el telescopio?

—Me gustaría —comentó con cautela; no estaba segura de que él hubiera terminado de tomarle el pelo—. Si... si no va en contra de las reglas.

—Seguramente sí —admitió Appleton—. Pero yo no diré nada si tú no dices nada. Has elegido bien la noche —añadió, y le explicó—: Estamos mirando Plutón.

En una fracción de segundo, ella volvió a tener nueve años.

—¿Plutón? ¿En serio?

—Debería decir que lo estamos buscando. Estamos teniendo

problemas para encontrarlo. Por eso confiaba en que fueras Delbert.

—Cáncer —le dijo Hippolyta—. Plutón está en Cáncer.

—Supuestamente, sí —concedió él, y dio un paso atrás, sonriente —. Entra, por favor. —Echó un vistazo por encima del hombro a otros dos chicos y les habló levantando la voz—. ¡Arthur! ¡Eugene! ¡Buenas noticias! ¡Ha llegado la caballería!

Hippolyta nunca se olvidaría de aquella noche que se había pasado examinando cuidadosamente los cielos en busca de Plutón. La gran dificultad para encontrarlo estaba en darte cuenta de que lo habías encontrado; saber cuál de los tenues puntos de luz del campo de estrellas seleccionado no era una estrella sino un planeta, un orbe helado que reflejaba los rayos del sol. Hicieron falta muchas sesiones con el comparador de parpadeo y un buen rato de discusión confusa con sus nuevos colegas —«Estoy bastante segura de que es ése» «¿Ése?» «No, ese de ahí»—, pero al final Hippolyta pudo mirar por el telescopio y decir con seguridad:

—Hola, Planeta X. Me alegro de conocerte por fin.

Fue un momento mágico, y en la versión de tebeo de la vida de Hippolyta lo cambió todo. La realidad fue distinta, por supuesto. Cuando un mes más tarde se las apañó para volver al Swarthmore, se encontró las puertas del edificio del observatorio cerradas con llave, y antes de que pudiera encontrar a Tom Appleton (había sido demasiado tímida para pedirle el número de teléfono), el guardia de seguridad del campus la detuvo y la amenazó con detenerla por allanamiento.

Y ahí se terminó todo. Hippolyta volvió a la sastrería de su tío, donde trabajaría unos años más. Y luego llegaron George y Horace y el resto de su vida. Siguió mirando las estrellas, casi siempre a través del parabrisas de un coche, pero tardaría mucho tiempo en volver a ver Plutón.

Luego, hacía sólo un par de años, había ido a California en viaje de investigación para la *Guía de viajes seguros para negros* y había

terminado dando tumbos al pie del monte Palomar. El recepcionista del motel donde tenía planeado pasar la noche le dijo que no tenía habitación para ella y que se había dejado encendida la luz de PLAZAS LIBRES por equivocación. El recepcionista del motel del otro lado de la carretera alegó un descuido parecido. Hippolyta estaba debatiendo si dormía en el coche o seguía conduciendo hasta San Diego cuando vio un letrero para ir al Observatorio de Palomar. Acordándose de Tom Appleton por primera vez en muchísimo tiempo, tuvo la idea descabellada de subir con el coche y ver si los astrónomos de Palomar necesitaban ayuda; y se sorprendió a sí misma obedeciendo a este impulso.

En mitad del ascenso a la montaña se encontró tirado a un astrofísico, Yervant Azarian, cuyo coche había experimentado problemas con el carburador. Azarian aceptó el ofrecimiento de Hippolyta de llevarlo hasta arriba y procedió a poner a prueba su legitimidad preguntándole si era capaz de nombrar las once lunas de Júpiter en el orden en que habían sido descubiertas. Hippolyta le contestó que era una pregunta trampa. La duodécima luna joviana, todavía sin nombrar, había sido descubierta hacía sólo unos meses por el Observatorio del Monte Wilson. Azarian se quedó satisfecho. Acompañó a Hippolyta al interior de la cúpula, donde residía el telescopio más grande del mundo, y le permitió echar un vistazo a la presa de aquella noche, la nebulosa de Bode.

Desde entonces, Hippolyta había desarrollado un nuevo *hobby*: aprovechando sus viajes, organizaba visitas improvisadas a otros observatorios cuando por casualidad se encontraba cerca de ellos. No siempre era bienvenida —los guardias del Monte Wilson la habían rechazado dos veces—, pero tampoco la habían detenido, y ninguno de los astrónomos que había conocido la había llamado negra.

Todavía no había estado en el Observatorio de Lowell, sin embargo. Se decía a sí misma que lo estaba reservando para una ocasión especial, pero en realidad estaba reuniendo el valor

necesario. Y entretanto había empezado a cultivar otra fantasía: que aquellas visitas a observatorios no eran simples desvíos caprichosos, sino pasos de un camino que la llevaría a..., bueno, no estaba completamente segura de a qué. Pero a algo.

Vagabunda en la oscuridad, seguía una órbita excéntrica, y cada nueva perturbación la impulsaba más en dirección a un encuentro largo tiempo esperado. Sólo confiaba en que, cuando llegara el momento, tendría la sabiduría suficiente para reconocerlo y la valentía suficiente para actuar.

Un puentecillo la llevó al otro lado del arroyo, y por fin Hippolyta empezó a subir la colina de los Brujos. Se vio obligada a usar su linterna: los árboles ocultaban las estrellas, y las piedras del campo que había colocadas en la ladera a modo de escalones estaban resbaladizas y mal puestas. Contó sesenta y cuatro piedras antes de emerger a la cima de la colina, un claro redondo y llano con una cúpula en el medio.

Una cúpula de hormigón. A Hippolyta se le arrugó la frente mientras paseaba el haz de la linterna sobre la estructura. No vio ninguna abertura por la que se pudiera asomar un telescopio, ni tampoco ninguna forma de hacer girar la cúpula.

Encontrar la entrada fue bastante fácil, porque allí también habían abierto un sendero en la nieve con la pala. Ella lo siguió en el sentido de las agujas del reloj alrededor de la cúpula hasta llegar a una puerta empotrada en el cemento.

Hippolyta usó la primera de sus llaves. Iluminó el interior con la linterna y vio un breve tramo de escalones de cemento que llevaban a una pasarela de metal con barandillas.

La pasarela se elevaba por encima de una piscina de líquido negro reluciente que llenaba la base de la cúpula. La piscina estaba

rodeada de un círculo de luces que iluminaban la superficie interior de la cúpula, que era igual de lisa y estaba igual de vacía que su exterior. La pasarela llevaba a una plataforma central provista de una especie de panel de controles. Al otro lado de la plataforma, la pasarela continuaba, extendiéndose unas tres cuartas partes de la distancia hasta el otro lado; en la otra punta de la pasarela había un marco rectangular que parecía recubierto del mismo fluido oscuro y reluciente que había en la piscina.

Hippolyta caminó con cautela por la pasarela. No sabía qué era la sustancia de la piscina —su nariz congelada no detectaba olor alguno, ni químico ni de otra clase—, pero supuso que no sería adecuada para nadar en ella.

Examinó el panel de controles. Organizadas en su superficie en ocho hileras de ocho unidades había sesenta y cuatro ventanitas, cada una de las cuales mostraba el número 001, con los tres dígitos individuales estampados en sendos cilindros metálicos independientes. A la derecha del despliegue de números había un agujerito redondo y un solo botón de gran tamaño.

Hippolyta intentó pulsar primero el botón. La consola emitió un clic fuerte y estéril, pero no pasó nada más. Sacó la llave en forma de vara y la introdujo en el agujero. Encajaba a la perfección. La metió hasta dentro del todo.

Las luces parpadearon. De debajo de la plataforma vino un murmullo de maquinaria poniéndose en marcha, un sonido que creció y cobró profundidad hasta convertirse en un zumbido grave que levantó una ola en la superficie de la piscina. Luego, el zumbido fue remitiendo gradualmente y adoptó un registro apenas audible. Las luces volvieron a parpadear, se atenuaron, y de pronto la cúpula entera desapareció, dejando a Hippolyta a la intemperie de la cima de la colina.

No. La cúpula seguía allí. Lo que estaba viendo ahora era una proyección, una panorámica en directo del exterior. Estaban Júpiter y

el sendero que ella había recorrido a través de la nieve.

Hippolyta devolvió su atención al panel de controles. Un resplandor rojo emanaba de entre los cilindros metálicos y de alrededor de ellos, iluminando los números. Se concentró en la ventana de más a la derecha de la fila de abajo. Tocó el 1 con el dedo y le dio un empujoncito hacia abajo; el cilindro hizo tic y cambió al 2. Hippolyta miró hacia arriba: las vistas no habían cambiado. «Ahora prueba el botón», pensó.

Esta vez, al pulsarlo oyó una vibración fuerte y grave procedente de debajo de la piscina. La cúpula se puso negra, y durante un momento ella no pudo ver más que el resplandor rojo de la consola. Luego regresó la proyección y se encontró a sí misma en un vacío estrellado. La cima de la colina se había esfumado.

Hippolyta estiró el cuello para mirar en todas las direcciones en busca de constelaciones familiares, pero no encontró ninguna. Destacaban dos estrellas, no porque las reconociera, sino porque estaban lo bastante cerca como para que ella las viera como discos diminutos, uno naranja y otro azul, dispuestas como si fueran ojos de colores distintos a pocos grados de distancia la una de la otra. ¡Estrellas binarias!

Cerca de la base de la cúpula había un tercer objeto: un asteroide pequeño y de forma irregular que se desplazaba despacio pero de modo visible, y en cada momento de su rotación exponía una porción nueva de su superficie a la luz de las estrellas binarias. Hippolyta se rio y aplaudió. ¡Ojalá su padre pudiera ver aquello!

Se volvió otra vez hacia la consola, calculando: si cada una de las sesenta y cuatro series numéricas iba de 000 a 999, eso sumaba un total de 10.192 combinaciones posibles. Hippolyta intentó pensar qué palabra terminada en *-illón* se podría usar para describir aquella cifra; se le ocurrió «sesenta y trillón» y se echó a reír otra vez.

Un sesenta y trillón de panoramas celestiales. Pero no podían ser todos distintos, ¿verdad que no?

Hippolyta estiró el brazo y cambió el 2 de la ventanita de más abajo a la derecha al 3. Luego, dejándose llevar atolondradamente, se puso a cambiar números al azar.

Pulsó el botón otra vez y...

Zuuum.

... Se encontró a ras de un océano de nubes azules, nubarrones montañosos de color celeste que se elevaban a su alrededor, mientras que más arriba, a través de una fina neblina, vislumbró otro sol desconocido y las gruesas franjas de un anillo que rodeaba el planeta.

Era hermoso. También era aterrador, sobre todo las vistas de delante y de abajo; ahora el marco del final de la pasarela parecía un portal por el que ella podía lanzarse, o caer, a un mar turbulento cuyas profundidades estaban iluminadas por destellos de centellas titánicas. Presa de un vértigo repentino y aterrador, Hippolyta extendió la mano hacia los controles del panel, cambió un solo número y volvió a pulsar el botón.

Zuuum.

¡Una luz intensa! El sol enorme que coronaba el horizonte de delante de ella teñía de rojo un paisaje calcinado de roca negra. Hippolyta levantó una mano para protegerse los ojos y extendió los dedos para contemplar entre ellos una ilusión óptica. El borde del sol intersectaba el marco de puerta del final de la pasarela, resaltando una discontinuidad en la imagen: la porción de la proyección que quedaba dentro del marco parecía estar de alguna forma más cerca.

Hippolyta se estremeció; el aire invernal de dentro de la cúpula entraba en conflicto con la visión infernal que la rodeaba. Pensó en la nieve que había en el suelo de fuera y se preguntó qué pasaría si tirase una bola de nieve a través de aquel marco abierto. ¿Se estrellaría contra la pared de la cúpula, deshaciendo la ilusión? ¿O bien se vaporizaría con un centelleo en cuanto se encontrara con el calor de una estrella alienígena?

Un experimento interesante. Hippolyta quizá lo habría probado de no habérsele ocurrido su siguiente idea: que no se abre una puerta sólo para tirar bolas de nieve. Las puertas están para pasar por ellas. Lo cual implicaba un sitio al que llegar, un destino donde un ser humano pudiera plantarse sin asfixiarse ni convertirse en un ladrillo de carbón.

Por supuesto, con un sesenta y trillón de destinos para elegir, podía hacer falta una eternidad entera de intentos fallidos para encontrar uno que no te matara. A Hippolyta nada le habría gustado más que quedarse aquí y probar aquella miríada de mundos, pero no tenía mucho tiempo, de manera que decidió hacer trampa y buscar las soluciones al final del libro.

Se apresuró a ajustar los diales. Echó un último vistazo al planeta achicharrado por el sol rojo (y se dio cuenta de que no lo podría encontrar nunca más porque se había olvidado de copiar su dirección). Y después pulsó el botón.

Zuuum.

Una enorme galaxia con forma de espiral brotó de la oscuridad momentánea. Se quedó flotando en el cielo nocturno y reflejándose, como si fuera una luna resplandeciente de muchos brazos, en la superficie de un océano oscuro cuyas olas lamían la orilla de una playa de arena blanca.

Hippolyta fue hasta el final de la pasarela y se quedó mirando fijamente a través del marco abierto. Luego se inclinó a un lado y se apoyó en la barandilla.

Aquello no era una simple ilusión: si miraba alrededor del marco de la puerta podía ver el panorama ininterrumpido y proyectado contra la curva de la cúpula, a un par de metros de distancia; pero si miraba por dentro del marco, la playa estaba allí mismo, y no era una simple proyección, sino un espacio en apariencia tridimensional al que podía llegar tras dar un único paso.

Allí mismo pero también obviamente en otra parte. Veía la

espuma rompiendo en la playa nocturna, pero no podía oírla. Y el aire que inspiraba y expulsaba visiblemente con la boca seguía siendo aire de Wisconsin, aire invernal. El aire de la playa —no sabía cómo estaba tan segura, pero no le cabía la menor duda— era más cálido.

Estiró una mano. Cuando la tuvo al otro lado del marco, sintió un cosquilleo en la palma que enseguida se volvió desagradable. Estiró el brazo todavía más y se encontró con más resistencia y más dolor, hasta que por fin lo retiró, aunque entretanto había cosechado una información nueva: aquel portal no admitía medias tintas. No podías meter por él un dedo de la mano o del pie; tenías que comprometerte y pasar sin miedo.

«Claro —pensó Hippolyta, echando un vistazo a la piscina oscura que había debajo de la pasarela—. Y lo que pasa a continuación es que te caes en esa porquería y seguramente te rompes una pierna. Porque es un truco; tiene que serlo.»

—Pero yo no diré nada si tú no dices nada —susurró, y cruzó el portal.

El aire de la playa era más cálido.

La brisa salada que venía del suave chapoteo de la espuma transmitía una impresión de finales de primavera o principios de otoño. La temporada de transición, pensó Hippolyta: las cabañas para turistas estaban tiradas de precio si conseguías encontrar a alguien que te alquilara una. Respiró hondo; el aire del mar tenía un aroma distinto al de su Atlántico natal, pero contenía el suficiente oxígeno; ella no se mareó ni se desmayó.

La arena le resultó extrañamente mullida. Hippolyta bajó la vista y probó a dar unos saltitos sobre los talones. No era la arena, pensó. Era ella. Pesaba menos. No mucho menos —a diferencia de Orithyia

Blue en Marte o en Ganímedes, no salió volando por el aire—, pero sí lo bastante como para notarlo en los tendones de los tobillos cuando los flexionaba: la gravedad había aflojado un poco.

Sonriendo, Hippolyta estiró los brazos, se puso de puntillas y ejecutó una grácil pirueta. Que la dejó mirando, detrás de ella, un rectángulo de un metro por dos recortado en el tejido mismo de la realidad, a través del cual se podía ver el gélido interior de la cúpula de la colina de los Brujos. A este lado, la puerta estaba enmarcada por unos finos haces de luz que proyectaban un débil resplandor sobre la arena.

Ella la rodeó, con curiosidad por ver qué aspecto tenía desde detrás. No era espectacular: aunque el marco resplandeciente era visible desde todos los ángulos, cuando lo mirabas desde detrás era un marco vacío, con la misma playa dentro y fuera de su contorno. Volvió a dar la vuelta hasta el frente y comprobó cómo Wisconsin rotaba de nuevo hasta aparecer de la nada.

—Muy bien —dijo, asintiendo con la cabeza.

A continuación examinó las inmediaciones. La parte de atrás de la playa lindaba con un acantilado alto; en la cima, Hippolyta pudo distinguir una hilera de árboles cuyas hojas emitían un resplandor plateado bajo la luz de la galaxia. A su izquierda, el acantilado seguía recto hasta donde a ella le alcanzaba la vista, y la franja de playa que tenía delante sólo la interrumpía un peñasco solitario, un bulto oscuro que asomaba de la arena a la media distancia. A su derecha, sin embargo, a apenas doscientos metros de distancia, un risco se extendía desde el acantilado como si fuera un dedo, formando un promontorio alto que atravesaba la arena hasta el agua. El costado del risco tenía unas líneas grises en zigzag que se distinguían al instante como escaleras, y en la cima Hippolyta vio dos edificios. Uno, situado en la parte de atrás, cerca de la unión entre el risco y el acantilado, parecía ser una estructura de tejado plano y una sola planta; el otro, situado en la punta misma del promontorio,

sobre el agua, tenía forma de cúpula y, aunque costaba distinguir los detalles, Hippolyta juraría que podía detectar el bulto de una escotilla de telescopio.

Sólo echaría un vistazo rápido, pensó. Entrar y salir. «Pero ¿qué pasa —se preguntó, mirando la Tierra a través del portal— si mientras tú estás aquí arriba viene alguien y apaga la máquina?»

«Pues que te despiertas —contestó—. Porque esto es un sueño. Obviamente.»

La brisa cálida del mar, acariciándole la mejilla, se mostró en desacuerdo.

Ella no le hizo caso.

La escalera remachada al costado del risco estaba encerrada entre rejas metálicas y tenía una cancela en la parte inferior. La cancela no estaba cerrada con llave, pero el pestillo era bastante intrincado y requería dos manos para accionarlo. Preguntándose a qué clase de intrusos aquello pretendía mantener a raya, Hippolyta se acordó de los hombres calamar que vivían en los océanos de Europa en el número 5 de *Las aventuras interplanetarias de Orithyia Blue*. Si eran hombres calamar, pensó, entonces no pasaba nada: respetaban el fuego de las pistolas.

Cuando abrió la cancela, sonó un timbre en el risco, por encima de ella. Entró rápidamente, cerró la cancela y se quedó escuchando. Ahora sólo se oía la espuma.

A pesar de la gravedad reducida, los peldaños hicieron un estruendo desconcertante bajo sus pies cuando los subió. Ascendió el último tramo a la carrera y se detuvo a recobrar el aliento en el rellano superior. Ahora veía la cúpula con claridad: sí que era un observatorio. Supuso que el otro edificio sería una residencia, una casa de invitados para astrofísicos que iban de planeta en planeta.

No había señal alguna de vida en ninguna de las dos estructuras.

Para salir de la parte superior de la escalera tenía que atravesar dos cancelas más, instaladas en lados opuestos de una jaula de tres metros de ancho. Hippolyta se acordó de la trampa en la cámara de aire que los corsarios habían usado para hacer perder el conocimiento a Orithyia Blue en el número 4, pero ya había llegado demasiado lejos para echarse atrás, de forma que rezó una breve plegaria y entró en la jaula.

La cancela interior no se abría. Hippolyta se inclinó para echar un vistazo más de cerca al pestillo cuando oyó un crepitar y sintió que unos dedos invisibles le cardaban el pelo. Levantó la vista. Había chispas azules danzando alrededor de una serie de bobinas suspendidas de la parte superior de la jaula.

«Esto no puede ser bueno», pensó Hippolyta, y, como no podía ser menos, la cabeza se le llenó de estrellas.

Cuando Hippolyta recobró el conocimiento, estaba acostada en un camastro de una habitación pequeña e iluminada con una lámpara. Lo primero que se le ocurrió era que estaba de vuelta en Wisconsin, en la caseta de los guardias. Pero el techo y las paredes que la rodeaban eran de metal, no de madera, y la figura que había sentada vigilándola era una mujer negra de pelo gris como el acero y cara surcada de arrugas profundas. La anciana tenía la *Relación* en el regazo, abierta por la página de los números, y en la mano sujetaba el revólver del 38 de Hippolyta.

Sin apartar la vista del arma, Hippolyta se incorporó hasta sentarse. Estaba mareada, pero no le dolía nada y tampoco tenía chichones ni hematomas por la caída que debía de haber sufrido. Dejó colgar las piernas por el costado del camastro.

La anciana habló.

—Levántate antes de que te dé permiso y tus sesos terminarán por toda la pared que tienes detrás. —Lo dijo con calma, no en tono amenazador, sino como si estuviera haciendo una simple observación acerca de cómo funcionaba el universo, o al menos este recodo de él.

—Muy bien —dijo Hippolyta, y juntó las manos en el regazo.

—¿Quién eres?

—Me llamo Hippolyta Berry.

—¿Trabajas para él?

—¿Para quién? —respondió Hippolyta.

—¡Para Winthrop! Hiram Winthrop.

—No. Yo...

—¡No me mientas! —La anciana sostuvo en alto el libro abierto, presentándolo con las páginas hacia fuera como si fuera un mandato judicial—. ¡Es su caligrafía!

—No sé de quién es la caligrafía. El libro lo encontré en la casa Winthrop, pero...

—O sea, que has estado en su casa. ¡O sea, que trabajas para él!

—No —dijo Hippolyta—. Se llama la casa Winthrop, pero Hiram Winthrop murió. Ahora vive allí mi amiga Letitia Dandridge. La casa es suya.

—¿Eres amiga de una mujer blanca llamada Letitia Dandridge?

—No es blanca.

—¿Una mujer de color es dueña de la casa Winthrop? ¿Y es ella quien te ha mandado aquí?

—No me ha mandado nadie. He venido yo sola a ver el observatorio.

—¿Por qué? ¿Qué te puede haber poseído para que hagas eso? —Dejó la *Relación* en el regazo y empuñó el arma—. ¡Te he dicho que no me mientas!

—Espere —rogó Hippolyta—. Un momento. Se lo puedo explicar. Hace años, cuando yo era niña, mi padre trajo un telescopio a casa.

—Bueno —dijo la anciana cuando Hippolyta terminó—. Supongo que nadie se puede inventar una historia así. En una cosa te equivocas, sin embargo: sí que te ha enviado el señor Winthrop.

—Que no, ya se lo he dicho, él...

—Murió, sí, ya lo he entendido. Pero te hablo de su espíritu. —Hippolyta debía de parecer escéptica, porque de pronto la anciana entrecerró los ojos—. Oh, ¿qué? ¿Eres demasiado lista para creer en fantasmas? Volar por el universo, en cambio, es lógico, claro... Y te diré otra cosa. Llegas tarde otra vez. El señor Winthrop ya le ha puesto nombre a este planeta.

Hippolyta echó un vistazo al libro y sintió una punzada repentina y absurda de decepción.

—T. Hiram —conjeturó—. *Terra* Hiram: el mundo de Hiram.

La anciana asintió con la cabeza. Y por fin dijo:

—Ya te puedes levantar. Yo me llamo Ida.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Ida.

—No, gracias.

—Yo sí tengo hambre —dijo Ida.

Salieron a una sala más grande que tenía una mesa de comedor y sillas, una encimera, un fregadero en una de las paredes y ventanas con vistas a la cúpula del final del promontorio y a la playa. La sala, y básicamente todo lo que había en ella, estaba fabricada del mismo metal grisáceo; Hippolyta examinó la pared de detrás de la silla en que se sentó y pudo ver ranuras allí donde se habían acoplado unas placas metálicas enormes como piezas de puzle.

—La casa es prefabricada —le explicó Ida—. Es una caseta

portátil de exploración o algo parecido. Tiene un manual de instrucciones. Lo que realmente me gustaría ver, sin embargo, es la caja en la que venían las piezas.

Se giró hacia un aparato que parecía un horno en miniatura y que estaba sobre la encimera y al lado del fregadero. Tenía una portezuela abatible en la parte delantera, un panel de control con una ventanita para introducir un número de ocho dígitos, una luz verde y un botón que Ida pulsó. Se oyó el ruido sordo de un cerrojo encajándose en su sitio y la luz verde se volvió roja. Sonó una nota grave. Al cabo de un minuto y medio, el ruido se detuvo, la luz roja se volvió amarilla y la portezuela se desbloqueó. Ida la abrió y sacó una bandeja metálica gris, con la parte superior cubierta de papel de aluminio. Llevó la bandeja a la mesa y retiró el papel de aluminio, que dejó escapar una vaharada de vapor. Hippolyta se inclinó hacia delante: la bandeja estaba llena de una especie de pastel esponjoso blanco de olor dulzón.

—¿Bizcocho esponjoso? —conjeturó.

—Maná —contestó Ida, sentándose—. Así lo llama el manual. Se supone que tiene todos los nutrientes necesarios del día. A mí me ha mantenido con vida, por lo menos. —Estiró el brazo, arrancó un trozo de pastel y se lo metió en la boca.

Hippolyta cogió la lámina de papel de aluminio que había cubierto la bandeja. Tenía impresa una serie de ocho dígitos: 00000001.

—Cada número es una cosa distinta —le dijo Ida—. Es todo comida, pero el manual no incluye descripción de ningún menú salvo del número uno, o sea, que no sabes lo que te va a salir hasta que te sale. Y la caja tiene un regulador que sólo te deja usarla una vez cada cuatro horas. —Señaló la luz amarilla—. Así que si invocas algo asqueroso, te toca tragártelo o esperar. A Mary le gustaba pasarse las noches en vela y jugar a la lotería de la comida. Yo siempre tenía la esperanza de que acertara con el número del chocolate caliente.

Hippolyta echó un vistazo al manufacturador de comida.

—¿Sabe usted cómo funciona?

—Hay un tanque enorme y redondo en el cuarto de máquinas con tubos que entran y salen —respondió Ida—. El manual lo llama «recipiente de materia prima» y recalca que nunca nunca intentes abrirlo a la fuerza. La materia prima supongo que es algo así como el polvo con el que Dios hizo a Adán, justo antes de insuflarle la vida. —Arrancó otro trozo de maná—. Polvo sabroso.

—¿Quién es Mary? —preguntó Hippolyta.

—Trabajábamos las dos juntas en la casa Winthrop —dijo Ida—. Éramos seis: James Storm, que era el chófer del señor Winthrop; Gordon Lee, el cocinero; el señor Slade, el manitas; Mary y Pearl, las criadas, y yo.

»Fue Pearl quien se escapó con el hijo del señor Winthrop. El señor Winthrop sabía que se habían estado viendo y no le importaba, pero la idea de que vivieran juntos como hombre y mujer ya era harina de otro costal. Nos reunió a los demás y nos exigió que le dijéramos adónde se habían escapado. Nos prometió que nadie haría daño a Pearl, pero todos sabíamos que era mentira y nadie dijo nada. Así que el señor Winthrop llamó a unos hombres de su logia y nos metieron a todos en coches y nos llevaron fuera de la ciudad.

»Yo creía que nos iban a llevar al bosque para torturarnos. Fue así como murió mi hermano, en Kentucky. Pero el señor Winthrop tenía otros planes. Nos llevó a la colina y nos hizo entrar en el búnker ese, o estación de paso, o como lo llamen, y abrió un portal a este mundo. Nos hizo pasar a todos por él y nos dejó en esta roca. Luego nos hizo ir ahí. —Señaló por la ventana al observatorio—. Nos hizo mirar a través del telescopio esa mancha de luz que hay en el borde del infinito, y nos dijo: "Ésa es la Vía Láctea. Ahí está la Tierra, junto con todo el mundo y todas las cosas que habéis conocido y amado alguna vez. Está tan lejos que si intentarais volver a pie, las

estrellas os quemarían antes de que pudierais partir. El mismo Dios moriría de viejo antes de que pudierais llegar de vuelta a casa".

»En fin, para entonces ya estábamos todos muertos de miedo. Yo vi que el señor Slade, en particular, se moría de ganas de contar lo poco que sabía de Pearl y el hijo del señor Winthrop. Pero el señor Winthrop nos había puesto una especie de encantamiento para impedir que actuáramos mientras él nos asustaba. El señor Slade quería hablar, pero no podía. Ninguno de nosotros podía. No sin el permiso del señor Winthrop. Nos dijo: "Sé que ahora estáis dispuestos a cooperar, pero creo que algunos de vosotros todavía os estáis planteando engañarme. Y como ya me habéis hecho perder bastante tiempo, antes os voy a dejar unos días aquí para que os lo penséis bien".

»A mí eso me extrañó. Para ser un hombre que no quería que le hicieran perder el tiempo, parecía que se estaba complicando la vida. Podría habernos torturado y ya está. Pero supongo que un planeta es una vanidad como cualquier otra: no vale la pena tenerlo si no lo exhibes siempre que puedes.

»Así que nos dejó aquí. Para que nos lo pensáramos. Pero entretanto debió de pasar algo en Chicago, porque nunca volvió para terminar de interrogarnos. Ni tampoco vino nadie más.

—¿Y eso cuándo fue?

—En 1935 —dijo Ida—. El 18 de julio, ése fue el día en que el señor Winthrop nos trajo aquí... ¿Por casualidad sabes en qué fecha murió?

Hippolyta negó con la cabeza.

—Sé que fue hace mucho tiempo. Pero no sé exactamente cuándo ni cómo.

—El cómo me lo imagino. Si pasó como creo que pasó, se lo debió de cargar el señor Braithwhite. —Ida miró con atención a Hippolyta mientras decía aquello, pero Hippolyta nunca había oído el nombre de Braithwhite—. Samuel Braithwhite. —Ida siguió hablando

al cabo de un momento—. El señor Winthrop y él eran socios, aunque no sé exactamente qué se traían entre manos. Pero luego las cosas se torcieron entre ellos, y para cuando llegó aquel verano ya estaban peleados. Supongo que fue la distracción de la pelea lo que permitió que Pearl y el hijo del señor Winthrop se escabulleran. Me acuerdo de que, aproximadamente una semana antes de que se escaparan, oí que el señor Winthrop decía por teléfono que iba a desterrar al señor Braithwhite. «Desterrar» fue la palabra que usó... Cuando me acordé más tarde, se me ocurrió que quizá quisiera decir traer al señor Braithwhite aquí, para atraparlo, y que quizá ésa había sido la razón verdadera de que nos trajera aquí a nosotros... —Sonrió con expresión funesta—. Un exilio de hombre blanco, con sirvientes y todo... Pero si ése era el plan del señor Winthrop, el señor Braithwhite le debió de ganar la mano. Supongo que Pearl se la ganó también, si uno quiere plantearlo así. —Se quedó mirando la mesa, y su sonrisa se disipó hasta que sólo quedó la expresión funesta—. Espero que valiera la pena. De verdad lo espero. —Luego se encogió de hombros para quitarse el pensamiento de la cabeza y volvió a levantar la vista—. ¿Qué año es ahora? ¿1954?

—Sí —contestó Hippolyta.

—¿Noviembre?

—Diciembre. 21.

—¡21 de diciembre! —dijo Ida—. Voy a tener que rehacer mis cálculos... Llevábamos un cómputo muy cuidadoso de los días —explicó—. Pero este mundo no gira tan deprisa como la Madre Tierra. Aquí de mediodía a mediodía pasan más bien veinticinco horas. Y a mí se me dan bastante bien las matemáticas, pero con las fracciones siempre me encallo. —Negó con la cabeza y suspiró y luego esbozó una sonrisa, esta vez feliz, cuando le vino otro pensamiento a la cabeza—. El 21 de diciembre, casi Navidad. A Mary le habría gustado. —Hippolyta no dijo nada, pero Ida le vio la pregunta en la mirada—. No pasa nada, me puedes preguntar.

Así que Hippolyta preguntó:

—¿Qué le pasó a Mary? ¿Y a los demás?

Una recia verja doble de cuatro metros de altura se extendía a lo ancho del promontorio, allí donde se unía con el acantilado. Hippolyta supuso que aquella barrera no tendría exactamente trampas, sino que sería directamente letal, y la luz roja de la caja de controles que había en el lado de dentro de las cancelas era un ojo de cíclope que prometía un destino funesto a los que intentaran colarse al otro lado.

En el espacio abierto que quedaba entre la verja y la caseta había cuatro cruces clavadas en el suelo. Estaban hechas de ramas atadas con unas tiras de materia fibrosa que parecían frondas de palmera o tiras de juncos. Tres de las cruces estaban clavadas directamente en la fina capa de suelo arenoso que cubría el risco; la cuarta estaba encajada en un montículo de piedras lo bastante grande como para albergar un cuerpo.

—Ésa es Mary —dijo Ida señalando el túmulo—. A Gordon lo enterramos en el mar, y ninguno de nosotros tuvo valor para manejar lo que quedaba de James. James fue el primero en irse. El señor Winthrop nos avisó de que la playa era peligrosa, pero James creyó que sólo lo decía para asustarnos. Dijo que tenía que haber una forma de abrir el portal desde este lado. Y en nuestro segundo día aquí, estaba agachado en la arena, mirando, cuando lo cazó Escila.

—¿Escila? —preguntó Hippolyta.

—El siguiente fue Gordon —siguió Ida—. El día treinta y cuatro. Cuando por fin superamos el *shock* de lo que le había pasado a James, éste empezó a ponerse inquieto. Quería explorar por esa parte. —Señaló los árboles de color pálido que bordeaban el

acantilado—. Todas las mañanas salía un par de horas o tres. Al principio traía souvenirs: piedras, trozos de madera, y una vez, unas flores extrañas. El señor Slade puso fin a los souvenirs. Dijo que, de todo lo que se recolectaba, no sabíamos qué podría ser mortal. Pero no consiguió que Gordon se quedara quieto.

»Hasta que un día Gordon no volvió. Ya era media tarde y yo decidí que deberíamos salir a buscarlo. El señor Slade se negó a ir. Mary tampoco quería ir, pero le daba miedo quedarse sola con el señor Slade, de forma que se vino conmigo. Encontramos el rastro de Gordon y lo seguimos unos tres kilómetros en aquella dirección, hasta una parte del acantilado que sobresale sobre el agua.

»Lo encontramos tumbado boca arriba, al lado de un... nido, supongo. Estaba claramente muerto, pero la criatura que lo había matado quizá estuviera viva, y le estaba envolviendo la cabeza como si fuera una capucha.

»No queríamos dejarlo así, pero, aunque hubiéramos encontrado las fuerzas para traerlo de vuelta aquí, sabíamos que el señor Slade no nos dejaría cruzar la verja con él. De forma que Mary y yo rezamos una plegaria, y luego yo agarré a Gordon de las muñecas y ella lo agarró de los tobillos y lo tiramos por el borde del acantilado al océano.

»Volvimos y yo le dije al señor Slade que Gordon había muerto. El señor Slade se puso histérico y empezó a gritar que él no se merecía estar en aquella situación y que ya estaba harto. "A partir de ahora nos vamos a quedar aquí sentados y vamos a esperar al señor Winthrop. Y cuando vuelva, vosotras le vais a decir adónde se han ido su hijo y esa guarra. Y si tengo que ayudarle a sacároslo a palos, le ayudaré."

»En fin, a mí no me daba miedo. Era un hombre pequeño; hasta Mary lo podía zurrar en una pelea limpia. Pero yo sabía que aun así teníamos que andarnos con cuidado. Todos habíamos empezado a sospechar que quizá el señor Winthrop no volviera, y yo ya veía que

si el señor Slade perdía la esperanza del todo, estaría dispuesto a asesinarnos mientras dormíamos. De forma que yo cuidaba de Mary y ella cuidaba de mí, y seguimos así hasta el día ochenta y siete.

»El día ochenta y ocho llegó una tormenta. Antes habíamos tenido chaparrones y ventiscas, pero aquello fue distinto: nubes *negras*, trombas de lluvia y truenos enormes. El manual decía que la casa era a prueba de relámpagos a pesar de ser de metal, pero todos estábamos nerviosos.

»Para cenar aquella noche, Mary decidió jugar a la lotería. Hizo que el señor Slade eligiera el número. Supongo que ella confiaba en que si le salía algo bueno, el señor Slade lo tomaría como un favor de Dios y sería un poco menos desagradable.

»Pero no le salió nada bueno. —Ida tembló al acordarse—. A Mary le habían salido algunos platos asquerosos antes, pero aquél fue el primero que todavía se movía. —Cerró los dedos de una mano como si estuviera agarrando algo del tamaño de una ciruela—. Eran larvas. Gordas, blancas y peludas. Acabaron con mi apetito. Y con el de Mary también. Ella siempre probaba un bocado de casi todo, pero no de aquello.

»El señor Slade, en cambio... Se echó a reír. Se rio de esa forma en que se ríe uno cuando por fin entiende que el infierno existe de verdad; igual que se rio mi hermano la noche en que murió. Cogió una de aquellas larvas, le dio un bocado y la masticó con la boca abierta, sin dejar de reírse.

»Luego se puso de pie tan deprisa que volcó su silla y cogió la bandeja para tirarla. Creo que tenía la intención de vaciárnosla encima a una de nosotras, pero no fue capaz de decidir si odiaba más a Mary o a mí, de forma que la tiró a medio camino entre las dos y desparramó aquellas cosas repugnantes por todo el suelo. Aquello me puso furiosa, porque sabía que era yo a quien le iba a tocar limpiarlo todo, así que también me levanté de un salto, lista para reducir al señor Slade y tirarlo al suelo. Pero él no vino hacia

mí. Se fue a la ventana y se quedó allí de pie dándonos la espalda.

»Cayó un relámpago. El señor Slade se echó a reír otra vez. Dijo: "Gracias a Dios. ¡Dios mío, gracias a Dios, hay una luz en la playa!". Mary y yo fuimos a ver, pero no se veía más allá de un metro con aquella tormenta. "Esperad un momento", dijo el señor Slade, y cayó otro relámpago, pero seguía sin haber nada. Pero para entonces el señor Slade ya estaba desquiciado. "Yo me voy a casa. Vosotras podéis quedaros aquí y moriros, pero yo me voy a casa ahora."

»Salió a la tormenta. No intentamos impedírselo. No fue un acto cristiano por nuestra parte, pero lo único que yo pude pensar entonces fue adiós y hasta nunca. Cayó otro rayo y acerté a verlo por última vez, bajando la escalera que llevaba a la playa. Y entonces desapareció.

»Mary me ayudó a limpiar y me fui a la cama. Me pasé la noche despierta, vigilando por si el señor Slade volvía. Pero llegó la mañana y no hubo ni rastro de él.

»Y luego ya estuvimos las dos solas. Aguantando. —Ida se inclinó hacia delante para poner una mano en el montículo de piedras—. Nos llevábamos bien. Siempre nos habíamos llevado bien. Y aquí no se está tan mal si tienes cuidado de que no te mate nada. Yo le tomaba el pelo a Mary; era originalmente de Savannah y siempre había querido una casa junto al océano. "Ya tienes lo que querías", le decía yo. Y ella se enfadaba mucho. "Es igual que en mi pueblo. La playa está justo ahí y no puedo ir a nadar." —Ida se rio y dio otra palmadita en el montículo—. Pero tenía dolores en el pecho. Toda aquella comida rara no le sentaba bien al corazón, y gran parte del tiempo estaba nerviosa, preocupada de que Jesús no la pudiera encontrar aquí.

»Pero por fin la encontró. El día cuatro mil novecientos treinta y dos, ésa fue la mañana en que Mary no se despertó. —Ida miró a Hippolyta—. 1949. Yo diría que el 26 de junio, aunque supongo que estoy equivocada.

—Hace cinco años —dijo Hippolyta—. ¿Y lleva usted sola desde entonces?

—Mejor yo que ella —respondió Ida—. Nunca me ha importado mucho estar sola. Y todavía puedo hablar con Mary si quiero. Y con Jesús y con mi hermano. Y para distraerme tengo el observatorio del señor Winthrop. —Sonrió burlonamente—. Estoy segura de que no era su intención. Pero tiene un manual y un libro para registrar las observaciones, y durante estos años he hecho un buen uso de las dos cosas.

Volvió a mirar a Hippolyta, con una expresión al mismo tiempo calculadora y cómplice.

—Entonces ¿qué? —le dijo—. ¿Te gustaría ver mi telescopio?

Había empezado a ponerse la galaxia; el más bajo de sus brazos ya se había hundido como si fuera un remo bajo el horizonte del océano.

—El Pulpo que se Ahoga —dijo Ida mientras caminaban hasta el final del promontorio—. Así la llamaba el señor Winthrop en sus notas. Dijo que tenía «corrimiento al azul», que significa que está viniendo hacia aquí. Eso no se lo dije nunca a Mary, sin embargo. Sabía que se preocuparía.

—¿Y qué sabe de este sistema estelar? —preguntó Hippolyta—. ¿Es una sola estrella o más de una? ¿Y este planeta tiene lunas? ¿Cuántos planetas más hay?

—Hay un solo sol —respondió Ida—. Que brilla más que el de la Tierra. Y una sola luna, pero más pequeña y más lejana. En cuanto a los planetas, el señor Winthrop conocía cuatro más. Que ahora son seis.

—¿Usted ha descubierto dos planetas?

—Winthrop le estaba siguiendo el rastro al quinto —explicó Ida—.

Yo usé sus notas para encontrarlo. Lo llamé Ida, para incordiarlo. El sexto, sin embargo, Pearl, es todo mío. Está en el firmamento ahora —añadió, señalando otra vez el cielo de encima del acantilado—. También tiene una luna pequeñita, que se puede ver con el telescopio. Esta noche debería poder verse.

Llegaron a la cúpula. Ida ya tenía la mano en la puerta del observatorio cuando se dio la vuelta de golpe, miró hacia la playa y soltó una palabrota.

—¿Qué pasa? —preguntó Hippolyta, pero todavía lo estaba diciendo cuando vio también lo que sucedía.

En la arena, junto al portal resplandeciente, acababa de aparecer otra luz, una lámpara de queroseno llevada por una pareja de hombres blancos vestidos para el invierno de Wisconsin. El que sujetaba la linterna estaba mirando en su dirección, pero, con el resplandor de la lámpara frente a los ojos, Hippolyta dudaba que pudiera ver más que una vaga silueta del promontorio. Entretanto, su compañero, armado con un rifle, estaba mirando el Pulpo de Winthrop como si tuviera intención de abatirlo a tiros.

Hippolyta vio que Ida la miraba acusadoramente.

—No están conmigo —le dijo.

—No te muevas y baja la voz —le sugirió Ida.

—¿Y si suben la escalera? —susurró Hippolyta—. ¿Va a tener que...?

—No van a llegar a la escalera. Escila ya los ha visto.

Escila: Hippolyta se dio cuenta de que se refería al peñasco. Durante su visita a Ida, el peñasco se había desplazado por la playa y ahora se encontraba a unos cinco o seis metros del portal. Visto de cerca, parecía más una bola de cañón gigante que una roca.

El hombre del rifle también lo había visto. Y ahora se le acercó, cogiendo el arma con una sola mano y cerrando el puño de la otra, como si tuviera intención de dar un golpecito en el costado de la esfera negra, que era igual de alta que él. Pero todavía estaba a más

de un brazo de distancia cuando la esfera se abrió de golpe como una naranja volviéndose de dentro afuera, y la corteza oscura se hendió para revelar una pulpa blanca y convulsa. Varias docenas de tentáculos pálidos salieron disparados, enrollándose alrededor de las extremidades, el torso, el cuello y la cabeza del hombre, y tirando de él para tragárselo entero sin darle tiempo ni a soltar un grito. Para cuando su compañero se dio cuenta de que pasaba algo y se giró, la esfera ya se había vuelto a cerrar.

El tipo del fanal lo sostuvo en alto y llamó a alguien por su nombre. Pensando que su amigo se había vuelto a Wisconsin, se acercó al portal y echó un vistazo a la sala de control. Hippolyta estuvo a punto de gritar una advertencia, pero Ida le agarró la muñeca y le dijo entre dientes: «No te muevas». Luego, el hombre levantó el fanal y echó a andar hacia la esfera.

Esta vez, Escila fue más lenta en su ataque. El hombre tuvo tiempo de dar media vuelta y echar a correr. Los tentáculos que fueron a por él eran como sogas gruesas que se retorcieron por encima de la arena y lo agarraron de los tobillos, haciendo que se estampara de cara en la playa.

El hombre chilló mientras Escila lo atraía hacia sí: un chillido desesperado y quejumbroso que arrancó ecos del acantilado. Luego, la esfera se cerró de golpe, interrumpiendo el sonido y arrojando un objeto parecido a una piedra musgosa por los aires hasta el agua. El aceite del fanal, que se había roto a causa de los golpes que había recibido, siguió ardiendo un momento más.

Y luego todo volvió a quedar en paz, y la quietud oscura de la playa ya sólo se vio trastornada por la espuma, la luz de las estrellas y el suave resplandor del portal que llevaba de vuelta a la Tierra.

—Tienes que marcharte —le dijo Ida.

De regreso al interior de la caseta, Ida metió el maná que había sobrado —con bandeja, papel de aluminio y todo— dentro de un hueco situado detrás de la encimera y marcado con la inscripción RECICLAJE DE MATERIA.

—Supongo que después de esos dos hombres vendrán más —dijo—. Antes de que lleguen tienes que marcharte y cerrar el portal. Y tirar la llave. —Y metió también en el hueco la *Relación*, junto con la dirección celestial de T. Hiram.

—No pienso bajar otra vez a esa playa —dijo Hippolyta, y luego parpadeó, aturdida por sus propias palabras y por lo que representaba la posibilidad de que realmente no pudiera volver. Horace, pensó.

—Escila ya ha cenado —observó Ida—. Si la cosa va igual que fue con James, ahora se alejará y se pasará una temporada enferma. No nos digiere con facilidad. —Se lavó las manos en el fregadero y las acercó a un secador de aire que había instalado en la pared—. Yo te acompaño para asegurarme de que cruzas el portal sin problema.

—¿No va a volver conmigo?

El secador se apagó, pero Ida se quedó mirando a la pared.

—¿Tienes una criatura? —preguntó.

—Sí.

—¿Y la quieres?

—Lo quiero, sí —respondió Hippolyta—. Es un niño.

—Entonces lo tienes que entender. Me gustaría ver otra vez a Pearl y averiguar qué ha sido de ella. Si Hiram Winthrop estuviera muerto *de verdad*, quizá me arriesgaría a regresar. Pero si todavía está buscando a su hijo más allá de la tumba, necesito mantenerme lejos.

—Pero Winthrop sabe dónde está.

—Sabe dónde me dejó —dijo Ida, dándose la vuelta—. No sabrá que sigo aquí a menos que se lo digas tú. Supongo que podría mandar a alguien, pero si en diecinueve años sólo ha conseguido

mandarte a ti, no creo que me pase nada en el tiempo que me queda. Ahora es mi planeta.

»O lo será —añadió, mirando a Hippolyta de una manera que a ésta no le gustó nada—. Cuando te vayas.

Ida desapareció unos minutos en la parte de atrás de la caseta y volvió trayendo el abrigo de Hippolyta y una bolsa de lona desgastada.

—Me voy a quedar con tu revólver —dijo—. Por si vienen más visitas. —Hippolyta no puso ninguna objeción, pero sintió que se le asentaba una punzada de incomodidad entre los omóplatos cuando Ida le indicó que caminara ella por delante.

Bajaron la escalera. Tal como Ida había predicho, Escila se había alejado hasta convertirse en una mancha apenas discernible a lo lejos. Aun así, Hippolyta caminó con cautela por la playa, como si fuera un campo de minas.

Llegaron al portal sin que nada se las comiera. Ida metió la mano en la bolsa y sacó un regalo de despedida para Hippolyta: una caja de metal gris de unos trece centímetros de lado, con la tapa de bisagra atada con unas tiras de junco.

—Por tu silencio —le dijo Ida.

Hippolyta volvió a sentir el cosquilleo del nerviosismo. Pensó: «¿No sabía que venía la Navidad pero casualmente tenía un regalo a mano? ¿Para quién?».

—No hace falta —le aseguró a Ida—. No necesita sobornarme.

—Cógela —insistió ella, poniéndole la caja en las manos. Pesaba bastante para lo pequeña que era, y lo que hubiera dentro debía de estar bien prieto, porque cuando Hippolyta movió la caja para cogerla mejor no sintió ningún movimiento del contenido que le indicara qué podía ser—. No la abras ahora —le pidió Ida—.

Después. Cuando hayas cerrado el portal, y te hayas deshecho de la llave y estés lejos y a salvo... Lo entenderás.

—Ida —dijo Hippolyta—. No hace falta que se quede usted aquí. Puede...

—¡No! —Ida volvió a meter la mano en la bolsa y la sacó empuñando el revólver del 38—. Márchate tú... Márchate y cuando esa puerta esté cerrada ya no serás más que un sueño que tuve. —Le hizo un gesto con el arma—. Venga, largo.

Hippolyta podría haber seguido intentando convencerla, pero en aquel momento Escila hizo un ruido asqueroso, como de arcadas, en la playa. El ruido puso a Hippolyta en movimiento. Giró sobre sí misma en la arena y entró medio caminando y medio de un salto en el portal.

Una ráfaga repentina de frío invernal. El aumento de la gravedad la hizo tambalearse, y se habría caído de no ser porque había la barandilla para apoyarse.

Recobró el equilibrio y miró a su alrededor hasta encontrar a Ida contemplándola desde un par de metros y varios trillones de kilómetros de distancia. La anciana le estaba haciendo señas con la mano. No diciéndole adiós, sino apremiándola a que siguiera.

Hippolyta se fue dando tumbos hasta el panel de control. Pero luego se quedó indecisa, con la llave en la mano. Articulando las palabras exageradamente para que se pudieran entender desde la otra punta del universo, dijo:

—Ida, ¿está segura? ¿Está absolutamente...?

Ida levantó el arma. A pesar de la barrera de sonido que las separaba, Hippolyta juraría que oyó amartillar el arma.

Sacó de un tirón la llave de su ranura. La cúpula fundió a negro, y el zumbido de fondo casi imperceptible se detuvo. Luego, mientras se encendían las luces, se oyó un ruido nuevo: el tic, tic, tic de los pequeños cilindros de metal cuando las ventanillas de los números volvieron todas a la posición de 001.

Hippolyta miró la llave que tenía en una mano y la caja que tenía en la otra y pensó en tirar ambas cosas a la piscina negra. Al final, sin embargo, se guardó la llave en el bolsillo y, abrazando la caja contra el pecho, se dio la vuelta y echó a andar de vuelta a casa.

En su ausencia, las nubes habían cubierto el cielo de la colina de los Brujos. Emergió de la cúpula a una oscuridad total y empezó a bajar la colina con cautela. Ya había cruzado el puentecillo y estaba pasando al lado de la cabaña de vigilancia vacía cuando se le apagó la linterna. Continuó por el sendero a ciegas, agachando la cabeza para protegerse de la nieve que se le metía en los ojos.

Llegó a la cadena antes de lo que esperaba y a punto estuvo de tropezarse con ella a oscuras, pero de pronto pudo ver otra vez. Levantó la vista hacia un resplandor de faros: una segunda camioneta Chevy había parado junto a la primera y de ella habían salido tres hombres blancos más. Uno de ellos, con pinta de ser otro granjero pluriempleado, había abierto la portezuela delantera del Roadmaster de Hippolyta y se estaba asomando al interior para registrar la guantera. Los otros dos, que estaban esperando sin hacer nada mientras duraba el registro, eran de una clase más refinada: patricios de pelo canoso con abrigos largos y oscuros.

Fue uno de los tipos de los abrigos oscuros el primero en ver a Hippolyta:

—¡Eh, tú! —le gritó, empuñando una pistola. El otro tipo del abrigo oscuro desenfundó otra pistola mientras el granjero sacaba la cabeza del coche.

—¡No disparen! —Hippolyta dejó caer la linterna a oscuras y la caja con el regalo de Ida y levantó las manos.

—¿Tú quién eres? —le preguntó en tono imperioso el primer hombre de abrigo oscuro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡No disparen! —repitió Hippolyta. Sin bajar las manos, pasó por encima de la cadena.

El tipo del abrigo oscuro la agarró del cuello del abrigo como si fuera una correa, la empujó contra el Roadmaster y le puso el arma en la cara.

—¿Quién demonios eres?

—¡Sólo quiero volver a mi casa! —le dijo Hippolyta—. Por favor, señor... ¡Me he equivocado de desvío y estoy intentando encontrar el camino de vuelta a la carretera!

Ella vio que el hombre no la creía. Al mismo tiempo, era obvio que le costaba imaginarse otra razón por que aquella mujer estuviera allí. No debía de encajar con la descripción de los intrusos que preocupaban a aquellos hombres.

El granjero saltó por encima de la cadena y cogió la caja que Hippolyta había tirado al suelo. Se la puso junto al oído y la sacudió. A continuación usó un cuchillo de monte para cortar las tiras de junco que sujetaban la tapa.

—Un momento —dijo Hippolyta.

—Cállate —le soltó el tipo que la tenía encañonada.

El granjero levantó la tapa de la caja y se quedó mirando con el ceño fruncido la pequeña esfera negra que había remetida dentro. «Por tu silencio», Hippolyta oyó decir a Ida, y pensó: «Oh, Ida, no tenía por qué hacer esto». Y sin embargo lo entendía: no sólo las cosas que una madre estaría dispuesta a hacer para proteger a su hija, sino también los actos impulsivos a los que era proclive un corazón trastornado por los años de añoranza.

El granjero, que no entendía nada, acercó la cara a la esfera y la olisqueó.

—¿Qué es eso? —dijo el segundo hombre de abrigo oscuro. El granjero se encogió de hombros y toqueteó la esfera con la punta del cuchillo.

La esfera salió de la caja de un salto, volviéndose de dentro

afuera en el aire y estirando sus pequeños tentáculos hacia los ojos azules sobresaltados. Al granjero se le despegaron los pies del suelo y cayó de espaldas, clavando las uñas en la criatura, que se había aplanado y se había estirado sobre su cara para intentar devorarle la cabeza.

—Dios bendito. —El hombre del abrigo oscuro aflojó su presa sobre Hippolyta y giró hacia el desdichado granjero, dejando también de encañonarla.

Hippolyta se apoyó en el coche para coger impulso y le dio un fuerte empujón. Él la soltó del todo y salió dando tumbos hacia el otro hombre de abrigo negro; los dos chocaron con un fuerte ¡paf! y cayeron el uno encima del otro. Rodaron hasta separarse; se quedaron los dos boquiabiertos y mirando hacia arriba sin parpadear, como si algún prodigio astronómico los hubiera dejado transfigurados.

Entretanto, el granjero, asfixiándose, empezó a tener convulsiones y a aporrear la nieve frenéticamente con brazos y piernas.

Todavía lo estaba haciendo, aunque más despacio, cuando Hippolyta se metió en su coche, arrancó y se fue.

—Horace —dijo tres días más tarde—. ¿Has visto el tebeo que me diste?

Horace, sentado felizmente en medio de su botín al pie del árbol de Navidad, levantó la vista para mirarla.

—¿Cuál? —preguntó.

—El nuevo de *Orithyia Blue*. El número 11.

—No. Te lo llevaste de viaje, ¿te acuerdas?

—¿Y no lo has sacado del coche desde que he vuelto?

Horace negó con la cabeza.

—¿Qué pasa, mamá?

—Tengo miedo de haberlo perdido —dijo Hippolyta.

—Pero ya lo leíste, ¿no? —Horace hizo un rápido inventario de sus regalos: los coches Matchbox, la caja grande de materiales de arte y el robot a control remoto Robert—. Seguro que sí.

—Sí —respondió ella—. Y me gustó. —Hippolyta se obligó a sonreír y se dijo a sí misma: los documentos siguen en la guantera y no falta nada más en el coche; quizá no sea lo que piensas—. Simplemente me siento mal.

—No pasa nada. —Cogió el autobús londinense Matchbox y lo hizo surcar el aire como si fuera una nave espacial de dos plantas—. Te puedo dibujar otro ejemplar, si quieres.

—Estaría bien —dijo Hippolyta—. Pero dime una cosa. El primer ejemplar que me diste, ¿con qué nombre lo firmaste? —Desde que se había enterado de que el nombre verdadero del Doctor Seuss era Theodor Geisel, Horace había estado experimentando con seudónimos profesionales. A George no le gustaba aquella práctica y le había señalado que Berry era un buen apellido que merecía ser honrado, pero Hippolyta había apoyado el derecho de Horace a firmar su obra como él quisiera. Gracias a Dios.

—H. G. —le dijo Horace. Iniciales de «Horace Green», que eran al mismo tiempo un guiño al apellido de soltera de su madre y al autor de *La guerra de los mundos*—. El mismo que en todos los números de *Orithyia Blue*.

—Sí. —Hippolyta soltó un suspiro de alivio por lo bajo—. Sí, claro... ¿Y estás seguro?

—Creo que sí. —Horace la miró con curiosidad—. ¿Por qué es tan importante?

—No lo es. —Ella le volvió a sonreír para disipar sus sospechas, pero Horace se la quedó mirando hasta que George llegó de la cocina con tres tazones humeantes en una bandeja.

—A ver —dijo George—. ¿Quién quiere chocolate caliente?

Jekyll en Hyde Park

> Con el primer aliento de aquella nueva vida, me supe más malvado, diez veces más malvado, vendido en esclavitud a mi maldad original; y la idea, en aquel momento, me fortaleció y me deleitó como si fuera vino.
>
> ROBERT LOUIS STEVENSON,
> *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*

El día de Año Nuevo, Ruby se despertó siendo blanca.

Estaba en plena racha de mala suerte desde Navidad y se imaginaba que todavía le debían de faltar un par de reveses. Pero ciertamente no se había esperado aquello. Aunque tampoco tenía derecho a queja: ella se lo había buscado.

Los problemas empezaron en Nochebuena. Ruby estaba trabajando para Catering Demarski, sirviendo copas en una fiesta en una mansión de Ravenswood. Aquella noche la encargada era Katherine Demarski, la menor de los cinco hermanos Demarski y la que peor le caía a Ruby; a Katherine le encantaba dar órdenes a otra gente, y nunca usaba una palabra amable si podía usar una

desagradable. Y lo peor de todo, en opinión de Ruby: era perezosa y siempre desaparecía cuando más trabajo había.

Fue durante una de aquellas ausencias de Katherine cuando el dueño de la casa se dirigió a Ruby con un encargo especial. Un invitado había vomitado en uno de los cuartos de baño del segundo piso y él quería que lo limpiara. Limpiar vómito no era una de las tareas de Ruby, pero tampoco lo era decirle que no al anfitrión, de forma que se fue a buscar un trapo y un cubo.

Estaba buscando el cuarto de baño cuando sorprendió a Katherine Demarski en un pasillo del piso de arriba.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —le preguntó Katherine en tono imperioso. Ruby le enseñó el cubo y le explicó su misión—. Pues venga, ponte a ello —dijo Katherine—. Y luego baja cagando leches. —A Ruby se le afiló la mirada cuando oyó la palabra «cagando», pero se mordió la lengua y obedeció.

A la mañana siguiente asistió al servicio religioso de Navidad y salió a comer con unos amigos de la iglesia. Tenía que trabajar en el catering de otro evento aquella misma tarde, pero cuando llegó a casa para cambiarse se encontró a la policía en su apartamento. La policía le dijo que durante la fiesta de la noche anterior alguien había robado unos pendientes de perlas del dormitorio principal y que «una fuente fiable» les había dicho que la ladrona era Ruby.

La esposaron y la hicieron esperar en el pasillo mientras le ponían su habitación patas arriba. Luego se la llevaron a comisaría, donde la interrogó un tal detective Moretti. El detective estaba muy disgustado por tener que trabajar en Navidad y se aseguró de que Ruby lo supiera. Ruby se calló lo que pensaba y se concentró en contestar de forma escueta y consistente. Sólo mintió una vez, cuando el detective le preguntó que si los pendientes no los había robado ella, ¿quién los había robado? Ruby dijo que no tenía ni idea.

Sobre las seis de la tarde, el detective encerró a Ruby en un calabozo, le dijo que reflexionara sobre sus pecados y se marchó. Al

cabo de un par de horas, un buen samaritano la dejó salir para usar el lavabo y le ofreció la posibilidad de hacer una llamada telefónica. Pero ella no veía de qué le iba a servir llamar a nadie, y, aunque era inocente, estaba avergonzada. No quería que nadie se enterara de que estaba detenida.

Se pasó la noche de Navidad en el calabozo. El detective Moretti no volvió más. Por la mañana se acercó a los barrotes un detective distinto y le preguntó a Ruby si ya estaba lista para confesar. Ella le repitió que no había hecho nada. El detective se encogió de hombros, le abrió la puerta de la celda y le dijo que podía irse... de momento.

—Pero no desaparezcas —añadió.

Ruby se fue a limpiar su apartamento. Al principio estaba nerviosa y se preguntó si el detective Moretti iba a entrar tirando la puerta abajo y a llevársela otra vez a comisaría para seguir interrogándola, pero para cuando lo tuvo todo ordenado, ya solamente estaba furiosa por cómo la habían tratado.

A la mañana siguiente estaba esperando delante de Catering Demarski cuando el hermano de Katherine, Leo, paró el coche a su lado. Y no se alegró precisamente de verla.

—¿Qué demonios haces aquí, Ruby? —le preguntó—. Sabes que estás despedida, ¿verdad?

—Quiero mi paga —respondió Ruby.

—Pues no la vas a recibir. Los cheques de la paga los firma mi padre y a ti no te lo va a firmar. La policía estuvo en su casa el día de Navidad por la mañana.

—Sí, en la mía también —apuntó Ruby.

—Ya lo sé. Él se ofreció para acompañarlos y sacarte una confesión a palos. Y como te pille aquí...

—Tendría que darme las gracias por no abrir la boca. No dije nada de tu hermana.

—¿Qué pasa con mi hermana?

—Adivínalo.

—No —dijo Leo—. Es mentira.

—Yo no cogí los pendientes —repuso Ruby—. Pero fue ella quien dijo que había sido yo, ¿verdad? Y tú estabas delante. Piensa en su tono de voz cuando lo dijo.

Lo pensó. Y ella le vio descartar la idea.

—Kathy es una buena chica.

—Me da igual qué clase de chica sea. Yo sólo quiero mi dinero. Ya es bastante malo quedarme sin trabajo para que encima me roben.

Leo se sacó la billetera y cogió unos cuantos billetes de dentro.

—Ten.

Ruby los contó.

—Me debes doce dólares más —dijo.

—Dios bendito, Ruby. Cógelos y di gracias.

—¡Gracias!

—No vas a conseguir nada más, ¿de acuerdo?

—Esto no está bien, Leo.

—Es lo que hay —le dijo él—. Y, ahora, ¿quieres largarte de aquí antes de que venga mi padre y te muela a palos?

Es lo que hay. La vida no es justa, Ruby. Tienes que entenderlo, Ruby. ¡Dios, qué harta estaba de oír aquellas cosas! La vida no era justa, pero aun así no estaría mal que de vez en cuando fuera otro el que tuviera que entenderlo.

Pero la autocompasión no pagaba el alquiler. Aquel mismo día salió a buscar trabajo. Había un servicio de limpieza de casas en Kenwood que buscaba chicas, y varios hoteles del centro necesitaban doncellas y personal de comedor. Pero todos pedían referencias, y el mánager de uno de los hoteles le dijo que, debido a

una racha de robos recientes, también iban a tener que pedirle su nombre para consultárselo a la policía.

Por la noche se puso a hacer llamadas por si alguien necesitaba una niñera. Nadie le dijo que sí, ni siquiera los Berry, a quienes solía gustarles salir durante las fiestas.

—Íbamos a ir a la fiesta de Año Nuevo en casa de tu hermana —le dijo George—, pero ahora a Hippolyta no le apetece.

—Espero que no esté enferma —dijo Ruby.

—No está enferma, simplemente no está de humor —explicó George—. Letitia y ella no se habrán peleado, ¿verdad?

—Que yo sepa no. Pero Letitia y yo no hemos hablado mucho últimamente.

Después de otro día largo y frustrante de contestar a ofertas de empleo de personal doméstico, llegó a casa y se encontró en la puerta una invitación a la fiesta de Año Nuevo en la casa Winthrop. «Ruby —le había escrito su hermana—. Sé que seguramente trabajas esa noche, pero seguiremos la fiesta hasta el amanecer, o sea, que deberías venir. Asistirá el primo de Charlie Boyd (el guapo) y ha preguntado por ti. P. D.: He hablado con el señor Winthrop y ha prometido no sacudir la casa mientras tú estés aquí.» Ruby se quedó diciendo que no con la cabeza al leer aquello: ahora Letitia se dedicaba a hacerle prometer cosas al fantasma que había intentado desahuciarla.

Letitia en su mansión, comprada con un dinero que ella no había movido un dedo para ganar.

Es lo que hay.

Llegó Nochevieja y Ruby seguía sin trabajo, de forma que después de cenar se maquilló y se puso el vestido bueno. Le pidió al taxista que la dejara en la esquina de la manzana de Letitia, delante de la taberna clausurada. En vez de proceder directamente a la fiesta, se encendió un cigarrillo y se quedó allí fumando y temblando de frío, acordándose de la última noche que había pasado en aquel

vecindario.

Aquella noche, la casa Winthrop tenía todas las luces encendidas y su resplandor se veía acentuado por las casas de la acera de enfrente. Una de las casas todavía tenía un letrero de EN VENTA en el césped de delante; los nuevos propietarios de las demás debían de estar en la fiesta. Ruby era consciente de que debería entrar antes de congelarse, pero lo que hizo fue refugiarse en la entrada de la taberna y terminarse el cigarrillo.

Estaba metiendo la mano en el bolso para sacar otro cigarrillo cuando se abrió la puerta que tenía detrás y del interior, oscuro como la boca de un lobo, salió un hombre blanco. Ruby se apartó de golpe, pero al hombre no le importó su presencia. Después de cerrar la puerta con llave tras de sí, se giró hacia ella con una sonrisa y se llevó un dedo al ala del sombrero. Ruby vio que era joven, iba bien arreglado y vestía con elegancia. Y era guapo.

—Buenas noches —la saludó. Echó un vistazo a la manzana de la casa Winthrop, de donde llegaba la música de una orquesta de baile —. ¿De camino a la fiesta?

—Me han invitado —dijo Ruby—. Pero todavía no estoy segura al ciento por ciento de que vaya a ir. ¿Y tú?

—No me han invitado, por desgracia. Estoy en el vecindario de paso.

Ella señaló con la cabeza la taberna.

—¿Este bar es tuyo?

—Ahora sí. El dueño de la propiedad era mi padre —le explicó—. Pero se murió el verano pasado. Yo llevaba tiempo con la intención de venir a echarle un vistazo.

—¿Y adónde vas ahora?

Él negó con la cabeza.

—No tengo planes.

—¿Quieres venir conmigo a la fiesta?

—Me encantaría —contestó él sonriente—. Pero sólo si tú quieres

ir.

—Bueno —dijo Ruby—. Ése es el problema, sí.

—¿Puedo hacer una sugerencia? Hay un club que conozco en la parte alta, se llama Widdershins. Podemos ir ahí.

Ella se lo pensó. Irse al North Side con un blanco al que acababa de conocer era seguramente una idea terrible, pero cuando la alternativa era la casa Winthrop...

—El Widdershins ese... no estará encantado, ¿verdad?

Él se rio.

—El único espíritu que hay es el del vino, lo prometo.

—Muy bien pues —dijo—. Yo soy Ruby. Ruby Dandridge.

—Caleb Braithwhite —contestó él, ofreciéndole el brazo—. Encantado de conocerte, Ruby.

—¿Sherpa?

—Sí, ya sabes —dijo Ruby—. Como los del Everest...

—Sé qué es un sherpa —aseguró Braithwhite, riendo—. Simplemente nunca había conocido a nadie que quisiera ser sherpa.

—Bueno, tú has preguntado por mi trabajo ideal... Cuando el año pasado aquel hombre llegó a la cima de la montaña, el periódico trajo una foto de los sherpas que le llevaban todo el equipo, y se veían muchas montañas más de fondo de su escalada. Yo pensé que debía de ser tremendo levantarse por las mañanas e ir a trabajar con esas vistas. —Se encogió de hombros—. Sé que es ridículo, pero...

—No es ridículo. Un poco duro para los tobillos, quizá sí.

—Nunca he tenido un trabajo que no lo fuera —contestó Ruby—. Pero valdría la pena por las vistas.

Habían hecho un descanso de bailar y se habían retirado a una mesa privada en el balcón. Más abajo, las parejas que seguían en la

pista se mecían lentamente al ritmo de *Cabin in the Sky* mientras un reloj enorme instalado detrás del escenario de la orquesta marcaba los últimos minutos de 1954. Ruby iba por su tercer cóctel, estaba agradablemente achispada y pasándoselo bien. Le caía bien Caleb Braithwhite. En otras circunstancias, habría recelado de un hombre que hablara tan poco de sí mismo y en cambio hiciera tantas preguntas sobre ella, pero aquella noche había decidido disfrutar del hecho de ser el centro de atención; si aquel despliegue de interés tenía un motivo ulterior, ella se imaginaba cuál era, y no le importaba.

—¿Y tú qué? —dijo ella—. ¿Tienes un trabajo ideal?

—Estoy en ello.

Ruby esperó a que Braithwhite dijera más, pero, como no dijo nada, adoptó un tono burlón.

—¿Es un secreto?

—Es una situación nueva —respondió él—. Me refiero al hecho de poder elegir mi destino. Durante la mayor parte de mi vida no ha sido el caso.

—¿Y eso tiene algo que ver con tu padre?

—Tiene todo que ver con él —aseguró Braithwhite, asintiendo con la cabeza—. Era un hombre muy poderoso y no le gustaba que lo contradijeran, ni siquiera cuando se equivocaba. Y, por supuesto, en calidad de hijo suyo, de mí se esperaba que lo obedeciera sin cuestionarlo. Yo tenía mis propias ideas al respecto, pero durante años no pude hacer nada. Él era más fuerte que yo. —Se encogió de hombros, frunciendo el ceño, y luego, como ya había hecho varias veces, desvió la conversación hacia ella—. ¿Tú te llevas bien con tu padre?

—Cuando él estaba en casa, sí —afirmó Ruby—. Pero siempre tuve una relación más estrecha con mi madre. Se murió el año pasado. Enfisema.

—Lo siento.

Ruby bajó la vista a su copa.

—Hay días en que la echo de menos —dijo—. También podía ser dura. Sobre todo cuando quería algo de ti.

—¿De qué trabajaba?

—Hablaba con los muertos. —Ruby sonrió, consciente de cómo habría irritado a su madre aquella explicación—. Era espiritista, ¿sabes? Tenía su consulta en un salón de belleza, Las dos Elis. Mi madre era la segunda Eli, Eloise. Su mejor amiga, Ella Price, había puesto el dinero para montar el negocio, o sea, que era la primera Eli.

»Era un servicio combinado —explicó Ruby—. El local era un antiguo estudio fotográfico. Las mujeres entraban, se arreglaban el pelo y las uñas, y luego se dirigían al cuarto oscuro para hacer una sesión con mi madre. Y cuanto más dinero gastaban en tratamientos de belleza, más larga era la sesión.

—Parece un plan empresarial fantástico.

—Sí, durante un tiempo les fue bien. Luego, mi madre enfermó y trató de que yo entrara en el negocio y la sustituyera, pero no quise. Estuvimos peleando por eso hasta el mismo día en que se murió.

—¿Por qué no quisiste? ¿Te dan miedo los fantasmas?

—Porque no me gusta mentir a la gente —dijo Ruby—. Mi madre sí tenía poderes. Podía leer las mentes, pero no en plan médium, más bien igual que hacía mi padre en la mesa de póquer. Y en Las dos Elis tampoco hacía falta leer mentes, lo único que necesitabas era escuchar, y para cuando la clienta se levantaba de la silla ya sabías exactamente qué le preocupaba y a quién quería oír en el más allá. El resto eran simples trucos de salón.

Ruby sabía que a su madre tampoco le habría gustado esta explicación. Había protestado muchas veces, insistiendo furiosamente en que ella no engañaba, ella ayudaba a la gente. Hacía el trabajo de Dios y lo hacía diciendo la verdad.

Pero Ruby había visto más de una versión del número de su

madre. Antes de que abriera Las dos Elis, solía hacer sus sesiones de espiritismo en casa. La mayoría de su clientela era gente del vecindario, pero de vez en cuando le llegaba una clienta blanca que había oído hablar de ella a alguna empleada. Para aquella gente sí que montaba un número. Alteraba la voz y la proyectaba, y hacía crujir las articulaciones del tobillo y de los dedos del pie para simular los golpes de un fantasma. Llevaba una regla metida en la manga que le daba el punto de apoyo para hacer saltar la mesa por mucho que sus manos descansaran inocentemente sobre ella. Más tarde, su madre se reía y se burlaba de lo crédula que era aquella gente. La creencia que tenía la gente blanca en que los negros poseían dones mágicos le parecía la forma más absurda de superstición. La hechicería se mencionaba en la Biblia, lo cual significaba que existía, pero para su madre era evidente que, igual que todas las demás formas de poder, se debía de concentrar en las manos de los poderosos. Era casi seguro que los magos de verdad eran blancos, y más concretamente aquellos blancos cuyos antepasados iban por ahí con pelucas empolvadas.

Era una lógica aceptable, pero Ruby no podía evitar preguntarse: ¿acaso las clientas de color de su madre no eran igualmente crédulas? Quizá su madre pudiera establecer una distinción entre las desconocidas de las que se aprovechaba y las amigas y conocidas a las que ayudaba, pero Ruby no sabía cómo trazar aquella línea, y se negaba a aprenderlo, por mucho que su madre se enfadara. Y hacia el final, su madre se enfadaba mucho, y llamaba a Ruby niña ingrata y niña tonta, y la acusaba de estar dejando pasar la oportunidad de continuar con la vocación de su madre; siendo tan tonta nunca llegaría a nada en la vida. «Muy bien —le decía Ruby, contraatacando—, pues nunca llegaré a nada. Pero por lo menos cuando *yo* vaya a reunirme con Jesús no le tendré que explicar por qué me he dedicado a engañar a la gente en su nombre.»

Un cambio en la música despertó a Ruby y le hizo darse cuenta

de que había estado mirando fijamente la mesa sin decir nada.

—Lo siento —dijo.

Pero Braithwhite negó con la cabeza y le dijo:

—No te disculpes.

Ella volvió a esperar que él dijera algo más, quizá que le asegurara amablemente que entendía cómo se sentía ella, pero él se limitó a mirarla, y su expresión de interés le hizo pensar que quizá *sí* que la entendiera un poco.

Ruby se terminó su copa y se puso de pie.

—Venga —le dijo ella, ofreciéndole el brazo—. Baila conmigo hasta el año nuevo.

Mientras caminaban de vuelta al coche a las dos de la mañana, se pararon para besarse en una esquina desierta de la calle, Ruby riendo y apoyándose borracha en Caleb Braithwhite.

El Daimler de Braithwhite estaba aparcado bajo una farola, delante de una hilera de locales comerciales con las luces apagadas. Inclinados uno a cada lado del coche para asomarse a las ventanillas había dos hombres blancos. Al acercarse Braithwhite y Ruby, los dos hombres se irguieron, y Ruby se puso rígida cuando vio que el de la acera llevaba una pistola en la mano.

El hombre de la pistola señaló con la barbilla a Braithwhite.

—¿Es tuyo este coche, colega?

—Sí —dijo Caleb Braithwhite—. Es mío. —Ruby le agarró con fuerza el brazo, suplicándole en silencio que no se hiciera el héroe, pero él se separó de ella y dio un paso adelante con una sonrisa fría en la cara, como si la amenaza de una violencia mortal le divirtiera.

Ruby pensó en escaparse, y a esa idea se le unió otra más fea: que si los hombres disparaban a Braithwhite, quizá estuvieran demasiado distraídos para perseguirla a ella. Mientras pensaba esto,

sin embargo, ya tenía la mano en el bolso, buscando a tientas la navaja que llevaba para defenderse.

El tipo de la pistola levantó el arma mientras Braithwhite se le acercaba.

—Llaves —dijo—. Billetera. No lo pediré dos veces.

—Tienes razón —aseguró Braithwhite—. No lo pedirás dos veces.

Al tipo de la pistola se le puso cara de sorpresa, y Ruby pensó que se le debía de haber atascado la pistola por el frío.

—¿Qué estás esperando? —le espetó el rufián que estaba plantado en la calle—. ¡Pégale un tiro, joder!

Pero el tipo de la pistola no disparó, de forma que el rufián empezó a dar la vuelta al coche para encargarse de Braithwhite en persona. Braithwhite levantó una mano con la palma hacia fuera y una bola de demolición invisible golpeó al rufián en la barriga, levantándolo del suelo y mandándolo por los aires hasta el otro lado de la calle, donde aterrizó hecho un amasijo de huesos rotos en la acera de enfrente.

Ahora el tipo de la pistola la estaba empuñando con las dos manos.

—¡Déjame ir! —suplicó, como si fuera Braithwhite el que tenía el arma. Braithwhite le extrajo el arma con cuidado de las manos y se la quedó sopesando un momento. Asintió con la cabeza y el pistolero salió dando tumbos hacia atrás.

—Corre —ordenó Braithwhite.

El hombre dio media vuelta y huyó. Con la pistola en el costado, Braithwhite levantó la otra mano, cerró el puño e hizo un movimiento de arrojar algo con el brazo. Ya en mitad de la manzana, el fugitivo salió disparado hacia delante, se estrelló de cara contra la acera y resbaló un trecho por el pavimento helado. Por fin se puso de pie como pudo y se alejó corriendo y aullando hacia la noche.

Ruby, que había estado aguantando la respiración desde que el rufián había salido volando, dejó escapar un jadeo entrecortado.

Braithwhite se giró hacia ella.

—No pasa nada —dijo, tirando la pistola en la alcantarilla—. Se acabó. —Sonrió y dio un paso hacia ella, pero Ruby retrocedió instintivamente, esgrimiendo la navaja de su bolso, un gesto que resultaba todavía más fútil que si lo hubiera hecho mientras el tipo de la pistola seguía allí.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Ruby, en el coche.

—Nada extraordinario —respondió Caleb Braithwhite—. Esos hombres nos han subestimado. Y la naturaleza ha hecho su trabajo.

—¿Nos han subestimado? Yo no he hecho nada.

—Has mantenido la calma. Sé que querías echar a correr, pero si lo hubieras hecho, ese hombre quizá te hubiera pegado un tiro antes de que yo lo pudiera detener.

Ella se dio cuenta de que él la estaba intentando halagar y eso la irritó, lo cual era mejor que estar asustada.

—¿Qué eres?

—Creo que ya sabes qué soy. Aunque seguramente lo llamamos de formas distintas.

Iban conduciendo por Lake Shore Drive. Ruby miró por la ventanilla las luces del centro de la ciudad.

—Me quiero ir a casa —anunció.

—Primero déjame que te pregunte una cosa. ¿Estás contenta con cómo te está yendo la vida?

Ella se giró para quedárselo mirando.

—¿Qué?

—Esta noche no sólo estaba fingiendo interés por ti. Me gustas, Ruby. Creo que en cierto sentido nos parecemos mucho.

—Sí, claro —dijo Ruby—. Como dos gotas de agua.

—Sé lo que se siente cuando tus deseos siempre van después de

los de otra gente —explicó Braithwhite—. Créeme que lo sé.

—¿Y qué si lo sabes? ¿A mí qué me importa?

—Me has preguntado por mi trabajo ideal —dijo él—. Yo te he dicho que estaba en ello. Pero ahora mismo estoy en un momento en que me iría muy bien tener ayuda. Una ayuda muy concreta de una clase de persona muy concreta.

—¿Me quieres contratar?

—Estás buscando trabajo, ¿verdad?

Ruby lo miró con recelo.

—¿Qué clase de trabajo sería?

—Trabajo interesante —contestó Braithwhite—. No te puedo prometer panorámicas de montañas, pero tampoco será demasiado duro para los tobillos.

A ella se le torció la expresión.

—Eso no es una respuesta.

—Lo siento. No es mi intención andarme con evasivas. Pero es un trabajo extraño y requiere cierto secretismo, de forma que antes de entrar en detalles me gustaría enseñarte lo que ofrezco a cambio.

—¿Qué ofreces?

—La libertad para elegir tu destino.

—¿Libertad? —Ruby soltó un soplido de burla—. ¿Me vas a pagar en libertad?

—También hay un salario en dinero, pero sí.

—¿Cómo?

—Si te lo digo, no te lo creerás. Pero te lo puedo enseñar. Vas a tener que confiar en mí y dar un pequeño salto de fe, pero confío en que te alegrarás mucho de haberlo dado; y si no te gusta, o bien si decides que el trabajo no es para ti, siempre puedes decir que no.

Dejaron la orilla del lago y se adentraron en el vecindario de Hyde Park. Braithwhite giró por un callejón que los llevó a un patio rodeado de casas adosadas.

—¿Esto qué es? —preguntó Ruby.

—Otra de las propiedades de mi padre —dijo Braithwhite. Aparcó detrás de una de las casas pero dejó el motor en marcha—. Lo que te quiero enseñar está dentro. O bien —añadió, con una mano en la palanca de cambio— te puedo llevar a casa.

Irse a casa: la opción cuerda. O quizá otra todavía más cuerda: salir del coche ahora mismo, escaparse corriendo en plena noche tal como había hecho el hombre de la pistola. Pero junto con aquel pensamiento le vino el recuerdo de la vida a la que estaría huyendo.

—Si no me gusta, ¿me puedo marchar? —se oyó Ruby decir a sí misma.

—Te puedes marchar cuando quieras —le prometió Braithwhite.

—¿Qué tengo que hacer?

—Decir que sí.

—Vale —dijo Ruby—. Enséñamelo.

Se despertó, con un dolor de cabeza punzante, sobre unas sábanas manchadas de sangre.

El sol de media mañana la desveló, subiendo por el costado de la cama para apuñalarla en los ojos. Ruby cerró los ojos con fuerza y trató de retirarse de vuelta a la inconsciencia, pero el sol no la dejó en paz: sus rayos calientes le quemaban la piel de la cara y del cuello, sensibilizada por una resaca monstruosa.

Con un gemido, se puso boca arriba e intentó incorporarse hasta sentarse. Tenía problemas para moverse, las sábanas estaban calientes y resbaladizas. Al principio esto resultó meramente irritante, pero a medida que se iba despertando la asaltó un pensamiento temible. Abrió los ojos; el resplandor del sol se los hizo cerrar otra vez, pero no antes de que vislumbrara el rojo arterial de la ropa de cama.

Oh, Dios bendito. Ruby se tiró por un costado de la cama presa

del pánico, aterrizando boca abajo y dando manotazos, apartando a patadas la sábana de encima ensangrentada que la había seguido hasta el suelo. Tomó impulso hasta levantarse y sintió que el corazón le latía deprisa y con fuerza en el pecho. «La sangre no es mía —pensó, rezando por no equivocarse—. No es mi sangre. ¿De quién, pues?» ¿Acaso había matado a alguien?

Sus intentos de recordar lo sucedido la noche anterior arrojaron un solo recuerdo nítido, en el que ella estaba sentada a una mesa frente a Caleb Braithwhite y él le ponía delante una ampolla pequeña de cristal llena de un líquido rojo. Ella notó que el ofrecimiento formaba parte de un acuerdo mayor y que estaba completamente relacionado con su situación actual, pero cuando intentó evocar más detalles no le vino nada a la cabeza, sólo un eco del mandato de su madre de no dejar nunca que te mezcle las bebidas un hombre al que acabas de conocer.

Se puso de pie, con los ojos todavía fuertemente cerrados. Avanzando a tientas, encontró una puerta abierta y la cruzó para adentrarse en una oscuridad fresca, con baldosas frías bajo los pies. Se chocó contra un fregadero, abrió los grifos y se echó agua en la cara y en el pecho. El agua le despejó la cabeza, pero el pánico regresó en una oleada.

—Por favor, Dios, por favor, Dios —dijo Ruby, con la cabeza gacha sobre el lavabo. Luego abrió los ojos, levantó la vista y vio una cara de mujer blanca enloquecida flotando en la oscuridad a menos de un palmo de la suya.

Ruby chilló.

La mente se le debió de quedar en blanco unos segundos, porque lo siguiente que supo fue que estaba de vuelta en el dormitorio, caída de espaldas en el suelo. Pero la locura no daba tregua: al salir del

aseo se había chocado con la puerta del baño, y al rebotar en la pared, la puerta se había empezado a cerrar, revelando otro espejo, éste de cuerpo entero, y ahora la superficie de cristal reflejaba a la misma mujer blanca de mirada enloquecida, esta vez despatarrada en el suelo de madera dura.

Ruby volvió a gritar; la mujer blanca del espejo gritó con ella. Ruby se tapó la boca con las manos, y la mujer blanca imitó su gesto. La mujer blanca: ella.

No había sangre. Sólo una melena de color rojo vivo, larga y suavemente ondulada, y pecas, más abundantes en los hombros y en la parte superior de los brazos y más escasas en los pechos y en el vientre blanco y liso. Entre las piernas tenía otra mata de pelo rojo. Vista en el espejo desde aquel ángulo inconveniente, parecía que se le hubiera subido al regazo algún extraño animal pelirrojo. Cuando Ruby bajó la vista y vio que era su regazo, y que estaba allí mismo, soltó un gañido y empezó a gatear hacia atrás, como si a base de moverse lo bastante deprisa pudiera dejarlo atrás.

Se golpeó la cabeza contra el radiador de la pared que tenía detrás. Hizo una mueca de dolor, se llevó una mano al cuero cabelludo y se abofeteó con la otra, diciendo:

—¡Despierta, despierta, despierta! —Pero no sirvió de nada: cuando volvió a mirar el espejo, la mejilla se le había puesto roja, pero seguía siendo una chica blanca.

Y entonces Ruby vio que se le presentaban dos opciones: podía rendirse y volverse loca del todo, o bien podía simplemente lidiar con la situación. Como era hija de Eloise Dandridge, decidió lidiar con ella.

Haciendo un esfuerzo, apartó la vista del espejo. Levantó una mano hasta la cama y tocó las sábanas relucientes de color escarlata. Satén. Ruby nunca había dormido en sábanas de satén, aunque una vez le había limpiado la casa a una mujer que sí las tenía. Examinó el resto de la habitación. A la derecha de la puerta

del cuarto de baño había una cajonera, y colocados encima de ella vio unos zapatos rojos y un juego de ropa interior. De la parte de atrás de otra puerta situada en la otra esquina colgaba un vestido verde.

Se incorporó hasta ponerse en cuclillas y se asomó a la ventana. Estaba en un piso alto, con vistas a un patio rodeado de casas adosadas de dos y tres plantas. Justo debajo había aparcado un sedán plateado con las ventanillas tintadas; la imagen desencadenó una oleada de recuerdos adicionales de la noche anterior, junto con un deseo abrumador de escapar.

Se puso de pie y caminó hasta la cajonera. Con las prisas, decidió prescindir de las medias y del fino liguero y solamente se puso las bragas, apartando la vista al ponérselas. Le costó abrocharse el sujetador: aquellos pechos desconocidos eran más pequeños que los suyos y tenían una forma distinta. El vestido le quedaba perfecto. Por último agarró los zapatos rojos, que eran igual de relucientes que las sábanas pero tenían unos tacones bajos y comedidos; se los probó para asegurarse de que eran de su talla, pero luego se los quitó para llevarlos en la mano. No quería hacer más ruido del que había hecho ya.

La puerta daba a un pasillo en penumbra con una escalera inmediatamente a su izquierda. Escuchó un momento y luego empezó a bajar, agarrándose fuerte a la barandilla, desconfiando del equilibrio de su cuerpo. Llegó sana y salva al pie de la escalera. Allí, justo delante de ella, vio una puerta con ranura para el correo. En una percha situada al lado mismo de la puerta estaba colgado su abrigo. Y su bolso en el suelo.

Ruby ya se había puesto el abrigo y estaba agachándose para coger el bolso cuando oyó unos pasos procedentes de más abajo. Echó un vistazo por encima del hombro. Al final de un pasillo situado junto a la escalera que acababa de bajar había una cocina soleada que le resultó familiar. ¿Acaso aquella mesa de madera era la misma

en la que Caleb Braithwhite le había ofrecido una copa?

No había tiempo para comprobarlo; los pasos habían llegado a lo alto de la escalera del sótano, y ahora Ruby oyó el chirrido de una puerta que no podía ver. Se puso el bolso debajo del brazo y salió por la puerta de la calle, con cuidado de no hacer ruido al cerrarla tras de sí. Hizo un bailecito para ponerse los zapatos en la escalera helada de la entrada y luego echó a correr por el sendero del jardín y salió por la cancela baja de hierro. Desde la acera echó un vistazo atrás; la casa, de piedra gris áspera y medio ahogada por las hiedras, parecía el castillo de un hechicero estrujado para hacerlo caber en una parcela urbana.

En la misma manzana había un taxi parado delante de otra casa para dejar salir a un pasajero.

—¡Taxi! —gritó Ruby, pero el taxista ya la había visto y estaba esperando junto a la portezuela abierta de detrás con cara sonriente.

—¿Taxi, señorita?

Ella se volvió a dar un golpe en la cabeza cuando se metió en el asiento de atrás; hasta sin tacones era más alta de lo que estaba acostumbrada. El taxista le cerró la portezuela y caminó con lentitud exasperante hasta el otro lado. Cuando se puso al volante, Ruby tenía el cuerpo retorcido hacia atrás, en busca de señales de persecución.

—¿Adónde, señorita? —preguntó el taxista. Ruby le dio sin pensarlo la dirección de su casa. Al cabo de un momento, como el taxi no se movía, se giró hacia delante y vio que el taxista la estaba mirando con extrañeza por encima del respaldo del asiento—. ¿Está segura de esa dirección, señorita?

—Pues claro que... —Pero se interrumpió y lo pensó.

—¿Señorita?

—Al centro —dijo Ruby—. Lléveme al centro.

—¿A algún sitio en particular o...?

—Arranque ya.

Al cabo de veinte minutos estaba plantada delante del Marshall Field's de la calle State, estudiando la situación. Después de pagar la carrera, a Ruby le quedaba el suficiente dinero en metálico en el bolso para sobrevivir un par de días si era frugal. Si le añadía su dinero de «Oh, caramba» —el fondo de emergencia que tenía acumulado dentro del forro de su abrigo—, quizá aguantara una semana. Sin embargo, su identificación se había vuelto inútil, lo cual significaba que sacar dinero del banco iba a ser un problema.

Examinó su reflejo en el escaparate de unos grandes almacenes. Antes no había tenido la predisposición mental adecuada para apreciarlo, pero era una mujer blanca atractiva, y sus rasgos tenían una picardía que sugería que era de esas chicas que se hacen cargo de la situación, acostumbradas a dar órdenes. Quizá, si elegía al cajero adecuado, no necesitaría identificación. Aunque el nombre podría ser un problema: a pesar del pelo rojo, ya no le parecía que tuviera pinta de llamarse Ruby.

Pues ¿cómo tenía pinta de llamarse? Su mirada se desvió al expositor de dentro del escaparate: maniquís con ropa de invierno, posando delante de una cordillera montañosa pintada. Las montañas seguramente intentaban ser las Rocosas, pero a Ruby le hicieron pensar en el Himalaya, y una vez más volvió a imaginarse a sí misma en el Everest, pero ahora con un cargo nuevo: ya no era una sherpa, sino la que daba órdenes a los sherpas. «¿Cómo se llamaba aquel hombre blanco? —pensó Ruby—. El que había alcanzado la cima...»

—Hillary. —Pronunció el nombre en voz alta, como si fuera un encantamiento—. Hillary. ¿Qué te parece? —le preguntó a su reflejo —. ¿Eres Hillary? —Su reflejo sonrió y asintió con la cabeza.

Mientras ella contemplaba el escaparate, otra gente pasaba a su lado por la acera abarrotada, esquivándola con cuidado. Ahora,

mientras se estaba rebautizando a sí misma, alguien topó con ella, la apartó bruscamente de un empujón y siguió andando sin un asomo de disculpa. Ruby abrió la boca para decir «¡Increíble!», pero se quedó perpleja al darse cuenta de que la persona que la acababa de empujar era Katherine Demarski.

Aquel momento fugaz de reconocimiento fue seguido instantáneamente por la duda. Pero sí que era ella. Diez pasos más adelante, Katherine colisionó con una niña negra que estaba caminando al lado de su madre. La niña cayó al suelo y soltó un chillido, a punto de ser pisoteada, y su madre gritó:

—¡Eh!

Katherine, sin perder el paso, miró por encima del hombro y dijo:

—¡A ver si miráis por dónde vais, coño!

Las palabras dejaron a la madre callada de estupefacción y atrajeron miradas iracundas de otros transeúntes. Pero nadie hizo nada, y Katherine siguió dando zancadas, como una apisonadora humana contra la cual los peatones ordinarios eran impotentes.

Pero Hillary no era impotente.

Katherine había entrado en el Marshall Field's. Cuando Ruby entró también en los grandes almacenes, oyó voces airadas y enseguida divisó a Katherine frente a uno de los mostradores de cosméticos, enfrentándose cara a cara con la chica que trabajaba allí. Ruby se acercó al mostrador de al lado y fingió que examinaba un expositor de pañuelos de seda mientras escuchaba a hurtadillas.

Se estaban peleando por alguien llamado Roman, que era, supuestamente, el prometido de Katherine. La chica del mostrador —que, en lo tocante a esta conversación, se llamaba Guarra de Mierda, abreviado por Ruby a «Demi»— había sido vista pasando el rato con Roman, y Katherine quería dejar claro que aquello iba a terminar mal en muchos sentidos. Por su parte, Demi negó que tuviera nada que ver con Roman, pero al mismo tiempo —en lo que a Ruby le pareció un error táctico— intentó argumentar que

Katherine y Roman no estaban tan comprometidos como Katherine parecía pensar.

Arreciaron el volumen y el nivel de las obscenidades, hasta que se acercó un encargado de la tienda.

—A ver, ¿qué problema hay aquí, señoras? —dijo.

A cinco metros de distancia, Ruby eligió uno de los pañuelos de seda. Hillary la miró desde el espejo de al lado del expositor y asintió con la cabeza para animarla a seguir.

Katherine no hizo caso del encargado, le escupió una última advertencia a Demi y se fue hecha una furia. Ruby se interpuso deliberadamente en su camino; mientras chocaban, metió el pañuelo en el bolsillo del abrigo de Katherine, dejando que sobresaliera la esquina que tenía la etiqueta del precio. Luego se echó atrás, con las manos en alto, y fingió estar mortificada por las palabrotas de Katherine. De hecho, Ruby a duras penas oyó las palabras, porque en aquel mismo momento vio los pendientes de perlas en las orejas de Katherine.

De vuelta en la acera, Ruby se acercó a un policía que estaba comprando el almuerzo a un vendedor callejero de perritos calientes.

—Disculpe, agente —le dijo con la voz de Hillary, resuelta y práctica—. Trabajo de encargada en esta tienda. Y esa mujer de ahí acaba de robar un pañuelo de nuestra boutique.

El policía se la quedó observando sin entusiasmo, con una mirada que decía: «¿Qué quieres que haga yo?», y Ruby no dudó de que si estuviera tratando con una mujer de color, su boca estaría diciendo lo mismo. Pero Hillary le devolvió la mirada, con los labios fuertemente cerrados y las cejas arqueadas, mandándole ella también su mensaje: «Quiero que hagas tu trabajo».

El policía suspiró.

—Vigíleme esto —pidió, devolviéndole su perrito caliente al vendedor. Luego se tiró de los pantalones hacia arriba y preguntó—. ¿Esa mujer de ahí? ¿Abrigo marrón y pelo oscuro?

—Sí —dijo Hillary, y añadió—: También ha estado en nuestra sección de joyería. Debería preguntarle usted de dónde ha sacado esos pendientes que lleva.

El policía asintió, obediente, y se fue para allá con un trote torpón. Alcanzó a Katherine casi al final de la manzana; cuando él la cogió del codo, ella apartó el brazo de golpe y su furia sólo se redujo un poco cuando vio que era un policía el que la había abordado. El policía, jadeante tras la breve persecución, señaló el pañuelo que le asomaba del bolsillo. Katherine tiró de él y se lo quedó mirando confundida, luego contempló con expresión acusadora al policía, como si fuera él quien lo hubiera puesto allí para incriminarla. Después, el policía dijo algo que hizo que la mujer se llevara la mano al lóbulo de la oreja, y por un momento su compostura se vino abajo y se la vio muy nerviosa. Por fin su furia regresó redoblada y negó firmemente con la cabeza.

Pero el policía estaba asintiendo con la cabeza; ya estaba convencido. Hizo el gesto de cogerle el brazo otra vez a Katherine. Ella le apartó la mano de un manotazo y le empujó el pecho con las palmas de ambas manos. Al policía se le puso la cara roja y ahora fue él quien le dio un empujón a Katherine en el pecho, usando una sola mano pero poniendo mucha más fuerza y derribándola al instante. Katherine se estampó contra la acera, se levantó de un salto y se abalanzó contra el policía dando manotazos. Dos policías más aparecieron doblando la esquina y se quedaron mirando la refriega con los ojos como platos, y en cuestión de cinco segundos Katherine pasó de estar peleando con un policía a estar peleando con tres.

Hasta entonces Ruby había disfrutado viendo cómo se volvían las tornas, pero aquella escalada repentina de violencia la llenó de aprensión. Los policías estaban intentando reducir a Katherine contra el suelo. Ella arañó el cuello del primer policía, haciéndole sangrar, y él perdió los papeles y le dio un puñetazo en la cara, haciendo que el

vendedor de perritos calientes soltara un «joder». Cuando Katherine cayó al suelo, con los tres policías encima de ella, a Ruby le entró una arcada. Se giró como si fuera a vomitar pero lo que hizo fue salir corriendo.

—No es culpa mía —dijo, fluctuando entre el horror y una exaltación frenética mientras los pies golpeaban la acera—. No es culpa mía, no he sido yo... —Siguió corriendo hasta la otra punta de la manzana, y estaba doblando la esquina cuando se chocó de cabeza con otro policía—. ¡Dios bendito! —exclamó, tambaleándose hacia atrás y convencida de que ella también iba a recibir una paliza.

Pero aquel nuevo policía, joven, de mejillas sonrosadas y oliendo como si acabara de salir de una fiesta de Nochevieja hasta el amanecer, reaccionó con buen humor.

—¡Ándese con cuidado, señorita! —dijo, riendo. Cogió a Ruby del brazo, no para arrestarla, sino para ayudarla a mantener el equilibrio, y su buen humor se convirtió en preocupación cuando ella no le devolvió la sonrisa—. ¿Está usted bien, señorita? ¿Alguien la ha molestado? —Miró más allá de ella y entrecerró los ojos inyectados de sangre—. ¿Han sido ésos?

Algo en su forma de decir «ésos»... Ruby se giró y vio a cuatro chicos negros, adolescentes, que estaban en la esquina esperando a que cambiara el semáforo. Sin meterse con nadie.

—¿Han sido ellos? —repitió el policía—. ¿Le han dicho algo? ¿Le han hecho algo?

Ruby sintió otro vuelco en el estómago y pensó: «Ahora mismo puedo decirle lo que me dé la gana y él me creerá. Si quiero, puedo hacer que mate a esos chicos. Puedo...».

El policía interpretó su silencio como afirmación.

—No se preocupe —dijo, pasando a su lado—. Yo me encargo.

Pero Ruby lo detuvo rozándole la muñeca con la mano de Hillary.

—No —imploró—. No han hecho nada. —El policía se la quedó mirando con incertidumbre—. De verdad —aseguró Hillary—. No han

hecho nada. Nadie ha hecho nada. —Cambió el semáforo y los chicos empezaron a cruzar la calle. Le dio la impresión de que el policía estaba dispuesto a perseguirlos de todas formas, por una pura cuestión de principios.

De forma que Hillary le volvió a tocar la muñeca y le dijo:

—¿Quiere usted invitarme a comer?

—Roman, ¿eh? —dijo el policía, que se llamaba Mike—. Parece un capullo integral. Perdone la expresión.

—No, Roman es un chico majo —constató ella—. O por lo menos yo creía que lo era.

—Si le ha sido infiel a usted, es un idiota.

Quizá fuera verdad que se había vuelto loca. No había tenido ninguna intención de almorzar con él, pero al llegar al restaurante, una cafetería que estaba debajo de las vías del tren elevado en la calle Lake, se le curó de golpe el estómago revuelto y se dio cuenta de que estaba muerta de hambre, así que en vez de poner una excusa para marcharse, entró, se sentó y se puso a hablar.

Le dijo que se llamaba Hillary Everest y que estaba haciendo turismo en la ciudad durante las fiestas. Hillary Everest: el policía Mike ni siquiera pestañeó al oírlo, y a ella se le volvió a ocurrir que podía decirle lo que fuera, lo que quisiera, y él la creería. Hipnotizada por la novedad de que un policía se creyera a pies juntillas todo lo que ella decía, siguió hablando, inventándose toda una historia sobre sus aventuras de turista en Chicago, incluyendo un reparto entero de personajes secundarios: el tonto de su sobrino Leo; la malcriada de su prima Katherine, y su querida tía Demi, con la que se había estado quedando. Y cuando llegó la pregunta inevitable de si tenía novio, ella invocó a Roman, el novio al que había dejado en su pueblo, justo aquella misma mañana se había

enterado de que Roman había estado portándose mal en su ausencia. Ver cómo Mike se ofendía por ella, exactamente tal como ella había vaticinado, le provocó una excitación extraña. Así debía de haberse sentido su madre durante sus sesiones de espiritismo. Y aunque estaba mal, el hecho de que las mentiras le salieran con la voz de Hillary, cuyo reflejo era vagamente visible en el ventanal contiguo al reservado, le dio la impresión de que de alguna forma aquello no estaba tan mal. O por lo menos de que el pecado no era tanto de Ruby.

—Entonces, ¿te marchas esta noche? —dijo Mike—. A...

—Springfield, Massachusetts. —Ella asintió con la cabeza—. Tengo que trabajar el lunes.

—Qué pena que no te quedes más.

—Oh, voy a volver —dijo ella. Haciendo que a Mike se le iluminara la cara.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Este verano, quizá —improvisó—. Le he estado diciendo a la tía Demi que quizá haga unos cursos en la universidad de aquí.

—¿Qué clase de cursos?

—Periodismo.

—¿Quieres ser reportera? —Por primera vez pareció escéptico; aunque la razón era la idea en sí, no ella.

—Mi hermano Marvin es reportero —explicó ella, un poco a la defensiva—. No veo por qué no puedo serlo yo también.

—Eh. —Él levantó una mano—. Si es lo que quieres... Pero si vuelves, me tienes que llamar. Te enseñaré la ciudad de verdad.

—Quizá —soltó ella.

Mike se terminó su café.

—Bueno, escucha —le dijo—. Tengo que volver... No, tú quédate. Cómete el postre con calma. Y no te preocupes por la cuenta, está pagada. —Garabateó su número de teléfono en una servilleta y se lo dio—. Que tengas un buen viaje de vuelta; y dile al tal Roman que

Mike dice que es un capullo.

Ella lo vio salir, lo saludó con la mano cuando él pasó por el otro lado del ventanal y luego se concentró en el reflejo de Hillary en el cristal. «Qué mala eres», le dijo Ruby, pero Hillary se limitó a sonreír, sin vergüenza, y Ruby no pudo refrenar ella también una sonrisa. Pensó: «Venganza, almuerzo gratis y escolta policial privada si quiero... ¿Qué más ventajas tiene ser tú?».

—¿Postre, señorita? —preguntó la camarera.

Como no tenía ningún sitio en particular al que ir después del almuerzo, decidió caminar sin más, y un vago instinto de regreso al hogar la hizo poner rumbo al norte. Mientras cruzaba el río, el viento hizo lo que pudo para recordarle que tenía las piernas desnudas, pero Hillary, fortalecida por una gruesa porción de pastel de chocolate, parecía inmune al frío.

Mientras caminaba, se acordó de la historia que le había contado a Mike y se volvió a maravillar del placer que había sentido al explicársela. El hecho de construirla, de inventarse una vida, sin más límites que su imaginación. Sólo se arrepentía de haber usado el nombre de su hermano. Aquello le parecía muy mal, involucrar a Marvin en los asuntos de Hillary. «La próxima vez te limitas a la tía Demi», se dijo a sí misma.

Luego pensó: «Clases de periodismo. ¿De dónde ha salido eso?». Sorprendió la mirada de Hillary en un escaparate frente al que estaba pasando y le hizo la misma pregunta que le había hecho Mike: ¿quieres ser reportera? Hillary se encogió de hombros, así que se volvió hacia ella misma: ¿y tú?

Después de patearse casi un kilómetro y medio, por fin empezó a sentir el frío, de forma que encontró una tienda abierta —una tienda pequeña de antigüedades de la calle Wells— y entró para calentarse,

diciéndole al hombre del mostrador que sólo estaba mirando. «Mirando» era una expresión que a Ruby nunca le había funcionado particularmente bien, pero Hillary obtuvo una respuesta mucho más positiva: el propietario le dijo que estaba en su casa. Cuando volvió a salir, empezó a fijarse en una mejora similar de las reacciones de los peatones con los que se cruzaba. Muchas personas blancas, sobre todo los hombres, le sonreían cuando se cruzaban con ella, pero las que más le llamaron la atención fueron las que no le prestaban atención, porque no se la prestaban de una forma distinta a como no se la habrían prestado a Ruby. No la miraban de reojo y no fingían no verla mientras se preguntaban qué estaría tramando; simplemente ella no requería su atención. Era libre de curiosear, no sólo en los establecimientos particulares, sino el mundo entero.

¿Qué más ventajas tiene ser tú?

En el margen de Lincoln Park se encontró una peluquería para blancas, Donna's. La única ocupante del local, una rubia que se estaba limando las uñas, levantó la vista y le sonrió cuando entró.

—Hola, soy Amy —le dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Ruby estuvo a punto de contestar «Sólo estoy mirando», pero se detuvo a tiempo y dijo:

—No estoy segura del todo...

Amy le echó un vistazo al pelo de Hillary, de manera profesional.

—¿Una permanente, quizá? —sugirió—. ¿Se lo rizo un poco?

—No, nada de rizos —respondió Ruby. Se dijo a sí misma que debería irse, pero le pudo la curiosidad—. ¿Puedes... cortarlo solamente?

—Claro —asintió Amy—. ¿Cómo lo quiere? —señaló una hilera de fotografías de peinados de muestra sacados de revistas y pegados con cinta adhesiva encima del espejo alargado de la pared.

Ruby se fijó en una foto de una aviadora famosa que llevaba una media melena despeinada. Estaba de pie junto a la carlinga abierta de una avioneta, con una sombra de montañas visible de fondo.

—¿Qué me dices de ésa?

—¿Amelia Earhart? —Amy asintió con la cabeza—. Se lo puedo hacer. Si cree usted que a su novio no le va a importar. —Y explicó —: Hay hombres a quienes no les gusta tan corto.

—Me arriesgaré —dijo Ruby.

Mientras Amy se ocupaba del pelo de Hillary, Ruby probó a construirse una nueva biografía. Esta vez era una nativa de Chicago, nacida y criada en Hyde Park. Hasta el año anterior había trabajado en el salón de belleza de su madre, pero luego su madre había muerto y ella había vendido su parte del negocio para financiarse un viaje transoceánico, una aventura que siempre había soñado. («¿Fue usted a París?», le preguntó Amy. «Al Nepal», contestó Ruby, sólo para ver cómo sonaba. «¿Eso queda cerca de París?», le preguntó Amy.) Pero Hillary había pasado más tiempo en el extranjero del que se podía permitir y ahora estaba de vuelta, viviendo en casa de su hermana y buscando un trabajo nuevo antes de que se le acabara el dinero del todo.

—Donna busca personal, si le interesa —dijo Amy.

—No, gracias —rechazó Ruby—. Estoy buscando algo distinto.

—¿Como qué?

—No lo sé. —Echó un vistazo a Hillary en el espejo—. Es una situación nueva.

—Si le gusta a usted volar, tendría que hacer lo que hizo mi prima Holly. Es azafata de líneas aéreas. Viaja por todo el país —contó Amy—. También quería hacer vuelos internacionales, pero la gente de la línea aérea le dijo que no era lo bastante guapa. Pero seguro que usted sí lo sería... Quizá le paguen por ir al Nepal.

En el espejo, Hillary enarcó una ceja.

—¿Cómo se consigue un trabajo así? —preguntó Ruby.

—No estoy segura de cómo lo encontró Holly, pero siempre puede probar a ir a la agencia Lightbridge esa. Ya sabe, la que tiene la valla publicitaria...

Al cabo de un rato milagrosamente breve, Ruby se vio de vuelta en la calle. El proceso entero —champú, corte, secado y también manicura— había tardado menos de una hora. Ruby ya había sabido que las mujeres blancas lo tenían más fácil, pero, Dios mío, aquello era como si le devolvieran años de su vida. Y, encima, el peinado de Amelia Earhart le quedaba bien.

Caminó en dirección oeste con andares más resueltos que antes. En el primer cruce de calles grandes levantó la vista y allí, encima de un pequeño edificio de oficinas, estaba la valla publicitaria que Amy le había mencionado.

AGENCIA DE EMPLEO Y ASESORÍA PROFESIONAL
JOANNA LIGHTBRIDGE
¿QUIÉN QUIERES SER?

La ilustración de la valla representaba a una hilera de mujeres blancas, pero en vez de modelos de peinados eran modelos de profesiones. La azafata era la segunda por la izquierda, y su uniforme provisto de una pequeña insignia alada le daba aspecto de oficial de alguna sección poco conocida de la fuerza aérea que servía martinis. A su lado había una mujer con un cuaderno pautado que quizá fuera reportera, aunque lo más probable era que fuera secretaria. «Pero de primera clase —pensó Ruby—, de las que tienen oficina propia en un rascacielos y poder para admitir a la gente o negarle la entrada.» Mientras examinaba al resto de la fila, volvió a sentir aquella extraña excitación, una emoción que no tenía tanto que ver con una opción específica como con la sensación general de opciones ilimitadas.

¿QUIÉN QUIERES SER?

De acuerdo con el directorio del edificio, la agencia Lightbridge estaba en la sexta planta.

—Pero creo que hoy no abren —le dijo el vigilante del vestíbulo.

—¿Le importa si subo a echar un vistazo? —preguntó Ruby.

—Por supuesto que no. —Sonrió y señaló con la cabeza el registro de visitas, donde ella firmó con el nombre «Hillary Earhart» y caligrafía enérgica.

Mientras subía, se miró en el espejo bruñido del ascensor. Tendría que haber parado a comprarse unas medias, pensó, aunque el vestido era lo bastante largo como para que no se notara. El verdadero problema era el abrigo —el abrigo de Ruby Dandridge—, que, tal como Amy le había señalado con la máxima educación posible, no era propio de una mujer como Hillary. («Era de mi madre», le dijo Hillary.) Se quitó el abrigo, se lo puso doblado sobre el brazo y se alisó el vestido tan bien como pudo. Así estaba mejor.

Las puertas del ascensor se abrieron para mostrar una pared de cristal que tenía detrás un mostrador de recepción. Las luces estaban atenuadas, y de las puertas dobles de cristal colgaba un letrero que decía CERRADO.

Ruby se acercó al cristal y observó el retrato que colgaba detrás del mostrador vacío de la recepción. Mostraba a una mujer blanca de aspecto impecablemente profesional con blusa y chaqueta, los brazos cruzados sobre el pecho, y el pelo castaño corto y con un peinado parecido al de Hillary. La señorita Lightbridge, supongo. Ruby se movió un poco a un lado para asomarse al pasillo que había a la izquierda del mostrador de recepción y vio que en una de las oficinas del fondo había una luz encendida. Divisó una sombra en la pared, la silueta de una mujer de pelo corto.

Ruby sonrió; ya se había acostumbrado a la buena suerte de Hillary. Una audiencia privada con la directora de la agencia de empleo: ¿por qué no? Sólo has de tener cuidado de que no te vea los tobillos.

Estaba a punto de tocar el timbre situado junto a las puertas de cristal cuando vio que tenía una gota de sangre en la yema del

dedo. Frunció el ceño, pensando que Amy le debía de haber hecho un pequeño corte durante la manicura, pero cuando dio la vuelta a la mano vio que no era sólo el índice el que le estaba sangrando: le chorreaba líquido rojo de debajo de todas las uñas.

La volvió a invadir el mismo pánico que cuando se había despertado. Sintió que el corazón le palpitaba de forma entrecortada; pero no era su corazón, era el esternón, que se le expandía en el pecho, como si se hubiera soltado de golpe el tornillo que le sujetaba entre sí las dos partes de la caja torácica.

—Oh, no —dijo Ruby.

Detrás de ella se empezaron a cerrar las puertas del ascensor. Ruby dio media vuelta y se abalanzó hacia ellas, manchando de sangre el metal bruñido mientras forcejeaba con las puertas para volver a meterse.

Para cuando las puertas del ascensor se cerraron otra vez, ya estaba en plena transformación, de vuelta a su antiguo yo. El sujetador empezó a apretarle a medida que el torso se le ensanchaba. Dejó caer el bolso y el abrigo, y se llevó las dos manos a la espalda del vestido. Los zapatos rojos se le clavaron con crueldad en los pies hinchados. En el reflejo de las puertas vio que el bonito pelo de Hillary se curtía, se oscurecía y se rizaba, mientras se le iba el blanco de la piel.

Con un tirón feroz, Ruby se abrió el broche del sujetador. Ahogó una exclamación y se inclinó hacia delante, secándose más sangre en la pechera del vestido, y vio cómo la blancura se le terminaba de ir de las manos y los antebrazos.

El ascensor, que había estado en movimiento, se detuvo por fin con una sacudida. Ruby recogió su abrigo rápidamente —volvía a ser suyo— y se lo abotonó para tapar las partes más ensangrentadas. Se abrieron las puertas del ascensor. Ella intentó arreglarse el pelo, vio que era imposible y salió dando tumbos al vestíbulo.

—¿Quién coño eres tú? —le dijo el guardia.

—Ya me estaba yendo —le contestó Ruby, dedicándole una sonrisa que era más bien una mueca.

Se alejó renqueando hacia la salida; los zapatos hacían que cada paso fuera una agonía absoluta. El guardia le dijo algo más, pero Ruby siguió caminando y rezando por ser capaz de soportar el dolor hasta que encontrara un taxi.

Al cabo de tres días regresó a la casa de Hyde Park.

Resistió tanto como pudo, consciente de que era una locura volver, y de que lo único sensato era tratar todo el incidente como si no hubiera sucedido. Durante las primeras veinticuatro horas después de volver a casa, estuvo a punto de convencerse a sí misma de que iba a ser sensata. Pero el segundo día, en cuanto se le desinflaron los pies y pudo volver a caminar, se dio cuenta de que no le interesaba reanudar su búsqueda de trabajo; o, por lo menos, no como Ruby Dandridge.

De forma que la mañana del tercer día se levantó temprano y se abrigó bien. Pensó que quizá tendría que registrar el vecindario para volver a encontrar la casa adosada, pero cuando el taxista le preguntó adónde iba, la dirección simplemente le vino a la cabeza.

La segunda vez que la vio, la casa le pareció menos un castillo. No era más que una casona vieja y necesitada de reparaciones. Pero seguía teniendo un aura de encantamiento, y Ruby se quedó un rato muy largo en la acera de delante de la verja. «Última oportunidad —se dijo a sí misma—. Si vuelves ahí dentro, quizá no te puedas escapar por segunda vez.»

Pero la primera vez ni siquiera se había escapado.

Agarró su bolso y cruzó la verja. Ya estaba en mitad del caminillo de entrada cuando se abrió la puerta de la casa y apareció Caleb Braithwhite con una sonrisa.

—Hola, Ruby —dijo.

—¿Recuerdas haber tomado el elixir?

Estaban sentados en lados opuestos en una salita situada junto al recibidor. Ruby había sacado la navaja y había obligado a Braithwhite a dejar la puerta de la casa abierta para poder oír los ruidos de la calle y sentir el aire helado de fuera serpentear por debajo de su silla y alrededor de sus tobillos.

—Me acuerdo de que me ofreciste una especie de poción —dijo Ruby—. No recuerdo haberla bebido.

Braithwhite asintió con la cabeza como si hubiera estado esperando aquella respuesta.

—Me temo que es culpa mía. Ya sabía que la transformación te supondría un *shock*, pero debería haber tenido más en cuenta todo lo demás que habías bebido aquella noche.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Me pusiste algo en las copas?

—No. Estabas achispada, pero...

—Estaba más que achispada —aseveró Ruby.

—Todavía estabas en posesión de tus facultades cuando tomaste la decisión —dijo Braithwhite—. Pero el *shock* de la transformación, sumado a los efectos del alcohol, desencadenó un ataque de pánico. Perfectamente comprensible; el cambio es bastante impresionante.

—Impresionante —corroboró Ruby, acordándose de cuando se había vuelto a transformar en el ascensor.

—Terminaste perdiendo el conocimiento por culpa del *shock*. Yo pensaba que sólo era un desmayo momentáneo, pero estabas por completo inconsciente, así que te llevé arriba y te acosté. Supuse que unas cuantas horas después te habrías recuperado.

Ella se acordó del tacto resbaladizo del satén en la piel:

—¿Me quistaste tú la ropa?

—Se te estaba cayendo. Durante el ataque de pánico te habías roto todo el vestido.

—Así que decidiste terminar de quitármelo, ¿no? Te tomaste esa libertad.

—No me tomé ninguna libertad. Te acosté, simplemente. Y luego esperé a ver si te despertabas. Pero dormiste toda la noche... Por la mañana tenía cosas que hacer en el sótano, y cuando volví a ver cómo estabas, ya te habías ido. Decidí no perseguirte. No quería asustarte todavía más, y suponía que terminarías volviendo tú. He hecho unos ajustes a la fórmula del elixir —añadió—. La próxima vez que lo tomes, el cambio debería ser menos desagradable.

—¿Y quién dice que vaya a haber una próxima vez?

—Has vuelto para eso, ¿no? —Él se la quedó mirando un momento largo—. Pero antes de que vayamos más allá —continuó—, tengo que confesarte una cosa. No fue ningún accidente que nos conociéramos como nos conocimos.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo una intuición poderosa —le comentó Braithwhite—. Un talento para sentir las oportunidades. Se me da bien encontrar formas de conseguir lo que quiero. Es algo que siempre me ha hecho falta, a fin de poder obtener cualquier satisfacción mientras mi padre vivía.

—¿Me estás diciendo que tu intuición te dijo que podrías encontrarme en aquella esquina?

—Sí. —Él vaciló—. Pero eso no es todo. Hay cosas que no te he contado, cosas que estoy haciendo en Chicago y que quizá te disgustarían. Y quiero contártelo todo, pero necesito que entiendas...

—Uy, si ya entiendo —lo interrumpió Ruby—. Me estás diciendo que eres un mentiroso y que lo de Año Nuevo fue una trampa. —Se encogió de hombros, como si aquello no le importara apenas,

aunque la verdad era que se sentía traicionada y furiosa de haberse dejado engañar—. Te las sabes todas, eso te lo reconozco.

—¡No! —dijo Braithwhite—. No, Ruby, no fue así. Es cierto que lo de aquella noche estaba planeado. Pero también lo pasé bien. Fue divertido salir contigo. La conversación, los bailes. El beso. —Sonrió.

—Sí, pues ya te puedes ir olvidando de eso —dijo Ruby, blandiendo la navaja.

—Muy bien. —Braithwhite levantó las manos, pero su sonrisa dijo: ya lo veremos.

—¿Y qué pasa con aquellos dos hombres del coche? —preguntó —. ¿Eso fue...?

—Una coincidencia. Un feliz accidente.

—¿Feliz?

—No es que no estuviera contento de cómo estaba yendo la noche. —Otra sonrisa—. Pero en algún momento tenía que pasar a hacerte mi oferta, y si hubiéramos tenido relaciones más íntimas, habría resultado... raro. Encontrarnos con aquellos hombres provocó un cambio bastante útil en nuestro estado de ánimo.

—¿Y si nos hubieran matado? —dijo Ruby—. ¿Cómo se habría puesto la atmósfera?

—A mí nunca me podrían haber hecho daño. Y tú tampoco corriste ningún peligro real.

Ruby negó con la cabeza.

—Menuda pieza estás hecho, ¿no?

—Soy un hombre que sabe lo que quiere... y cómo conseguirlo —aseguró Braithwhite—. Entiendo que estés enfadada, y tienes razones para estarlo, pero sé sincera, Ruby: yo tenía razón. Tú quieres esto.

—Aunque lo quiera —dijo Ruby—, eso no significa que no esté mal de la puñetera cabeza.

Pero luego volvió a negar con la cabeza y dijo:

—Háblame del trabajo.

Había bajado bastante la temperatura, de forma que, con permiso de Ruby, Braithwhite cerró la puerta de la casa. Volvieron a entrar los dos en la cocina. Braithwhite puso la tetera al fuego, y Ruby y él se sentaron a la mesa y al sol.

Luego él le contó una historia. La historia empezaba en 1795 en Massachusetts, con una cofradía de blancos liderados por Titus Braithwhite, primo de uno de los ancestros paternos de Caleb. La cofradía había intentado someter los poderes de la creación, pero sus miembros habían hecho algo mal —habían dicho «ábrete, sésamo» cuando deberían haber dicho «abracadabra»—, de forma que habían invocado el Armagedón.

A continuación, la historia daba un salto de cien años, hasta el abuelo de Caleb, Addison, que había formado otra cofradía, y el padre de Caleb, Samuel, que la había expandido y había construido una mansión nueva en las ruinas de la vieja finca de Titus Braithwhite. En el curso de sus investigaciones, se había enterado de la existencia de una esclava, Hannah, que se había escapado del apocalipsis de Braithwhite, embarazada de la criatura de su antiguo maestro. Se pasaron años intentando averiguar qué había sido de ella, pero fue Caleb y su intuición quien por fin resolvió el enigma y encontró al último superviviente de aquella estirpe concreta.

Mientras Braithwhite le contaba el plan que su padre había urdido para atraer a Atticus hasta Massachusetts, Ruby se acordó de una llamada telefónica que le había hecho George Berry el junio pasado, preguntándole si podía cuidar de Horace mientras George y Atticus se iban al este a encargarse de alguna clase de asuntos familiares. Y se acordó también de quién más se había sumado a aquel viaje de carretera.

—Cuando Atticus y George llegaron a la casa de tu padre —

preguntó Ruby—, ¿estaban solos o...?

—Deberían haberlo estado —dijo Braithwhite—. Pero tu hermana decidió acompañarlos. —Y haciéndolo sonar como si fuera un cumplido, añadió—: Letitia es una chica difícil.

«Uy, no tienes ni idea —pensó Ruby, pero luego reflexionó—: O quizá sí.»

Aquel capítulo de la historia acababa con Braithwhite traicionando a su padre y salvándoles la vida a Atticus y a los demás. Luego, después de un breve descanso para cobrar su herencia, Braithwhite había venido a Chicago y se había puesto en contacto con la logia de otro hombre blanco. Había más antecedentes que explicar, pero en cuanto se mencionó el nombre de Hiram Winthrop, Ruby lo interrumpió:

—¿Winthrop? ¿El de la casa Winthrop?

—Sí. Y respondiendo por adelantado a tus próximas preguntas, sí, yo soy el responsable de que tu hermana recibiera la casa. Tanto el abogado que le dio el dinero como el agente inmobiliario estaban trabajando para mí. Fincas Penumbra es una compañía fundada por mi padre. El verdadero dueño de la propiedad soy yo.

Ruby ya estaba negando con la cabeza antes de que él terminara.

—¡Lo sabía! —dijo—. ¡Ya sabía yo que era demasiado bonito para ser verdad! —Ella lo fulminó con la mirada—. Pero ¿por qué? ¿Por qué ella?

—Intuición —dijo Braithwhite con tranquilidad—. Me había planteado mudarme yo a la casa Winthrop. Creo que la casa esconde algunos secretos valiosos; pero desvelarlos implicaba lidiar con el fantasma de Winthrop. Y no es que no me encante un buen combate de voluntades, pero se me ocurrió que quizá hubiera una candidata mejor para librarlo.

—¿Letitia? Pero ¿por qué se te ocurrió...?

—Tu hermana es muy tenaz. Me dio la sensación de que si se la

motivaba adecuadamente, si a cambio podía quedarse con la casa, encontraría la forma de domesticar a Winthrop. Y obviamente yo tenía razón.

—Sí, tenías razón —afirmó Ruby—. Pero también te equivocaste. Titia no sabe que fuiste tú quien le diste la casa, ¿verdad?

—No, y confío en que no se lo digas. No la pondría muy feliz.

—Como si a ti te importara que sea feliz.

—Sí que me importa —repuso Braithwhite—. Me cae bien Letitia.

—Pero tú a ella no, ¿verdad? O sea, que aunque esté viviendo en la casa Winthrop, eso no te da lo que quieres. No puedes ir a preguntarle si ha encontrado algo.

—No —admitió Braithwhite—. Pero tú sí.

—¿Ése es el trabajo? ¿Quieres que espíe a mi hermana?

—Una pequeña parte del trabajo sería que pasaras algún tiempo con tu hermana —le dijo él en tono delicado—. No que la interrogaras, sólo que le preguntes cómo está y ver si te cuenta algo espontáneamente. Y que tuvieras también alguna conversación con Atticus y con todos los inquilinos que pudieras. Y quizá podrías hurgar un poco en la casa tú también.

—¿Cómo? ¿Yo sola? —dijo Ruby—. Ni hablar.

—Muy bien. Pues entonces habla con los inquilinos. Averigua si alguien se ha encontrado con algo interesante: libros, mapas, llaves, artefactos extraños. Habitaciones secretas. También me gustaría saber si ha venido alguien haciendo preguntas, o si da la impresión de que hay alguien vigilando la casa.

—¿Alguien como quién?

—Hombres blancos —contestó Braithwhite—. Especialmente la policía.

Ella le clavó una mirada fría.

—¿En qué has metido a mi hermana?

—Ésa es otra larga historia. Y te la contaré, pero primero me gustaría que asistieras a una reunión mañana por la noche. Esa

reunión contestará a muchas de tus preguntas, y después podremos hablar del resto de tu trabajo.

—¿Qué clase de reunión? ¿Estás hablando de una fiesta?

—No te preocupes, no servirás canapés. Serás una invitada.

—Sí, bueno —dijo Ruby—. Se me rompió el vestido de las fiestas.

Braithwhite puso sobre la mesa una ampollita de cristal, y el líquido rojo de dentro pareció brillar bajo el sol.

—Tengo algo que te quedará bien —anunció.

—Adivinación práctica —dijo la anciana—. No palabrería de gitanas, sino predicciones racionales, basadas en las matemáticas. Ha sido el objeto central de nuestra investigación desde octubre de 1929 y hemos avanzado de forma considerable, a pesar de alguna que otra metedura de pata. Más recientemente también he desarrollado un interés personal en las artes reparadoras. —Bajó la vista para mirar la mano esclerótica con que agarraba el bastón en el que estaba apoyada—. Ojalá hubiera empezado un poco antes, pero una siempre supone que va a tener más tiempo... ¿Y tú qué, querida? ¿Cuál es tu terreno?

—Hablo con los muertos —dijo Hillary.

—¿Con qué método? ¿Radio de espíritus? ¿Teletipo de Barton? No usarás la tabla, ¿verdad?

—No, simplemente hablo con ellos. Es un don. Mi madre también podía.

La mujer se apartó un poco con un mohín en los labios, como si Hillary hubiera dicho algo de mal gusto. Al cabo de un momento sonrió con expresión lobuna y soltó una risilla.

—¡Un don! No te aconsejo que vayas diciendo eso por aquí, querida. Te pueden quemar por bruja.

—La gente de miras estrechas no me da miedo —aseguró Hillary,

lo cual obtuvo otra risilla.

—No —dijo la anciana—. Ya veo que no... ¿De Nantucket, dices?

Hillary asintió con la cabeza.

—Somos una logia pequeña. Más pequeña de lo que solíamos ser. Nuestro maestre desertó el año pasado para ir a Ardham. Todavía nos estamos reorganizando.

—Ardham. —La anciana volvió a fruncir los labios—. También se llevaron a uno de los míos. Pero tengo entendido que terminó mal. Igual que el hombre que lo sedujo, el señor Braithwhite. —Otra risilla—. Bebamos un poco de champán, ¿de acuerdo, querida? ¿Dónde está el camarero?

Mientras la anciana se giraba lentamente en busca de la bandeja de las copas, Ruby emergió a la superficie y escrutó también el salón de baile en busca de Caleb Braithwhite.

Un rato antes había estado sentada con él en su coche en el aparcamiento de aquel club de campo, viendo llegar a los demás invitados a través de los cristales tintados, y Braithwhite había identificado a cada uno de ellos por la ciudad a cuya cofradía de hechiceros representaba: Baltimore, Atlanta, Nueva Orleans, Las Vegas, Los Ángeles. Y un par de docenas más. La anciana era Nueva York.

Entre las llegadas de las limusinas, Braithwhite le comunicó a Ruby la identidad falsa que iba a usar.

—No deberías tener que decir gran cosa. Serás la única mujer atractiva del evento. La mayoría querrán flirtear contigo. Permíteselo. Sonríe y pon cara de fascinada y déjales que hablen ellos. A ver qué dejan escapar.

El plan era entrar los dos por separado, de forma que cuando llegó la hora Braithwhite condujo varios kilómetros hasta un garaje donde esperaba la limusina de Ruby.

—No te preocupes —le dijo él—. No te pasará nada. Tú socializa y observa.

Pero Ruby estaba preocupada, y tan nerviosa que para cuando la limusina la llevó de vuelta al club de campo ya no estaba segura de si sería capaz de hacerlo. Desesperada, buscó la mirada de Hillary en el retrovisor; Hillary le devolvió la mirada con aquella picardía suya, lista para hacerse cargo. De forma que Ruby se lo permitió: fue Hillary quien se bajó resueltamente de la limusina a la acera, y fue Hillary quien entró con paso firme en el club como si fuera la dueña, sin pararse apenas para enseñarle su invitación a los hombres de traje oscuro que había en la puerta.

En el vestíbulo se detuvo para mirarse en el espejo. Esta vez la transformación física, aunque igual de extraña, había sido menos dolorosa. El pelo rojo le había vuelto a salir largo; en vez de cortárselo otra vez había decidido llevarlo al natural. Cepillado y ligeramente alborotado por la brisa invernal, ahora le daba un aire agreste que contrastaba muy bien con su vestido: la depredadora pelirroja con su vestido de noche negro.

Se dirigió al salón de baile. El murmullo de las conversaciones se redujo al entrar ella, y las cabezas se giraron para observarla. Hillary examinó al público, intentando decidir por dónde empezaba, y eligió un trío de ancianos, San Francisco, Saint Louis y Des Moines, que la estaban mirando con cara de viejo verde desde una mesa cercana.

Fue con ellos y se presentó. Al enterarse de que Hillary era de Nantucket, San Francisco dijo en tono burlón:

—Creo que conozco un verso humorístico sobre usted.

A lo que Saint Louis contestó:

—¡No, no, te refieres a su hermano!

Por su parte, Des Moines se humedeció los labios y le contó las pecas del escote. «Dos necios y un sapo», pensó Ruby, pero Hillary ni siquiera se molestó en molestarse.

Se sentó y les tomó las medidas. San Francisco, a pesar de su jocosidad, padecía un dolor considerable. No paraba de llevarse la palma de la mano al abdomen ni de hacer muecas de dolor. Des

Moines era inseguro y tímido, y parecía contento de conocer a alguien cuya logia fuera todavía más insignificante que la suya. Y, sin embargo, por mucho que considerara a Hillary inferior a él, también sentía la necesidad de impresionarla. Ahora se estaba jactando de la biblioteca de su logia y de su adquisición más reciente, algo que él llamaba el *Códex Phantasmagoria*.

—Es la transcripción de Ziegler, con los siete comentarios. ¿Tiene usted idea de lo difícil de encontrar que es?

Ella no tenía ni idea, pero le dio la sensación de que Saint Louis quería el *Códex* para él y de que sólo estaba siendo amable con Des Moines con la esperanza de poder robárselo.

Al cabo de unos momentos, se excusó —interrumpiendo a Des Moines en mitad de un monólogo— y se fue a otra mesa. Mientras Hillary seguía trabajándose la sala, Ruby se relajó y se dio cuenta de que aquella gente también tenía tendencia a creérsela a pies juntillas. Y tampoco le resultaban particularmente extraños; la principal diferencia que veía entre ellos y otra gente blanca rica y arrogante era su disposición a conversar con ella. Sobre necromancia. Pero ni siquiera las conversaciones sobre magia resultaban tan peculiares, porque la mayoría de los invitados hablaban del tema igual que hablarían de política o de cualquier otro medio para someter el mundo a su voluntad.

Descubrió que no le caían muy bien y que no tenía reparos en mentirles. Entre la colección de necios y chiflados había algunos seres humanos realmente espantosos.

Mientras se fingía cautivada por las reflexiones de Denver sobre el control mental, Hillary se inclinó hacia atrás para escuchar furtivamente a Los Ángeles y Las Vegas, que estaban en la mesa de detrás de ella. Las Vegas, desconcertado porque San Francisco le hubiera hecho un desaire antes, dijo:

—No sé qué maldita tripa se le ha roto.

Los Ángeles se rio y dijo:

—Yo sí. —Y luego añadió que podías joder a alguien en un trato o bien podías confiar en el restaurante que te recomendaba, pero sólo un idiota haría ambas cosas.

Poco después se unió a una mesa llena de sureños. Dallas era una vaquera de mediana edad con voz ronca y un sentido del humor insolente, mientras que Richmond, Atlanta y Nueva Orleans eran caballeros de lo más culto que entendían la distinción entre lo encantador y lo repulsivo. Estaba siendo el encuentro más agradable que Hillary había tenido de momento, hasta que el tema de conversación pasó sin previo aviso a lo que todos aquellos hombres denominaron, arrastrando las palabras al estilo sureño: «los neeegros». Dallas usó una pronunciación más familiar.

No era nada que Ruby no hubiera oído, u oído a hurtadillas, un millón de veces. Pero una cosa era que alguien hablara de ti, o delante de ti; y otra cosa bien distinta era que hablara contigo, convencido de que eras una de ellos y de que pensabas igual que ellos. Hillary tuvo que hacer un esfuerzo considerable para no delatarse, y para evadirse de aquella conversación sin decir la única clase de mentira que Ruby consideraba imperdonable; frente a ciertas cosas, guardar silencio ya te condenaba lo bastante.

Y luego estaba Coeur d'Alene, un esqueleto rubio de mirada demente y con una expresión tan perpetuamente llena de odio que si se hubiera puesto de pie y hubiera empezado a disparar con un rifle a la multitud, no habría resultado especialmente sorprendente. Tenía una esquina entera del salón de baile para él solo, ya que ninguno de los demás invitados se le quería acercar; y en esto Hillary imitó a la mayoría. Pero mientras se estaba escapando de la mesa de los sureños, su mirada fue accidentalmente hacia él, y a Ruby le vino la certidumbre de que la cólera que rezumaban sus ojos era de la misma especie que las abyecciones que estaban saliendo de labios de Dallas.

Una gente espantosa. Después de pasar casi una hora entre

ellos, ya tuvo bastante y se puso a buscar a Caleb Braithwhite por la sala, deseosa de que llegara de una vez para que aquello se pudiera terminar. Pero todavía no debía de ser la hora de su entrada majestuosa. Sí que vio a su socio, Chicago, enfrascado en lo que parecía ser una conversación intensa con el representante de la logia de Amesboro, Wisconsin. Y luego vio a Des Moines de pie y caminando hacia ella. Y fue entonces cuando, en busca de refugio, se acercó a Nueva York y la saludó.

Nueva York se las había apañado para interceptar a uno de los camareros que circulaban por la sala, un negro alto, de piel oscura y veintitantos años. Mientras elegía una copa de champán de la bandeja que él le estaba ofreciendo, la anciana lo miró de arriba abajo y le dijo:

—Caramba, estás hecho todo un galán, ¿verdad, querido?

El camarero, cuyo verdadero yo estaba casi tan bien escondido en aquel lugar como el de Ruby, se limitó a sonreír cortésmente, como si Nueva York le acabara de elogiar la pajarita, y se giró con rapidez para ofrecerle la bandeja a Hillary.

—¿Señorita?

—No, gracias —dijo Hillary.

—¿No bebes? —preguntó Nueva York, viendo cómo el camarero se alejaba.

—No puedo. Problemas de salud.

—Lástima. —Vació su copa de un par de tragos—. Ven, anda, querida. Vamos a echar un vistazo al premio de Lancaster antes de que se vuelva a formar cola.

De una pared del fondo del salón de baile colgaba una pintura de un colono de barba gris montado a caballo junto a la ribera de un río; detrás de él se veía un fuerte en una colina donde ondeaban las barras y estrellas. Ruby supuso que era Morgan Glastonbury, fundador, según Caleb Braithwhite, del capítulo de Chicago de la orden en 1847. De joven, Glastonbury había sido miembro de la

logia de Titus Braithwhite; uno de los afortunados de quienes se había considerado que no tenían la suficiente experiencia o talento como para participar en el ritual apocalíptico.

Debajo del retrato de Glastonbury había instalada una vitrina que ahora estaba siendo protegida por seis de aquellos guardias de seguridad con trajes oscuros. Dentro de la vitrina había un libro abierto de gran tamaño y aspecto arcano, con las páginas a la vista cubiertas de unas letras extrañas.

—*El libro de los nombres* —dijo Nueva York, mirando las páginas todavía con más lascivia que al camarero.

Ruby echó un vistazo con los ojos de Hillary, movida por la curiosidad, ya que para ella el título evocaba el libro en el que el Padre Celestial registraría los nombres de todos los fieles destinados a salvarse. *El libro de los nombres*, sin embargo, no parecía estar escrito de puño y letra del Señor.

—Discúlpeme. —Nueva York se dirigió al hombre a cargo del equipo de guardias del libro—. Señor...

—Burke.

—Señor Burke, ¿éste es el ejemplar Winthrop?

—Sí. —Una sonrisita mezquina le apareció en la cara mientras se imaginaba ya la siguiente pregunta y cómo la iba a contestar.

—Hay una página en el apéndice segundo que me encantaría consultar. ¿Podría usted...?

—Lo siento —dijo Burke, sin sentirlo en absoluto—. La vitrina no se abre.

—Entiendo que no quiera que yo lo manipule. Pero quizá usted sí podría...

—Si le abriera la vitrina a usted, se la tendría que abrir a todo el mundo. Y entonces tendríamos problemas.

Nueva York hizo un mohín con los labios.

—En mi invitación a este evento se me dio a entender...

—Me da igual lo que se le diera a entender —dijo Burke,

disfrutando de la situación—. Mis órdenes son que la vitrina no se abre.

—No me gusta su tono, joven.

Hillary se alejó de allí, para no verse atrapada en el fuego cruzado si Nueva York empezaba a disparar relámpagos con su bastón. Sintió que tenía detrás a alguien y se giró.

Era Chicago. Tenía cara de un boxeador retirado que hubiera cambiado el ring por un taburete de bar, pero detrás de su máscara de cafre había una inteligencia perceptiva que dejó ver.

—Usted debe de ser la delegada de Nantucket —dijo, ofreciéndole la mano.

—Rose Endecott —saludó Hillary, estrechándosela. El apretón del hombre era firme y transmitía una fuerza que le podría haber roto los dedos con facilidad.

—John Lancaster —se presentó él—. Me alegro de que haya venido. Me sorprende un poco también. Cuando Braithwhite me dijo que la había invitado, no pensé que fuera a aceptar usted, teniendo en cuenta la relación histórica entre sus logias.

—Nuestra disputa era con el padre de Braithwhite —explicó Hillary.

—Agua pasada, ¿eh? —Él la examinó, con cara ya no de boxeador, sino de policía.

—¡Lancaster! —Nueva York se abrió paso a codazos entre ellos—. Lancaster, necesito hablar un momento...

—Lo siento, Madeleine —dijo Lancaster—. Tengo que poner el espectáculo en marcha. Hablaremos después. —Echó un último vistazo a Hillary y se alejó demasiado deprisa para que lo pudiera seguir Nueva York con su bastón.

Lancaster se encaminó al espacio abierto que había debajo de la lámpara de araña del centro del salón de baile.

—¡Atención! —dijo, levantando la voz—. ¡Préstenme todos atención! —Se hizo el silencio en la sala—. ¡Llegado este punto,

necesito que salgan de la sala todos los que no sean invitados o personal de seguridad!

Los camareros negros se dirigieron hacia la salida (contentos de irse, pensó Ruby), y unos cuantos invitados se apresuraron a cogerles más champán mientras salían. Cuando el servicio se hubo ido y las puertas estuvieron cerradas, Lancaster le hizo una señal a uno de sus hombres, que atenuó todas las luces salvo las de la lámpara de araña.

—Bienvenidos a Chicago —dijo Lancaster—. Gracias por venir. Sé que algunos de ustedes vienen de muy lejos, no sólo en términos de kilómetros, sino también de confianza. Agradezco que hayan controlado sus emociones y hayan aceptado considerar esta ciudad territorio neutral. —Sonrió paternalmente, como si estuviera hablando con un grupo de niños de conducta excepcional—. No se me dan bien los discursos —siguió diciendo—. Mi predecesor, Bill Warwick, daba unos discursos tremendos. Yo siempre he sido más de hacer cosas que de decirlas. Pero sé escuchar, y reconozco el sentido común cuando lo oigo.

»A finales del verano pasado recibí una llamada del nuevo maestre de la logia de Ardham diciéndome que tenía una propuesta. Yo me mostré escéptico. Si conocen ustedes la relación histórica entre Chicago y Ardham, sabrán que no ha sido exactamente un lecho de rosas. Y de repente aparece este chaval, el hijo de Samuel Braithwhite, llamándome por teléfono para decirme que quiere sentarse a hablar conmigo. En fin, yo le habría podido colgar el teléfono. O le podría haber hecho venir y haberle cortado la cabeza por los viejos tiempos. Pero decidí escucharle... y lo que oí tenía sentido.

»Es joven, eso está claro —advirtió Lancaster—. Y por eso mismo sé que a algunos de ustedes les costará tomarlo en serio. A fin de cuentas, ésta es la Orden Adamita del Alba Antigua. La mayoría preferimos seguir a gente con un poco más de experiencia en la

vida. —Se pasó una mano por el pelo al rape canoso—. Así que les voy a pedir que lo escuchen como si estuviera hablando por mí. Porque es el caso. Y si escuchan nuestra propuesta con ecuanimidad, creo que verán que también tiene sentido para ustedes.

»Señor Braithwhite, tiene usted la palabra. —Lancaster señaló con la mano hacia una mesa que había en el margen del espacio abierto, obviamente esperando que Braithwhite estuviera allí, pero su gesto se dirigió a una silla vacía. Miró a izquierda y derecha, intentando averiguar dónde se había metido Braithwhite. El momento se volvió primero incómodo y después cómico—. ¿Braithwhite? —dijo. Hubo risillas entre el público, y una risa más estridente que Ruby reconoció como perteneciente a Dallas. Lancaster se dirigió a uno de sus hombres y le preguntó en voz baja —: ¿Dónde demonios está?

Y de pronto Braithwhite estaba allí, como si se hubiera materializado de la nada; dio un paso adelante y ocupó el espacio central que Lancaster acababa de abandonar. «Buen truco», pensó Ruby, y notó que a su alrededor los demás invitados pensaban lo mismo. Lancaster fue el único que no lo vio, y siguió mirando a su empleado durante unos segundos más, hasta que Braithwhite dijo con voz suave pero perfectamente audible:

—Gracias, maestre.

Lancaster se giró de golpe, sobresaltado y furioso, pero Braithwhite actuó como si no hubiera pasado nada fuera de lo normal y se limitó a inclinar respetuosamente la cabeza. Lancaster se controló a sí mismo; devolvió el saludo y cedió el estrado, yendo a sentarse en la silla donde Braithwhite no había estado.

A continuación, Braithwhite levantó la cabeza y miró a los invitados allí reunidos. La luz de la lámpara de araña pareció intensificarse, iluminándolo de forma más favorable que a Lancaster; no sólo haciéndolo más atractivo, sino de alguna forma también más

presente. Más vital. Lancaster lo había definido como joven, y lo era, pero bajo aquella luz su juventud no parecía un defecto.

—Gracias a todos por venir —declaró Caleb Braithwhite—. Me gustaría empezar aclarando un malentendido. Todos ustedes saben que mi padre murió el junio pasado, y a estas alturas estoy seguro de que todos habrán oído los rumores de cómo pasó. Murió tratando de completar el mismo ritual que había intentado llevar a cabo Titus Braithwhite en 1795. El ritual salió mal, aunque esta vez de forma menos espectacular: la casa y los sirvientes sobrevivieron, pero fallecieron todos los miembros de la logia menos uno. —Y se señaló el pecho con la mano.

Los Ángeles habló en tono burlón desde el público.

—O sea, que no sobrevivió nadie importante.

Braithwhite se tomó la pulla con elegancia.

—Hay quien puede pensar eso —admitió—. Pero repito, estoy aquí para aclarar un malentendido. No para propagar más ignorancia.

»Como digo: todos ustedes han oído el rumor de cómo murió mi padre. Pero lo que han oído es falso. El ritual no salió mal.

»Seguramente habría salido mal. Mi padre mismo calculó que la posibilidad de éxito era del cincuenta por ciento. Mis cálculos eran más pesimistas. Yo estimé que las probabilidades de fracaso se acercaban más al ochenta por ciento, con una posibilidad importante de catástrofe.

»Ochenta por ciento —repitió Caleb Braithwhite—. Cuatro de cinco. Me estuve planteando jugar con aquellas cartas, pero al final decidí que no eran lo bastante buenas. Yo necesitaba estar seguro. Y quería que murieran todos.

Hubo un movimiento lento entre los oyentes mientras asimilaban la trascendencia de sus palabras. Ruby vio que Lancaster fruncía el ceño; al parecer, aquella revelación en particular no formaba parte del discurso que él había autorizado.

—Así es —continuó Braithwhite—. Yo saboteé el ritual. Los maté a todos, a toda la puñetera logia. ¿Y saben por qué? Porque ya estaba harto de patrañas.

»Entiéndanme, yo admiraba a mi padre. Y lo respetaba, hasta cierto punto. Tenía una inteligencia de primera fila y un dominio virtuoso de nuestro arte. Su defecto era otro. Era el mismo defecto que tenía Titus Braithwhite, el mismo defecto que sufren demasiados de ustedes. Tenía mente de científico, mente moderna, pero su corazón era antiguo. Tenía corazón de alquimista. Corazón de hechicero.

Otro movimiento, más ruidoso. Ruby había pasado el suficiente tiempo en iglesias como para reconocer su causa: la blasfemia. Ahora Lancaster permanecía de pie, con aspecto de estar a punto de detener aquello antes de que la multitud se enardeciera. Pero Braithwhite apenas estaba en los preliminares.

—«La Orden Adamita del Alba Antigua» —dijo en tono burlón—. ¿A ustedes les suena a organización científica? Porque yo les diré a qué me suena a mí: a broma.

»¡Alquimistas! —gritó—. ¡Alquimistas, todos trabajando como hormiguitas en vuestras pequeñas claques! Celosos los unos de los otros. Guardando las cosas en secreto para que no se enteren los demás. Y cuando no estáis ocupados conspirando, perdéis la mayor parte del tiempo reinventando la rueda, redescubriendo una sabiduría esotérica que a estas alturas ya debería formar parte del saber popular. Y si aprendéis algo nuevo, os lo guardáis. Lo guardáis bajo llave aquí arriba. —Se dio unos golpecitos en la frente—. O bien lo apuntáis en un solo libro, y luego escondéis ese libro. Y cuando las cosas se os tuercen... Cuando el ritual sale mal, cuando el libro se pierde, cuando la mente que lo escribió es destruida... Entonces, todo vuelve a la casilla de salida, para la generación siguiente.

»Podría haber esperado mi turno. Podría haber esperado a que mi padre volara la casa, igual que había hecho Titus Braithwhite

hacía un siglo y medio; o a que uno de sus socios lo apuñalara por la espalda, o lo maldijera, o lo desterrara a una dimensión alternativa. Pero yo valoro mi tiempo, y no le veo sentido a llevar a cabo un experimento cuyo resultado ya está determinado de antemano. Estoy harto de pertenecer a una orden que quiere cambiar el mundo pero que ni siquiera es capaz de cambiarse a sí misma. Estoy harto de patrañas.

»De forma que decidí darle a mi padre un empujoncito, llevarlo al final del camino que estaba recorriendo, para poder empezar a forjar yo un camino nuevo. Un camino moderno. Un camino sin patrañas.

»Y la razón de que me dirija a ustedes esta noche es que creo..., espero, mejor dicho, que algunos de ustedes puedan estar listos para forjar también un camino nuevo; que puedan estar listos para unirse y empezar a actuar como científicos. Y no como alquimistas.

Hizo una pausa y el silencio que obtuvo transmitía respeto, o por lo menos atención.

Richmond intervino:

—¿Qué tiene usted en la mente, señor Braithwhite? ¿Una unión?

—Una unión —aceptó Braithwhite. Sonriendo—. O confederación, si lo prefiere.

—Se ha intentado antes —dijo Las Vegas.

—A pequeña escala, sí —repuso Braithwhite—. Dos o tres logias hablando de fusionarse y con planes de seguir expandiéndose. Pero nunca va más allá del primer paso, porque siempre hay alguien a quien le entra la codicia, o que decide que la otra parte está a punto de traicionarlos. Y entonces llegan las lágrimas.

—¿Y qué va a ser distinto esta vez? —preguntó Baltimore—. ¿Cree usted que puede fusionarnos a todos a la vez? ¿Cree que eso va a resultar más fácil?

—No más fácil, no —dijo Caleb Braithwhite—. Pero vale absolutamente la pena intentarlo... Una sola logia, que abarque el país entero, tan grande y poderosa que cualquier filósofo natural

digno de llamarse así querrá formar parte de ella. Cada capítulo individual seguirá controlando sus asuntos respectivos, pero funcionarán todos bajo unos mismos estatutos, administrados por un consejo directivo con poder de resolver disputas. También compartiremos los recursos y los riesgos. No habrá más secretismo ni más duplicación innecesaria de esfuerzos; compartiremos la información, como los científicos que afirmamos ser. Si tienen ustedes un proyecto de investigación especialmente urgente —y llegado a este punto miró a algunos de los invitados más ancianos y frágiles—, podrán solicitar ayuda. Y todos juntos decidiremos cómo explotar los descubrimientos que hagamos. Cómo cambiar el mundo una vez que podamos.

—¿Y quién va a dirigir esta organización de fantasía? —preguntó Los Ángeles—. Si creas un consejo directivo, vas a necesitar un presidente, ¿verdad?

—O una presidenta —intervino Dallas.

—Tengo una idea al respecto —manifestó Braithwhite—. Yo...

—Estoy seguro de que la tienes —dijo Los Ángeles—. ¿Sabes, Braithwhite? Se cuenta más de una historia sobre tu padre. Yo he oído el rumor de que antes de morir había encontrado a un descendiente vivo de Titus Braithwhite. Un descendiente directo de su línea sucesoria. —Ruby vio que algunos invitados asentían con la cabeza, aunque le pareció que a la mayoría del público aquello le venía de nuevo—. Lo que se me ocurre a mí —continuó Los Ángeles— es que seguramente debes de saber que ni de broma aceptaríamos como líder a un mocoso como tú. Pero quizá Lancaster y tú estáis tramando poner al mando a ese primo perdido tuyo. —Braithwhite no reaccionó, pero Lancaster se rio, seguramente más fuerte de lo que pretendía—. Lo siento, ¿he dicho algo gracioso?

—A mí no me hace ninguna gracia —declaró Braithwhite—. Pero tiene razón, vamos a necesitar un líder. No le voy a insultar fingiendo que no tengo ya en la mente quién debería ser ese líder. Y si

existiera un descendiente vivo de Titus Braithwhite, y si yo creyera que sacándolo a la palestra podría convencer a alguno de ustedes de mi punto de vista, en fin, me sentiría tentado. Pero el problema de las apelaciones a la autoridad es que en última instancia son subjetivas. La tradición que un hombre honra es la superstición de otro. Y es entonces cuando se sacan los cuchillos.

»Por suerte, en calidad de filósofos naturales, tenemos un criterio más objetivo en el que basarnos: el mérito. Somos estudiantes de la naturaleza, y la naturaleza tiene reglas, unas reglas que no se pueden manipular ni quebrantar y con las que no se puede negociar; sólo se pueden entender; y de ese entendimiento viene el poder, un poder que se puede demostrar. Objetivamente.

»Así pues, yo propongo que hagamos eso —dijo Caleb Braithwhite—. Chicago ha sido escenario de dos exposiciones internacionales; dos exposiciones del progreso científico. Yo digo que montemos nuestra propia exposición. Propongo que nos encontremos aquí, dentro de unos meses, el día de San Juan. Cada logia traerá un ejemplo de su mejor trabajo, de su expresión más genuina y avanzada de nuestro arte. Todos enseñaremos lo que somos capaces de hacer y entonces veremos. Veremos quién es realmente el mejor de nosotros. Quién se merece ser líder.

Nueva Orleans se rio.

—¿Como Moisés y los sabios del faraón, señor Braithwhite? ¿Una serpiente se traga a todas las demás? ¿Es eso lo que tiene en la mente?

—Espero que sea algo menos beligerante —dijo Braithwhite—. Pero ¿por qué no? Si usted cree que su serpiente es la más grande...

—Será un puñetero baño de sangre —dijo Coeur d'Alene, provocando que varias cabezas se giraran sorprendidas, porque parecía casi feliz—. ¡Serpientes! Más bien perros salvajes. Nos haremos pedazos los unos a los otros antes de ponernos de acuerdo en quién es el mejor.

—Es posible —admitió Braithwhite—. Estoy de acuerdo en que hay un riesgo alto de fracaso. Pero cuando pienso en lo que podemos conseguir en forma de logia unificada, lo considero una apuesta arriesgada que vale la pena.

—No funcionará jamás —dijo Los Ángeles.

—En ese caso, no hace falta que venga —repuso Braithwhite—. Pero para aquellos de ustedes que sí estén dispuestos, habrá un incentivo adicional. A estas alturas ya han tenido todos ocasión de ver *El libro de los nombres*. Existen otras versiones del libro, pero el ejemplar Winthrop es único: es el más antiguo con diferencia e incluye material que no se encuentra en ninguna otra edición conocida.

»El libro fue recuperado hace poco después de haberse pasado casi veinte años desaparecido. Hablando propiamente, pertenece a la Logia de Chicago, pero el maestre de logia, Lancaster, me ha concedido gentilmente acceso a él, y, poniendo una cantidad considerable de mi bolsillo, estoy haciendo copias. Una para cada uno de ustedes. Y estarán listas para el día de San Juan.

—¿Obsequios en la entrada de la exposición, señor Braithwhite? —inquirió Nueva York, incapaz de esconder el temblor de la excitación en su voz.

—No es tan simple —le dijo él—. Van a tener que hacer ustedes algo más que asistir.

—¿Qué? —preguntó Des Moines—. ¿Qué vamos a tener que hacer?

—Intentarlo —respondió Braithwhite. Examinó la sala, abarcándolos a todos con la mirada, y una vez más la luz que lo iluminaba pareció intensificarse—. Quizá no consigamos ponernos de acuerdo en un líder o en unos estatutos nuevos. Y una fusión no puede funcionar sin un acuerdo verdadero, de forma que no resultaría razonable requerir el éxito. Pero un esfuerzo de buena fe no es mucho pedir. Y eso es lo que va a hacer falta si queréis un

ejemplar del libro: un esfuerzo de buena fe.

—¿Y quién decide...? —empezó a decir Los Ángeles, pero Braithwhite lo cortó.

—Pero si ni siquiera son ustedes capaces de intentarlo... Si vienen de mala fe... Si hay un baño de sangre... Entonces no sacarán nada —dijo Braithwhite—. Y no merecerán nada. Porque en ese caso no serán más que una panda de alquimistas.

»Así pues, ése es el trato —concluyó—. Y les doy gracias por escuchar. Antes de que hagamos entrar a los camareros, les voy a dar una cosa más en la que pensar.

»A mi padre le gustaba decir que la historia no descansa. El mundo ha cambiado mucho desde los tiempos de Titus Braithwhite, y está a punto de cambiar mucho más. Lo que está por decidir todavía es qué voz y voto van a tener ustedes, si es que tienen alguno, en esos cambios. ¿Quieren elegir su propio futuro, o se conforman con que otros lo elijan por ustedes? Y si se decantan por lo primero, ¿qué están dispuestos a arriesgar? ¿En quiénes y en qué están dispuestos a convertirse?

»Son preguntas que ustedes tienen que plantearse. Pero piensen deprisa. Porque la historia no descansa; y se nos está acabando el tiempo.

Ruby volvía a estar acostada sobre sábanas de satén, pero esta vez en una cama más grande. Más allá de los pies de la cama podía ver a Caleb Braithwhite sin camisa, sentado en un taburete frente a un tocador, afeitándose.

Ella le echaba la culpa a Hillary. En el trayecto de vuelta del club de campo se había encontrado extrañamente cautivada por la forma en que los faros de los coches con los que se cruzaban iluminaban los planos de la cara de Braithwhite y por el movimiento de sus

brazos y hombros mientras iba trazando con el volante un rumbo evasivo por las calles de la ciudad. Era consciente de que lo que estaba experimentando era un efecto del mismo hechizo que Braithwhite había usado para cautivar al público durante su discurso, pero saber que el sentimiento era artificial no hacía que lo experimentara menos, y aunque se podría haber resistido, decidió no hacerlo. Así pues, mientras volvían a la casa de Hyde Park, Ruby se dijo a sí misma que aunque ella era demasiado lista para dejarse seducir por la magia, no pasaba nada si Hillary no lo era.

Ahora, bajo la sobria luz del amanecer, pudo ver que Braithwhite tenía unas huellas rojas marcadas en la espalda desnuda. Estaban en pleno acto cuando se le habían empezado a pasar los efectos de la poción. Ruby había sentido que se le acumulaba la sangre debajo de las uñas, pero ya estaban demasiado enardecidos para dejarlo, de forma que ella se había limitado a seguir, temblando y soltando gemidos, mientras su carne volvía bruscamente a su forma original.

En el espejo del tocador pudo ver reflejadas unas marcas rojas distintas: un círculo de letras que Braithwhite tenía tatuadas en el pecho, letras del mismo extraño alfabeto en que estaba redactado *El libro de los nombres*. «Mi marca de Caín —le había dicho él—. Me mantiene a salvo.»

Me mantiene a salvo. De forma que conocía la Biblia, por lo menos. Ruby se acordó de otro chico blanco con el que había estado brevemente, Danny Young, que un día se había puesto a explicarle una teoría que tenía: que en realidad la marca que Dios le había puesto a Caín era la piel negra, y que todas las cosas malas que les habían pasado a los negros —la esclavitud, los linchamientos, la segregación— eran resultado de ser los descendientes de Caín. «Serías mejor cristiano si aprendieras a leer —le había contestado Ruby—. La marca de Caín era una protección; si la marca fuera su color de piel, entonces Dios lo habría hecho blanco, no negro.»

Ahora Braithwhite la estaba mirando en el espejo.

—¿Te estás arrepintiendo?

Arrepintiéndose por séptima u octava vez, pensó ella.

—Ibas a hablarme del trabajo, cuando acabáramos —le recordó Ruby, con un tono que decía: más te vale no esperar que ésta sea una de mis tareas habituales.

—Se acabó el recreo, ¿no? —Él dejó la navaja, se limpió la cara y se giró con una sonrisa—. Admiro su ética del trabajo, señorita Dandridge.

—Da igual lo que admires —espetó Ruby—. Ve al grano.

—Muy bien. Doy por sentado que ahora entiendes de qué estoy hablando.

—Quieres ser el Al Capone de los brujos.

—Más bien el Frank Costello, si vamos a usar una analogía con la mafia —dijo Braithwhite.

—Abbott o Costello, me da igual —repuso Ruby—. Pero tu amigo Lancaster cree que el jefazo debería ser él. ¿Y quizá tú se lo has prometido?

—Prometido es una palabra muy fuerte. Digamos que él da por sentado que el líder tiene que ser él, y yo intento no llevarle la contraria.

—Pues necesitas intentarlo más. Después de tu discurso de anoche, hasta un tonto se puede dar cuenta de que quieres la corona para ti. Y Lancaster no es tonto.

—No —dijo Braithwhite—, pero cree que me va a poder quitar de en medio cuando le parezca bien, así que me va a tener con él mientras le sea útil. Ha puesto a sus hombres a vigilarme. Yo sé que están ahí, y me puedo escabullir de ellos cuando me haga falta, pero no siempre resulta conveniente. Así pues, lo que me iría muy bien durante los meses próximos sería tener a alguien a quien pudiera usar para hacer mis recados.

—Alguien que pueda ser blanco o de color —adivinó Ruby—, según haga falta.

—Según haga falta. ¿Te parece que lo podrías hacer tú?

—Depende de los recados. Pero suponiendo que diga que sí, ¿cómo funcionaría?

—Lancaster sabe más de mí de lo que yo querría —le dijo Braithwhite—, pero no conoce esta casa. Y si por alguna razón se pusiera a investigar esta propiedad, descubriría que pertenece a una tal Francine Chase. La señorita Chase es una ermitaña a quien sus vecinos no ven nunca, pero recientemente ha estado poniendo anuncios para encontrar a una criada nueva que viva aquí con ella.

—Hum —dijo Ruby—. Entonces ¿me mudo aquí y luego qué? ¿Me quedo esperando a que necesites algo?

—Acordaremos de antemano unas horas para que estés disponible en caso de que yo llame o venga. Por lo general no más de dos o tres horas al día. El resto de tu tiempo será para ti, para hacer lo que quieras, y para ser quien quieras. La única otra regla tiene que ver con cómo entrarás y saldrás de la casa. Si eres Ruby, usarás siempre la puerta principal. Pero si eres...

—Hillary.

—Si eres Hillary, usarás el tejado. Hay otra casa vacía a la vuelta de la esquina a la que puedes llegar caminando por los tejados. Hillary irá y vendrá por ahí.

—¿Y cuánto tiempo se supone que tiene que durar este acuerdo? ¿Hasta que consigas tu corona?

Braithwhite asintió con la cabeza.

—Yo diría que entre seis meses y un año, dependiendo de cómo vaya lo del día de San Juan y de lo que pase después.

—¿Y luego?

—Luego, a menos que decidas que quieres que siga nuestra relación, nos iremos cada cual por su lado. Y tú recibirás esto como indemnización. —Abrió un cajón del tocador y le dio una copia de la escritura de la casa—. No es tan majestuosa como la casa Winthrop, pero por lo menos no tiene fantasmas. Y viene con reservas de elixir

incluidas. ¿Qué me dices, Ruby?

Ella se quedó mirando la escritura, asustada pero intentando que no se le viera. Pensó: «Sé lo que diría si otra persona me dijera que le han ofrecido un trato así».

—Dime una cosa. Lo que dijiste en tu discurso, de que ibas a cambiar el mundo..., ¿qué es lo que vas a hacer exactamente si consigues el nivel de poder que quieres?

—Nada de lo que tengas que preocuparte. Tú y los tuyos estaréis protegidos.

—¿Los míos?

—La gente que te importe —dijo Braithwhite—. Tu familia. Tus amigos. Cuidaremos de todos, te lo prometo... ¿Qué me dices, Ruby?

—¿Cuál era el malo, Jekyll o Hyde? —preguntó Ruby.

Era domingo a mediodía y estaba almorzando en la casa Winthrop con su hermana y con Atticus; se había invitado ella sola al salir de la iglesia. La alegría que le produjo la visita a Letitia hizo que Ruby se sintiera culpable.

—El señor Hyde era el álter ego —dijo Atticus—. El que salía y hacía todas las cosas que el doctor Jekyll era demasiado respetable para hacer.

—Sí, pero eran los dos malos. —Esto lo dijo el señor Fox, uno de los inquilinos de Letitia, que estaba jugando al ajedrez con su hija en la otra punta de la mesa del comedor—. Eran la misma persona.

—Pero ¿no es verdad...? —Ruby se esforzó por recordar la historia, que había leído hacía mucho tiempo en la escuela—. ¿No es verdad que terminaron peleándose o algo así? El señor Hyde mató a alguien, ¿no? Y entonces el doctor Jekyll intentó deshacerse de él.

—Hyde se salió de madre —dijo Atticus—. Hyde era Jekyll, pero

un Jekyll despojado de todo lo bueno y de la mayoría del autocontrol. Fue así como mató a golpes a sir Carew. Jekyll dejó de tomarse la poción y trató de enmendarse, pero ya era demasiado tarde. Hyde empezó a salir por su cuenta.

—Lo que la gente pasa por alto, sin embargo —añadió el señor Fox—, es que toda la parte de la historia que describe la relación entre Jekyll y Hyde la está contando el doctor Jekyll. Y en Jekyll no se puede confiar. —Mientras hablaba, el señor Fox apartó la vista del tablero de ajedrez, y su hija aprovechó la oportunidad para mover la reina a una casilla distinta.

—¿Qué está diciendo usted, pues? —le preguntó Ruby—. ¿Cree usted que el doctor Jekyll estaba mintiendo sobre la naturaleza verdadera del señor Hyde?

—Estoy diciendo que la gente puede ser muy creativa cuando se trata de eludir responsabilidades. Tienes a un tipo que confiesa un asesinato, además de un montón de maldades más que ni siquiera se molesta en describir, pero te presenta un argumento de lo más complicado para explicar por qué técnicamente no fue él. Y te dice que está arrepentido, pero hasta el final mismo está intentando eludir la responsabilidad de lo que ha hecho. —El señor Fox se encogió de hombros—. Quizá el señor Hyde fuera maldad pura. Pero el doctor Jekyll querría creer eso por mucho que Hyde sólo fuera Jekyll con una cara distinta. —Se volvió a girar hacia el tablero y movió con gesto firme la reina de su hija de vuelta a la casilla donde tenía que estar.

—¿Por qué estás preguntando por el señor Hyde? —quiso saber Letitia.

—Por nada —dijo Ruby.

Dos días más tarde, Ruby estaba sentada a solas en la cocina de la

casa de Hyde Park, esperando una llamada de Braithwhite.

Desde que había aceptado el trabajo ya le había hecho cuatro «recados». Las dos primeras veces había ido al centro siendo ella misma para hacer compras para la inexistente señorita Chase, y las dos veces había subido a un escaparate de la segunda planta de los almacenes Carson. La ventana tenía vistas a uno de los restaurantes donde le gustaba almorzar a Lancaster, y la misión de Ruby era ver con quién salía del restaurante, si es que salía con alguien. (La primera vez había estado solo, pero la segunda se vio con el maestre de logia del pueblo de Wisconsin.)

En su tercer recado había ido, siendo Hillary, a un aparcamiento del centro, había salido por una escalera determinada a las dos y cuarto, había localizado el Daimler de Braithwhite y lo había conducido hasta un garaje de Oak Park especializado en coches extranjeros exóticos. Los mecánicos la estaban aguardando, de forma que ni siquiera le hizo falta bajar la ventanilla; se limitó a esperar sentada en el Daimler mientras le cambiaban el aceite, comprobaban los neumáticos y llevaban a cabo otros procedimientos de mantenimiento que tomaban su tiempo. Luego condujo de vuelta al Loop. Vivió un momento peliagudo cuando el coche de policía de paisano que la había seguido hasta Oak Park y al salir de Oak Park pareció que la iba a seguir hasta el garaje, pero resultó ser una falsa alarma.

Hasta el día anterior, lo peor del trabajo no habían sido los recados en sí, ni las esperas, sino la incertidumbre del horario. Era cierto, tal como había dicho Braithwhite, que la mayor parte del tiempo era para ella, pero el hecho de no estar nunca segura de cuándo iba a estar libre le ponía límites a todo lo que podía hacer cuando lo estaba, incluso siendo blanca. Enseguida se dio cuenta de que no iba a poder tener un segundo trabajo, ya no digamos una carrera. Se consoló pensando que era una situación temporal; sólo unos meses, un año como mucho. Y por lo menos no estaba

haciendo nada malo.

Pero el día anterior le había tocado hacer otro recado. Una vez más tenía que hacerlo siendo Hillary, pero Hillary disfrazada: antes de salir se había recogido el pelo debajo de un pañuelo y se había puesto gafas de sol y el abrigo de Ruby por encima de un vestido de color beige apagado.

A mediodía entró en la comisaría central y preguntó al sargento de admisiones dónde podía encontrar la división de robos en casas. Subió la escalera hasta la tercera planta y allí dobló a la izquierda en vez de hacerlo a la derecha, tal como le habían indicado, y llegó a una puerta que tenía el letrero de INVESTIGACIONES ESPECIALES, COMISIÓN MUNICIPAL CONTRA EL CRIMEN ORGANIZADO. La sala del otro lado de la puerta estaba vacía en aquel momento, tal como había intuido Braithwhite, pero ella no tenía mucho tiempo. Mientras pasaba a una oficina interior cuya puerta decía CAPITÁN JOHN LANCASTER, palpó el amuleto que llevaba en el bolsillo y que le había dado Braithwhite.

Era un disco de hueso pulimentado, más o menos del tamaño de una moneda de medio dólar. Grabada en un lado había la imagen de un búho con unos ojos tan grandes y redondos que más bien parecían prismáticos. El reverso tenía una de aquellas letras extrañas, manchada de algo que Ruby supuso que era tinta roja.

Braithwhite no le había dicho para qué era aquella ficha, sólo que tenía que esconderla o dentro del escritorio de Lancaster o en sus inmediaciones. Encontró uno de los cajones de abajo que no estaba cerrado con llave y metió el amuleto al fondo del todo, detrás de unos expedientes que colgaban de unos rieles.

Volvió a la escalera y vio que subían dos hombres. Uno de ellos era Burke, el mezquino director de seguridad de la fiesta. Hillary mantuvo la calma y no reaccionó, confiando en su disfraz, y Burke, que venía hablando con el otro hombre, ni siquiera miró en su dirección cuando se cruzaron. Pero nada más llegar al rellano de

entre plantas, oyó que Burke se quedaba callado y notó que estaba mirando hacia atrás, y necesitó todo su autocontrol para no mirar atrás ella también. Siguió bajando la escalera y cruzó el vestíbulo, oyendo pasos detrás de ella todo el tiempo y esperando sentir en cualquier momento una mano en su hombro. Salió a la calle, paró un taxi y no miró atrás hasta que el taxi estuvo a varias manzanas de la comisaría; luego, cuando entendió que se había escapado, se quedó en estado de *shock*, temblando incontrolablemente y a punto de desmayarse.

Por la noche, Braithwhite fue a la casa en persona para felicitarla por el trabajo bien hecho. Sacó a Hillary a cenar y después se aseguró de reabastecer a Ruby de elixir, trayéndole siete ampollas más del taller que tenía en el sótano. Luego, con las luces de la cocina iluminándolo de aquella forma, le preguntó si le apetecía que él se quedara a pasar la noche.

«No, gracias, señor Braithwhite —le dijo ella—, creo que dormiré mejor sola.» Lo hizo marcharse con prisas y sintió una satisfacción fugaz al ver la cara de decepción de él. En cuanto Braithwhite se marchó, sin embargo, Ruby empezó a preguntarse si quizá él le habría hecho el ofrecimiento justamente para que ella pudiera experimentar el placer de rechazárselo. Para que pudiera sentir que tenía el control. Y pensó: «Entre seis meses y un año de juegos mentales y colapsos nerviosos, ¿qué efecto van a tener en ti? Y eso suponiendo que no te pillen».

Por la mañana se sintió mejor. Se dijo a sí misma que si no tenía que hacer ningún recado, quizá Hillary podría pasar por la agencia Lightbridge. Entretanto, se sentó a la mesa de la cocina iluminada por el sol y se puso a leer el libro que le había prestado Atticus.

> La mano de Henry Jekyll (tal como has comentado a menudo) tenía una forma y un tamaño profesionales: era grande, firme, blanca y atractiva. Pero la mano que yo vi ahora con claridad, bajo la luz amarilla de la mañana del centro de Londres, medio cerrada sobre las sábanas, era flaca, nudosa y de nudillos

pronunciados, provista de una palidez oscura y densamente sombreada por una mata de pelo negro. Era la mano de Edward Hyde.

Provista de una palidez oscura, hum. Ruby se examinó el dorso de sus manos, que eran oscuras sin más, carentes de palidez y gracias a Dios de pelo.

La tetera se puso a silbar. Se levantó, apagó la llama del fogón y fue a la despensa a buscar una caja de bolsitas de té. Cuando volvió a salir y cerró la puerta de la despensa, en la otra punta de la cocina se abrió la puerta del sótano.

Ruby todavía no había bajado al sótano. No es que lo tuviera vedado —Braithwhite le había dicho que considerara la casa ya suya —, pero la única vez en que había estado de humor para bajar a explorar se había encontrado la puerta cerrada con llave.

Dejó las bolsitas del té junto a los fogones y caminó hasta la puerta del sótano. En la pared de dentro había dos interruptores; pulsó los dos. Una bombilla amarilla cobró vida justo encima de su cabeza. Más abajo, a la vuelta del recodo del pie de la escalera, se encendieron unas luces blancas más potentes y frías.

En el sótano hacía mucho frío y se oía un zumbido bajo de maquinaria que hacía que no sólo pareciera que no había calefacción, sino que el sitio estaba refrigerado. Cuando Ruby dobló el recodo del pie de la escalera, vio unas tenues volutas de vapor arremolinándose por el suelo vacío de cemento y las siguió con la mirada hasta su origen en el centro de la sala: un pedestal gris y alargado envuelto en tuberías de metal recubiertas de escarcha.

Encima del pedestal había un ataúd de cristal. Dentro yacía una mujer blanca con el pelo rojo largo y suelto. Estaba tumbada boca arriba, con la cabeza apoyada en un cojín de satén rojo y el cuerpo cubierto por una sábana de satén rojo.

Ruby se detuvo con la mano todavía apoyada en la barandilla. Se acordó de la tetera que había arriba y pensó en volver a ella y

olvidarse de que había visto esto. Como si pudiera...

Se adentró en el frío del sótano. Se detuvo junto al ataúd y contempló la cara pálida y pecosa, al mismo tiempo familiar y extraña: porque, aunque había llegado a conocerla bien, estaba acostumbrada a verla en un espejo.

La mujer tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. No parecía que estuviera respirando; o bien, si respiraba, su respiración era tan superficial que no parecía que se le moviera el pecho.

Tenía el brazo izquierdo cubierto por la sábana de satén, pero el derecho se apoyaba encima de ella, con la palma hacia arriba. Una pulsera plateada le rodeaba el antebrazo, y de ella le subía un tubo muy fino de cristal con un hilo de color rojo rubí en el centro. El tubo subía enroscándose y rodeándole el brazo hasta encajarse en la parte de atrás de una espita que sobresalía del costado del ataúd.

Una espita. Como la que usaba un tabernero para sacar la cerveza de un barril.

Ruby vivió otro de esos momentos en que se veía obligada a decidir si se volvía loca o simplemente lo superaba. Esta vez la cosa estaba más reñida.

Dio un paso atrás y trató de averiguar cómo se abría el ataúd. No había tapa: los paneles de cristal que formaban la superficie superior y los laterales estaban encajados en un armazón de metal gris que parecía todo de una pieza. Quizá todo aquel armazón se levantara. Ella examinó el borde superior del pedestal por si había una palanca o un pestillo.

—Yo que tú no lo tocaría con las manos desnudas, a menos que te gusten las heridas por congelación.

Braithwhite estaba plantado al pie de la escalera, con el abrigo todavía puesto y las mejillas ruborizadas como si hubiera estado corriendo. Estaba sonriendo, sin embargo, con una sonrisa indulgente, como si fuera Ruby la que había cometido una transgresión allí; pero una transgresión insignificante, que él estaba

dispuesto a pasar por alto.

—¿Qué...? —preguntó Ruby—. ¿Qué es esto?

—Se llama Delilah —le dijo Braithwhite—. Trabajaba para mi padre.

—¿Y tu padre la metió aquí?

—No, la metí yo. La noche antes de que muriera mi padre, Dell recibió un golpe en la cabeza. Quedó en coma. Yo me hice cargo de su atención médica, pero meses después seguía sin despertarse y empezó a deteriorarse. No habría durado mucho más. De forma que decidí ver qué podía hacer con ella.

«Ni siquiera demuestres estar sorprendida —pensó Ruby—. Sabías que este trato escondía algo más. Lo sabías.»

—¿Y usas su sangre para hacer la poción? ¿He estado bebiendo...?

—La sangre es un ingrediente del proceso —dijo Braithwhite—. Sé que suena asqueroso, pero el elixir final es un destilado. No tiene sangre, sólo su esencia. La esencia de Delilah.

»El procedimiento no la perjudica —siguió diciendo—. Al contrario, de hecho. Ahora mismo está inconsciente. No está muerta pero podría estarlo perfectamente. Pero cuando tú tienes su apariencia... Ella sueña. Tus experiencias y aventuras, todo lo que tú haces, ella lo sueña. Tú eres la única vida que ella tiene ahora, Ruby.

Ruby negó con la cabeza, incrédula.

—¿Estás intentando que esto parezca que es un favor que le haces?

—Una vida de sueños es mejor que nada. Es lo que yo querría.

—Eres un mentiroso. Si la quieres ayudar, ¿por qué no usas tu magia para curarla?

—La curación es una rama distinta de nuestro arte. Una rama complicada y en la que yo no estoy versado. El elixir presenta un riesgo bajo. Revivir a Delilah de su coma requeriría lo que se llama un ritual de regeneración, y si saliera mal, eso la podría matar, o

algo peor. No cierro esa puerta en un futuro en el que yo haya tenido más tiempo para estudiar el tema, pero de momento esto es lo mejor para ella.

—Quieres decir para ti.

—Para nosotros, si lo quieres pensar así. Pero, Ruby...

—No —dijo Ruby—. Esto no es lo que yo acordé. Yo... ¡No te me acerques! —gritó ella cuando él dio un paso adelante.

Pero él no se le acercó. Cruzó el sótano hasta un armario frigorífico alto y recubierto de acero inoxidable. Se detuvo frente a él, mirándola a ella mientras hablaba.

—Pido perdón por no habértelo contado antes —dijo—. Sabía que te disgustarías y no quería que eso pasara, pero debería haber encontrado la forma. Bueno. Eres libre de irte si quieres. No te detendré. Pero antes de que te marches, tienes que entender lo que estarás dejando atrás.

Abrió la puerta del frigorífico y se apartó para dejarle ver lo que había dentro: una docena de estantes abarrotados que contenían centenares de ampollas de cristal, todas llenas.

—Hice este elixir para ti —dijo Caleb Braithwhite—. A mí solo no me sirve de nada, y no creo que encuentre a nadie más que lo quiera tomar. Seguiré cuidando de Delilah, claro. Aunque no la pueda despertar, ahí dentro sobrevivirá mucho tiempo. Pero es lo único que hará: sobrevivir. No vivir. —Metió la mano en el refrigerador, eligió una ampolla y le cerró la puerta al resto—. Parece un desperdicio tremendo.

Ruby volvió a negar con la cabeza, pero no dijo nada ni tampoco echó a correr, ni siquiera cuando Braithwhite se acercó a ella.

—Deberías pensártelo, Ruby. Ve a dar un paseo. Tómate el día libre. —Le cogió la muñeca con gentileza y le puso la ampolla de elixir en la palma abierta de la mano, sosteniéndola allí hasta que ella la rodeó con los dedos—. Si piensas que has de decir que no, lo entenderé. Pero piensa en la razón. Si dejas pasar esta oportunidad,

que no volverá a presentarse nunca, ¿será porque es lo correcto? ¿O porque estás huyendo del riesgo? Porque no conseguir lo que quieres es a lo que estás acostumbrada... ¿Y realmente quieres volver a vivir de esa forma?

—Eres el diablo —dijo Ruby.

—Soy un hombre que sabe lo que quiere... Y cómo conseguirlo —dijo Braithwhite—. Pero la cuestión no es quién soy yo, sino quién quieres ser tú. Eso es lo que necesitas decidir, Ruby. Así que tómate el día libre y hazte la pregunta: ¿quién quieres ser?

La casa Narrow

Cuando me asomé por la mañana avisté a una multitud de unas cuatrocientas o quinientas personas viniendo por la colina y les vi disparar a un hombre de color (...). Sobre las ocho llegaron al distrito residencial y se pusieron a saquear las casas de la gente de color. Cuando los vi acercarse subí al altillo. Después de pegar fuego a varias casas circundantes, llegaron a la nuestra, encendieron el gas, amontonaron varios muebles encima y prendieron una cerilla. En cuanto se marcharon, bajé, apagué el gas y me volví al altillo. Al cabo de aproximadamente una hora llegó otro grupo, y cuando vieron que nuestra casa no estaba en llamas, entraron y le pegaron fuego. Yo volví a bajar, conseguí apagar el fuego y regresé al altillo una vez más. Para entonces ya había tanto humo que decidí salir, y estaba cruzando la calle hacia la fundición cuando me pillaron cuatro tipos.

—¿Dónde estabas tú, negro? —me dijeron.

Yo les dije que acababa de salir de trabajar.

—Pues mira, te vamos a matar —me dijeron ellos.

G. D. BUTLER, superviviente de los disturbios
de Tulsa de 1921, citado en el
Chicago Defender del 11 de junio de 1921

Pasado un cuarto de hora del amanecer de un domingo de finales de enero, Montrose estaba junto al Cadillac de su hijo, fumando para entrar en calor y contemplando cómo un invasor desconocido emergía de la oscuridad del otro lado de la calle.

El invasor era de color rojo cereza, medía metro y medio de altura y tenía estampada la inscripción: BEBA COCA-COLA EN BOTELLA. Debajo de aquel eslogan tan familiar había otro, escrito a mano y con caligrafía más tosca: ¡SÓLO CLIENTES BLANCOS!

Montrose sabía que muchos de los residentes blancos de aquel condado del sur de Illinois considerarían que el verdadero intruso no era aquel invasor racista, sino él. Lamentó que no hubiera ninguno presente para debatir la cuestión; en concreto, le habría encantado entablar un intercambio sincero de puntos de vista con el dueño de la tienda, John Perch's Gas & Go, en cuya propiedad se encontraba la máquina de Coca-Cola. Pero la tienda tenía las luces apagadas, y el letrero del surtidor de gasolina decía: CERRADO POR EL DÍA DEL SEÑOR.

Dos chicos negros se acercaron caminando por la calle. Debían de tener unos diez años y llevaban abrigos de invierno de colores vivos, uno amarillo y el otro naranja. Montrose intercambió saludos silenciosos con el chico de amarillo y luego miró con preocupación renovada la máquina de Coca-Cola, contemplándola como si fuera un soldado confederado emboscado.

Los chicos caminaron hacia ella como si nada y se hurgaron los bolsillos en busca de monedas.

Montrose tiró su cigarrillo.

—¡Eh! —les gritó—. ¿Qué estáis haciendo? ¡No metáis vuestro dinero ahí! —Cruzó la calle, con zancadas largas y veloces, mientras los niños miraban a su alrededor, sobresaltados—. ¿Qué estáis haciendo?

El chico de naranja, que claramente no era el cerebro de la pareja, se tomó la pregunta literalmente.

—Comprar una Coca-Cola.

—No pasa nada, señor —añadió el de amarillo, más listo pero no más espabilado—. El señor Perch nos ha dado permiso.

—Con que sí, ¿eh? —dijo Montrose—. ¿Y eso qué importa?

—La tienda es suya —explicó el chico de naranja con una nota de desdén en la voz, como si el tonto allí fuera Montrose.

Estiró la mano hacia la ranura de las monedas, pero Montrose le agarró la muñeca y se la apartó bruscamente, y cuando el chico abrió la boca para protestar, le arreó un bofetón de revés en toda la cara. El chico dio un traspié y con un graznido cayó al suelo.

—¿Qué te parece? —le dijo Montrose, plantado a su lado—. ¿Te gusta que te peguen en la cara?

—Señor, por favor... —imploró el chico de amarillo.

—Cállate o te vas a llevar otra tú también —lo avisó Montrose. Se quedó mirando con expresión severa al chico que estaba en el suelo —. Te he hecho una pregunta.

El chaval le devolvió la mirada, furioso pero asustado.

—No —murmuró.

—¿Qué has dicho? No te oigo.

—No, no me gusta.

—Ya me lo parecía. ¿Y si yo abriera una tienda al otro lado de la calle? ¿Crees que querrías entrar a comprarme una Coca-Cola?

—¡No!

—Es la primera cosa inteligente que te sale de la boca. —Montrose señaló la máquina de refrescos—. Pues esto de aquí... Esto es una bofetada en la cara. Cada vez que metes una moneda, le estás diciendo al señor Perch: «Gracias, señor, ¿me da otra?». Un hombre que se respete a sí mismo nunca hará eso. ¿Me entiendes?

—Lo entendemos, señor —dijo el chico de amarillo.

—Tú cállate. Quiero que lo diga él.

El chico de naranja rechinó los dientes y se planteó el precio de negarse. Por fin se obligó a decir las palabras:

—Lo entiendo, señor.

—Muy bien pues. Largo de aquí. Y que no os vea dar media vuelta u os doy una paliza de verdad.

Los chicos se alejaron, el de amarillo a toda prisa y el de naranja haciendo un esfuerzo para que pareciera que no.

—Así me gusta. —Montrose levantó la voz para que lo oyeran—. Y la próxima vez, comprad una Pepsi.

—No me gusta la Pepsi —le gritó el chico de naranja—. ¡Viejo chalado!

Echó a correr y su amigo corrió con él. Montrose los vio marcharse. «No soy ningún chalado —pensó—. Lo de viejo, bueno... Tengo cuarenta y un años, pero cuarenta y un años de segregación ya es ser viejo. Prehistórico, incluso.»

Al otro lado de la calle, Atticus había bajado del talud de nieve con un rollo de papel higiénico en la mano.

—No lo digas —le advirtió Montrose mientras él volvía caminando hacia el coche.

—No he dicho ni una palabra, papá.

—Va, y entra por el otro lado. Conduzco yo.

Dos días antes, Montrose había entrado en el Denmark Vesey's al salir del trabajo y se había encontrado a Caleb Braithwhite sentado en un reservado. Montrose llevaba sin ver a Braithwhite desde la noche del museo, pero ya había intuido que era una simple cuestión de tiempo.

—¿Y ahora qué? —dijo.

—Hola, señor Turner —saludó Caleb Braithwhite—. Siéntese, por favor. ¿Le puedo invitar a algo?

—Me puedo pagar yo las puñeteras copas. —Montrose se sentó en el reservado—. ¿Qué quiere?

—Tengo otro proyecto con el que necesito que me ayude.

—¿Ah, sí? ¿Y esta vez con qué me va a amenazar?

—Con nada —dijo Braithwhite—. Confiaba en que pudiéramos dejar atrás las amenazas.

—¿Para pasar a qué, a que yo sea su negro?

Braithwhite pareció ofendido.

—¿Alguna vez me ha oído usted decir esa palabra?

—Cuando me encierra usted en un sótano con el tobillo encadenado —dijo Montrose—, se da por sentada.

—Eso fue obra de mi padre.

—Y cuando me disparasteis, ¿de quién fue obra?

—Mi padre le habría pegado un tiro de verdad —explicó Braithwhite—. Y habría matado a su hijo. Y en cambio, gracias a mí, Atticus y usted están vivos y mi padre ya no los puede volver a molestar.

—Sí, pero aquella historia tuvo una secuela. Y ahora parece que más de una.

—Siento haber robado el libro de Adah —le dijo Braithwhite—, pero necesitaba causar cierta impresión en el capitán y sus hombres.

—Ajá. Mi familia y yo no somos sus negros, pero usted quiere que el capitán crea que lo somos.

—Si hubiera podido, yo lo habría manejado de forma distinta. Aun así, nadie salió herido y tiene que admitir que salió ganando sobremanera con el trato. Por mucho que hubiera convencido usted a la familia Burns para que se tomara en serio la reclamación de Adah, le habrían puesto mil pegas a sus cuentas. Y yo les di el dinero sin más.

—No. —Montrose negó con la cabeza severamente—. No tiene usted derecho a eso. No tiene derecho a considerar que pagar una deuda con noventa años de retraso sea una buena obra.

—Pero no era mi deuda.

—No, su deuda sigue pendiente. Y no crea que me he olvidado

de eso tampoco.

—¿Se refiere a Hannah? ¿Quiere usted también el salario impagado de ella?

—Esto no tiene nada que ver con *querer*.

—Porque se lo puedo conseguir —continuó Braithwhite—. Por supuesto, con un siglo y medio de intereses a cubrir, puede que tarde un poco en reunir los fondos. Pero si ayuda a compensar el trato que les he dado...

—No puede —dijo Montrose—. No puede comprar buena voluntad con un dinero que no es suyo. Pagar lo que se debe no es ningún favor.

—Hablemos de favores reales, pues. Tiene que haber algo que usted quiera, señor Turner. Dígamelo.

Montrose soltó un bufido de frustración.

—No, señor Braithwhite, hablemos de lo que quiere *usted*. Ése es el objeto verdadero de esta conversación, y ya veo que no se va a marchar usted hasta que me diga lo que le trae aquí. Así que suéltelo de una vez y así yo le podré mandar al infierno.

—Muy bien —dijo Caleb Braithwhite—. Quiero que encuentre usted al hijo de Hiram Winthrop, Henry. Se escapó de casa poco antes de que mi padre matara al suyo. Por entonces tenía dieciséis años, y el rumor que corre es que huyó con una de las criadas. También robó varios libros de su padre.

—¡Libros! O sea, ¿se trata de eso? ¿De más libros de magia?

Braithwhite asintió con la cabeza.

—Mi padre pensaba que Henry se debía de haber llevado *El libro de los nombres*, así que estaba ansioso por encontrarlo. Pero Henry consiguió cubrir su rastro sorprendentemente bien. La cuestión es que, por lo que mi padre sabía, Henry no era practicante de nuestro arte. De hecho, al parecer detestaba la filosofía natural. De forma que es poco probable que se llevara los libros para usarlos él; se los debió de llevar para impedir que los usara Hiram Winthrop. Pero los

libros también eran muy valiosos, y mi padre dio por sentado que Henry los terminaría vendiendo.

»Ese tipo de literatura tiene un mercado pequeño; mi padre se mantuvo alerta. La cosa tardó más tiempo de lo que esperaba, pero hace unos años apareció en una subasta de Manhattan un libro titulado *El atlas de los caminos sin hollar* que se sabía que había pertenecido a Hiram Winthrop. Mi padre se puso en contacto con los subastadores y así descubrió que el libro procedía de un hombre que se hacía llamar Henry Narrow y que lo había vendido en 1944 en Filadelfia. Narrow encajaba con la descripción de Henry Winthrop: era de la misma edad y había estado viviendo con una mujer negra que seguramente era la criada desaparecida. Pero para cuando los hombres de mi padre fueron a buscarlo, ya había vuelto a esfumarse.

—¿Y ahí es donde entro yo? —preguntó Montrose—. ¿Quiere usted que vaya yo a Filadelfia y le siga la pista con mis poderes especiales de negro?

Braithwhite sonrió.

—No —respondió—. A Filadelfia van los detectives Burke y Noble. Vuelan mañana por la tarde. Y mientras ellos siguen lo que creen que es una nueva pista, me gustaría que usted fuera a Aken, Illinois.

»La cuestión es que yo también puse a un detective a buscar pistas. Y hace poco ese detective descubrió que un hombre llamado Henry Narrow había comprado una casa en Aken en verano de 1945. La compró al contado y por una suma ligeramente menor a la que Narrow recibió por el *Atlas*.

—Si sabe usted dónde está la casa de Narrow, ¿para qué me necesita a mí? —quiso saber Montrose—. ¿Por qué no manda usted a su detective?

—Ya lo mandé —dijo Braithwhite—. Y ha desaparecido junto con los cincuenta mil dólares que le di para comprar libros.

—¿Y ahora me va a confiar usted cincuenta mil pavos?

—Confío en que no se escape con ellos. Sé que no le hace falta el dinero.

—Sigue sin tener sentido —repuso Montrose—. Podría ir a ver a Narrow usted en persona.

—Podría. Pero es posible que él no quiera tener trato conmigo, sobre todo si sabe cómo murió su padre.

—Yo tampoco quiero tener trato con usted, y sin embargo aquí lo tengo. ¿Por qué es distinto Henry Narrow?

—No lo es. Pero esos «poderes especiales de negro» con los que usted acaba de bromear... Es posible que en este caso existan realmente. Henry ha estado viviendo con una mujer negra... Y él sabrá que usted no es miembro de la orden. Me parece más probable que negocie honradamente con usted que con cualquier hombre blanco que yo mande.

—Puede ser —dijo Montrose—. Pero ésa no es la razón verdadera... —Y de pronto se le ocurrió—. Está usted preocupado. Dice usted que ese tipo no es «practicante», pero eso era cuando tenía dieciséis años. ¿Cuántos tiene ahora?

—Unos treinta y cinco.

—Así pues, se ha pasado veinte años cargando con los libros de magia de papá de un lado para otro. ¿Hay alguno en particular que esté buscando usted?

—Me quedaré con cualquiera que él tenga todavía —aseguró Braithwhite—. Pero me interesa especialmente una colección de cuadernos manuscritos que contienen la investigación de su padre.

—Los cuadernos con la investigación de su padre. ¿Y no le preocupa a usted que los pueda haber consultado en algún momento y quizá haya aprendido un truco o dos?

—No es tan fácil.

—Estoy convencido. Pero en más de veinte años... Quizá su detective no se haya escapado con el dinero. Quizá Henry Winthrop lo haya convertido en sapo.

—Sería un buen truco —dijo Caleb Braithwhite—. Me gustaría aprenderlo.

—No me cabe duda.

—¿Éste es el momento en que usted me manda al infierno?

—No —respondió Montrose—. Si usted tiene miedo de ese tipo, quizá yo lo quiera conocer. Pero suponiendo que yo consiga que me venda los cuadernos, ¿qué me va a impedir tirarlos a la hoguera más cercana?

—Nada —contestó Braithwhite—. Ése no sería el peor resultado para mí. No me malinterprete, quiero los cuadernos, pero para mí es más importante que no los consiga nadie más.

—¿Como Lancaster?

—Sobre todo él. Mire, señor Turner, cuando le he preguntado antes qué quería, yo ya sabía la respuesta. Quiere usted que me vaya: de Chicago y de las vidas de su familia.

—En eso tiene razón.

—La cuestión es que si me marchara de la ciudad ahora, los estaría dejando en manos del capitán Lancaster y del resto de la orden. Ustedes no les importan. Pero Atticus, debido a su parentesco con Titus Braithwhite, sí que tiene cierto valor para ellos. No como persona, entiéndame, sino como una especie de fetiche viviente. Y ahora que saben que existe, ya no se van a olvidar de él. Nunca.

—Sí, y se lo tengo que agradecer a usted.

—Se lo tiene que agradecer a mi padre. Pero eso es agua pasada. Lo que intento decirle es que, si las cosas van como confío en que vayan, muy pronto yo estaré al mando de la orden. No sólo de una logia, sino de todas, de las del país entero. El capitán Lancaster ya no estará y yo me aseguraré de que a su familia la dejen en paz. Les doy mi palabra.

—Ajá —dijo Montrose, sin creérselo ni un segundo—. ¿Y el hecho de que usted tenga esos cuadernos acelerará las cosas?

—Seguro que ayuda.

—Mientras que si yo no se los traigo, es posible que esté degollando a mi hijo.

—Yo no diría tanto —repuso Braithwhite—. Pero tampoco estará ayudando a Atticus.

—Y, por supuesto, si quemo los cuadernos y usted gana de todas formas, entonces será un rey que no me deberá ningún favor.

—Supongo que es verdad.

Montrose sonrió.

—¿Lo ve? —dijo—. Ya sabía yo que había una amenaza en algún lado.

Aken, Illinois, era una ciudad pequeña situada junto al río Ohio, a medio camino entre Cairo y Metropolis. El sol todavía estaba asomando por encima de los tejados cuando atravesaron con el coche el distrito central de los negocios y servicios municipales, que a aquella hora parecía una ciudad fantasma. Se pararon en un semáforo en rojo frente al Ayuntamiento de Aken, y Atticus se acordó incómodamente de otra parada que habían hecho frente a un semáforo a las tres de la mañana en Bideford, Massachusetts. Pero Montrose, todavía acalorado por el encuentro con los chavales, se dedicó a echar vistazos furiosos a las aceras vacías, desafiando a alguien —quien fuera— a salir y mirarlo con mala cara.

El semáforo cambió. Giraron a la derecha y pusieron rumbo al oeste por la calle Elm, buscando el número 213.

Habría sido difícil no verlo. La casa en sí no tenía nada especial, pero el dueño de la propiedad contigua había construido un letrero de marquesina en el tejado de su garaje con una flecha de neón parpadeante que señalaba al número 213. Las letras de la marquesina decían: FOLLA NEG AS. Tanto el padre como el hijo se quedaron mirando estupefactos, y Montrose se dijo a sí mismo:

«Cuando ya creías que lo habías visto todo...».

La puerta principal del 213 de la calle Elm se abrió de golpe, y de ella salió un hombre blanco bajo y fornido blandiendo un atizador de chimenea. Descendió corriendo el caminillo de entrada de la casa pero se detuvo en seco a un metro o dos del Cadillac y bajó el arma, repentinamente avergonzado.

Atticus bajó su ventanilla.

—¿Henry Narrow? —dijo.

—David Landsdowne —contestó el hombre—. Licenciado.

—¿Es usted abogado? —Atticus echó un vistazo a la marquesina —. ¿Afiliado a la NAACP, por casualidad?

Landsdowne asintió con la cabeza.

—Hace dos años fui el letrado principal de un pleito para integrar el sistema escolar del condado. Clark, mi vecino, quiso asegurarse de que todo el mundo supiera a qué casa había que tirar piedras... Pido perdón por esto —dijo, sosteniendo en alto el atizador—, pero cuando se para delante de la propiedad un coche que no conozco, suele traer problemas.

—No necesita disculparse —dijo Montrose, asomándose desde el lado del conductor.

—¿Les apetece entrar a tomar un café?

—Sí, señor —contestó Montrose—. Será un honor.

Tomaron el café en la sala de estar de David Landsdowne. Mientras les pasaba la crema y el azúcar, Landsdowne les explicó que su mujer, Judith, ya se había marchado a la iglesia, en Mount Vernon, a una hora y media en coche al norte.

—Después del pleito, nuestro pastor local nos pidió que dejáramos de venir los domingos. Tenía miedo de que alguien intentara pegarme un tiro a mí y lo mandara a él al cielo por

accidente. El año pasado, Judy encontró una congregación nueva y empezó a asistir a sus servicios, pero yo supongo que he perdido la costumbre.

—¿Alguna vez piensa en marcharse? —le preguntó Atticus.

—Cada vez que cambio una ventana. Pero soy testarudo. Si estuviera aquí Judy, les diría lo testarudo que puedo ser. —Landsdowne se acomodó en una silla junto a la chimenea; el atizador volvía a estar en su soporte—. Entonces, Henry Narrow... ¿Es un viejo amigo de ustedes?

—No, señor —dijo Montrose—. No lo conocemos personalmente. Hemos venido a ver si le podemos comprar unos libros.

—En ese caso, espero que no vengan de lejos. Les he preguntado si eran amigos suyos porque Henry Narrow murió, y hace tiempo ya. Los asesinaron a él y a su familia en 1945, nada más acabarse la guerra.

—¿Los asesinaron? —dijo Atticus—. ¿En esta casa?

—No, los Narrow nunca vivieron aquí. La dirección que ustedes buscan, la calle Elm, 213, está en la otra punta de la ciudad, cerca del cementerio. Éste es el 213 de la calle Elm Oeste. Es habitual que la gente de fuera confunda las dos calles. Así es como conocí a Henry Narrow. Vio un anuncio de la inmobiliaria que tenía en venta la casa de la vieja viuda Metzger, vino a Aken a echarle un vistazo y terminó en mi puerta.

»Venía con una mujer y un chico. Al chico, Henry júnior, lo reconoció como hijo suyo, pero a la mujer, Pearl, me la presentó como la niñera. Era negra, de piel clara. El chico la tenía todavía más clara, lo bastante como para pasar por blanco, por lo menos con su padre al lado. Pero se parecía a los dos, de maneras distintas, y cuando los veías a los tres juntos estaba claro que eran una familia, aunque no lo reconociera la ley.

»No era asunto mío —dijo Landsdowne—, pero parecían buena gente, y además había que pensar en el bien de la mujer y del

chico. Así que mientras Judy le iba a buscar una galleta a Henry júnior, yo me llevé aparte a Narrow. Le dije que, aunque en este estado no había estatutos antimestizaje, una familia de raza mixta, si se reconocía como tal, seguramente no tendría muy buena acogida en Aken. También le dije que en mi opinión tenía derecho a vivir donde quisiera, así que si estaba decidido a mudarse aquí, yo le ayudaría a encontrar casa. La casa de al lado, donde ahora vive Clark, estaba a punto de ponerse en venta, y a mí me parecía que a mi vecino de por entonces se le podía convencer para que se la vendiera a los Narrow. Quizá con un poco de presión.

»La casa de la viuda Metzger, en cambio, era harina de otro costal. Esa parte de la ciudad, le dije, puede ser no sólo poco hospitalaria, sino también peligrosa. En aquel vecindario vivían el alcalde y el jefe de policía, los dos demócratas de la vieja escuela, de los que disfrutaban vistiéndose con sábanas cuando se hacía oscuro.

—¿Y cómo reaccionó Narrow? —preguntó Montrose.

—Me dio las gracias por la advertencia —dijo Landsdowne—. De esa forma en que te las da la gente que no tiene intención de hacerte caso. Me dijo que su familia y él eran gente reservada, de manera que no les importaba que los vecinos no quisieran ser amigos suyos. Le dije: «Señor Narrow, quizá no me he expresado con claridad. Si usted no les gusta a esos hombres, no se van a limitar a no hablarle». Pero él insistió en que ya había tratado en el pasado con aquella clase de gente; de hecho, había crecido entre ellos. Luego dijo algo extraño. Me preguntó si alguno de los hombres de los que yo estaba hablando tenía reputación de estudiar filosofía. Yo le dije que no, que en parte ése era el problema: que no habían estudiado nada, y filosofía menos. «Entonces no pasa nada. No nos meteremos con ellos ni ellos con nosotros», me dijo.

»Yo ya vi que no tenía sentido discutir con él. Pero pensé que no importaría: supuse que la persona que representara a los herederos

de la viuda Metzger echaría un solo vistazo a los Narrow, vería lo que había visto yo y se negaría a venderles la casa. Pero me equivocaba. No lo parecía por el coche que conducía, pero Narrow tenía un montón de dinero. Más adelante oí que había comprado la casa al contado, y que el agente inmobiliario, Frank Barrington, se había llevado una comisión inusualmente grande con el trato. En cuanto a los herederos de la viuda, el más cercano vive en Bloomington, de forma que les daba igual lo que pensaran los vecinos.

»Debió de ser en julio cuando se mudaron a la casa. El incendio fue en agosto. Fue la misma semana en que se rindieron los japoneses, o sea, que la historia quedó enterrada en el periódico. La prensa afirmó que Narrow se había olvidado de ponerle la rejilla a la chimenea antes de irse a la cama y que una brasa había pegado fuego a la alfombra. Los tres se quedaron atrapados arriba y supuestamente murieron por inhalación de humo. Lo que el artículo no explicaba era por qué iba a usar Narrow la chimenea en una noche calurosa de verano.

»Al cabo de una semana hablé con un amigo mío, Lewis Peters, que estaba empleado en la oficina del forense. Le pregunté si sabía algo que no hubiera salido en el periódico. Él no quiso hablarme del tema, pero yo lo presioné y por fin él me dijo que la mañana después del incendio había visitado la morgue para hacer el papeleo y había visto el cadáver de Henry Narrow. Me contó que Narrow tenía la piel ennegrecida por el humo, pero que también tenía lo que parecía un agujero de bala en la sien.

»Le dije a Lewis que, si eso era verdad, tenía que informar de ello. "No hay nadie a quien informar. Y aunque yo lo denunciara, no hay pruebas. Ya se han deshecho de los cuerpos."

—¿Cree usted que fueron el alcalde y el jefe de policía? —dijo Montrose.

—Sí, señor —afirmó Landsdowne—. No puedo demostrarlo, es

cierto. Pero si fueron ellos, supongo que al final hubo una pizca de justicia.

»La casa sufrió daños pero no fue destruida, y como a los Narrow nadie les pudo encontrar familia, el alcalde se las apañó para que el ayuntamiento tomara posesión de la propiedad y la pusiera a subasta. Se hizo tan poca publicidad de la subasta que sólo hubo un postor: el yerno del jefe de policía, que se quedó la casa a precio de ganga.

»El yerno, el jefe de policía y el alcalde fueron a un restaurante de Cairo a celebrarlo. Bebieron mucho y volvieron con el coche a Aken a la una de la madrugada. Iba al volante el yerno. Cogió la calle Elm demasiado deprisa y se estampó contra un árbol que había delante de la casa Narrow. El coche se incendió y murieron los tres.

»Después de los funerales se propagó el rumor de que no había sido el alcohol lo que había causado el accidente. Se contaba que el yerno había dado un golpe de volante para esquivar a un niño y a una mujer negra que habían salido corriendo a la calle. Como no había testigos del accidente, no sé cómo alguien podría saber algo así, pero ésa era la historia... Y muy pronto otra gente empezó a afirmar que ellos también habían visto a la mujer y al chico.

—¿Y usted lo cree? —preguntó Atticus.

Landsdowne dijo que no con la cabeza.

—Creo que lo que hubo fueron bastantes conciencias culpables. Los rumores tuvieron un efecto beneficioso: una serie de residentes de la calle Elm decidieron que ya no les gustaba tanto el vecindario, y unos cuantos de los peores individuos se marcharon de Aken. No los suficientes, en mi opinión. Pero nuestro alcalde actual es republicano, o sea, que quizá haya esperanza para el futuro.

—¿Y qué pasa con la casa Narrow? —preguntó Montrose—. ¿Sigue en pie?

—Está en ruinas —le dijo Landsdowne—. Después del incendio no la reparó nadie. Con o sin fantasmas, me imagino que ya hace

mucho tiempo que debió de desaparecer cualquier cosa de valor.

—Puede que valga la pena acercarse con el coche, en cualquier caso. Ya que estamos aquí.

—Muy bien. Déjenme que coja un mapa y les enseñe cómo ir. Me ofrecería para llevarlos, pero ahora mismo seguramente serán mejor recibidos en ese vecindario si yo no los acompaño.

—La calle Hill —dijo Montrose irritado, mirando el letrero de la travesía que tenían delante.

—¿Deberíamos haber girado a la derecha en el último desvío, quizá? —sugirió Atticus.

Atticus lo miró también.

—Quizá deberíamos irnos a casa.

—No. Si hemos llegado hasta aquí, la encontraremos. —Montrose giró a la derecha por la calle Hill, con intención de dar la vuelta entera a la manzana. Pero después de una breve bajada, la calle terminaba de golpe en la entrada del cementerio de Aken.

Montrose puso la marcha atrás, y el motor escopeteó y se caló en seco. Soltando una palabrota por lo bajo, fue a girar la llave del contacto.

—Un segundo, papá —dijo Atticus. Dentro del cementerio había un hombre coreano empujando una carretilla por una fila de tumbas, recogiendo las coronas de flores viejas y usando una escobilla para quitar la nieve de encima de las lápidas—. Déjame ir a preguntarle a ese tipo si sabe dónde está la calle Elm.

—No, quédate en el coche. —Montrose le dio al contacto. El motor del Cadillac resolló pero no arrancó. Atticus abrió su portezuela y salió—. ¡Atticus!

—Vuelvo enseguida, papá. —Y atravesó al trote las puertas del cementerio mientras su padre lo llamaba.

Montrose volvió a probar de arrancar. El motor siguió quejándose. Se reclinó en su asiento, se puso a soltar palabrotas, esta vez en voz alta, y pulsó de un golpe el botón del encendedor del salpicadero.

Estaba buscando un cigarrillo en el bolsillo de la camisa cuando el Cadillac dio un brinco como si alguien acabara de saltar encima del guardabarros. Cuando Montrose miró atrás, no había nadie. Pero pudo oír que alguien soltaba una risilla.

Salió del coche.

—¿Quién hay? —dijo, levantando la voz.

Una bola de nieve aterrizó encima de la capota del Cadillac, y Montrose vio a un chico a unos cinco metros del otro lado del coche. Tenía siete u ocho años, la piel clara, unos ojos grandes y castaños, y el pelo oscuro y rizado.

—¡Eh! —dijo Montrose en tono cortante. Empezó a dar la vuelta al coche, pero la preocupación templó su furia en cuanto se dio cuenta de cómo iba vestido el chico, con un peto de tela vaquera y nada más. Sin abrigo de invierno. Sin zapatos ni calcetines. Ni siquiera una camisa debajo del peto—. Eh —le dijo Montrose en tono distinto—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está tu madre?

El chico se rio y salió corriendo descalzo por la nieve. Montrose le fue detrás. Los dos corrieron por el lado de fuera de la tapia del cementerio; a Montrose se le iban hundiendo los pies hasta los tobillos en la nieve apilada contra la piedra, mientras que el chico iba por delante dando brincos, parándose de vez en cuando para mirar atrás. Llegaron a la esquina de la propiedad del cementerio y el chico, sin dejar de reírse, desapareció en una enramada cubierta de nieve. Montrose se metió detrás de él y se encontró a sí mismo cayendo por una pendiente. Dio con sus huesos en el fondo y se quedó medio enterrado en la nieve.

Medio enterrado: tenía el brazo izquierdo hundido hasta el codo en un montículo de nieve, pero la mano derecha apoyada en una

hierba verde y cálida. Hierba de verano.

Montrose levantó la cabeza y contempló la hierba de detrás de una casa grande y amarilla que resplandecía bajo un sol tórrido de mediodía. Una mujer negra con delantal de cuadros estaba esperando en los escalones del porche trasero al chico, que ahora corrió hacia ella.

Montrose se puso de pie, con medio cuerpo en invierno y medio cuerpo en verano. Giró sobre sí mismo en el sentido de las agujas del reloj y se afianzó sobre la hierba; la nieve que tenía en el zapato izquierdo y en la pernera izquierda se le derritió al instante bajo el sol.

—Señora... —le dijo a la mujer, que había cogido al niño de la mano y lo estaba llevando dentro. Pero la mujer no contestó y el niño tampoco.

Montrose echó un vistazo por encima del hombro en dirección al invierno, que todavía quedaba a un par de dedos de distancia. Luego comenzó a andar hacia la casa. En mitad del jardín volvió a mirar atrás y vio que la nieve había desaparecido; la pendiente que subía hasta el cementerio era toda arbustos verdes y flores.

Subió los escalones del porche. La puerta trasera de la casa estaba entreabierta. Montrose se detuvo en el umbral y le llamó la atención una hilera de letras del alfabeto de Adán que había talladas en el poste derecho del marco de la puerta. Miró más a la derecha y vio una inscripción idéntica grabada en la repisa de la ventana.

—Señora... —Montrose llamó a la puerta medio abierta. No contestó nadie, pero la puerta se abrió del todo y él entró a una cocina.

La mujer estaba ante el fregadero, restregando una olla, aunque Montrose notó que gran parte de su esfuerzo lo estaba invirtiendo en pasar por alto la presencia de él. Entretanto, el chico, sentado a la mesa con un bocadillo y un vaso de leche, levantó la vista y sonrió, como si Montrose y él compartieran una broma privada.

—Señora... —llamó otra vez Montrose. Y, luego, como ella seguía sin contestar—: ¿Señora Narrow?

Por fin ella le devolvió la mirada. Pero lo que dijo no iba dirigido a él:

—Henry —dijo—. Hay alguien aquí.

Por una puerta abierta que se encontraba detrás del chico apareció un hombre blanco. Miró a Montrose con curiosidad, como si las visitas en aquella casa fueran algo muy poco común.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó.

Montrose se acordó del retrato familiar de la casa Winthrop y no tuvo duda alguna de que aquel hombre era el hijo de Hiram Winthrop. «Pero no tienes treinta y cinco años —pensó—. Aunque, bien pensado, sería imposible; moriste a los veintitantos.»

¿Con qué nombre dirigirse a él? Montrose decidió ser directo.

—Señor Winthrop —dijo.

La mujer, que había devuelto su atención al fregadero, levantó la vista, sobresaltada. El niño perdió la sonrisa y al hombre se le puso una expresión severa.

—Diga qué le trae aquí, señor —pidió, y Montrose sintió la gelidez del invierno en la espalda, unos zarcillos de hielo que se le metían por dentro del cuello de la camisa y amenazaban con congelarlo allí mismo—. He venido por mi hijo, señor Winthrop —dijo Montrose, con voz firme a pesar del frío—. Me llamo Montrose Turner, y me ha enviado aquí un hombre llamado Braithwhite, que quiere algo que perteneció al padre de usted. Pero no es por eso por lo que he venido: he venido por mi hijo, Atticus. Braithwhite tiene planes para él, y yo no sé cómo detenerlo. Pero creo que usted quizá sí lo sepa. De forma que he venido a pedirle ayuda, y estoy dispuesto a hacer un trato. Si puedo. Y si usted quiere.

El frío se retiró. Regresó el verano. Pero la mujer y el chico siguieron mirando y esperando hasta que Henry asintió con la cabeza.

—Muy bien, señor Turner. Venga a la sala. Vamos a hablar.

Se sentaron a una mesa junto a una de las ventanas delanteras. Mientras Winthrop servía té, Montrose contempló el jardín. Allí donde se acababa la hierba, junto a la calle, había un roble de tronco enorme con un neumático para columpiarse. Montrose imaginó que era el mismo árbol con el que se había chocado el yerno del jefe de policía, aunque el árbol no mostraba evidencia alguna de haber estado involucrado en una colisión con un vehículo en llamas.

Quizá la colisión todavía no se hubiera producido. El calendario de la repisa de la chimenea del salón decía AGOSTO DE 1945, y entre los coches aparcados en la calle, Montrose no pudo identificar ni un solo modelo de la posguerra. Al mismo tiempo que se planteaba esta posibilidad, la parte más testarudamente racional de su cerebro intentaba elevar sus protestas. Esto estaba mal, le avisaba aquella parte; él no debería estar allí, sentado en pleno verano del pasado con un hombre muerto. Tenía que levantarse y marcharse por donde había venido, sin perder tiempo. Y, sobre todo, por encima de todo, no debía comer ni beber nada que le dieran en aquella casa.

Pero Montrose no tenía intención de marcharse con las manos vacías, y habría sido de mala educación rechazar la hospitalidad de Winthrop, de forma que aceptó la taza que le puso delante y también una de las galletas de mantequilla que Winthrop le ofreció. Tanto el té como la galleta estaban notablemente sosos —sinceramente, no sabían a nada—, pero cuando se los tragó le produjeron una ligera embriaguez, un sopor de la razón que le permitió aceptar una negociación con un hombre muerto como si formara parte del orden natural de las cosas.

—Henry Winthrop —dijo el muerto—. Hacía mucho tiempo que

nadie me llamaba así. ¿Dice usted que lo manda Braithwhite? ¿Samuel Braithwhite?

—Su hijo, Caleb. Samuel Braithwhite murió.

—¿En serio? —se sorprendió Winthrop—. No me había enterado. —Miró por la ventana con expresión distraída—. No nos llegan muchas noticias.

—No —dijo Montrose, y su mirada también deambuló hasta el calendario de encima de la repisa—. Supongo que no. Pero lo que le decía de mi hijo, señor Winthrop...

—Dice usted que Braithwhite tiene planes para él. ¿De qué clase?

—No lo sé exactamente. El padre de Braithwhite quería usar a Atticus para sacrificarlo en un ritual. Caleb es más sutil; de momento quiere tenerlo cerca, creo que como una especie de trofeo para impresionar al resto de sus amigos hechiceros. Pero, a largo plazo, supongo que él también ideará un ritual. Y yo quiero que desaparezca antes de eso.

—¿Quiere matarlo?

—Si pudiera, sí. Pero tiene un encantamiento y ni siquiera puedo levantar la mano contra él. Braithwhite lo llama inmunidad.

Winthrop asintió con la cabeza.

—Mi padre también lo tenía. Era frustrante.

—¿Hay alguna forma de vencerlo?

—Hay varias —contestó Winthrop—. Pero yo no las conozco.

—¿Y conoce a alguien que sepa cómo anular esa inmunidad?

—A nadie vivo.

—¿Qué me dice de los cuadernos de su padre? —inquirió Montrose—. Es lo que Braithwhite me ha mandado a buscar, y ha dejado muy claro que no quiere que los tenga nadie más. ¿No cree usted que podría haber algo en ellos que explicara cómo anular la inmunidad?

—Podría ser.

—¿Estaría usted dispuesto a desprenderse de ellos?

Winthrop se encogió de hombros con gesto evasivo.

—Supongo que podría separarme de ellos. Dios sabe que no me están sirviendo para nada. Por supuesto —añadió—, debería producirse un intercambio justo.

—Tengo dinero —dijo Montrose—. Está en mi coche...

—No, dinero no. El dinero no me sirve para nada.

—¿Pues qué?

—Emociones —respondió Winthrop.

—No entiendo.

Winthrop volvió a mirar por la ventana.

—Las noticias no son lo único que no nos llega —dijo—. Es todo. Mire toda esa luz del sol... Pero nunca entro en calor. —Se giró otra vez hacia Montrose—. Ni tampoco tengo frío. Y esto... —Señaló el té y las galletas—. Nunca satisface. El azúcar no es dulce. La sal no sabe a nada. Y lo mismo pasa con las emociones. Sí, podemos fingir, pero sólo son ecos desvaídos. Sentir algo de verdad otra vez, experimentar emociones fuertes, aunque sea un momento... Sería un buen intercambio.

La expresión de ansia desnuda que tenía Winthrop en la cara volvió a despertarle aquella voz interior: «Sal de aquí —le dijo la voz —. Esto no es un hombre, es un vampiro, y está muerto de hambre, aléjate de él».

—Sigo sin entender —observó—. ¿Cómo puedo hacerle sentir algo?

—Cuénteme una historia —dijo Henry Winthrop. Levantó la cabeza como un animal olisqueando a su presa—. Háble me de su padre.

—No —negó Montrose—. No, no pienso hacerlo.

Pero el muerto no quería oír un no por respuesta.

—Rowland, ¿verdad? —continuó—. ¿No se llamaba así? ¿Dick Rowland?

Montrose negó con la cabeza mientras la voz interior le decía:

«Escápate».

—Mi padre se llamaba Ulysses.

—Entonces ¿quién era Dick Rowland? —exigió saber Winthrop.

Montrose intentó levantarse, pero el letargo le había afectado a las piernas, atrapándolo en la silla.

—¿Quién era? Dígamelo.

No había más opción que contestar.

—Era un limpiabotas —contestó Montrose—. Lustraba zapatos.

—¿Y tu padre y él trabajaban juntos?

—No. Mi padre tenía una tienda. Rowland y él no se conocían, o por lo menos no lo bastante como para hablarse.

—Pero sí que hubo una conexión entre ellos —insistió Winthrop —. ¿Cuál era? ¿Qué pasó?

—Rowland fue acusado —dijo Montrose después de intentar levantarse una vez más sin éxito.

—¿Acusado de qué?

—De lo de costumbre —contestó Montrose, y al encenderse de repente la rabia en su pecho perdió toda reticencia a hablar—. Era el Día de los Caídos de 1921 —dijo—. Dick Rowland entró en el edificio Drexel del centro de Tulsa para usar los lavabos para gente de color que había en el piso de arriba. Se tropezó y se cayó contra la ascensorista, una chica blanca llamada Sarah Page. Ella dijo que él la había atacado.

—¿Y era verdad? —preguntó Winthrop.

Montrose le dedicó una mirada asqueada.

—¿Cómo iba a atacar a una chica blanca a plena luz del día y en un edificio público de la calle Main? ¿Cuántas ganas de suicidarse habría que tener para hacer algo así? Pero no importó: ella chilló y él salió corriendo, y a partir de aquel momento ya fue culpable.

»La policía lo detuvo a primera hora de la mañana siguiente. Aquella misma tarde, el *Tulsa Tribune* publicó un artículo sobre el "ataque", afirmando que la chica tenía la ropa rota. Más tarde

admitirían que aquello se lo habían inventado, pero por supuesto, nada más llegar el periódico a la calle, se empezó a hablar de linchamiento.

»El *sheriff* encerró a Dick Rowland en los calabozos de los juzgados del condado. Al anochecer ya había una multitud enorme de gente blanca congregada delante. Pero los negros que vivían en la zona de Greenwood también se habían enterado de los planes de linchamiento, y algunos de los hombres decidieron coger sus armas y bajar a impedirlo. Mi padre fue uno de ellos. Nunca tuve ocasión de preguntarle qué había pasado, pero lo que oí después fue que uno de los blancos de los juzgados había intentado quitarle una pistola a uno de los negros. Y estalló la guerra.

»Los negros estaban en inferioridad numérica a razón de veinte a uno, de forma que los que sobrevivieron al tiroteo inicial huyeron de vuelta a Greenwood. Los blancos los siguieron, pero se detuvieron por el camino a buscar más armas y munición. Entraron al asalto en ferreterías y casas de empeños y se llevaron todo lo que no estaba clavado.

»Mi padre llegó a casa sobre las once en punto. Tenía un corte en el brazo y sangre por toda la manga, pero no creo que fuera consciente de ello. Le dijo a mi madre que empezara a meter en el coche todo lo que no pudiera soportar perder. Le dijo que iba a salir otra vez, y que los hombres de Greenwood estaban montando un perímetro defensivo en las vías del tren para rechazar a la turba de los blancos; pero que si aquello fracasaba, íbamos a tener que estar listos para escapar a toda prisa.

»Mi madre no quería que se fuera, pero él no vio que tuviera elección. Le dijo: "Están saqueando las propiedades de su propia gente, ¿qué crees que van a hacer si los dejamos subir aquí?".

»Yo le dije a mi padre que quería ir con él a defender el barrio. Tenía siete años y ya me creía todo un hombre. Mi padre me dijo que no, por supuesto, y él nunca te decía que no más de una vez.

Pero yo me emocioné y traté de discutir, y fue entonces cuando me hizo esto. —Inclinó la cabeza y señaló una cicatriz que tenía junto al rabillo del ojo izquierdo—. Me hizo el corte con su anillo.

»Mi padre tenía reputación de hombre violento, y *podía* ser violento, pero siempre de una forma controlada. Me pegaba cuando me hacía falta, pero nunca me había dejado marca, y aquella noche tampoco fue su intención. Cuando sentí que me caía un hilo de sangre por la mejilla me di cuenta de lo asustado que estaba mi padre. De que estábamos en peligro.

»Y entonces —dijo Montrose— mi hermano George intervino y dijo que tenía que salir a por el libro de mi bisabuela...

—¿Su libro? —se extrañó Winthrop.

—Un libro de contabilidad —indicó Montrose—. Estaba en la caja fuerte de la tienda de mi padre. Mi padre le dijo a George que, en el peor de los casos, iría él en persona a salvar el libro, pero George insistió en que era responsabilidad suya. Yo esperaba que George también recibiera un guantazo, pero mi padre le dijo que de acuerdo. Yo no me lo podía creer; cuando mi madre intervino para intentar impedir que George se fuera, mi padre le dijo a ella que se callara.

»De forma que mi padre y George se fueron juntos, y entonces mi madre se puso manos a la obra. Nos urgió a mi hermana y a mí a correr por la casa y a reunir cosas. A empaquetar la vajilla del ajuar. Yo estaba furioso. George se iba al frente y a mí me tocaba la vajilla.

»Mientras sacábamos las cosas al coche, oímos disparos a lo lejos. Mi madre se puso muy nerviosa y yo también, pero por razones distintas. Llenamos el coche hasta arriba, pero llegó un momento en que mi madre y Ophelia estaban dentro de la casa intentando decidir qué más se llevaban y yo estaba fuera solo escuchando aquellos disparos y ya no me pude contener más. Yo acababa de meter la caja de herramientas de mi padre en el coche, de forma que agarré un viejo y enorme martillo con dientes

sacaclavos y eché a correr hacia la batalla.

»Cuando llegué a la calle Archer, apenas la pude reconocer. Los defensores de Greenwood habían apagado a tiros todas las farolas y habían puesto francotiradores vigilando las vías del tren. Los blancos no podían ver a los francotiradores, pero unos cuantos de ellos habían conseguido pasar a hurtadillas al otro lado con encendedores y trapos empapados de petróleo. Todas las chabolas del lado de Greenwood de las vías estaban en llamas, y algunos edificios más grandes también.

»De forma que yo estaba en la calle con mi martillo, en medio del fuego, el humo, la oscuridad y las balas que volaban en ambas direcciones. Había hombres gritándome que me largara zumbando de allí, pero yo seguí deambulando por la calle, aturdido, buscando a mi padre.

»Vi un coche lleno de hombres blancos que cruzaba las vías y se convertía en blanco de los disparos. Los faros y el parabrisas simplemente reventaron. El conductor dio marcha atrás y retrocedió a toda prisa. Yo me puse a dar saltos y a vociferar que estábamos ganando. En aquel momento, mi padre salió como una bala de la nada y me agarró. Esta vez no me pegó. Me cogió en brazos y me zarandeó —Montrose levantó las manos por encima de la cabeza— así.

»Oí una explosión enorme, como la detonación de una bomba. Mi padre dejó de zarandearme y me abrazó contra su cuerpo y echó a correr. Y fíjese, es ridículo, pero en cuanto nos alejamos del humo y de las llamas, resultó casi agradable que me llevara así... A veces sueño con ello, y en el sueño no hay gente disparando, es una noche normal y corriente de primavera y mi padre me está llevando a casa en brazos, como si viniéramos del cine o de un partido de béisbol. Que es lo que deberíamos haber hecho.

»Ya debíamos de estar a medio camino de casa cuando se nos acercó un coche por detrás a toda velocidad. Mientras se

aproximaba vi que estaba todo acribillado, tenía agujeros de bala en el capó y los cristales reventados, y abrí la boca para decir algo pero no tuve tiempo. Un hombre blanco se asomó de la parte de atrás con una pistola y disparó dos veces. Luego, el coche pasó de largo y se adentró en la noche; nunca supe qué había sido de él, ni tampoco quién era aquel hombre.

»Pensé que los disparos no nos habían alcanzado. Sabía que no me habían dado a mí, y mi padre tampoco perdió el paso. Siguió corriendo otra manzana aproximadamente y luego se detuvo sin más. Me dejó en el suelo con cuidado y me puso una mano en el hombro como si intentara mantener el equilibrio. Y se desplomó.

»Estábamos en la hierba de delante de una casa. La gente de dentro me oyó chillar y se encendieron las luces del porche. Vi que mi padre había recibido un disparo en el costado y que le salía sangre de la boca. Tenía una expresión en la cara. Terror. Terror ante el universo. Yo era demasiado joven para entenderlo. Pensaba que tenía miedo porque se estaba muriendo, pero no era sólo eso. Hasta que tuve un hijo yo también —un hijo que no me hacía caso— no entendí lo que mi padre estaba sintiendo.

»No tenía miedo por su vida. Tenía miedo por mí. Quería protegerme. Y lo había hecho: me había salvado la vida al alejarme de aquel tiroteo. Pero la noche no se había terminado y él sabía que no iba a estar presente para protegerme durante el resto de ella. Ése es el horror, la cosa más espantosa: tener un hijo que el mundo quiere destruir y saber que no vas a poder ayudarle. No hay nada peor que eso. Nada peor.

Con los ojos repentinamente húmedos, Montrose levantó la vista, como si se estuviera despertando de un trance, y vio a la mujer en la puerta de la cocina con el chico fuertemente cogido en brazos. Al ver su expresión afligida, Montrose quiso disculparse por contar una historia así en su casa, pero su marido se inclinó hacia delante, todavía hambriento y decidido a lamer hasta la última migaja de

aquel plato.

—¿Y entonces murió? —dijo Henry Winthrop.

—Sí —respondió Montrose—. Entonces murió.

Al otro lado de la ventana seguía siendo verano, pero ahora el cielo tenía tonos rosados y dorados, y las sombras del jardín empezaban a alargarse. Todavía perdido en la noche en llamas de Tulsa, a Montrose no le pareció extraño que ya estuviera cayendo la noche.

—Me habría gustado tener un padre así —dijo Henry Winthrop.

—Yo no tengo un padre así —repuso Montrose—. Ése es el puñetero problema. —Se secó los ojos con la mano—. ¿Y cuál es la historia de usted? ¿Cómo era su padre?

—Estaba lleno de curiosidad —contestó Winthrop—. Podría usar otras palabras para describirlo, pero si uno quiere entenderlo, hay que empezar por eso: su curiosidad insaciable. Quería saberlo todo de todas las cosas, que es mucho. Mucho más de lo que se podía aprender en una sola vida. Así que para conseguir el tiempo que necesitaba, decidió volverse inmortal; y tan omnipotente como le fuera práctico ser.

»En cierto sentido resultaba cómico. Los hombres con los que mi padre se relacionaba se consideraban racionalistas. Científicos. Filósofos naturales. Hablar de cosas sobrenaturales era señal de simpleza. Querían convertirse en dioses, pero rechazaban el concepto de Dios porque les parecía una vulgar superstición.

»Mi padre era menos ortodoxo que la mayoría. No le importaba la vulgaridad siempre y cuando arrojara resultados. Fue así como llegó hasta mi madre. Ella era bruja —explicó Winthrop—. Se hacía llamar así, sin vergüenza. Creía en los dioses, en los milagros y en la magia, y le enseñó a mi padre que lo que él quería era teóricamente posible. Y pagó por ello, primero con su salud y después con su vida.

—Lo que se cuenta es que tuvo la polio —dijo Montrose.

—Es lo que se cuenta —admitió Winthrop—. Pero no fue una enfermedad lo que dejó a mi madre en silla de ruedas, fue un error de traducción. Un juego de palabras cósmico. ¿Conoce usted el idioma de Adán, señor Turner?

—Sé de él —dijo Montrose con cautela.

—Hay un verso en el Evangelio de san Mateo que dice que si le pides pan a Dios, no te dará una piedra —dijo Winthrop—. La explicación es que el Dios del Nuevo Testamento es una persona, un padre, a quien le importamos. Pero cuando invocas el idioma de Adán, estás dirigiéndote a la naturaleza, y a la naturaleza no le importamos, simplemente hace lo que le dices. Si le das mal las instrucciones, si pones una letra fuera de sitio o cambias el acento de una sílaba, obtendrás lo que pides, pero es posible que no sea lo que quieres.

—¿Y qué pidió la madre de usted?

—Una puerta —dijo Winthrop—. Uno de los problemas que tenía mi padre para entender el universo era que la mayoría de él quedaba fuera de su alcance. Con la ayuda de mi madre, se puso a buscar una forma de conectar puntos remotos del espacio. Y lo consiguieron, pero uno de sus experimentos dejó a mi madre inválida. Ella le pidió a la naturaleza el poder de caminar entre los mundos, y la naturaleza le dio piernas de piedra.

»Después del accidente, mi padre se volvió más cauteloso. Tenía un gran respeto por la tecnología y ya estaba empleando máquinas para llevar a cabo su arte. Empezó a invertir cada vez más en su uso. Quería asegurarse de que, cuando en el futuro se produjeran errores, el perjudicado no fuera él. Las máquinas funcionaban bien como sustitutos; y para las situaciones en que las máquinas no bastaran para absorber el riesgo, también reunió a un grupo de aprendices jóvenes y entusiastas.

»Mi madre siguió ayudando a mi padre en su investigación, pero

la relación entre ambos cambió. Al principio creyó que había sido simple mala suerte que los daños hubieran recaído en ella. Pero cuando vio cómo usaba mi padre a sus nuevos ayudantes para escudarse del peligro, empezó a hacerse preguntas.

—Esos aprendices... —dijo Montrose—. ¿Usted era uno de ellos?

—No. Mi madre siempre se mostró inflexible en ese sentido. Hizo prometer a mi padre que nunca me involucraría a mí en su trabajo, y como ella todavía le resultaba muy útil, mi padre mantuvo su promesa. Por supuesto, yo quería ayudarle. ¿Qué chico no quiere trabajar con su padre? Pero ella me lo hizo prometer a mí también. Y cada vez que yo empezaba a mostrar interés por la filosofía natural, ella se destapaba las piernas.

—¿Cómo murió?

—Intentando curarse —dijo Winthrop—. Cuando yo tenía quince años, ella decidió dejar a mi padre. Pero para poder liberarse de él, primero tenía que liberarse de la silla de ruedas. Yo estaba en un internado cuando ella llevó a cabo un ritual de regeneración. Le pidió a la naturaleza que le devolviera las piernas; la naturaleza le dio piernas. No sé exactamente cuántas, pero más de las que su corazón o su sistema nervioso pudieron soportar. Mi padre me aseguró que su sufrimiento había sido breve.

»El funeral se hizo a féretro cerrado. Después nos mudamos a una casa nueva. Mi padre habló de empezar de cero. Dijo que quería convertirme en socio de su investigación. Pero para entonces ya era demasiado tarde. Mientras él se dedicaba a perseguir los misterios arcanos del universo, yo había estado estudiando un tipo distinto y más moderno de filosofía en la escuela. Mi padre se puso furioso. Me dijo que no me había pagado los estudios para que yo me hiciera socialista. Culpó a mi madre de haber elegido mi escuela de forma deliberada para corromperme. Y tenía razón.

»Lo que él no sabía era que mi madre me había escrito una carta antes de morir. Ella sabía que quizá no sobreviviría al ritual. Y quería

asegurarse de que yo sobreviviera a mi padre. De forma que me mandó instrucciones detalladas para que yo pudiera escaparme: dónde conseguir el dinero que me haría falta; cómo construirme una identidad nueva; y cómo hacer daño a mi padre, en nombre de ella, cuando me marchara.

»Tardé otro año en marcharme. Necesitaba estar listo, y además tenía miedo. Mi padre me vigilaba muy de cerca. Se negó a dejarme volver a la escuela. Lo que hizo fue contratar a un profesor particular, un prusiano viejo y rancio... Me pasé meses encerrado en nuestra casa nueva. Así fue como conocí a Pearl. En las horas en que supuestamente yo tenía que estar estudiando, me escabullía a la azotea con ella.

—¿Alguna vez se le ocurrió —preguntó Montrose, incapaz de contenerse— que tal vez no estuviera bien involucrar a una criada en su drama familiar?

—Éramos jóvenes y estábamos enamorados —contestó Winthrop —. Y tal como yo lo veía por entonces, no le habría hecho ningún favor dejándola al servicio de mi padre. Pearl tenía tantas ganas de marcharse de aquella casa como yo. Y de ver mundo. —Sonrió, y Montrose se mordió la lengua para no hacer un comentario mordaz; de la cocina vino un ruido de ollas que ninguno de los dos oyó.

»Esperamos a una noche en que mi padre estaba de viaje —siguió diciendo Winthrop—. Nos escabullimos después de cenar, fuimos a la estación de Dearborn y compramos dos billetes a Los Ángeles. Pero no llegamos a subir al tren. Lo que hicimos fue ir a un garaje donde estaba almacenado el antiguo coche de mi madre. Hacía una década que nadie lo conducía, pero ella había pagado para que le hicieran el mantenimiento. Las llaves estaban en la guantera.

»Pusimos rumbo al este. El primer año lo pasamos en Nueva York. Allí nos casamos y yo me convertí en Henry Narrow. Para cuando nació Henry júnior, ya nos habíamos mudado a Filadelfia.

Empecé a trabajar en una librería; Pearl trabajaba de niñera y dando clases de catequesis los fines de semana. Allí teníamos una buena vida.

—¿Ah, sí? —dijo Montrose—. Y, entonces, ¿por qué volvieron a Illinois?

—Porque Pearl echaba de menos a su madre —dijo Winthrop—. En Filadelfia yo compraba todos los sábados el *Chicago Tribune* del domingo anterior y buscaba noticias de mi padre. Pero su necrológica ya se había publicado, de forma que tardé años en enterarme de que había muerto. Cuando se lo dije a Pearl, ella quiso volver y buscar a su madre. A mí no me pareció buena idea. En el caso de mi padre, la muerte no era necesariamente el final, y por mucho que él se hubiera ido, tenía amigos y enemigos que quizá todavía me estuvieran buscando por lo que yo me había llevado.

»Pero Pearl echaba de menos a su madre. Sin decírmelo, se había puesto en contacto con algunos parientes suyos, por si acaso habían tenido noticias de ella, pero nadie sabía nada y Pearl estaba preocupada. Al final llegamos a un acuerdo: volveríamos al interior y nos estableceríamos en algún sitio tranquilo donde los antiguos socios de mi padre no nos encontraran, pero lo bastante cerca de Chicago como para que yo pudiera escaparme de vez en cuando a la ciudad y buscar a la madre de Pearl. Nuestro plan original era alquilar una casa más al norte, pero viniendo de Filadelfia paramos en Paducah para visitar a una de las primas de Pearl. Pareció que ella disfrutaba de aquella reunión, y estando allí vi por casualidad un anuncio de esta casa, que quedaba cerca, cruzando el río. Y nos llegaba el dinero, así que pensé: "¿Por qué no?".

—¿Por qué no? —inquirió Montrose—. ¿Después de lo que te había dicho el señor Landsdowne? Por el amor de Dios, ¿en qué estabas pensando?

—Pensé que estaríamos protegidos —se limitó a decir Winthrop —. La última carta de mi madre incluía instrucciones para realizar

dos encantamientos. Uno para confundir a mis perseguidores mientras yo estuviera huyendo. El otro para usarlo en la casa en la que yo decidiera vivir y protegerla de quienes me quisieran mal. Fueron los únicos conjuros que aprendí en mi vida, pero la verdad es que yo no entendía cómo funcionaban; y mi madre tampoco había sabido nada de Pearl. Ella había dado por sentado que yo estaría huyendo solo y que la principal amenaza a mi bienestar serían mi padre y los hombres como él.

—Hechiceros —dijo Montrose—. ¿La protección de la casa sólo era contra hechiceros?

—Es lo que imagino —dijo Henry Winthrop—. Ni siquiera ahora lo tengo claro. Pero lo que realmente no conseguí entender fue algo más básico. Cometí el mismo error que había cometido mi madre: pedí algo sin comprender la verdadera naturaleza de mi petición.

»Porque mi padre también me estaba protegiendo. No me protegía de la misma forma en que su padre lo protegía a usted, por amor. Me protegía de forma incidental, como resultado de quién era y de lo que era. Mientras yo estuviera bajo su techo, no tenía que temer a nadie más que a él. Pero al intentar liberarme de él, también me había hecho vulnerable al mundo, y no era consciente de ello. Yo creía que la libertad significaba ser libre para hacer lo que me apeteciera. Pensaba..., pensaba que yo tenía inmunidad.

—Todos los muchachos piensan eso —dijo Montrose—. Pero luego saliste al mundo, y con ella a tu lado... ¿No viste que no era así?

Winthrop dijo que no con la cabeza.

—En Filadelfia nadie nos dio problemas. Bueno, quizá de vez en cuando alguien nos decía algo descortés. Pearl era mucho más sensible a eso que yo. Pero nunca nadie nos atacó. Di por sentado que el hechizo de mi madre estaba funcionando. Y no vi razón alguna para creer que no funcionaría también aquí.

—Fuiste un pobre idiota, eso fuiste.

—Sí, fui un idiota —admitió Henry Winthrop—. Ése fue el problema. Tenía encantamientos que me protegían de los filósofos y los eruditos, pero no contra mi propia necedad... ni contra los actos de los ignorantes.

—¡Narrow!

La llamada vino de fuera, donde ya se había hecho oscuro. Montrose miró por la ventana y vio tres coches detenidos frente al jardín y a una docena de hombres yendo y viniendo a la luz de los faros. Una cuadrilla de mentecatos, pero armados.

—¡Narrow! —gritó su líder—. ¡Salid de la casa, tú y tus dos negros!

En la oscuridad estival del otro lado de la calle había más gente congregada, espectadores, entre ellos mujeres y criaturas.

Uno de los hombres del jardín accionó la rueda de un encendedor y acercó la llama a un trapo metido en la boca de una botella de Coca-Cola rellenada con gasolina. Montrose se quedó mirando cómo la botella era arrojada contra la ventana hasta que en el último segundo las fuerzas regresaron a sus piernas y consiguió apartarse de la trayectoria de los cristales rotos. La botella cruzó la sala volando y se hizo trizas al pie de la chimenea, incendiando la alfombra que había delante del hogar.

Henry Winthrop, que no se había movido, buscó la mirada de Montrose desde el otro lado de la mesa. Su expresión era lúgubre y autocompasiva.

—No lo sabía —dijo—. Juro que no lo sabía.

Luego se oyó un disparo en la oscuridad, y la cabeza de Winthrop salió despedida hacia atrás; se quedó desplomado sin vida en su silla. Montrose se puso de pie, apartó su silla de una patada y pegó la espalda a la pared de al lado de la ventana.

El fuego se había propagado hasta cortar la salida a la cocina, y el humo de la alfombra en llamas se arremolinaba contra el techo. Montrose se cubrió la boca y la nariz con un pañuelo. Se estaba

preparando para saltar por encima de las llamas cuando de pronto vio a la mujer y al chico plantados codo con codo frente a la chimenea, con poses de cadáveres, los ojos cerrados y los brazos cruzados al frente.

Vinieron más disparos de fuera. Montrose agachó la cabeza instintivamente. Cuando recobró la compostura, la mujer y el chico habían desaparecido, y en su lugar, de pie en medio del fuego, había un hombre negro de tez oscura y corpulento.

—¿Padre? —dijo Montrose, bajando el pañuelo—. ¿Papá?

Ulysses Turner movió los labios ansiosamente, pero las llamas se tragaron las palabras que salieron de ellos. Montrose se inclinó hacia delante, luchando por oírlas, pero el calor lo echó hacia atrás y sólo pudo quedarse allí, impotente y sin entender nada, mientras la sala se llenaba de humo y del ruido de las balas que disparaban las manos de los ignorantes.

—¿Papá?

Atticus siguió las huellas que su padre había dejado en la nieve hasta la parte de atrás de la casa Narrow y subió al porche, con cuidado de no pisar un hueco que quedaba entre los tablones. La puerta de atrás estaba cegada con dos maderas clavadas, pero la puerta en sí había sido forzada, de forma que sólo tuvo que agacharse para entrar.

—Papá... —lo llamó desde la cocina en ruinas.

—Estoy aquí.

La parte del suelo que quedaba delante de la chimenea de la sala se había hundido, igual que el techo. A la luz que entraba por los resquicios de las ventanas entabladas, Atticus pudo ver a su padre en la otra punta de la sala, sentado precariamente en una silla a la que le faltaba una pata de atrás. Montrose estaba encorvado hacia

delante y rodeando con los brazos una especie de paquete.

—Papá, ¿cómo has llegado hasta ahí?

No hubo respuesta. Atticus dio la vuelta por la cocina y encontró un pasillo central que llevaba a la otra entrada de la sala. Se detuvo frente a su padre y vio que el paquete que Montrose tenía en las manos era una colección de cuadernos, pulcramente apilados y atados con una cuerda. Los cuadernos estaban cubiertos de cenizas, pero la cuerda se veía limpia y nueva.

—¿Qué tienes ahí, papá? —preguntó Atticus—. ¿Son los...?

Montrose se puso de pie, provocando que la silla destartalada se cayera hacia atrás.

—Nada —dijo, mirando a su hijo a los ojos con furia imperiosa—. No hemos encontrado nada. Los Narrow están muertos, su casa se ha quemado y no hemos encontrado nada de nada. Eso es lo que le vamos a decir a Braithwhite. Y eso es lo que vamos a creer, para que si nos mira dentro de la cabeza, no vea otra cosa. ¿Me entiendes? ¿Me estás escuchando?

—Sí, papá. Te entiendo.

—Más te vale —dijo Montrose, y dejó escapar un suspiro fatigado, sintiendo la carga de todos sus años segregados..., pero, aun así, sintiendo algo—. Ahora nos tenemos que marchar —repuso —. Este sitio es para los muertos, y nosotros no deberíamos estar aquí. —Se abrazó los cuadernos contra el pecho—. Todavía no.

Horace y el muñeco diabólico

El espécimen, tal como West observó en repetidas ocasiones, tenía un sistema nervioso espléndido.

H. P. LOVECRAFT,
Herbert West, reanimador

—La mujer hablaba como si estuviera poseída —dijo Neville—. Como ese momento de *El viajero misterioso* en que el demonio toma el control de la novia del arqueólogo y la voz de ella cambia... Pues igual, pero usando palabras que no se pueden decir por la radio.

Su abuelo Nelson, el de Biloxi, había cumplido cincuenta y cinco años, explicó. La familia tenía planeado llamarlo para desearle feliz cumpleaños la noche después de que bajaran las tarifas. Durante la cena, sin embargo, la hermana de Nelson, Octavia, rompió un vaso y se hizo un corte en el pie. Los padres de Neville llevaron a Octavia a urgencias y dejaron a Neville en casa a cargo de su otra hermana. A Neville se le metió en la cabeza llamar al abuelo por su cuenta, para hacerle saber que no se habían olvidado de él. Fue una tontería —su padre se enfadaría por tener que pagar dos llamadas, aunque fueran

con la tarifa baja—, pero Neville nunca había puesto una conferencia a larga distancia, y como él también acababa de cumplir años, trece, estaba ansioso por empezar a hacer cosas de adultos.

De forma que cogió el teléfono y pidió que lo conectaran con la operadora de Biloxi. «Le habla Neville Porter, haciendo una llamada personal al señor Porter», dijo Neville. La operadora, una mujer blanca con voz de ser mayor y quizá dura de oído, dijo: «¿Cómo se llama la persona con la que desea hablar?». «Señor Porter», repitió Neville. «¿Cuál es su nombre de pila?», preguntó la operadora. «No hace falta —le dijo Neville—. Es una casa privada. Sólo vive un señor Porter en ella.»

Y fue entonces cuando salió el demonio.

«Escúchame bien, negrito de los cojones —dijo el demonio—. Si crees que vas a llamar "señor" a un negro, más te vale replanteártelo. ¿Cómo se llama?» «N-N-Nelson», dijo Neville. El demonio se burló de su tartamudeo y luego lo hizo disculparse y dirigirse a ella como «señora» antes de conectarle la llamada. Para entonces, Neville ya ni siquiera quería hablar con su abuelo. No quería hablar con nadie.

—¿Por qué no le colgaste? —preguntó Curtis—. A la operadora, quiero decir, no a tu abuelo.

—No pude —explicó Neville—. Habría sido una falta de respeto.

—¿Y qué? Ella te había faltado el respeto a ti. ¿Y qué puede hacer ella a fin de cuentas desde mil seiscientos kilómetros de distancia?

—No está a mil seiscientos kilómetros de mi abuelo. ¿Y si se enfadaba de verdad y hablaba con todas las demás operadoras de allí? ¿Crees que mi abuelo iba a volver a recibir otra llamada telefónica?

Curtis se encabritó, escandalizado.

—¡No pueden hacer eso!

—Es Misisipi, atontado —dijo Neville—. Pueden hacer lo que les

dé la gana.

Caminando a su lado, Horace asintió con la cabeza para mostrarse de acuerdo.

—Mi padre me habló una vez de un pueblo del sur donde un año los negros montaron una caravana de coches para que la gente votara, de forma que el departamento de carreteras cortó todos los accesos entre la parte de color de la ciudad y los juzgados. Cortarle el teléfono a alguien no sería nada comparado con esto.

—Pues si a mí me cortaran el teléfono, les pondría una demanda —dijo Curtis, cuyo padre era abogado especializado en lesiones.

—¿Una demanda? —repitió Neville—. ¿Crees que podrías poner una demanda? Dios, ¿cómo puedes ser tan ignorante?

—¡Siempre se puede poner una demanda!

—En Misisipi no. La ley no es para la gente de color, al menos ahí abajo... ¡Una demanda! —Neville negó con la cabeza, disgustado—. Terminarías colgando de un poste telefónico, seguramente.

—¡No hace falta que lo digas tan contento! —exclamó Curtis.

—No estoy contento, simplemente sé lo que hay —contestó Neville—. Deberías probar a enterarte de las cosas alguna vez.

Ahora pudieron ver a lo lejos un toldo de color amarillo brillante que señalaba su destino, White City Comics Emporium. Sin dejar de negar con la cabeza y de decir entre dientes «¡Una demanda!», Neville apretó el paso para alcanzar a otros dos chicos que estaban haciendo el mismo peregrinaje de después de la escuela.

Horace se quedó con Curtis.

—No dejes que Neville te haga sentirte mal —dijo—. Yo le oigo esa clase de historias todo el tiempo a mi padre, y sé que son verdad, pero algunas son tan locas que ni siquiera me las quiero creer... ¿Sabes quién es Joe Bartholomew?

—¿Joe *el Pirata*? —Curtis dijo que sí con la cabeza—. Claro.

—Ya sabes que perdió el ojo en un accidente de coche cuando era pequeño. Y también perdió a su madre. Pues mi padre me contó

que su madre no se habría muerto si no hubiera sido porque el hospital de su pueblo de Alabama no trataba a gente de color. Tuvieron que llamar a una ambulancia de otro hospital que quedaba a unos ciento doce kilómetros, y para cuando llegó ya era demasiado tarde.

—¿De verdad? —preguntó Curtis—. O sea, sé que está todo segregado y tal, pero ¿también cuando te estás muriendo?

—Eso le pregunté a mi padre —dijo Horace—. Ya sabes, ¿intentaron al menos llamar al hospital de los blancos para ver si hacían una excepción? La madre de Joe *el Pirata* era maestra, así que pensé, quizá... Pero mi padre me dijo que la segregación no funciona así.

—Caray. —Curtis se tocó con el dedo el abrigo por encima de su cicatriz de apendicitis—. ¿Tú has estado alguna vez allí?

—¿En el sur? No, todavía no.

—Pues es un poco raro. Teniendo en cuenta que tu padre tiene una agencia de viajes y tal.

—Una agencia de viajes seguros —le recordó Horace—. Intenté ir una vez. Hace un par de años, mi padre hizo un viaje de negocios a Atlanta y le pedí que me llevara, pero mi madre dijo que no.

—Seguramente estaba preocupada por la posibilidad de que tuvieras un accidente de coche. O un ataque de asma.

—Un día iré —dijo Horace—. Antes de mudarme a Nueva York y empezar a trabajar en el mundo de los tebeos, quiero ver el sur en persona. Puedes venir conmigo si quieres.

—¿Y vivir la segregación en mis carnes? No, gracias. Creo que prefiero quedarme en casa y ser un ignorante.

—¡Eh! ¡Eh, chavales!

La llamada, grave y ronca, venía de un local comercial entablado frente al que acababan de pasar. En la puerta abierta había un hombre blanco sonriente; llevaba un traje arrugado y barba de dos días, como si fuera un hombre de negocios recién descarriado.

—¿Queréis ganaros un dinero? —preguntó—. Si uno de vosotros viene aquí un segundo, os doy un dólar.

—¿Un dólar a cambio de qué?—cuestionó Curtis.

—De frotarle la cabeza.

—¿Qué? —graznó Horace.

—Tú ven aquí y déjame que te frote la cabeza. —El hombre sostuvo en alto la mano derecha, cerrada a medias, y la agitó; ellos oyeron un traqueteo de dados—. Para darme suerte.

Neville, que a fin de cuentas no los había abandonado, volvió corriendo con ellos.

—Sed listos —dijo entre dientes, tirando de Horace y de Curtis—. No os paréis.

—¿De verdad no vas a entrar? —preguntó Neville.

—No puedo —dijo Horace—. Se lo he prometido a mi padre.

Asomado al escaparate del White City Comics Emporium, vio que volvía a estar a cargo de la tienda el señor D'Angelo. La semana anterior, cuando Horace había entrado con Reginald Oxbow, el señor D'Angelo estaba enfermo, y su sustituto se los había quedado mirando fijamente todo el rato que habían pasado en la tienda. Luego, al acercarse a la caja registradora para hacer sus compras, les había hecho quitarse los abrigos para demostrar que no estaban robando.

Aquella noche, el tío de Horace había ido a su casa a cenar, y durante la cena Horace había mencionado lo que había hecho el empleado. El tío Montrose se puso furioso:

—¿Y todavía le compras tebeos a ese tipo después de que te trate así?

—Bueno, sí —dijo Horace, y trató de explicar que el empleado no era el dueño de la tienda, o sea, que en realidad no le estaban

comprando los tebeos a él. Pero el tío Montrose no vio clara la distinción y le dedicó al padre de Horace una mirada que decía: ¿qué le estás enseñando a este chaval?

De manera que ahora la tienda era territorio vedado hasta que su padre encontrara un momento para pasar por allí y tener una charla con el señor D'Angelo sobre su empleado. Horace era consciente de que podría ser peor: el tío Montrose se habría saltado la charla y habría ido directo al boicot permanente.

—Si pudieras entrar, ¿sabes qué te comprarías? —le preguntó Curtis.

Horace se encogió de hombros.

—Estaba pensando en el nuevo de *Superboy*.

—Yo también estaba pensando en comprar ése —dijo Curtis, asintiendo con la cabeza—. ¿Algo más?

—Más que nada quería echar un vistazo, ya sabes, ver qué ha llegado esta semana.

—Pues entonces míranos a través del escaparate. Si veo algo bueno, te lo enseño.

Neville y Curtis entraron, y Horace se quedó frente al escaparate, dando pisotones en el suelo para combatir el frío. No llevaba mucho rato así cuando oyó que se le acercaba alguien por detrás. Creyendo que sería el hombre de los dados, se llevó una mano a modo de protección al cuero cabelludo, pero cuando se dio la vuelta, se encontró con dos hombres blancos, los dos bien afeitados. El de la izquierda se abrió el abrigo para enseñarle la placa de policía que tenía en el chaleco.

—¿Horace Berry? —dijo—. Soy el detective Noble, y mi compañero es el detective Burke. Tenemos unas preguntas que hacerte.

Los detectives lo llevaron a una cafetería de la misma calle. Una vez allí se quitaron de encima a la camarera dejándole ver sus placas de policía, acompañaron a Horace a un reservado en forma de U y se sentaron pegados a él, el detective Noble a su izquierda y el detective Burke a su derecha, lo bastante cerca como para que él no pudiera moverse sin chocar con uno de ellos, pero lo bastante separados como para obligar a Horace a girar constantemente la cabeza para mantener contacto visual con el que fuera de los dos que estaba hablando. A su incomodidad se añadía un cliente que se estaba fumando un puro en la barra, justo delante del reservado. Cuando Horace se fijó en la nube de humo que se elevaba por encima de la cabeza de aquel hombre, sintió que se le empezaban a agarrotar los pulmones y fue consciente de que para evitar un ataque de asma le iba a hacer falta respirar despacio y mantener la calma. Algo difícil en esas circunstancias.

—Así pues, Horace —empezó a decir el detective Noble—, el motivo por el que queremos hablar contigo...

—... es que creemos que nos puedes ayudar con una investigación —dijo el detective Burke.

—Nos gustaría saber qué nos puedes decir de esto. —El detective Noble puso sobre la mesa un ejemplar de *Las aventuras interplanetarias de Orithyia Blue*—. ¿Lo reconoces?

Horace cogió el tebeo. Era el número 11: el especial de Navidad. Estaba arrugado y roto, y tenía corrida la tinta de la portada. En la contraportada había una huella de neumático de barro.

—Lo han encontrado en la escena de un accidente —dijo el detective Noble.

—¡Un accidente! ¿Mi madre está bien?

—¿Tu madre? —se sorprendió el detective Burke—. Que sepamos, está bien.

—¿Qué te hace preguntar por ella? —dijo el detective Noble.

—Nada —contestó Horace. Bajó la vista y fingió interesarse por

la huella de neumático.

El detective Noble le pasó dos dedos a Horace por debajo de la barbilla y le inclinó la cabeza hacia arriba.

—Escúchame, Horace —le dijo—. No te conviene mentirnos.

—De verdad que no —ratificó el detective Burke—. Eso no te servirá de nada.

—Te voy a contar un secretito —dijo el detective Noble—. Los polis..., los polis listos..., muchas veces cuando hacemos una pregunta ya sabemos la respuesta. Pero la hacemos de todas maneras, porque nos gusta saber si la persona con la que estamos hablando está cooperando...

—... O intentando jodernos —dijo el detective Burke.

—Tú no estás intentando jodernos, ¿verdad, Horace? —soltó el detective Noble.

—¡No! —respondió Horace—. Pero no sé... no sé de qué va esto.

—No hace falta que sepas de qué va —dijo el detective Burke—. Sólo tienes que contestar nuestras preguntas.

—Aun así —añadió el detective Noble, con voz más amable—, seguramente te podríamos contar un poco, sólo para empezar esta relación con buen pie. —Miró a su socio—. Le podemos contar algo, ¿verdad?

El detective Burke se encogió de hombros.

—Un poco quizá.

—Claro. —El detective Noble se volvió a girar hacia Horace—. Todo es cuestión de hacer conexiones —dijo—. En los últimos meses, el detective Burke y yo hemos formado una unidad de vigilancia. ¿Sabes lo que es eso?

—¿Que están vigilando a alguien?

—Eso mismo. A un hombre llamado Caleb Braithwhite. ¿Te suena ese nombre, Horace?

Horace negó con la cabeza, consciente de que ahora los dos detectives lo estaban examinando con mucha atención.

—Pues bueno —dijo el detective Noble—, hemos estado rondando al señor Braithwhite y a la gente con la que se relaciona. Gente como tu primo Atticus, tu tío Montrose y tu padre.

—¿Mi padre? ¿Qué...?

—Y como nos gusta ser meticulosos —continuó el detective— también hemos estado prestando atención a gente que podría estar asociada con el señor Braithwhite, por mucho que no los hayamos visto nunca juntos. Tu madre entraría en esa categoría. O sea, que eso es lo primero.

—Lo segundo —indicó el detective Burke— es ese accidente...

—Un tiroteo accidental —apuntó el detective Noble—, pero con complicaciones...

—Sí, complicaciones extrañas —dijo el detective Burke—. Tres hombres muertos, dos más desaparecidos e indicios de al menos una persona que huyó de la escena. Y esto... —dio unos golpecitos con el dedo en el tebeo— estaba en el suelo cerca de las víctimas.

—El incidente pasó en Wisconsin, fuera de nuestra jurisdicción —explicó el detective Noble—. Pero las autoridades que lo están investigando son amigos de nuestro jefe y les gusta intercambiar favores y compartir información, de forma que terminaron enseñándole este tebeo, al que ellos no le habían visto ni pies ni cabeza.

—Normalmente tampoco habría significado nada para nosotros —observó el detective Burke—. Pero aquí es donde entra el tema de las conexiones...

—Orithyia Blue, un nombre poco común —dijo el detective Noble—. Orithyia era una reina de las amazonas. No muy famosa, sin embargo. En los tiempos que corren, la única amazona de la que ha oído hablar la gente es Wonder Woman. Y si alguien conoce a una reina de las amazonas, seguramente es la madre de Wonder Woman. ¿Cómo se llamaba?

—Hipólita —apuntó el detective Burke.

—Eso mismo. Hipólita, que en inglés se traduciría por «Hippolyta».

—Orithyia Blue —continuó el detective Burke—. Hippolyta Berry. Qué interesante coincidencia.

—Y se pone más interesante —explicó el detective Noble— si uno se entera, como nosotros, de que el nombre de soltera de tu madre es Hippolyta Green.

—Blue y Green, azul y verde. —El detective Burke sonrió—. Y las dos son mujeres de color.

—También sabemos que tu madre hace muchos viajes por carretera —dijo el detective Noble—, y que estaba de viaje la noche del 21 de diciembre, que es cuando pasó el incidente en Wisconsin. No nos habríamos imaginado que fuera fan de los tebeos, pero tu maestra, la señora Freeman, nos ha dicho...

—¿Han hablado con la señora Freeman?

—Como he dicho, somos meticulosos. La señora Freeman nos ha contado que eres todo un artista. Así que ya ves adónde lleva esto —concluyó el detective Noble—. Y ahora que hemos compartido todo esto contigo, Horace, es hora de que empieces a compartir tú con nosotros. Esto es obra tuya, ¿verdad?

No tenía sentido negarlo.

—Sí, señor.

—¿Y tú se lo diste a tu madre antes de que se fuera de viaje?

Horace dijo que sí con la cabeza.

—¿Y sabes adónde se fue?

—A Minneapolis.

—O sea, que debió de pasar por Wisconsin.

—Supongo.

—¿Y qué pasó?

—No lo sé. —El detective Burke se inclinó de golpe hacia él—. ¡Es verdad!

—Sabes algo —insistió el detective Burke.

—¡Me dijo... me dijo que lo había perdido!

—¿Cuándo?

—Cuando volvió —contó Horace—. En Navidad. Primero me preguntó si había sacado el tebeo del coche, y cuando le contesté que no, me dijo que lo debía de haber perdido. Estaba preocupada. —Nada más salirle las palabras de la boca se arrepintió de haberlas pronunciado—. Pero ella nunca...

—¿Ella nunca qué?

—¡Nunca haría nada malo!

—Quizá no por su cuenta —dijo el detective Noble—. Pero si el señor Braithwhite le pidiera que hiciera algo por él...

—¡No conozco a ningún señor Braithwhite! Yo...

—Tranquilo, Horace, te creemos. Pero mira, ahora tenemos este problema. El detective Burke y yo necesitamos respuestas. Podemos simplemente ir a preguntarle directamente a tu madre, pero si está trabajando para Braithwhite es posible que no quiera hablar con nosotros...

—Y eso podría acabar mal —dijo el detective Burke—. Enseguida.

—Haremos lo que tengamos que hacer —dijo el detective Noble —. Pero lo que se me ocurre es que quizá puedas hablar con tu madre por nosotros. Con sutileza. Pregúntale si encontró el tebeo perdido y luego mira a ver si puedes conseguir que te hable de su viaje a Minneapolis.

—Y cuando le hayas sacado lo que puedas de eso —añadió el detective Burke—, prueba a mencionar el nombre del señor Braithwhite. Quizá puedas decir que le has oído por casualidad el nombre a tu padre. A ver cómo reacciona.

—Y luego vienes a vernos —concluyó el detective Noble—. Y nos lo cuentas todo. ¿Qué dices, Horace? ¿Crees que puedes hacerlo?

Él se moría de ganas de decir que no. Además de no querer traicionar la confianza de su madre, Horace sentía que todo esto era una farsa, y que los detectives ya habían decidido lo que iban a

hacer. Si entraba en sus planes hacer daño a la madre de Horace, nada de lo que él aceptara o rechazara hacer cambiaría las cosas. En cuyo caso debería negarse a obedecerlos y sufrir las consecuencias con su dignidad intacta. Pero no era lo bastante valiente, ni mucho menos, para hacer aquello, y la mera idea de decir que no le provocaba otro espasmo de advertencia en los pulmones.

—Puedo intentarlo —dijo, y las palabras le salieron jadeantes—. Puedo intentar hablar con ella.

El detective Noble puso cara triste.

—Oh, Horace —dijo—. Me decepcionas.

—Te avisamos de que no nos mintieras, Horace —dijo el detective Burke.

—¡No estoy mintiendo! —exclamó Horace—. Hablaré con mi madre. Le... —Pero se interrumpió, tosiendo. El cliente del puro se había levantado de la barra y se estaba acercando al reservado, precedido por un fuerte hedor a humo.

—¿Y bien? —preguntó el hombre del puro.

—Perdone, capitán Lancaster —le dijo el detective Noble—. Me parece que Horace no va a cooperar con nosotros.

—Se cree que puede seguirnos la corriente —alegó el detective Burke—. Engañarnos para que le dejemos marcharse e irse corriendo a casa a avisar a papá y mamá.

—Muy bien —observó el capitán Lancaster—. Pues lo haremos de la otra forma. —Dio una calada al puro, y mientras la brasa de la punta se ponía incandescente, Horace sufrió un tic en el ojo izquierdo—. Ponedlo de pie —añadió el capitán.

Los detectives agarraron a Horace de los brazos, lo levantaron en vilo de su asiento y lo pasaron por encima de la mesa. Horace pataleó y trató de chillar, pero los pulmones no le daban el aire suficiente, y en cuanto lo dejaron en el suelo de delante del reservado vio que de todas maneras no importaba. La camarera y el resto de los clientes de la cafetería habían desaparecido. Estaba a

solas con los detectives, el capitán y la brasa del puro.

Horace se puso a mover la cabeza de lado a lado hasta marearse, decidido a presentar un objetivo en movimiento, pero la intención de Lancaster no era dejarlo ciego. Lo que hizo fue coger el puro con la mano derecha y escupirse un espeso gargajo en la izquierda. Se volvió a meter el puro entre los dientes, dio una palmada y frotó las manos con brío. Horace dejó de moverse en cuanto vio algo que parecía vapor saliendo a chorros de entre las palmas del capitán.

Luego el capitán dijo:

—Aguantadle la cabeza.

Y Horace empezó a forcejear otra vez. Pero el detective Burke le clavó los dedos en la parte de detrás del cráneo, y el capitán extendió las manos calientes y bañadas en saliva y le masajeó el cuero cabelludo a Horace como si estuviera decidido a quitarle, a base de frotar, hasta la última pizca de suerte que poseyera.

Aquella noche tuvo el sueño de las cabezas.

Era un sueño que venía de antiguo. Cuando Horace tenía siete años, había viajado con su tío a un almacén de Gary, Indiana. Se trataba de una chatarrería gigante especializada en equipamiento industrial de segunda mano, adonde los jefes de Montrose lo habían mandado a buscar una rotativa usada.

Mientras el tío Montrose hacía sus negocios, Horace se dedicó a explorar la colección de piezas de maquinaria del almacén. Las más grandes estaban a la vista en los estantes o en el suelo, mientras que los objetos más pequeños estaban recogidos en cajones de madera. Los cajones también eran de segunda mano, y algunos todavía llevaban las etiquetas de los productos que habían contenido originalmente. Mientras deambulaba, Horace empezó a inventarse la

historia de una tienda de comestibles para robots, «un robocolmado» que vendía lechugas hechas de aspas de ventilador y frutas con hueso que eran tubos de vacío.

En las sombras del fondo de un estante bajo divisó un cajón con la etiqueta CABEZAS DE NEGROS DE GEORGIA; la inscripción iba acompañada de la caricatura de un negrito pecoso y con dientes de conejo. En lo que debía de ser la idea que alguien tenía de un chiste, la parte de la etiqueta que mostraba el cuerpo del chico había sido arrancada, dejando solamente la cabeza sonriente y el sombrero de paja de ala ancha.

Un hombre blanco que estaba buscando algo en la misma hilera de estantes vio que Horace miraba el cajón.

—Son sandías —le dijo el hombre—. Sandías pequeñas, del tamaño de tu cabeza. Tienen la corteza negra y una parte peluda alrededor del tallo. Es por eso por lo que las llaman cabezas de negros. Se pueden comer las semillas.

En el trayecto de vuelta a casa, Horace se quedó dormido en el coche y soñó que estaba en la sección de frutas y verduras de un supermercado grande, delante de un expositor ocupado por una pirámide de cabezas de chicos de color pulcramente amontonadas.

Las cabezas en sí no daban tanto miedo. No es que estuvieran cortadas, simplemente les faltaba el cuerpo. Estaban vivas y no parecía que sufrieran; la mayoría parecían simplemente aburridas o bien dormían. Lo más enervante era que ninguno de los clientes de la tienda parecía encontrarlas raras. Pasaban empujando su carrito por delante del expositor sin echarles ni un vistazo, y cuando las miraban era con indiferencia, como si realmente no fueran más que una pila de sandías. Horace se moría de ganas de decir algo, de señalar que no, que eran cabezas de niños. Pero al mismo tiempo le daba miedo llamar la atención, y estaba seguro de que si la llamaba pasaría algo horrible.

El sueño había regresado muchas veces, normalmente en las

épocas en que él estaba ansioso por algo. En las versiones más recientes, su propia cabeza también estaba en el expositor.

Esta vez, la cabeza de Horace seguía sobre sus hombros, pero las caras de Neville, Curtis y del hijo del reverendo Oxbow, Reggie, lo miraban todas desde el montón.

Era después del cierre. Las luces del supermercado estaban atenuadas y no había clientes, una situación que Horace no recordaba que se hubiera dado nunca antes. Echó un vistazo nervioso hacia la parte de atrás de la tienda. Había algo moviéndose allí, haciendo ruidos furtivos en las sombras. Fuera lo que fuese, Horace supo instintivamente que no quería hacerle frente. Necesitaba salir de allí.

Pero cuando miró al frente de la tienda, no había puerta de salida, sólo una hilera de ventanales opacos y de color blanco lechoso. La luz que entraba de fuera proyectaba en el cristal las siluetas de dos hombres. Los detectives, Burke y Noble, esperaban en el aparcamiento: si rompía un ventanal para escaparse, lo atraparían.

«Arranca ya y sácales ventaja —se dijo Horace a sí mismo—. Atraviesa la ventana y no te pares: no se lo esperarán.» Se puso en la marca de salida, y estaba a punto de echar a correr cuando algo le hizo mirar de nuevo hacia las cabezas. Neville, Curtis y Reggie lo estaban mirando con expresiones suplicantes. «No nos dejes aquí —le decían sus caras—. No nos abandones.»

La criatura del fondo de la tienda se estaba acercando, moviéndose a toda prisa por un pasillo que llevaba a la sección de frutas y verduras. Horace buscó frenéticamente algo donde meter las cabezas. En un estante de debajo de un mostrador con melocotones apilados vio una cesta de mimbre. Pero cuando Horace intentó cogerla, la cesta se le escapó de las manos. Se agachó y se inclinó hacia delante, con la mejilla pegada al frente del mostrador y tanteando a ciegas con los brazos el interior del estante.

Se apagaron las luces. Algo se movió a su lado, y un melocotón cayó y le reventó en el hombro, podrido y pringoso. Horace soltó un grito de asco y salió dando tumbos hacia atrás para evitar la avalancha de melocotones que vino a continuación. Levantó los brazos en gesto defensivo, esperando que algo saliera volando de la oscuridad y se le echara encima. En aquel momento se dio cuenta de que tenía algo pesado en el hombro que no era sólo el resto del melocotón reventado; tenía algo pesado encima de los dos hombros. Unas manos fuertes lo cogieron por detrás y le taparon las orejas, agarrándolo con fuerza. Retorciéndole la cabeza. Horace se despertó entre gritos, pero no sin antes sentir que le daban una vuelta completa a la cabeza y se la desprendían de la parte superior de la columna vertebral con tanta facilidad como si estuvieran cosechando una fruta madura de la rama.

Cuando salió a desayunar, sus padres estaban discutiendo. La madre de Horace había hecho planes de última hora para viajar en coche a Nueva York el fin de semana y ver a su madre. Pero el padre de Horace contaba con que ella reemplazara a Victor Franklin en la oficina de la agencia de Gran Boulevard mientras Victor estaba en Filadelfia en la boda de su hermana.

Normalmente, Horace se habría mantenido al margen. Pero si su madre se iba a ir de viaje sola —y daba la impresión de que estaba decidida a hacerlo—, él necesitaba avisarla de que la policía le iba detrás.

Había intentado decírselo el día antes. Después de que los detectives lo soltaran, había vuelto corriendo a casa. Le ardía el cuero cabelludo, como si la saliva del capitán hubiera estado mezclada con ácido de batería, y nada más entrar en el apartamento había metido la cabeza debajo del grifo del agua fría. La quemazón

remitió, pero le quedó un residuo de picor del que no pudo deshacerse por mucha agua con jabón que se aplicara.

El picor de su cuero cabelludo se vio replicado por un picor en la garganta y en los pulmones. Tal como descubrió a lo largo de la tarde y la noche, cualquier intento de contarle a sus padres su encuentro con la policía provocaba que el picor arreciara. Como mucho conseguía decir tres o cuatro palabras y se echaba a toser. Cuanto más intentaba hablar, más fuerte tosía, hasta que terminaba teniendo espasmos como un gato con bolas de pelo en la garganta.

Había confiado en que se le curaría durmiendo. Pero de hecho el picor parecía haber progresado a una fase más avanzada, en la que el mero hecho de *pensar* en hablar ya bastaba para desencadenarlo.

—No entiendo por qué tengo que hacerlo yo —estaba diciendo su madre—. ¿No le puedes decir a Atticus que lo haga él?

—Atticus no vuelve de Míchigan hasta mañana por la mañana —repuso su padre—, y me imagino que cuando llegue querrá dormir.

Tos.

—¿Y por qué no Quincy?

—A Quincy lo necesito en la oficina de Douglas. ¿Por qué no te esperas a que vuelva Victor el martes y vas a ver a tu madre entonces?

—Porque la semana que viene va a cambiar el tiempo, y si hay tormenta de nieve, no podré ir a ninguna parte.

Tos. Tos. Horace cogió su vaso.

—George —intervino su madre—. Necesito pasar unos días en la carretera. Ya sabes cómo me pongo. Y últimamente me he estado sintiendo encerrada.

—Está claro que algo has estado sintiendo, y no sólo últimamente —declaró su padre—. Si hay algo que no me has...

Horace soltó una tos explosiva, rociando de leche todos sus huevos revueltos y una buena parte de la mesa que los rodeaba.

—Dios bendito —exclamó su madre.

—Horace —dijo su padre—. ¿Estás bien?

No, no estaba bien. Pero estaba empezando a entender que no le estaba permitido decirlo.

Horace formaba parte de un equipo rotativo de chicos que hacían recados después de la escuela para la tienda de comestibles de Rollo Danvers. Trabajaba allí tres, o a veces cuatro días por semana y se sacaba cinco centavos fijos por reparto más lo que consiguiera de propina. Normalmente intentaba llegar pronto y llevarse la primera entrega de la tarde, pero ese día Horace dejó que los otros chavales le pasaran por delante para tener tiempo de terminar un proyecto que había empezado en clase.

Sus padres habían llegado a un acuerdo. Su madre se haría cargo hoy y mañana de la oficina de Gran Boulevard y saldría para Nueva York al día siguiente por la noche, mientras que su padre buscaría a alguien que la sustituyera el lunes. Entretanto, Horace, decidido a pasarle una advertencia a su madre sin decírsela en voz alta, había optado por meter su mensaje en clave en un tebeo. Parecía más sensato escribirle simplemente una nota, pero Horace estaba acostumbrado a comunicarse así.

No tenía tiempo para escribir un cómic entero, así que concentró sus esfuerzos en una ilustración única de una página. Orithyia Blue estaba en el centro y en primer plano, surcando el espacio abierto, distraída por el contenido del bocadillo todavía sin rellenar de pensamientos que tenía junto a la cabeza. Siguiéndola de cerca, y muy fáciles de ver si hubiera estado mirando el retrovisor, había un par de frenéticos cazarrecompensas. Horace había dedicado un montón de tiempo a dibujarles las caras.

El dibujo ya estaba terminado. Le faltaba decidir sólo qué decían los dos cazarrecompensas y qué estaba pensando Orithyia. Se sentó

en el cuartito de atrás de la tienda de comestibles, con el cuaderno sobre las rodillas, intentando pensar las palabras adecuadas, que siempre era la parte que le resultaba más difícil. Le seguía picando el cuero cabelludo y eso hacía que le costara concentrarse. Se rascó la cabeza con furia para conseguir unos segundos de alivio y bajó la punta del lápiz hasta el bocadillo de los diálogos del cazarrecompensas Noble.

Horace.

Levantó la vista, pensando que le había hablado Rollo. Pero Rollo estaba en el mostrador delantero, hablando por teléfono con un cliente, y ahora mismo no había nadie más en la tienda. Horace volvió a bajar la vista para mirar su cuaderno.

Y la volvió a levantar. Esta vez no había sido un sonido, sino una sensación: la sensación incómoda de que alguien lo estaba observando.

En un estante alto de la pared de enfrente había trapos, cepillos y una variedad de productos de limpieza, incluyendo un bote de abrillantador de metales Old Carolina que Rollo usaba para sacarle brillo a la caja registradora. El bote estaba ilustrado con un dibujo de un mayordomo negro, un pariente menos ilustre del tío Ben y la tía Jemima al que Horace había apodado el primo Otis. Otis tenía *algo raro*, sin embargo; algo siniestro en la geometría de su cara que sugería, o al menos se lo sugería a Horace, que detrás de su sonrisilla servil estaba planeando cargarse a la familia a la que le limpiaba la cubertería. Horace había usado un boceto de Otis como base para Iago, el botones androide homicida del número 9 de *Orithyia Blue*.

Hoy Otis parecía tener un poco más de vida en los ojos, y su mirada, normalmente clavada en la tetera reluciente que tenía entre manos, estaba dirigida hacia fuera, de tal forma que la carga de su sonrisilla maliciosa recayó en Horace.

Ridículo. Pero en cuanto a Horace se le metió el pensamiento en

la cabeza, ya no se lo pudo sacar: Otis lo estaba observando.

Horace le dio la vuelta a su silla y la volvió a meter debajo del saliente del estante. Se recolocó el cuaderno de dibujo en el regazo e intentó concentrarse otra vez.

Acababa de tener una idea y estaba tocando el papel con el lápiz cuando oyó un ruido de algo que raspaba suavemente en el estante que tenía encima. Un hilillo de polvo le cayó con delicadeza sobre el cuaderno, moteando la página. Horace se quedó mirando las motas mientras por su cuero cabelludo correteaba un ejército de ácaros imaginarios. Luego volvió el ruido, más fuerte. Horace echó la cabeza hacia atrás, levantando una mano para protegerse los ojos, y una botella de limpiador de desagües le golpeó en el pecho.

Se levantó de un salto de la silla, dejando caer al suelo el cuaderno y el lápiz, y pegó la espalda a la pared de delante. En el estante de arriba, el bote del primo Otis seguía exactamente donde había estado, aunque su sonrisa parecía un poco más ancha, como diciendo: ¿qué mosca te ha picado, chico?

—¡Horace! —lo llamó Rollo—. ¡Te toca!

En el frío de fuera, el picor de su cuero cabelludo se convirtió en unos pinchazos helados que le generaron oleadas de paranoia desatada. Mientras Horace cargaba con la cesta del reparto por unas calles teñidas de rosa por el sol poniente de invierno, sorprendió a su ansiedad obsesionándose por objetos casi al azar, como un balancín de un parque infantil cuya sombra cada vez más larga se parecía a la de un gigante demacrado y decapitado.

Rollo le había dado cuatro repartos que hacer, el último para la señora Vandenhoek, una nonagenaria holandesa que llevaba viviendo en Washington Park desde los tiempos en que era un vecindario de blancos. Vivía sola en una casa rodeada de bloques de

pisos de ladrillo. Llevarle el reparto era un ejercicio de paciencia. Parecía pasar la mayor parte de su tiempo en el piso de arriba, y cuando uno llamaba al timbre, abría una ventana y se asomaba, sin decir nada, simplemente mirando con cara de recelo y los ojos entrecerrados, como el guardia miope de un castillo intentando decidir si bajaba el puente levadizo. Al final iba hacia la puerta y descorría por lo menos media docena de cerrojos, a juzgar por el ruido. Nunca llevaba el dinero con ella la primera vez que bajaba, y daba igual qué tiempo hiciera, no le dejaba entrar en la casa. Lo que hacía era obligarlo a esperar fuera mientras guardaba la compra y se iba al escondrijo remoto donde tenía su dinero. (Horace se imaginaba una bóveda subterránea, situada tres o cuatro niveles más abajo y protegida por troles que hablaban holandés.) Cuando ya se había tenido tiempo para reflexionar sobre la naturaleza fugaz de la juventud, ella regresaba a la puerta, la abría esta vez con la cadenilla puesta y daba el importe de la compra más diez centavos de propina.

Ese día, consciente de lo poco que faltaba para que oscureciera, Horace rompió el protocolo y le preguntó a la señora Vandenhoek si quería que le entrara la compra en casa. Ella le dedicó una de sus miradas de ojos entrecerrados, como si él le hubiera ofrecido entrar a degollarla, y se limitó a seguir con su rutina de siempre. Mientras ella se dirigía a su bóveda, Horace dejó la cesta en el suelo y se giró nerviosamente, rascándose la cabeza, hasta que su ansiedad encontró un nuevo objetivo: la decoración navideña de la señora Vandenhoek.

La decoración, que aparecía en el jardín de la señora Vandenhoek a finales de noviembre y normalmente se quedaba todo el invierno allí, consistía en un pesebre de madera, deformado por el tiempo y los elementos, y una estatuilla de medio metro del Papá Noel holandés, Sinterklaas, que iba montado en un caballo blanco y tenía un gorro parecido al del papa. Entre el Sinterklaas y el pesebre

había una segunda estatuilla que uno podría confundir con un jinete de jardín con atuendo renacentista. Era el Negro Pete, el elfo de piel oscura que trabajaba de matón de Sinterklaas, espiando y castigando a los niños malos.

Horace se había enterado de la existencia del Negro Pete no por la señora Vandenhoek, sino por Rollo, que había combatido en la Segunda Guerra Mundial y al terminarse el conflicto se había dedicado a viajar por Europa. En diciembre de 1945 había estado en Ámsterdam, y al despertarse una mañana se había encontrado las calles abarrotadas de hombres con la cara pintada de negro. «Pedían a los jeeps del ejército que los llevaran —dijo Rollo—, o sea, que parecía que nos hubiera invadido el ejército de los negritos de cabaret.»

El Negro Pete de la señora Vandenhoek parecía un negro de verdad, no un blanco con la cara pintada, pero ahora Horace vio que también se parecía mucho al primo Otis, por lo menos alrededor de los ojos y de la boca. Después de intentar sin éxito dejar de ver el parecido, Horace cambió de postura hasta que su perspectiva de la cara del Negro Pete quedó eclipsada por la cabeza del caballo de Sinterklaas.

Pasó un minuto. Horace pisoteó el suelo para entrar en calor, se sopló en las manos y vio que el Negro Pete había salido de detrás del caballo. Horace intentó convencerse de que era él quien se había movido, pero el problema era que el Negro Pete no sólo había vuelto a aparecer en su campo visual, sino que además se había dado la vuelta, de manera que en vez de mirar hacia la calle como de costumbre, ahora estaba contemplando fijamente —y sonriendo— a Horace.

El estruendo repentino de la bocina de un coche hizo que Horace apartara la vista. Sólo fue un segundo, pero cuando volvió a mirar el Negro Pete ya no estaba.

Los pinchazos en el cuero cabelludo le bajaron por el pescuezo.

Empezó a darse la vuelta, y algo que dio toda la sensación de ser una pierna diminuta le puso una zancadilla por detrás del tobillo; él se cayó hacia atrás y se quedó despatarrado y chillando en el caminillo de entrada de la señora Vandenhoek. La puerta de entrada de la casa se abrió de golpe y apareció la señora Vandenhoek, fulminándolo con los ojos entrecerrados y con el puño crispado en torno al dinero de la compra y los diez centavos de propina que Horace tenía la fuerte sospecha de que ya no iba a recibir.

En cuanto al Negro Pete, volvía a estar al lado de Sinterklaas, con una cara que era todo inocencia salvo por el ligero asomo de una sonrisilla que sólo podían ver los ojos de Horace.

El sábado, Curtis y Neville trajeron el muñeco diabólico a la iglesia.

La iglesia del monte Sion había sido una sinagoga antes de que el vecindario cambiara, y previamente había sido el local de culto de una austera secta de protestantes blancos. El edificio no tenía campanario pero sí un desván, al que se accedía por una escalera estrecha y empinada que salía de detrás del altar. Como tenía el techo demasiado bajo para usarse para algo más que como almacén, el desván se había pasado años completamente abandonado, hasta que Reggie Oxbow había convencido a su padre para que le dejara convertirlo en la sede de su club.

El desván era el feudo personal de Reggie, pero su señorío tenía un precio: a cambio tenía que cuidar de su hermana pequeña, June, a quien todo el mundo llamaba Bicho. A Bicho y a sus amigas les correspondía una pequeña parte del desván, cerca de la escalera, mientras que el resto del espacio estaba reservado en exclusiva para Reggie y sus amigos.

Allí arriba jugaban a muchas cosas. La señora Oxbow llevaba la tienda benéfica en el sótano de la iglesia, de manera que Reggie y

Bicho tenían la primera opción para quedarse todos los juguetes que se donaban. Reggie había reunido una colección impresionante de juegos de mesa de segunda mano. Los chavales también se inventaban juegos a base de saquear las piezas repetidas del Monopoly.

En las últimas semanas se habían obsesionado con un juego que llamaban Kreeg. Kreeg era la abreviatura de Das Kriegsspiel, «El juego de la guerra». Horace había encontrado el manual en una caja de libros en idiomas extranjeros que había en la librería de Thurber Lang. El texto estaba en alemán, pero gracias a las ilustraciones había deducido que era un reglamento para reconstruir las campañas napoleónicas con dados y soldaditos de plomo.

Horace había reclutado a Rollo, que todavía se acordaba de un poco de alemán de cuando había estado en la guerra, para que los ayudara a traducirlo. Luego le llevó las reglas traducidas a Reggie, que al principio recibió la idea con frialdad y le dijo sin ironía que no le interesaba hacer de Napoleón. Fue Curtis quien convenció a Reggie, señalándole que podían mantener intacto el esqueleto del juego pero cambiar su temática. Y así fue como los caballos de guerra y los barcos de Europa se convirtieron en *thoats* y en voladores de Barsoom, y las potencias continentales en las razas de Marte, y así nació el Kreeg. En su primera partida, los marcianos liderados por John Carter tenían que defender las ciudades gemelas de Helio Mayor y Helio Menor contra un contingente mixto de marcianos verdes, amarillos y negros. Fue una batalla desequilibrada, pero también fue un gran éxito, sobre todo para Reggie, cuyos marcianos verdes lideraron una victoria aplastante sobre los rojos de Neville.

Aquel sábado, cuando Reggie y Horace subieron la escalera del ático, se encontraron a Neville y a Curtis ultimando los detalles de una partida nueva. Desplegada sobre las cajas de cartón que usaban para representar el terreno marciano, y también alrededor de ellas,

había una fuerza combinada de soldaditos de plástico, vehículos de juguete, piezas de ajedrez, damas y fichas del Monopoly y de parchís. Normalmente, todas estas piezas habrían estado divididas en grupos bélicos distintos y enfrentados, pero hoy se habían unido contra un adversario singular, un feo muñeco negro que Horace no había visto nunca.

—¿Eso qué carajo es? —dijo Reggie.

Detrás de él, Bicho levantó la vista del solitario de «Escaleras y toboganes» al que estaba jugando y entonó con solemnidad:

—Es el diablo.

De acuerdo con la caja en que había venido (y sobre la que ahora estaba plantado, como una estatua de pies planos sobre su pedestal), era un muñeco diabólico pigmeo africano completamente articulado: un enano brujo, de cuarenta y cinco centímetros de altura, de los cuales un tercio aproximadamente eran cabeza. Tenía el pelo de la cabeza entretejido en forma de unas trenzas cortas lastradas con pedazos de hueso, y otro hueso más grande encajado de costado en la nariz. Los ojos se le hundían por debajo de unas cejas lanosas, y su boca estaba abierta en una sonrisa lasciva de labios gruesos y dientes salidos, de la que asomaba una lengua roja y afilada. Las cicatrices de rituales tribales le cubrían el pecho y los brazos desnudos. De una correa que llevaba al cuello le colgaba una calavera en miniatura, y otra igual remataba la vara de brujo que blandía en la mano. De la cintura de su falda de hierbas le colgaba una cabeza encogida diminuta como si fuera un reloj de bolsillo.

Era repugnante hasta el punto de resultar cómico, pero al estilo de un payaso, que quizá no fuera tan gracioso de noche. Ciertamente, lo primero que se imaginó Horace al verlo fue cómo sería encontrarse al muñeco escondido debajo de su cama o acechando en un armario; seguramente en esas circunstancias no haría ninguna gracia.

—¿Verdad que es chulo? —preguntó Neville—. Lo he sacado de

un cubo de basura de detrás de la tienda de caridad que hay cerca de mi casa. No me ha costado ni un centavo.

—¿Y para qué lo has traído *aquí*? —inquirió Reggie—. ¿Te olvidas de que esto es la casa de Dios?

Neville puso los ojos en blanco.

—La iglesia está abajo —dijo.

—Además —añadió Curtis—, no es un diablo de verdad, es un robot.

—¿Un qué?

—Un robot —repitió Neville—, construido por Ras Thavas —el científico loco marciano rojo— para engañar a los marcianos verdes. Está diseñado para parecer un espíritu tribal gigante marciano, pero Tars Tarkas se da cuenta de que en realidad es una máquina y manda a John Carter a reunir a todos los demás marcianos para luchar contra ella.

—Tiene trescientos cincuenta puntos de batalla —explicó Curtis —. O sea, que es muy difícil matarlo. Y tiene toda clase de armas especiales...

—Como rayos desintegradores que le salen de los ojos —dijo Neville—. Y un pisotón de la muerte.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Reggie.

—Pues de una batalla —contestó Curtis—. Una nueva que nos hemos inventado.

—No, no, no... Hoy no vamos a empezar ninguna batalla *nueva*, sobre todo con un muñeco diabólico. Vamos a hacer el asedio de Helio.

—Pero si ya lo hemos hecho. Un millón de veces.

—Claro, porque es divertido.

—Será divertido para ti —dijo Neville—. Yo ya estoy harto.

—Sí, Reggie —afirmó Curtis—. Probemos esto hoy. Estará bien, ya verás.

—No. Ni hablar. —Reggie se metió en el campo de batalla,

dispersando a la infantería marciana con su propia versión del pisotón de la muerte—. Montemos el escenario de Helio. Y saquemos de aquí a este muñeco diabólico.

—Ajá —dijo Neville, y de pronto Reggie y él estaban golpeándose en el pecho y gritándose mientras Curtis intentaba separarlos.

En circunstancias normales, Horace también se habría interpuesto entre ellos, pero esta vez no. Estaba demasiado ocupado mirando al muñeco diabólico.

Neville le había dado un golpe a la caja del muñeco diabólico al pasar, y el muñeco se había tambaleado y había estado a punto de caerse. Pero no sólo no se cayó, sino que recuperó el equilibrio: flexionó los tobillos y las rodillas por debajo de la falda de hierba para estabilizarse otra vez. Mientras los chavales se gritaban entre ellos, el muñeco giró su cabeza enorme para mirar con ira la espalda de Neville y levantó la vara de brujo como si le fuera a lanzar una maldición.

«Eh, chavales —intentó decir Horace—. El muñeco diabólico se está moviendo.» Pero lo que le salió de la boca fue un resollar sin palabras. El muñeco lo oyó, sin embargo, y en ese momento giró la cabeza hacia él. Mientras le estaba aguantando la mirada, Horace vio que le danzaban alrededor de los ojos una especie de chispas; quizá el aviso previo de un rayo desintegrador; y de pronto le volvió a arder el cuero cabelludo, peor que nunca, y los pulmones también.

Curtis fue el primero en fijarse en sus jadeos desesperados por coger aire.

—¿Horace? —dijo mientras Horace agarraba la viga del techo que tenía encima de la cabeza y con la otra mano intentaba señalar, pensando: mirad, mirad, mirad el muñeco... Pero ninguno de ellos miró, salvo Bicho, que a Horace le pareció, antes de perder el conocimiento, que ahogaba un grito.

Luego, el muñeco diabólico blandió su vara de brujo y le centellearon los ojos. A Horace se le pusieron los suyos en blanco y

se desmayó, aplastando ejércitos enteros en su caída.

Se despertó en una cama de hospital. Al otro lado de la ventana estaba oscuro, y dentro de la habitación la única luz venía de una lamparilla de noche. Como al principio sólo vio el techo en penumbra que tenía encima, Horace creyó estar otra vez en el supermercado de las cabezas. Se sentó de golpe, ahogando un grito.

—Tranquilo —le dijo su padre. Se inclinó hacia delante en su silla junto a la cabecera de la cama y le dio un apretón cariñoso en el hombro—. ¿Cómo te sientes?

—Raro. —Notaba los pulmones doloridos, pero se tocó la coronilla, como si la verdadera causa de incomodidad la tuviera allí —. ¿Qué ha pasado?

—Te entró la asfixia y estuviste a punto de dejar de respirar —dijo George—. El reverendo Oxbow decidió no esperar a la ambulancia. Te metió en su coche y te llevó a urgencias en la mitad de tiempo.

Horace asintió con la cabeza mientras le venían fogonazos de recuerdos: alguien llevándolo semiconsciente en medio del frío; las caras preocupadas que se inclinaban sobre él; una aguja que le entraba en el brazo y alguien que le cubría la cara con una mascarilla. Y luego se acordó del muñeco diabólico.

—¿Horace? —preguntó su padre, alarmado por la expresión de la cara del niño—. Horace, ¿estás bien? —Buscó con la mano el timbre para llamar a la enfermera.

—¡Estoy bien! —contestó Horace—. Lo siento... Estoy... No me pasa nada.

—¿Seguro?

Horace se obligó a decir que sí con la cabeza. Y luego preguntó:

—¿Dónde está mamá?

—De camino a Nueva York.

—¿Ya? —Se empezó a inquietar otra vez—. Pensaba que no saldría hasta esta noche.

—Ése era el plan. Pero esta mañana hemos tenido otra conversación y nos hemos planteado si realmente la oficina de Grand Boulevard necesitaba abrir hoy... Sólo hacía una hora que se había marchado cuando me ha llamado el reverendo...

—¿Se ha llevado el dibujo que le hice?

—No lo sé. No he prestado atención a lo que se llevaba.

—Tenemos que ir a casa —dijo Horace—. Tenemos que estar ahí en caso de que llame.

—¡Para el carro! —George le puso una mano en el hombro a Horace—. El médico quiere que pases la noche aquí.

—Pero si mamá nos intenta llamar...

—No va a llamar esta noche. Ya conoces a tu madre: es cuando suena el teléfono que te tienes que preocupar. Llamará en algún momento de mañana y para entonces ya estarás en casa.

Alguien pasó corriendo por el pasillo de fuera. Horace giró la cabeza hacia el ruido.

—Te vas a quedar esta noche conmigo, ¿verdad?

—Sí, claro... Horace, ¿seguro que estás bien?

—Estoy bien —respondió, todavía mirando al pasillo—. Cansado nada más.

Por la mañana se fue a casa. Curtis y Neville pasaron a verlo después de la iglesia. Le trajeron una tarjeta de parte de los Oxbow deseándole una pronta mejoría y una bolsa de las galletas de jengibre de la señora Oxbow.

—Reggie también quería venir —dijo Curtis—. Pero está castigado.

—¿Castigado por qué? —preguntó Horace.

—Porque ha pegado a Bicho y la ha hecho caer por la escalera —dijo Neville—. Está bien, sólo un poco magullada, pero al reverendo no le ha gustado nada.

—¿Y por qué ha hecho eso?

—Porque Bicho se ha cargado la sede del club —explicó Curtis—. Neville y yo hemos ido a ver y hemos entendido el enfado de Reggie: da la impresión de que se ha vuelto loca allí arriba. Todos los juegos están tirados por el suelo, pateados y pisoteados. Hasta ha roto una de las ventanas.

—No parece posible que haya sido Bicho —dijo Horace.

—Ya, Bicho dice que no ha sido ella. Ni tampoco ninguna de sus amigas. Pero ¿quién más ha podido ser?

—Por supuesto, es posible que Bicho no lo haya hecho *todo* ella sola —añadió Neville.

—¿Qué quieres decir?

—El muñeco diabólico —señaló Curtis—. No está. Reggie dice que Bicho lo ha robado.

—Pero no es verdad —dijo Neville—. Simplemente, Reggie no quería jugar esa batalla. Se debió de deshacer del muñeco ayer cuando nos marchamos, y después de lo que Bicho ha hecho hoy, ha decidido echarle la culpa.

Se quedaron una hora. Horace se pasó el resto del día leyendo y levantándose de vez en cuando para contemplar la calle desde la ventana.

Aquella noche los llamó su madre desde Nueva York. Había llegado a su destino sin problemas. *Sí* que se había llevado el tebeo que Horace le había dibujado, aunque todavía no lo había podido mirar; pero se lo leería de camino a casa, lo prometía. Se sentía culpable por encontrarse de viaje estando Horace enfermo y le dijo que se estaba planteando acortar su estancia. Horace tenía un dilema con aquello: una parte de él quería que su madre volviera a

casa de inmediato y otra parte quería que se quedara en algún sitio a salvo.

—Estoy bien —le dijo—. No te preocupes por mí.

No eran ni las ocho cuando colgó el teléfono, pero su padre le dijo que era hora de irse a la cama; que necesitaba descansar. Horace se metió en la cama pero no se durmió. Se quedó acostado a oscuras con los ojos abiertos hasta que oyó que su padre se iba a la cama también. Entonces se levantó sin hacer ruido y fue a comprobar que estuvieran bien cerradas tanto la puerta de la cocina como la puerta principal de la casa. Se acercó a la ventana del salón y volvió a contemplar la calle. Se quedó mirándola mucho rato.

Al final, Horace se quedó dormido, pero soñó que no dormía; que se pasaba la noche entera comprobando puertas y ventanas. Para cuando se hizo de día, estaba agotado. Su padre, viendo lo cansado que estaba a la hora del desayuno, le dijo que podía saltarse la escuela y quedarse en casa. Pero Horace pensaba que descansaría más entre otra gente que solo en casa; así que le dijo a su padre que quería ir a clase.

—Vale, pero tómatelo con calma —dijo George—. Nada de repartos hoy. Vuelve directo a casa.

En la escuela intentó hablar con Reggie del muñeco diabólico. Pero Neville y Curtis ya debían de haberle sacado el tema antes, porque no estaba de humor para hablar.

—¡Que no he sido yo, ha sido Bicho! —dijo—. ¡Y déjame en paz!

Aquella noche, su padre tenía que asistir a una reunión de los francmasones.

—Estaba pensando en saltármela —explicó George—, pero tu tío Montrose quiere hablar conmigo de algo. Puede que después salgamos. Le he dicho a Ruby que se quede contigo mientras yo estoy fuera. No quiero oír protestas: sé que te crees demasiado mayor para tener canguro, pero no quiero que te quedes solo esta noche.

Horace no protestó.

Ruby vino a las siete. Horace se alegró de verla, y no sólo porque no quisiera estar solo. Siempre le había caído bien Ruby. Le daba la sensación de que era uno de los pocos adultos, aparte de sus padres, que se tomaba en serio sus ambiciones artísticas, y que ni las consideraba simples fantasías ni tampoco le ofrecía falsas certezas. Ganarse la vida haciendo tebeos iba a ser duro, le decía Ruby, y era muy posible que no lo consiguiera, pero si era lo que quería hacer con su vida, no tenía que dejarse disuadir por nadie.

Se sentaron en la cocina, bebieron chocolate caliente y jugaron al Scrabble. En circunstancias normales habría estado en el cielo, pero Horace no conseguía concentrarse. No paraba de levantarse para comprobar la puerta de la casa y para asomarse a la ventana del salón, y la tercera vez que fue se pasó tanto rato allí que Ruby lo llamó para asegurarse de que estuviera bien.

Volvió a la cocina y se las apañó para aguantar diez minutos enteros sentado. Pero luego le pareció oír algo en la salida de incendios. Se levantó, abrió la puerta y asomó la cabeza. No había nada. Ni tampoco en el callejón, al menos nada que él pudiera ver.

Cuando se volvió a sentar a la mesa, Ruby dijo:

—¿Se puede saber qué te pasa?

Horace la miró. De momento tenía los pulmones bien, pero podía sentir el asma acechando para elevarse y ahogarlo en cuanto dijera lo que no debía.

—Horace... ¿Hay algo que me tengas que decir?

Horace cogió aire y lo soltó. Dijo que no con la cabeza.

Bajó la vista hacia el soporte de sus fichas.

OAILCZPI

Reordenó las fichas.

POLICIAZ

Cogió aire y lo soltó. Levantó la vista, vio que Ruby seguía observándolo y sin pararse a pensar dijo:

—Ruby, ¿te puedo contar un secreto? —Los pulmones se le agarrotaron al terminar de pronunciar «secreto», pero la pregunta ya estaba formulada.

—Claro —dijo Ruby—. Puedes contarme un secreto. Puedes contarme lo que quieras.

Durante los treinta segundos siguientes no pudo hacer nada más que concentrarse en coger aire. Por fin los pulmones se le distendieron, pero no del todo, y Horace supo que la próxima vez sería mucho peor.

Mantuvo la lengua quieta. Sacó la Z del soporte de las fichas y le dio la vuelta para que Ruby pudiera ver las demás letras.

—¿Tu secreto tiene que ver con eso? —dijo Ruby.

Horace cogió aire y lo soltó. Asintió con la cabeza.

Ruby bajó la voz y preguntó:

—¿Te preocupa que haya alguien escuchando?

Horace dijo que no con la cabeza.

—Pero ¿no lo quieres decir en voz alta?

Horace dijo que sí con la cabeza.

—Muy bien... —Ruby vació el soporte de sus fichas sobre el tablero y también la bolsa con el resto de las fichas. Después las empujó todas hacia el lado de la mesa de Horace—. Deletréalo para mí.

La cosa fue deprisa. Horace formó las palabras «detectives» y «me interrogaron» y «viaje navidad de mamá» y «wisconsin» y unas cuantas palabras y frases más, pero en cuanto llegó a «braithwhite» cambiaron al formato de «veinte preguntas», y Ruby, a quien siempre se le había dado bien adivinar cosas, pareció saber con exactitud qué tenía que preguntar. Horace asintió fervientemente con la cabeza, negó unas cuantas veces, escribió un par de cosas

más y por fin, ya desvelado el meollo del secreto, sintió que el asma se retiraba y descubrió que podía hablar. Añadió unos cuantos detalles a la historia.

No se lo explicó todo. Le contó que el capitán Lancaster le había frotado la cabeza con saliva y le explicó algunos de los efectos que aquello había tenido en él, pero cuando llegó el momento de hablarle del primo Otis, del Negro Pete y sobre todo del muñeco diabólico, Horace no las tuvo todas consigo y creyó que ella lo tomaría por loco. Así que se limitó a decir que además de los problemas de asma, se había estado «encontrando raro» y «teniendo sueños extraños».

—Me crees, ¿verdad?

—Sí, claro que te creo —dijo Ruby.

Horace se repanchingó, aliviado. Luego dijo:

—¿Qué puedo hacer? Quiero ayudar a mi madre, pero ni siquiera sé qué está pasando.

—Tú no hagas nada —le respondió Ruby—. Conozco a alguien que puede ayudar.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

Pero Ruby negó con la cabeza.

—De momento, no te puedo contar nada más. ¿Cuándo vuelve tu madre de ese viaje?

—La última vez que hablé con ella no lo había decidido. Quizá mañana por la noche.

—Muy bien, pues no hace falta que te preocupes por ella —contestó Ruby—. Tú limítate a no dejarte ver mucho. En cuanto llegue tu padre a casa, me pondré en contacto con mi... amigo. Debería poder hablar con él esta noche, pero en caso de que no lo consiga, hablaré con él mañana sin falta.

—¿Y él sabrá qué hacer?

—Más le vale —contestó Ruby—. Tú limítate a tener cuidado cuando vayas mañana a la escuela, y al salir...

—Al salir tengo trabajo —indicó Horace—. Hoy me lo he tenido que saltar, pero le he prometido a Rollo que iría mañana.

—Muy bien, pues hagamos lo siguiente —dijo Ruby—. Tú vas a la tienda de Rollo y yo me reúno contigo allí. Pero no pierdas la calle de vista, Horace, y si ves que se acercan esos dos detectives, o el tal capitán Lancaster, echas a correr en dirección contraria. Y no te preocupes por meterte en líos, tú haz lo que sea necesario para alejarte de ellos, y el resto ya lo arreglaremos después, ¿vale?

—Vale. —De pronto, Horace tenía los ojos inundados de lágrimas —. Gracias, Ruby. He estado muerto de miedo con esto, y no sabía qué iba a...

Esta vez lo oyeron los dos: un ruido sordo en la salida de incendios, como de alguien pisando fuerte. Ruby se puso un dedo frente a los labios y señaló el interruptor que había en la pared de detrás de Horace. Él se puso de pie y apagó las luces. Ruby se levantó sin hacer ruido, fue al fregadero y miró al otro lado de la reja antirrobos que cubría la ventana.

—¿Qué es? —susurró Horace. Pero Ruby le hizo un gesto para que guardara silencio. Agarró un cuchillo del soporte donde se estaban secando y caminó hacia la puerta al mismo tiempo que le hacía gestos a Horace para que se metiera en el pasillo. Abrió la puerta y salió, y Horace se tapó la cara con las manos. Pero al cabo de un momento Ruby volvió a entrar, negando con la cabeza.

—Nadie —dijo—. No hay nadie.

A las seis y media de la tarde siguiente, Ruby todavía no había aparecido.

Horace había terminado su último reparto hacía veinte minutos. Rollo le había dicho que podía marcharse a casa, pero él se había quedado haciendo el vago frente a la tienda para no tener que jugar

a aguantarse la mirada con el primo Otis y también para poder vigilar la acera. De vuelta de su último reparto, había vislumbrado a una criatura pequeña y negra —algo que quizá fuera un gato o una rata grande— que se metía a toda velocidad debajo de un coche aparcado a media manzana detrás de él. Ahora, asomado al escaparate, se encontró a sí mismo mirando fijamente una zona a oscuras que quedaba detrás de una farola fundida del otro lado de la calle.

—¿Tienes planeado no parar quieto ni un momento? —preguntó Rollo, levantando la vista de la novela de Zane Grey que estaba intentando leer.

—Perdón —dijo Horace—. ¿Puedo usar el teléfono, Rollo?

—Siempre y cuando sea una llamada local.

Marcó el número que le había dado Ruby, pero el teléfono se limitó a sonar y sonar. Luego llamó a casa obedeciendo a un impulso, pero tampoco le contestó nadie. Probó el número de la oficina de la agencia de viajes y le saltó el servicio de mensajería que funcionaba fuera de horas de trabajo.

—No quiero dejar mensajes —le dijo a la mujer.

Colgó y se quedó mordiéndose el labio de abajo. Su padre le había mencionado que quizá se fuera a hacer un recado después del trabajo. Horace apenas había pensado en ello, porque había dado por sentado que Ruby estaría con él. Ahora, sin embargo, empezó a fantasear y se imaginó que subía la escalera del apartamento a oscuras él solo.

De pronto, sonó el teléfono, sobresaltando a Horace.

Rollo le dedicó una mirada y contestó el teléfono.

—Comestibles Danvers, le habla Rollo Danvers. —Escuchó un momento y cogió el cuaderno de los pedidos—. Sí, repartimos por esa zona —dijo, apuntando una dirección—. ¿Es una casa o un apartamento...? Muy bien... ¿Y sólo quiere eso...? Muy bien, no hay problema... ¿Y a qué nombre está el pedido...? ¿Hola? —Rollo

frunció el ceño, se encogió de hombros y colgó.

Rollo arrancó la primera página del cuaderno y estiró el brazo hacia atrás para coger un paquete de cigarrillos Chesterfield.

—Reparto en South Park Way —dijo—. Cuando acabes te puedes ir a casa y ya me traerás el dinero mañana.

Horace se quedó mirando el paquete de cigarrillos, pensando en la farola muerta de fuera.

—No sé, Rollo —soltó.

—¿Qué es lo que no sabes? —preguntó Rollo.

Horace se llevó una mano a la cabeza. Se rascó.

—Nada.

Al cabo de quince minutos se paró debajo de una farola para mirar la dirección que ponía en la hoja de pedidos. A su izquierda, al otro lado de una avenida de dos carriles, se extendía el parque de ciento cincuenta hectáreas que daba nombre al vecindario de Washington Park. Por entre los árboles se divisaba algún puntito de luz, pero aquella parte del parque estaba casi toda a oscuras, y Horace tuvo la sensación de estar plantado a la orilla de un lago negro e inmenso.

No era el parque lo que le preocupaba. Mientras se volvía a guardar el papel en el bolsillo del abrigo, se giró para contemplar la acera por la que había venido, prestando atención especial al bordillo de al lado de los coches aparcados.

Igual que las últimas docenas de veces que había mirado, no había nada que ver.

Siguió caminando hacia el sur, escrutando una hilera de estrechas casas adosadas. Al final de la hilera encontró el número que estaba buscando. Estaba pintado con espray en una lámina de madera contrachapada que alguien había usado para entablar la puerta principal de la casa. Horace se quedó mirando el letrero de AVISO DE

DERRIBO que había pegado a la lámina de madera y pensó: «Quizá Rollo ha apuntado mal el número». Pero los pinchazos en el cuero cabelludo le dijeron algo distinto.

Soltando un ¡puf! como el flash de una cámara, la farola que tenía encima se fundió de golpe. Horace se giró hacia el ruido y luego su mirada fue automáticamente al bordillo del pie de la farola. No había nada. A continuación levantó la vista, se llevó una mano a la cabeza para rascarse y por un momento lo vio todo borroso. Cuando se le volvió a despejar la vista, vio un ojo rojo que brillaba en la oscuridad.

No, no era un ojo: era la brasa de un puro. Plantado bajo la farola estaba el capitán Lancaster, con su cara de facciones toscas envuelta en humo e iluminada por la brasa incandescente. Tenía un aire irreal, una rigidez de estatua de cera que le daba más pinta de maniquí que de hombre. Pero eso no lo hacía menos temible.

«Corre en dirección contraria», recordó el consejo de Ruby. Giró sobre sus talones y la farola de la esquina de más al sur se apagó. Y como si la luz se hubiera encendido en vez de apagarse, de repente se hizo visible otra figura: el detective Noble.

Horace.

Giró la cabeza de golpe a la derecha. El detective Burke se acababa de materializar en los escalones de entrada de la casa adosada en ruinas, tan cerca que casi podía tocarlo. Parecía estar en pose, igual que Lancaster, rígido como un espantapájaros, pero sus ojos sí estaban vivos y tenía la misma sonrisa que el primo Otis, una expresión que resultaba todavía más inquietante en una cara blanca.

Horace se batió en retirada en la única dirección en que podía. Mientras reculaba por la calle lo iban barriendo los faros de los coches, pero él no apartó la vista del detective Burke. Luego, el conductor de un coche que se le acercaba a toda velocidad apretó la bocina a fondo, y Horace giró en redondo y se apartó de un salto, con la mochila de la escuela volando tras de sí. El coche, que no

frenó, le rozó la mochila al pasar y se la estampó de golpe en toda la cara. Horace cruzó dando tumbos la otra acera y se metió en el parque.

Miró hacia atrás desde el abrigo de los árboles. La oscuridad se había tragado al capitán y a los dos detectives, y Horace no pudo ver ningún movimiento en la calle a oscuras. Pero estaba claro que había *algo* allí, algo que hacía ruidos furtivos en la oscuridad. Y que se acercaba.

Se dio la vuelta y se adentró a la carrera en el parque, corriendo hacia el fulgor diminuto de una luz eléctrica que había más adelante, al otro lado de los árboles. Para cuando la alcanzó, ya estaba desfondado y acalorado. Horace se quitó la mochila de los hombros y se apoyó en la farola, que proyectaba su gélida luz blanca sobre un parque infantil helado. Se abrió la cremallera del abrigo. Cogió aire y lo soltó, sin oír ya nada más que sus propios jadeos.

Con un crujido de madera y metal, uno de los balancines se movió; un peso invisible hizo bajar una punta, y un montón de nieve cayó de la otra al elevarse. Mientras Horace se separaba del poste de la farola, un viento que él no sintió movió los columpios.

A continuación vino el tiovivo. Con un gruñido, se puso a girar solo, primero despacio y después escupiendo pedazos de nieve y hielo a medida que ganaba velocidad. Horace se lo quedó mirando, transfigurado por las sombras en movimiento de los agarraderos de metal.

Algo aterrizó con un golpe sordo en la otra punta de la plataforma giratoria. Horace vio cómo el muñeco diabólico aparecía en la siguiente vuelta, cogido con la manita a uno de los agarraderos metálicos. Cuando el muñeco se bajó de un salto, Horace dio un paso atrás y se tropezó con la mochila de la escuela.

Se cayó de espaldas en la nieve y por un momento tuvo los ojos a la misma altura que los del muñeco diabólico, que ahora corría directo hacia él. Rodó por el suelo, apartó de una patada la mochila

de la escuela y se puso de pie como pudo.

Junto al parque infantil discurría un caminito, y al otro lado había una pequeña caseta de cemento con un letrero que decía LAVABOS. Horace echó a correr hacia allí, rezando para que no estuviera cerrado con llave. Y no lo estaba, pero cuando entró descubrió que era porque la cerradura estaba rota. Pegó la espalda a la puerta y se apoyó en ella con todas sus fuerzas, mirando a su alrededor frenéticamente en busca de un arma o de una salida.

No encontró ni una cosa ni otra. Los lavabos eran una celda de cemento sin ventanas, del tamaño justo para albergar un lavamanos, un urinario y un cubículo con un retrete. La luz venía de una bombilla amarilla incandescente situada encima del marco vacío del espejo del lavamanos. La bombilla se puso a parpadear mientras Horace la miraba.

Un fuerte golpe retumbó en la puerta a espaldas de Horace. Afianzó los pies en el suelo. Resonaron más golpes, haciendo que la puerta se sacudiera en su marco, pero Horace se mantuvo firme e impidió que se abriera. Hubo una pausa.

A continuación vino un arañazo suave: un ruidito diminuto, pero que igual que unas uñas sobre una pizarra le provocó escalofríos en la espalda y le puso los pelos de punta. Horace rechinó los dientes y cerró con fuerza los ojos. «¡No vas a entrar!», pensó.

El arañazo se detuvo. Había alguien dentro del cubículo del retrete. Por debajo de la partición de madera, Horace pudo ver un par de zapatos de hombre y los bajos raídos de unos pantalones.

—Eh, chaval —dijo una voz grave y ronca—. ¿Quieres ganarte un dólar?

«Ni hablar», pensó Horace, pero la puerta del cubículo se abrió con un chirrido y de ella salió el hombre de los dados. La barba de dos días se le había convertido en una barba desigual y llena de porquería apelmazada; tenía el pelo y la ropa igual de mugrientos y apestaba como si acabara de salir de una cloaca. La piel se le veía

roja y agrietada y cubierta de costras.

—Déjame que te frote la cabeza —pidió, extendiendo una mano enferma—. Para darme suerte.

Horace retrocedió instintivamente.

—No eres real —dijo con voz jadeante, pero el hombre de los dados dio un paso renqueante hacia él, y Horace giró sobre sus talones presa del pánico y trató de escapar empujando la puerta, sin acordarse de que se abría hacia dentro. Luego oyó otro paso detrás de él, sintió que unos dedos costrosos le rozaban el cuero cabelludo, abrió la puerta de un tirón y salió como una bala al aire libre.

Apenas había cruzado la puerta cuando se le enredaron los pies y se cayó de bruces. Se dio en la barbilla con un trozo de hielo duro que le hizo saltar chispas detrás de los ojos. El hielo y la nieve se le pegaron a la camisa empapada de sudor, sorbiendo de inmediato el calor de su cuerpo. Pero el suelo helado no fue lo único que lo congeló: en cuanto pudo volver a ver con claridad, se encontró con la cara del muñeco diabólico prácticamente pegada a la suya.

A la fría luz blanca de las farolas, la piel se le veía pálida y se le distinguía perfectamente el relieve de las cicatrices tribales; los huesos que tenía en el pelo le relucían. Sus ojos despedían un brillo de color rojo apagado, y en cuanto encontró la mirada de Horace y se la sostuvo, empezó a mecerse en una especie de danza, una danza hipnótica de brujo tribal.

«Levántate —se dijo Horace a sí mismo—. No es más que un muñeco idiota, tú eres un gigante a su lado... ¡Levanta! ¡Levanta y pisotéalo!» Pero no podía moverse, no podía mover ni un solo músculo, y se preguntó si el muñeco diabólico le iba a parar el corazón ahora o simplemente iba a dejarlo así hasta que se congelara del todo.

Luego, el muñeco levantó la vara de brujo y la sostuvo en alto apuntando con la base a la cara de Horace, como si fuera la punta de una lanza. Horace notó que le volvía el tic del ojo. Se acordó de

Joe *el Pirata*, sentado medio ciego en un accidente de coche en pleno sur segregado, con su madre muriéndosele al lado sin que viniera nadie a ayudarla; no a tiempo, no en aquella tierra. Se adueñó de él una desesperación más fría que el suelo en el que estaba tirado, y a medida que la rabia reemplazaba a su miedo, se debilitó el conjuro que lo tenía atenazado. En aquel mismo momento fue consciente del trozo de ladrillo roto que tenía debajo de la mano.

El muñeco diabólico echó a danzar hacia él, haciendo el gesto de apuñalarle los ojos con la lanza, y Horace le asestó un golpe con el ladrillo. El muñeco salió volando y el hechizo se rompió. Horace se puso de pie de un salto, con el ladrillo en la mano y listo para presentar batalla; pero el muñeco, ya recuperado, levantó la vista hacia él y soltó un bufido. La rabia de Horace se convirtió en cenizas y su valor se disipó como si fuera humo.

Y luego echó a correr otra vez, escapando por el caminillo con el diablo pisándole los talones. Sintió que se le inflaban los pulmones y supo adónde lo llevaba aquello, pero no podía parar.

El caminillo trazaba una curva cerrada y Horace vio farolas más adelante. Había dado la vuelta hasta South Park Way. Pensar en su casa, donde a aquellas horas ya lo estaría esperando su padre y quizá incluso su madre, lo llenó brevemente de esperanza.

Pero en el camino acechaba otra figura: un policía blanco. No un capitán ni un detective, sino un policía de uniforme en plena ronda, con los ojos inexpresivos clavados en Horace, que corría hacia él.

—Eh, mozo —le dijo el policía—. ¿Adónde vas tan deprisa?

«No es real», pensó Horace, y siguió corriendo. Pero el policía estiró un pie y lo mandó por los suelos.

—Te estoy preguntando a qué vienen tantas prisas. —El policía se plantó a su lado mientras él boqueaba sobre el caminillo—. ¿De qué te escapas, eh? ¿Qué has hecho?

Horace se puso de costado. Vio al muñeco diabólico de pie en el círculo de luz de la farola del recodo del caminillo. Intentó señalar,

pero el policía lo agarró sin miramientos por los sobacos, lo levantó en vilo y le estampó la espalda contra un árbol.

—¿De qué te estás escapando? —le preguntó el policía en tono imperioso.

Horace, que ya no podía ni resollar, levantó el brazo e hizo un gesto débil mientras pensaba: «Mire, mire, mire...». Pero el policía siguió repitiendo la misma pregunta, cada vez más furioso.

El muñeco ladeó la cabeza y Horace vio que el policía también ladeaba la suya. El muñeco bajó la mano para agarrar la cabeza encogida que le colgaba de la falda; el policía se llevó la mano al cinturón y se desabrochó la funda de la pistola. Luego, la atención de Horace se centró en el policía y en cómo desenfundaba el revólver y lo amartillaba.

—Te lo voy a preguntar una vez más —dijo el policía—. ¿Qué has hecho?

Horace abrió y cerró inútilmente la boca.

El cañón del revólver se convirtió en el centro del mundo.

Luego, la escena entera pareció alejarse por un túnel mientras un cable invisible sujeto a la espalda del policía lo hacía salir disparado por los aires y volar hasta los árboles del otro lado del camino. Horace se desplomó lentamente al suelo. Seguía sin poder respirar, y se preguntó, con una negrura más oscura que la noche bulléndole frente a los ojos, si alguien le había disparado y si aquélla era la sensación que producía.

La mano cálida que le estaba presionando el centro del pecho y los pulmones lo dejó ir. Horace se levantó de un salto y cogió aire con un jadeo entrecortado. Había otro hombre blanco en cuclillas a su lado, joven y trajeado.

—Tranquilo —dijo el hombre—. No pasa nada... Siento haberte hecho pasar por esto, pero necesitaba que saliera a terreno abierto. —Movió un poco la mano para dar unos golpecitos en los cigarrillos que Horace llevaba en el bolsillo del abrigo—. Guárdamelos de

momento.

Se levantó, dejando a Horace al pie del árbol, todavía inhalando oxígeno fresco, y se giró hacia el muñeco diabólico, que se había acercado por el camino y ahora estaba a tres o cuatro metros. El muñeco tenía los brazos en alto y estaba blandiendo su vara de brujo con gesto amenazador, pero el hombre blanco pareció más divertido que amedrentado. Se agachó para coger al muñeco por las trenzas y lo aguantó suspendido en el aire y pataleando.

—Fascinante —dijo Caleb Braithwhite, y cogió al muñeco diabólico con ambas manos y le arrancó la cabeza.

Una vez más, Horace se tuvo que quedar quieto mientras un hombre blanco le masajeaba el cuero cabelludo. Por lo menos esta vez estaba en un entorno más agradable: en casa, en la cocina, con su padre sentado a la misma mesa y su madre de pie junto al fregadero y cruzada de brazos.

Caleb Braithwhite terminó su reconocimiento y reclinó la espalda en su silla.

—Es una marca, sí. Y hecha con una técnica sorprendentemente hábil.

A la madre de Horace no le interesaba la habilidad técnica.

—¿Alguien le ha puesto una marca a nuestro hijo en la cabeza?

Braithwhite asintió.

—Hay una rama de nuestro arte que enseña a dar vida a objetos inanimados: muñecos, estatuas, ocasionalmente cadáveres. No es una de mis especialidades, pero sé que Hiram Winthrop la estudió. Y parece que Lancaster también. No le creía capaz de algo así.

—No lo entiendo —dijo el padre de Horace—. ¿Qué tiene todo eso que ver con una marca?

—La marca es un catalizador —manifestó Braithwhite—. También

se la puede considerar una maldición oportunista: usa los propios sentidos y emociones del sujeto para encontrar un objeto que animar; idealmente, algo a lo que el sujeto tenga miedo.

—¿Y el objeto animado te intenta matar? —dijo Horace.

—Ésa es la idea general. Tienes suerte de que Lancaster hiciera la marca con saliva —le dijo Braithwhite—. Las marcas hechas con sangre son mucho más poderosas, y casi imposibles de eliminar. —Metió la mano en la bolsa que había traído con él y sacó una petaca plateada. Le quitó el tapón y mojó un pañuelo con el líquido de la botella; la habitación se llenó de un olor acre y avinagrado.

—Te va a escocer un poco. —Se inclinó hacia delante y frotó el cuero cabelludo de Horace con el pañuelo. Sí que escocía, pero también hizo que Horace se encontrara mejor. Hacía días que no respiraba tan bien.

—Pero ¿por qué? —preguntó George—. ¿Por qué ha ido Lancaster a por Horace?

—Es su forma de mandarme un mensaje —dijo Braithwhite—. Lancaster cree que estoy planeando traicionarlo, y tiene razón. Pero resulta que el incidente en particular que lo ha enfurecido no tiene nada que ver conmigo. —Echó un vistazo a la madre de Horace—. En la noche del solsticio, la esposa de usted invadió una propiedad controlada por una logia del Alba Antigua de Wisconsin. Al parecer, Lancaster cree que actuó obedeciendo mis órdenes.

George se giró hacia su esposa.

—¿Hippolyta? ¿De qué está hablando? ¿Qué has hecho?

—No me mires así, George Berry —replicó Hippolyta—. ¿Cuánto hace que conoces a este señor Braithwhite y no me habías dicho nada?

George abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Ya hablaremos de esto más tarde —dijo.

—Sí —convino Hippolyta—. Ya lo creo.

—La cuestión —dijo Braithwhite— es que Lancaster creyó que

había sido una maniobra mía. Y como no pudo conseguir que el hijo de ustedes hiciera de espía, decidió matarlo; en parte para castigar a su esposa por conspirar conmigo, pero en mayor medida para hacerme saber que estaba al corriente de mis planes. Lo cual es una buena noticia.

—¿Qué le hace pensar eso? —dijo George.

—Si Lancaster estuviera realmente preocupado, me habría intentado matar a mí, y no al hijo de usted. El hecho de que esté jugando significa que cree que todavía me puede dominar. —Braithwhite sonrió—. Ha cometido conmigo el mismo error que cometió Hiram Winthrop con mi padre. Me ha infravalorado.

—¿Y ahora qué? ¿Lo va a matar usted?

—Yo no —dijo Braithwhite—. Nosotros.

La marca de Caín

> Ahora estás maldito y desterrado de la Tierra, que ha abierto la boca para beber la sangre de tu hermano derramada por tu mano. Cuando ares el suelo, no te entregará su sustento; serás para siempre un vagabundo y un fugitivo en la Tierra.
>
> Génesis *4*, 11-12

Se reunieron en el templo de los francmasones ya de noche, al resguardo de una nevada ligera pero persistente. George, Hippolyta y Horace fueron los primeros en llegar. La actitud de sus padres era solemne, pero Horace apenas podía contener la emoción de que lo dejaran entrar en una sala de reuniones secreta; se quedó mirando maravillado los dos pilares salomónicos, el altar con sus ejemplares de la Sagrada Biblia y el Corán colocados uno junto al otro, y más allá, olvidada y cogiendo polvo en el rincón, la maqueta a escala de la tumba de Tutankamón.

—¿Es un juego? —preguntó Horace, refiriéndose a la maqueta.

Pero su padre no le contestó y su madre se limitó a decirle:

—Acuérdate de lo que te he dicho.

A continuación llegaron Joe *el Pirata* y Abdulá, seguidos de Mortimer Dupree. Atticus, Letitia y Montrose se presentaron juntos al cabo de unos minutos. El último en llegar fue Quincy Brown, el portero de la logia, que ocupó su puesto al otro lado de la puerta, armado con una espada. La espada era ceremonial, pero Quincy, que había sido capitán del equipo de sable de la Wayne State, sabía manejarse bastante bien con ella; y esta noche también llevaba una pistola en el bolsillo, por si acaso.

Los demás se sentaron los unos frente a los otros bajo las columnas de Salomón, como magos embarcándose en un ritual de resultado incierto.

Montrose fue el primero. Contó la historia de cómo Caleb Braithwhite se había puesto en contacto con él en junio y de cómo lo habían atraído a Ardham y lo habían encadenado en un sótano. Luego, Atticus cogió el relevo de la narración y contó su viaje a Ardham con George y Letitia y lo que les sucedió al llegar allí.

Cuando Samuel Braithwhite y los hijos de Adán ya estaban reducidos una vez más a montones de ceniza, le llegó el turno a Letitia, que explicó, con orgullo considerable, cómo había llegado a ser la casera de una casa encantada. El humor se le agrió cuando Atticus añadió a modo de coda quién era el verdadero propietario de la casa Winthrop; Letitia se había enterado de esto hacía menos de veinticuatro horas y todavía estaba molesta porque Atticus no se lo hubiera dicho antes.

Y no era la única persona enfadada porque no le hubieran contado algo. Hippolyta se puso a echar chispas mientras George recapitulaba el viaje de los francmasones al museo para rescatar *El libro de los nombres.* Pero se cobró su venganza al cabo de un momento cuando ella contó también su historia, que todavía no había oído nadie más que su marido; George tuvo la sensatez de guardar silencio mientras ella la contaba, dejando que fuera Montrose quien preguntara:

—¿Fuiste ahí tú sola en plena noche?

Mientras Horace decía, anonadado:

—¿A otro planeta? ¿En serio?

Aunque todavía era reticente a traicionar el voto de silencio que le había hecho a Ida, Hippolyta lo contó todo, porque ése era el sentido mismo del ejercicio: no dejar nada fuera, ya que cualquier detalle podía ser importante. Cuando terminó, el motivo de preocupación más inmediata entre su público no era la anciana atrapada en la otra punta del universo, sino los cinco hombres blancos muertos.

—Dios bendito —profirió Mortimer Dupree.

—Sí —añadió George, rompiendo su mutismo—. Ya veis por qué Lancaster debe de estar paranoico si cree que detrás está Braithwhite.

—Pero no es paranoia —dijo Montrose—. Es verdad que Braithwhite se lleva un doble juego entre manos...

Y les contó la historia del viaje a la casa Narrow. Hippolyta se disgustó al enterarse del destino de Pearl y Henry júnior:

—Pobre criatura —se lamentó—. Pobre Ida.

Luego le llegó el turno a Horace. Mientras contaba cómo lo habían maldecido, acosado y casi matado, el entusiasmo volvió a adueñarse de él, hasta el punto de que pareció más encantado que aterrorizado por la experiencia. Pero las expresiones de los adultos eran graves.

George terminó contando cómo Braithwhite le había limpiado la marca de Lancaster a Horace, y lo que les había dicho después.

—Y así estamos —concluyó George—. Braithwhite va a librar una guerra y quiere nuestra ayuda.

—No es que quiera nuestra ayuda —corrigió Montrose a su hermano—. Es que la espera. Braithwhite se cree nuestro dueño.

—Sí —dijo Atticus—, y por mucho que derrote a Lancaster, la cosa no se terminará ahí. Dice que después nos dejará en paz,

pero...

—¿Os ha contado qué plan tiene? —preguntó Abdulá.

—Todavía no —contestó George—. Pero nos va a mandar a alguien para que nos transmita la orden de marchar. —Se miró el reloj de pulsera—. Debería estar a punto de llegar.

Y, en efecto, al cabo de poco llamaron a la puerta. George fue a abrir, y Quincy asomó la cabeza y le dijo algo en voz baja que le hizo preguntar: «¿Quién?». Luego, George dio un paso atrás y abrió la puerta de par en par para dejar entrar a la mensajera de Braithwhite:

—¿Ruby? —dijo Letitia.

De forma que escucharon una historia más. Ruby les contó cómo se había quedado sin trabajo y cómo en Nochevieja, aparentemente por casualidad, había conocido a Caleb Braithwhite.

—¿Y te fuiste a bailar con él? —preguntó Letitia—. ¿Es por eso por lo que no viniste a mi fiesta?

Ruby se quedó mirando a su hermana.

—Vuelve a explicarme eso de que Dios quería que te quedaras la casa Winthrop —le dijo.

La crónica que les hizo Ruby del resto de la Nochevieja estaba muy abreviada y revisada. Incluía algo de baile y de bebida, pero nada de besarse, y, aunque la noche culminaba con una oferta de trabajo, no se mencionaba para nada ninguna poción mágica.

—Me dijo que trabajaba para el gobierno y que estaba haciendo un encargo especial en Chicago. Y que necesitaba un ama de llaves para el piso franco que había montado; alguien discreto y que no le revelara su nombre a nadie. —Ruby se encogió de hombros—. Era trabajo y estaba bien pagado.

Su descripción del trabajo en sí fue todo lo fiel a la verdad que

podía ser sin mencionar a Hillary. Hasta les contó algunos de los recados que Braithwhite le había mandado hacer, aunque en su versión de la historia eran «misiones patrióticas» cuyo significado nunca se le explicaba a Ruby.

—Los hombres a los que me hacía espiar parecían gánsteres, así que supuse que debía de trabajar para el FBI. —Finalmente, ella empezó a sospechar cuando Braithwhite le hizo preguntas sobre Letitia. Y luego, hacía unos días, mientras él estaba fuera de casa, ella había encontrado la puerta del sótano abierta...

Su descripción del taller de Braithwhite omitió el ataúd de cristal en beneficio de un vago surtido de extraños artefactos que parecían más adecuados para venerar al diablo que para el trabajo gubernamental.

—También había archivos —dijo Ruby—. Tenía un expediente con el nombre de Atticus y otro entero dedicado a la casa Winthrop. Yo acababa de ponerme a leerlo cuando Braithwhite volvió de repente y me pilló con las manos en la masa. Casi me mató del susto, pero no se enfadó. Dijo que pronto iba a necesitar que yo lo ayudara más y que todo sería más fácil si yo estaba al corriente de la verdad... De forma que me hizo sentarme y me contó su historia, su verdadera historia. Sonaba descabellada, como algo sacado de uno de los tebeos de Horace, pero consiguió que yo me la creyera. —Examinó el círculo—. Supongo que vosotros también os la creéis todos.

—O sea, sabes qué plan tiene —dijo George—. ¿Y qué quiere de nosotros?

Ruby dijo que sí con la cabeza.

—Ahora mismo está al teléfono hablando con el capitán Lancaster, organizando un encuentro para resolver sus diferencias. En Forest Glen hay un club de campo que pertenece a la logia de Lancaster, y Braithwhite va a ofrecerle reunirse allí mañana por la noche. Y quiere llevarse a Atticus.

—¿Para qué? —preguntó Atticus.

—Fácil —dijo Montrose—. Eres la ofrenda de la paz.

Ruby volvió a decir que sí con la cabeza.

—Algo parecido. —Miró a Atticus—. Pero no te va a ofrecer en realidad. Es una estratagema para que Lancaster baje un poco la guardia... Y ahí es donde entraréis los demás. —Abrió su bolso y señaló el altar—. ¿Puedo?

George y Abdulá apartaron un poco los libros sagrados. Ruby desplegó un plano que mostraba la distribución interior del club de Lancaster y de los terrenos circundantes. Durante los diez minutos siguientes, les explicó el plan de Braithwhite.

—Hay un montón de variables —observó Joe *el Pirata* después de que terminara.

—Sí, y si una sale mal, estamos todos jodidos —sentenció Mortimer.

—Estamos jodidos en cualquier caso —señaló Abdulá—. Aunque el plan funcione, lo único que habremos conseguido será despejarle el terreno a Braithwhite.

—Creo que funcionará —dijo Ruby—. No conozco a Braithwhite desde hace tanto tiempo como algunos de vosotros, pero he visto lo bastante de él como para saber que se le da bien conseguir lo que quiere. Es bastante agradable, para ser blanco. Pero es...

—Malvado —soltó Montrose.

—Sí —afirmó Ruby. Señaló el plano—. Así pues, tenéis razón, con esto no basta. También tenemos que deshacernos de él.

—Supongo que todos estaríamos de acuerdo con eso —dijo George— si supiéramos cómo. El problema es esa maldita inmunidad que tiene. Si pudiéramos anularla...

—Yo no sé cómo anularla —dijo Ruby—. Pero sé de dónde le viene. —Y les habló de la marca de Braithwhite.

Letitia entrecerró los ojos:

—¿Un tatuaje en el pecho? —preguntó—. Y tú ¿eso *cómo lo sabes*?

—Soy la criada, no una casera millonetis —contestó Ruby—. ¿Crees que se va a poner una camisa sólo porque yo entre en la habitación? Se lo vi una vez mientras se estaba afeitando y eso fue lo que me dijo: que era su marca de Caín y que lo protegía. Yo pensé que estaba de broma, pero cuando me enteré de que era brujo...

—Ese tatuaje —indicó Atticus—, ¿es rojo? ¿Color sangre?

—Sí.

Atticus miró a George.

—¿Qué te dijo Braithwhite? Las marcas hechas con sangre son más poderosas...

—... Y casi imposibles de eliminar.

—Casi imposibles —dijo Hippolyta—. O sea, que es posible.

—Vale, muy bien —asintió George—. Pero seguimos sin saber cómo.

—No, no lo sabemos —admitió Montrose, repentinamente pensativo—. Pero se me ocurre a quién podemos preguntarle.

Siguió nevando. La manzana de la casa Winthrop estaba en silencio cuando Atticus, Letitia y Montrose pararon allí con el coche.

Dentro todo era distinto. El señor Fox hablaba por teléfono en el atrio, gritando para hacerse oír a pesar de la mala conexión y por encima del ruido de su hija, que estaba saltando a la comba a un par de metros. En el comedor, Charlie Boyd y un grupo de amigos estaban enzarzados en una bulliciosa partida de naipes. Entretanto, la señora Wilkins, desvelada no por el ruido, sino por el recuerdo de su difunto marido, deambulaba perpleja por la galería, intentando recordar dónde estaba.

—Señora Wilkins... —la llamó Letitia—. ¿Está usted bien?

—¿Jeffrey? —contestó la señora Wilkins, mirando con los ojos

legañosos no a Letitia, sino a Montrose—. Jeffrey, ¿estás en casa?

—Éste es el señor Turner, señora Wilkins —dijo Letitia—. Esperad aquí —les dijo a Montrose y a Atticus—. Últimamente se ha estado poniendo así por las noches... —Echó a andar hacia la escalera.

Atticus se dirigió a su padre.

—¿Dónde quieres hacer esto, papá? ¿En el sótano?

—No depende de mí —dijo Montrose, mirando a Hécate. Sostuvo en alto la mochila que había traído consigo como si se la estuviera presentando a la estatua—. Señor Winthrop... Tengo algo aquí que le pertenece. —Desabrochó el cierre y abrió la mochila, levantando una nubecilla de ceniza en el aire—. También traigo malas noticias sobre su hijo... —Sacó los cuadernos, levantando más cenizas.

El movimiento de la ceniza llamó la atención de Atticus, que se quedó contemplando fascinado cómo se arremolinaba cada vez más despacio hasta detenerse por completo en mitad del aire. Miró más allá y vio a la niña, Celia, también paralizada con los dos pies despegados del suelo y un revuelo de cuerda flotando por debajo. Detrás de ella, su padre permanecía inmóvil con el teléfono pegado a una oreja y tapándose la otra con la mano. En el comedor, Charlie Boyd, con la boca abierta en una risa ahora silenciosa, permanecía petrificado en el acto de dejar rotundamente dos ases sobre la mesa. Letitia tenía un pie suspendido por encima del rellano superior de la escalera, mientras que la señora Wilkins estaba congelada en plena confusión en la galería.

—Papá —dijo Atticus, asustado por cómo sonaba su propia voz en la quietud repentina—. ¿Estás...?

—Sí, sigo aquí —contestó Montrose, contemplando el retablo congelado—. Supongo que no tenemos que preocuparnos de que nadie espíe nuestro encuentro.

Oyeron subir el ascensor del sótano. Se detuvo en la primera planta y la reja se abrió con un traqueteo metálico. Atticus dio un rodeo a la fuente y se acercó a la cabina vacía del ascensor. El

interior estaba iluminado por una lámpara en el techo cuyo cable había vuelto a conectar él mismo, pero al acercarse Atticus percibió otra luz, teñida de rojo y palpitando como las llamas mismas del infierno; venía de más abajo y se veía por el resquicio que quedaba entre la cabina y el foso del ascensor. Y aquella luz no se correspondía con ningún aparato que él hubiera instalado.

—Hum, papá...

—No pasa nada —dijo Montrose, adelantándose—. Yo ya he pasado por esto. Simplemente no comas ni bebas nada y todo irá bien.

La noche siguiente fue fría pero despejada. Braithwhite recogió a Atticus delante de la casa Winthrop a la hora acordada y los dos pusieron rumbo al Northwest Side. Hablaron muy poco durante el trayecto. Braithwhite mantuvo la vista en la carretera y se dedicó a sonreír con petulancia, como si ya hubiera obtenido su victoria sobre Lancaster. Atticus, más sombrío, iba echando vistazos al asiento trasero del Daimler, como para comprobar que no los viniera siguiendo nadie por la carretera.

La luna ya empezaba a ponerse cuando pararon el coche frente a la entrada principal del club de campo de Glastonbury, con su prominente letrero de SÓLO MIEMBROS. El guardia de la caseta de piedra respondió a su llegada levantando el auricular de un teléfono, pero luego no pasó nada durante un rato largo. Braithwhite se tomó el retraso con buen humor, y su única señal de impaciencia fue un pequeño tamborileo con los dedos sobre el volante. Atticus volvió a mirar el asiento trasero.

Por fin, el guardia salió y les abrió la verja. Braithwhite siguió conduciendo, pero casi de inmediato se volvió a encontrar el camino bloqueado, esta vez por los detectives Burke y Noble. Adoptando

una expresión de diablillo, Braithwhite pisó el acelerador, obligando a los detectives a apartarse de golpe a los lados mientras el coche se abalanzaba sobre ellos. Noble consiguió hacerse a un lado con cierta elegancia, pero Burke se resbaló en un trozo de suelo helado y a punto estuvo de caerse.

Atticus, consciente de quién iba a pagar por el enfado de los detectives, le dedicó a Braithwhite una mirada de reojo que decía: ¿acaso era necesario? Pero entonces se le ocurrió algo.

—No son inmunes —dijo.

—Las logias que conocen el secreto de la inmunidad suelen reservarlo para los miembros de rango superior —observó Braithwhite—. Eso fomenta la disciplina entre los neófitos. —Y añadió—: No se olvide de que usted tampoco es inmune.

—No soy yo el que está causando problemas —le recordó Atticus.

Noble caminó hasta la portezuela del conductor y dio unos golpecitos impacientes en el cristal. Braithwhite bajó su ventanilla.

—Buenas noches, agente —le dijo—. ¿En qué le podemos ayudar?

—Salgan del coche —indicó Noble. Se inclinó para mirar por la ventanilla a Atticus—. Los dos.

Salieron. Burke estaba esperando en el lado del copiloto para empujar a Atticus contra el coche y cachearlo. Noble tenía cara de que le habría gustado darle el mismo tratamiento hosco a Braithwhite, pero, debido a su inmunidad, no le podía poner las manos encima.

—Si no le importa —dijo, y Braithwhite levantó las manos y se dejó registrar.

Burke apartó a Atticus de un empujón y examinó el asiento trasero del Daimler a la luz de su linterna. El detective Noble abrió el maletero.

—¿Qué es esto? —interrogó Noble, sacando un objeto del tamaño de un diccionario envuelto en papel de regalo.

—Una ofrenda de paz —contestó Braithwhite—. Le dije a Lancaster que le traería los cuadernos perdidos de Hiram Winthrop.

Noble rasgó el envoltorio.

—Una ofrenda de paz, ¿eh?

—¿Qué es? —preguntó Burke. Noble se lo enseñó, y Burke se rio y le dijo a Braithwhite—: ¿Tiene usted un puto impulso suicida o qué?

—Si lo tengo —dijo Caleb Braithwhite—, no será usted quien me conceda mi deseo.

—No —admitió Noble—. Lancaster querrá hacer los honores en persona. —Luego se encogió de hombros—. Es usted hombre muerto... Deje las llaves en el coche, yo lo acompaño adentro.

—Cuidado con rayármelo —le dijo Braithwhite a Burke.

—Impulso suicida —replicó Burke.

Cerró de golpe el maletero y dio la vuelta por el lado del copiloto, con la intención de empujar de nuevo a Atticus. Pero Atticus, que no quería verse tentado a pegar a Burke ahora que sabía que podía, ya había echado a andar hacia la sede del club.

Mientras Noble, Braithwhite y Atticus entraban, Burke se quedó de pie junto al Daimler, frotándose el mentón con expresión pensativa.

—Señor —le dijo el vigilante de la verja—, ¿va todo bien?

—No —dijo el detective Burke—. Creo que no. —Señaló con la cabeza el Daimler—. Apárcame este coche, llama a la casa y diles que manden más hombres aquí. Y a la entrada de atrás... Voy a dar una vuelta por el recinto. Ese gilipollas trama algo.

Hippolyta emergió de los árboles mientras la luna empezaba a ocultarse por el horizonte. Llevaba veinte minutos abriéndose paso por el bosque que bordeaba el campo de golf del club. Se había

tropezado más de una vez en la oscuridad, pero no le había fallado el sentido de la orientación, y ahora, mirando al sur desde el otro lado de una calle del campo de golf, pudo ver la sede del club y, más cerca, el pequeño edificio anexo que era su destino.

Oyó pasos detrás de su espalda mientras la mujer blanca que la había acompañado emergía también del bosque. La mujer se llamaba Hillary y trabajaba para Braithwhite. Hippolyta habría preferido con diferencia tener con ella a Letitia o a Ruby, pero a Letitia le habían asignado una tarea distinta y Ruby estaba de vuelta en la ciudad, haciendo otro recado que no había querido explicar pero que les dijo que era absolutamente esencial para que Braithwhite no sospechara.

Hippolyta se palpó la pistola del bolsillo del abrigo y empezó a cruzar la calle del campo de golf, con Hillary al lado. Pronto estuvieron lo bastante cerca como para leer el letrero del edificio anexo: GENERADORES Y CENTRALITA: PROHIBIDA LA ENTRADA.

Según Braithwhite, dentro habría por lo menos dos hombres vigilando en una sala de control de la segunda planta. Tenían un teléfono para comunicarse con la sede del club y seguramente también una radio; el peligro era que si había alboroto tendrían tiempo de dar las alarmas. Por eso había venido la chica blanca.

—Muy bien —dijo Hippolyta mientras se resguardaban en el lado norte del edificio, invisibles desde las ventanas del piso de arriba—. ¿Sabes cómo vas a lograr que te abran la puerta?

—Podría simplemente llamar y pedir que me abrieran —dijo Hillary—. Pero si son precavidos, es posible que me hagan esperar fuera mientras llaman para avisar. Necesitamos conseguir que no se paren a pensar. Así pues... —Se quitó el abrigo de los hombros, revelando un vestido negro sin mangas más adecuado para asistir a un cóctel que para una caminata por el bosque. Se agachó, con un par de estirones se quitó también las botas y por fin, plantada en la nieve en medias, se agarró el vestido con las dos manos y lo

desgarró.

—Sí —admitió Hippolyta, viendo adónde iba con aquello—. Eso funcionará.

El vigilante de la puerta puso el freno de mano en el Daimler y salió. Diez segundos después de que se cerrara de golpe la portezuela, se oyó el clic suave de un pestillo y el respaldo del asiento trasero se abatió, dejando al descubierto el estrecho compartimento encajado entre el asiento y el maletero en el que estaba escondida Letitia.

Salió del coche y se quedó agachada a su lado mientras aflojaba el cordel del cierre de una bolsa de terciopelo. Dentro había una vara biselada de marfil de unos treinta centímetros, con letras adamitas talladas. La punta estrecha estaba rematada con una pequeña libélula plateada que Letitia tuvo cuidado de no tocar.

Sin incorporarse, se aproximó al vigilante, que ya casi había llegado a la caseta. Esperó a que entrara, se acercó corriendo y llamó enérgicamente a la puerta. Cuando el hombre asomó la cabeza fuera, diciendo: «¿Señor Burke?», ella le rozó la mejilla con la libélula. Fue la más suave de las caricias, pero al vigilante se le pusieron los ojos en blanco al instante y se desplomó inconsciente en el suelo.

—Interesante —dijo Letitia.

El detective Noble llevó a Braithwhite y a Atticus a un salón de gran tamaño que había en el lado oeste de la sede del club. Allí les hicieron esperar una vez más. Braithwhite se sirvió un vaso de whisky del bar y se sentó en uno de los dos sillones que había

colocados delante de una chimenea de llamas vivas. Atticus, a quien no hacía falta que le dijeran que aquellas comodidades no eran para él, se quedó de pie, examinando los estantes de un par de librerías altas hasta el techo. Por desgracia, eran de esas seudolibrerías decorativas cuyo contenido parece elegido puramente por el aspecto de las encuadernaciones.

Se abrió la puerta del pasillo y Lancaster entró envuelto en un remolino de humo de puro.

—Qué amable eres por unirte a nosotros —dijo Caleb Braithwhite.

—¿En serio? —soltó Lancaster—. ¿Ésa es la actitud con la que quieres empezar? —Esperó a que Noble le sirviera un whisky y a continuación ocupó el otro sillón de delante del fuego—. Así pues —continuó—, ¿me has traído lo que me prometiste?

El detective Noble carraspeó. Cogió el regalo de Braithwhite del bar y se lo llevó a Lancaster. Éste dejó su copa, se metió el puro en la boca y tomó el libro —un solo volumen encuadernado en cuero— con las dos manos. Mientras leía la inscripción en pan de oro de la cubierta —*Enciclopedia completa de la cábala hebrea*, de Mordecai Kirschbaum—, adoptó una expresión afligida. Le devolvió el libro a Noble, se sacó el puro de la boca y contempló el fuego, moviendo el mentón de lado a lado como si estuviera buscando una posición cómoda en que ponerlo.

—Uau —dijo por fin—. Estás firmemente decidido a cabrearme, ¿verdad?

—No te he podido traer los cuadernos de Winthrop —le explicó Braithwhite—. No los tengo.

—No te creo —contestó Lancaster—. Y, aunque te creyera, eso no justificaría una puta fantochada como ésta. Ni *esto* —añadió, metiéndose la mano en la chaqueta. Sacó un disco de hueso del tamaño de una moneda que tenía grabada la imagen de un búho y la tiró a la chimenea.

—Cambio de sentido —observó Braithwhite—. Tú también me has estado espiando.

—Te he estado vigilando porque sé que no eres de fiar.

—¿Y me estás diciendo que yo sí me puedo fiar de ti?

Lancaster echó la cabeza atrás.

—Increíble —dijo—. ¿Me intentas joder y encima es culpa mía? Yo he jugado limpio contigo, gilipollas. Te acogí en mi ciudad. Estuve dispuesto a trabajar contigo.

—Claro que sí —repuso Braithwhite—. Siempre y cuando me mantuviera en mi sitio.

—¿Qué te esperabas? Eres un crío, por el amor de Dios, no tienes ni la mitad de mi edad... ¿Crees que voy a postrarme ante ti sólo porque tienes un poco de talento? ¿Quién coño te crees que eres?

—Un filósofo natural mejor de lo que tú podrás llegar a ser nunca —dijo Caleb Braithwhite.

Lancaster se rio.

—¿Con esas malas maneras le hablabas a tu padre? Es un milagro que no te matara él. Te diré otra cosa: a tu padre no lo conocí, pero a Bill Warwick sí. Era uno de los aprendices de Winthrop, en los viejos tiempos, y estaba presente cuando Winthrop y tu padre se las tuvieron. Me contó historias de lo engreído que era Sam Braithwhite. Así pues, felicidades: puede que odiaras a muerte a tu padre, pero parece que eres igual que él.

Atticus había estado haciendo lo posible para resultar invisible. Pero ahora, viendo la reacción de Braithwhite al comentario de Lancaster, se permitió una sonrisa. Lancaster se puso tenso y se giró para mirarlo como si hubiera soltado una risotada.

—Lo siento —dijo Atticus—. ¿Por qué no espero fuera mientras ustedes dos...?

—No, tú no te mueves de donde estás —le dijo Lancaster. Se volvió hacia Braithwhite—. Ninguno de los dos.

El vigilante de la verja de atrás había salido a orinar en los matorrales que había junto a la caseta. Se estaba subiendo la cremallera cuando una libélula de plata se le posó en la nuca y le hizo desplomarse. Letitia se plantó a su lado con los brazos en alto en pose de boxeador. Luego fue a abrir la verja.

Una furgoneta con la inscripción PASTELERÍAS SHADOWBROOK que había estado esperando en el camino arrancó y se detuvo pasada la verja. De ella se bajaron de un salto Montrose y George. Recogieron al vigilante desmayado y lo metieron en la caseta.

—¿Cuánto rato se supone que va a estar inconsciente? —preguntó George.

—El señor Braithwhite dijo que debería pasarse unas tres o cuatro horas fuera de combate —le dijo Letitia—. Y cuando se despierte, no se acordará de nada de lo que ha visto o dicho esta noche.

Abdulá giró la furgoneta y puso la marcha atrás para acercarse a la zona de carga de detrás de las cocinas del club. Mientras estaba apagando el motor, se abrió de golpe una puerta del costado de la zona de carga y salió un hombre blanco con traje oscuro.

—Oh, mierda —dijo Montrose.

Pero no era la furgoneta la que había hecho salir al hombre blanco; tenía un cigarrillo en los labios y la atención puesta en un encendedor cuya llama estaba resguardando con las manos.

—No os preocupéis —susurró Letitia, blandiendo su vara—. Yo me encargo.

—¡Oh, Dios, ayúdeme, por favor! —dijo Hillary, y mientras el

vigilante abría la puerta fingió que se desmayaba y caía en sus brazos. El vigilante retrocedió unos pasos tambaleantes, recuperó el equilibrio... y se quedó paralizado, sintiendo la presión del cañón de la pistola debajo de la barbilla—. Chist —le dijo Hillary mientras Hippolyta entraba por la puerta abierta y caminaba deprisa hasta el pie de la escalera.

—Bobby —lo llamó una voz desde arriba—. ¿Quién es?

Al cabo de dos minutos, Hillary estaba esposando a ambos guardias a una tubería de la sala de generadores de la planta baja. Luego intentó fingir sorpresa cuando se dio media vuelta y se encontró a Hippolyta apuntándola con la pistola.

—Ahora tú —le dijo Hippolyta, sosteniendo otras esposas.

Sin esperar a que se lo dijeran, Hillary tiró su pistola a un rincón de la sala. Cogió las esposas, y ya había empezado a esposarse a otra tubería cuando uno de los vigilantes soltó una risilla y dijo:

—Eso te pasa por confiar en una negra, cariño.

—¡Calla la boca! —dijo Hippolyta, y luego parpadeó, consciente de que Hillary también lo había dicho, en el mismo tono exacto de voz.

Hillary contestó a la mirada de Hippolyta con un encogimiento de hombros.

—Ve arriba y no te preocupes por mí —dijo, cerrando sus esposas con un ruido metálico—. George y Montrose deben de estar a punto de dar la señal.

Joe *el Pirata*, Abdulá y Mortimer cruzaron las cocinas del club, pasando por encima de los cuerpos inconscientes de los guardias de seguridad. Hicieron una pausa para recolocarse la carga —un objeto plano y alargado envuelto en mantas para trasladar muebles— y pusieron rumbo al salón de baile. De un pasillo lateral salió otro

guardia, pero Letitia estaba justo detrás de él y le dio con la vara antes de que pudiera hacer nada.

El salón de baile estaba desierto. Fueron maniobrando por entre las mesas hasta el espacio abierto de debajo de la lámpara de araña. Mientras Joe *el Pirata* y Abdulá desenvolvían las mantas y Mortimer revisaba un diagrama dibujado en una hoja arrugada de papel milimetrado, Letitia caminó hasta la otra punta de la sala. La vitrina ya no estaba, pero la pintura seguía allí, y cuando Letitia accionó el pestillo escondido que había debajo del marco, el cuadro se abrió para dejar al descubierto una caja fuerte de pared de gran tamaño. Examinó el dial de combinación y se frotó los dedos, como si se estuviera preparando para forzar la caja.

Pero lo que hizo fue regresar con los masones.

—Muy bien —les dijo—. Voy a salir una vez más para asegurarme de que no me ha pasado nadie por alto. ¿Estaréis bien aquí solos unos minutos?

—Sí —contestó Joe *el Pirata*, sonriendo—. No creo que nos pase nada hasta que empiecen los gritos. Ten cuidado.

Lancaster dio un sorbo al whisky, pensativo.

—¿Y ahora qué hacemos, eh? —inquirió—. Supongo que podemos echarte a ti y quedárnoslo a él. —Blandió su puro en dirección a Atticus.

—Puedes intentarlo —dijo Braithwhite.

Lancaster sonrió.

—¿Crees que no podría echarte de la ciudad si quisiera? Pero sería una lástima perderte ahora. Tienes talento, te lo reconozco. Y labia. Podrías ser muy útil el día de San Juan. Ojalá pudiera darte la espalda sin preocuparme de que me fueras a clavar un cuchillo.

—Eso es un problema.

—Sí, pero quizá yo tenga una solución. Dime, ¿qué te pareció esa marca que puse en el chaval?

—Técnicamente es impresionante —admitió Braithwhite—. ¿De verdad fue obra tuya?

—Los principios básicos los aprendí de Bill Warwick —dijo Lancaster—. Pero la ejecución fue toda mía.

—¿Y qué plan tienes? ¿Ahora quieres mandarme a un juguete a que me persiga a mí?

—No, para ti tengo en la mente una marca distinta. Otra cosa en la que Bill estaba trabajando. La encontré en sus archivos después de que él desapareciera. La llamaba «la marca de la bestia».

—¿La del libro del Apocalipsis? —preguntó Braithwhite—. ¿O una marca de ganado?

—Bueno, las dos cosas son un poco lo mismo, ¿no? —indicó Lancaster—. Bill siempre se preocupaba de en quién podíamos confiar. Creo que por eso entró él solo en la cámara del tesoro de Winthrop, por desgracia para él... En cualquier caso, la finalidad de esa marca es ponérsela a gente de cuya lealtad quieres asegurarte. Luego sólo tienes que pensar en ellos para saber exactamente dónde están y qué hacen. Y si andan tramando algo malo, piensas un poco más fuerte y se mueren. Y lo mejor de todo... es que la marca funciona en gente con inmunidad.

—Así que el único que puede matar a tus sirvientes eres tú —dijo Braithwhite. Le echó un vistazo a Noble—. ¿Y sabes hacerla?

—Bill todavía estaba trabajando en la marca cuando desapareció —explicó Lancaster—. Creo que he resuelto los últimos obstáculos. Hay un par de preguntas que yo confiaba que los cuadernos de Winthrop me pudieran ayudar, pero ésa es una actitud conservadora. Estoy dispuesto a hacer una prueba en directo ahora mismo.

La sonrisa de Braithwhite se volvió peligrosa.

—¿Y crees que puedes obligarme a someterme a eso?

—Yo no —contestó Lancaster—. Nosotros.

Noble abrió la puerta del pasillo para dejar entrar a una procesión de hombres blancos con anillos grabados de plata. Atticus reconoció a uno de ellos como un exconcejal del ayuntamiento, mientras que había otros que le sonaban de forma más vaga y cuyas caras debía de haber visto en fotografías de prensa.

En total eran trece hombres. Que ahora formaron dos hileras, como un jurado con un número impar de miembros.

—Así pues —dijo Lancaster, mirando primero a Braithwhite, después a Atticus y por fin de vuelta a Braithwhite—, ¿quién quiere ser el primero?

Montrose y George habían subido al tejado por una trampilla de la cocina. La chimenea que les interesaba estaba en la otra punta del edificio; la ruta que llevaba a ella era una pasarela de medio metro de ancho que discurría justo por debajo de la línea de la cúspide del tejado. Habría sido una excursión excitante incluso en verano, pero ahora la pasarela estaba cubierta de nieve y de hielo resbaladizo.

—Los elfos de Papá Noel —murmuró George nerviosamente, a lo que Montrose replicó:

—No te me pongas Berry.

Montrose echó a andar, George lo siguió y pronto, gracias en gran medida al poder de la rivalidad entre hermanos, estaban avanzando por la línea del tejado con la misma energía que si fueran unos niños. Al cabo de un momento se encontraron justo encima de su destino. Montrose ató una cuerda a la pasarela y se descolgaron por el lateral en pendiente del tejado hasta quedar apoyados en el costado de la chimenea. Luego, George se sacó una linterna del bolsillo y miró en dirección al edificio anexo, donde Hippolyta estaba esperando para cortar la electricidad. Montrose se desató una bolsa que llevaba colgando del cuello y extrajo un botellín lleno de una

poción de color blanco lechoso.

La poción la había preparado Braithwhite, pero el recipiente en sí lo había elegido Montrose.

—¿No hay voluntarios? —dijo Lancaster—. Muy bien, pues empezaremos contigo, Braithwhite.

Dejó su vaso vacío y tiró la colilla al fuego. Noble le trajo un cuchillo del bar y volvió a plantarse junto a la puerta. Los hombres de la logia de Chicago clavaron todos la mirada en Braithwhite; la atmósfera de la sala se enrareció. Atticus se puso tenso también, preparándose para la acción. Caleb Braithwhite era el único que permanecía tranquilo, al menos en apariencia, hasta que de pronto se inclinó hacia delante en su sillón, se metió dos dedos en la boca y soltó un silbido estridente.

Al apagarse el silbido, Lancaster se quedó sentado con la cabeza ladeada y la hoja del cuchillo apoyada en la palma de la mano izquierda.

—¿Eso qué ha sido? —preguntó—. ¿Has llamado a tu poni mágico?

Un botellín de Coca-Cola bajó volando por la chimenea y se hizo añicos. El fuego se apagó de inmediato y del hogar empezó a manar un humo blanco. En el mismo momento se fue la electricidad del club.

Al oír el silbido de Braithwhite, Atticus se había girado hacia la puerta y había memorizado todo lo que había podido ver. Ahora, aunque cegado por el humo y la oscuridad, supo exactamente qué combinación de pasos tenía que dar para salir de la sala.

En su camino sólo había un obstáculo y no tenía inmunidad.

Mientras Hippolyta emergía de la caseta del generador, algo la dejó sin respiración. Durante un breve momento de confusión creyó que había bajado corriendo la escalera demasiado deprisa, pero luego el segundo puñetazo le acertó en el costado de la cabeza y se dio cuenta de que estaba metida en un buen lío.

Cayó de costado sobre la nieve y trató de sacar la pistola que llevaba en el bolsillo, pero el detective Burke le agarró la muñeca, le retorció el brazo y le cogió la pistola primero. Le dio una patada en las rodillas que la hizo rodar hasta quedar boca arriba y se la quedó mirando mientras ella se estremecía y trataba de recuperar el aliento.

—Vaya, vaya, Orithyia Blue —dijo Burke—. ¿Qué estás haciendo tú aquí? —Le dio otro golpe con la puntera de la bota—. ¿Quién más está contigo, eh? ¿George está por aquí? No te habrás traído a Horace, ¿verdad? —Sonrió al ver cómo ella reaccionaba al nombre de su hijo—. No, supongo que no. Seguramente esta noche lo has dejado con alguna canguro. Pero no te preocupes: después de terminar con esto iré a ver cómo está.

El tiempo retrocedió hasta la noche del solsticio en Wisconsin, e Hippolyta volvió a oír aquel paf, paf de cuando los dos hombres de traje oscuro habían chocado entre sí. A Burke se le tiñó de perplejidad la sonrisa y se giró hacia la puerta abierta de la caseta de los generadores, mientras Hillary se le acercaba y le disparaba por tercera vez a quemarropa. Luego, Burke cayó al suelo y Hillary se quedó plantada a su lado, con la piel de gallina aflorándole a los antebrazos pecosos.

—¿Estás bien? —le preguntó a Hippolyta.

Todavía sin aliento, Hippolyta se quedó mirando con fascinación muda las muñecas desnudas de Hillary.

—Sí —dijo Hillary—. Me traje una copia de la llave de las esposas. Me pareció que quizá me haría falta.

Hippolyta se incorporó hasta sentarse y se llevó una mano al costado del mentón. En aquellos momentos, Hillary tenía algo que le resultaba terriblemente familiar.

—¿Quién... quién eres tú?

—Nadie de quien tengas que preocuparte —dijo Hillary—. Pero ¿me puedes hacer un favor? Cuando veas al señor Braithwhite, dile que dimito.

Y se fue corriendo en medias por la nieve hasta el sitio donde había dejado las botas y el abrigo.

Caleb Braithwhite abandonó el salón unos segundos después que Atticus, cerró la puerta tras de sí y le hizo algo para que no se volviera a abrir. Mientras los dos se alejaban a toda prisa por el pasillo, Atticus oyó que el pomo traqueteaba y que unos puños aporreaban la puerta.

Luego se detuvieron los porrazos, y una fuerza tremenda arrancó la puerta de sus goznes. Lancaster salió apartando el humo con la mano. Detrás de él iba Noble, con sangre manándole de la nariz rota. Por fin aparecieron los demás miembros de la logia, desperdigados al principio pero retomando rápidamente la formación cerrada para seguir los pasos de Lancaster.

Avanzaron deprisa por el pasillo, persiguiendo el ruido de los pasos que corrían por la oscuridad. El ruido acababa de perderse a lo lejos cuando se tropezaron con uno de los guardias de seguridad desplomados.

—Silencio —les dijo Lancaster entre dientes.

De un poco más adelante les llegó el ruido de una avalancha de ollas y sartenes chocando contra el suelo. Noble echó a andar hacia

la cocina, pero Lancaster dijo:

—Esperad. —Y, dándose media vuelta, caminó hasta las puertas del salón de baile y las abrió de par en par de un empujón.

En la otra punta de la sala, Atticus estaba aguantando la llama de un encendedor junto a la caja fuerte al descubierto mientras Braithwhite manipulaba el dial. Los dos miraron por encima del hombro cuando Lancaster entró dando zancadas.

—No te has podido resistir, ¿verdad que no?, idiota de los cojones. —Lancaster caminó con paso resuelto, desabotonándose los puños y remangándose—. Pues mira, ya te puedes olvidar por completo del libro. Y olvídate también de ser mi conejillo de Indias. Te voy a cortar la cabeza y a acabar con esto de una puta vez. Y después de San Juan, cuando el cotarro lo maneje yo, voy a hacer un viaje especial a Ardham y a quemar la puta aldea entera.

Braithwhite se dio la vuelta y echó a andar como si tuviera intención de encontrarse con Lancaster y su séquito en mitad del salón. Avanzó más despacio que ellos, sin embargo. Tenía los brazos caídos a los costados e iba meneando los dedos. Puede que simplemente los estuviera flexionando, calentándolos, pero vistos desde un ángulo distinto los movimientos se parecían mucho a los que haría un titiritero.

Cuando Lancaster pasó debajo de la lámpara de araña, el mantel de una de las mesas de más atrás se levantó de golpe y de debajo salió rodando Mortimer Dupree. Se puso a gatear sin que lo vieran los hombres de la logia de Chicago, que estaban concentrados en Braithwhite, y usó un trozo de tiza plateado para trazar una línea corta y precisa en el suelo. Cambiando una letra.

Lancaster, Noble y los hombres de la logia se detuvieron todos en seco. Como pasajeros del tren elevado después de que alguien tire del cordel del freno de emergencia, se mecieron primero hacia delante y después hacia atrás, luchando por mantener el equilibrio. Y mientras lo recuperaban, los pies les quedaron pegados al suelo.

—¡Braithwhite! —bramó Lancaster—. ¿Qué cojones es est...?

Mortimer hizo otro trazo con la tiza. A Lancaster se le siguieron moviendo los labios, pero la lengua le quedó paralizada.

Dos manteles más se levantaron. Joe *el Pirata* y Abdulá se pusieron de pie y encendieron sendos fanales eléctricos, iluminando el amplio círculo de tiza que rodeaba a Lancaster y a sus compañeros, así como el dibujo más grande del que formaba parte. A su derecha, unas líneas paralelas conectaban el círculo mayor a otro más pequeño, trazado alrededor del portal autónomo que los tres masones habían traído de la furgoneta. A su izquierda, una sola línea —recta en los extremos pero zigzagueante en el medio— llevaba hasta otro círculo pequeño, desocupado de momento. Y enfrente de ellos se extendían dos líneas paralelas más, dibujadas tan juntas que casi parecían una sola y que llegaban hasta la misma base de la pared de debajo de la caja fuerte.

—Ahora te podría decir algo ingenioso y ocurrente —le contó Braithwhite a Lancaster—, pero lo mío siempre ha sido más actuar que hablar.

Cogió un trozo de tiza y trazó un contorno alrededor de la puerta de la caja fuerte, conectando con las líneas paralelas del suelo. Luego caminó hasta el círculo vacío, donde Atticus estaba esperando con un cuchillo y un pergamino enrollado. Pero cuando intentó cogerle a Atticus aquellos instrumentos de las manos, Atticus dijo que no con la cabeza.

—Yo me encargo —explicó Atticus, y entró en el círculo. Miró a Lancaster con expresión sombría—. Se lo debo, por Horace.

Braithwhite vaciló, con un centelleo de recelo en la mirada.

—Este ritual tiene sus riesgos —indicó.

—Vaya, ¿y el resto de la velada no? —repuso Atticus—. Hágame este favor.

Braithwhite siguió sin verlo claro. Pero no podía percibir ninguna estrategia allí, y por una vez, y no fue ninguna casualidad, le falló la

intuición.

—Muy bien —dijo—. Pero los demás tenéis que salir, por si acaso.

Joe *el Pirata*, Abdulá y Mortimer salieron al pasillo. Atticus se hizo el corte en las palmas. Braithwhite se puso en cuclillas e hizo dos trazos con la tiza, concediéndole los poderes de leer y articular el idioma de Adán.

Esta vez el conjuro era distinto. Lo que salió del portal no fue luz, sino oscuridad; una oscuridad viviente, como la criatura que rondaba por el bosque del Reino del Sabbat. Y esa oscuridad se tragó a Lancaster y a Noble y al resto de la logia de Chicago, y emitió un fino zarcillo de sombra que abrió la caja fuerte. Por fin se retrajo de vuelta al portal, sin dejar ni siquiera cenizas tras de sí.

—Demasiado fácil —dijo Braithwhite, frotándose las manos como si estuviera listo para recoger su premio—. El día de San Juan, en cambio, va a ser un desafío enorme para nosotros...

Atticus dejó caer el pergamino ensangrentado en el suelo. Levantó el brazo izquierdo y se lo remangó, dejando al descubierto las letras adamitas que llevaba escritas en la piel. La tinta negra que había usado apenas era visible, pero sí lo suficiente como para leerla ahora, y Atticus recitó mentalmente el encantamiento, memorizándolo igual que había memorizado la distribución del salón de Lancaster. Reteniéndolo firmemente en la cabeza, salió del círculo.

Braithwhite sacó *El libro de los nombres* de la caja fuerte y se aseguró de que no estuviera dañado.

—Muy bien pues —dijo—. Juntemos al resto de la familia y... —Al darse la vuelta le sorprendió encontrarse a Atticus justo detrás de él, pero como confiaba plenamente en su inmunidad, no intentó apartarse, ni siquiera cuando Atticus extendió la mano con la palma ensangrentada.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Atticus le contestó en el idioma de Adán. Mientras pronunciaba la

primera sílaba, le puso la mano en el pecho. Un calor tremendo le quemó la tela de la camisa. Braithwhite soltó un grito y dejó caer *El libro de los nombres*; intentó apartarse pero los dos ya estaban fusionados, piel con piel, palma con pecho, sangre con marca. Atticus siguió hablando mientras Braithwhite aullaba y le agarraba el antebrazo.

Atticus terminó el encantamiento. El calor y el dolor remitieron. Cuando Atticus apartó la mano, Braithwhite todavía tenía una marca en el pecho, y todavía era una marca de Caín, pero distinta; un juego de palabras con la antigua marca.

Braithwhite cayó contra la pared, diciendo:

—¿Qué...? ¿Qué has hecho?

Luego, las piernas le fallaron y resbaló impotente hasta el suelo.

Se abrieron las puertas del salón de baile. Entraron Montrose, George y Letitia, seguidos de Hippolyta, Joe *el Pirata*, Abdulá y Mortimer. Entraron todos y se quedaron plantados junto a Atticus, mirando al suelo, donde Braithwhite se sacudía y temblaba como si estuviera teniendo un ataque de epilepsia.

—No podéis —jadeó, luchando por articular las palabras—. No podéis... matarme...

—No te vamos a matar —le informó Atticus—. Te vamos a echar.

Limpiaron antes de marcharse. Mortimer fregó el suelo del salón de baile mientras Joe *el Pirata* y Abdulá recogían el atrezo y el equipamiento. Hippolyta encabezó la delegación que fue a la caseta de los generadores. Letitia tocó a los dos guardias con su vara de sueño y olvido, y Montrose y George, después de una breve discusión, envolvieron el cuerpo del detective Burke en una manta para trasladar muebles y lo metieron en el maletero del Daimler de Braithwhite. Y cargaron a Braithwhite en la plataforma trasera de la

furgoneta.

Cogieron la ruta 41 y pusieron rumbo al sur. Ya era pasada la medianoche cuando cruzaron el río Calumet y llegaron a un letrero doble de la carretera que decía ESTÁ USTED SALIENDO DE CHICAGO y BIENVENIDO A INDIANA.

Allí giraron a la izquierda y se metieron por una explanada vacía que quedaba entre la avenida Indianápolis y las vías del tren de Pensilvania. Pararon la furgoneta en el lado de Illinois de la frontera. Letitia aparcó el Daimler nada más cruzar la frontera y dejó las llaves en el contacto. Atticus y Montrose sacaron a rastras a Caleb Braithwhite y lo tiraron sin miramientos junto a su coche. Nada más salir del término municipal de Chicago, Braithwhite empezó a recuperar fuerzas y al cabo de un momento ya pudo ponerse de pie sin ayuda de nadie.

Hippolyta sacó un mapa de carreteras de la guantera de la furgoneta. Se lo entregó a Atticus, que caminó con él hasta Braithwhite.

—Horace no ha podido venir a despedirse —contó Atticus—, pero le ha hecho un regalo de despedida.

—A partir de ahora —dijo George—, no le conviene a usted acercarse a las zonas marcadas con rojo.

—Tampoco debería ser un gran problema —añadió Hippolyta—. Le queda la mayor parte del país. Siempre y cuando no se desvíe usted y pase por Detroit, Filadelfia o Harlem, no tendrá problema para llegar a casa.

Braithwhite estaba negando con la cabeza.

—No podéis —dijo—. No podéis hacerme esto.

—Podemos y lo hemos hecho —constató Atticus—. El señor Winthrop le manda recuerdos, por cierto. Se quedó muy agradecido de que le devolviéramos los cuadernos.

—¿Winthrop? —preguntó Braithwhite—. ¿Winthrop os ha dicho cómo hacer esto?

—Sí —respondió Atticus—, y usted debería darle gracias también; mi padre tenía un final distinto en la mente para usted, y yo también me decantaba por ahí.

—Ya os enseñaré cómo os doy gracias —prometió Braithwhite—. Tú y tus inquilinos vais a tener que encontrar otro sitio donde vivir. En cuanto encuentre una cabina, voy a mandar una cuadrilla de derribos para que convierta la casa Winthrop en un montón de escombros.

—Uy, me parece que no, señor Braithwhite —dijo Letitia—. La propiedad ya no es de usted.

—Tiene razón —corroboró Atticus—. Esta tarde he pasado por la oficina del señor Archibald y he pagado el contrato de Letitia. En metálico.

—¿Lo habéis pagado? —Braithwhite miró a George—. ¿Con el dinero que os di?

—Con nuestro dinero, señor Braithwhite —indicó George—. *Nuestro* dinero.

Por un momento, Braithwhite se quedó mudo de rabia; la cara se le puso roja y le temblaron las manos con las que estaba cogiendo el mapa de carreteras. Pero recobró la compostura deprisa.

—Muy bien —dijo—. Quedaos la casa. Quedaos el dinero. Pero el libro... —Miró a Atticus—. *El libro de los nombres* dejádmelo a mí.

—Me parece que no —anunció Atticus—. ¿Abdulá?

—No —sentenció Abdulá en tono tajante.

—Os lo pago —imploró Braithwhite—. Ponedle precio vosotros.

—Ni por toda su fortuna —repuso Abdulá—. Su destino son las llamas.

—Ahí lo tiene —dijo Atticus—, pero no lo lamente demasiado, señor Braithwhite. La verdad es que de todas formas el libro no le serviría demasiado. Esa nueva marca que tiene en el pecho no sólo le impide acercarse a las ubicaciones físicas. También está usted fuera de la hermandad.

—¿De qué estás hablando?

—Ya no es usted hechicero. Sigue teniendo inmunidad, aunque más limitada, pero descubrirá usted que han desaparecido sus demás poderes, y si intenta recuperarlos o aprender otros nuevos, sólo conseguirá enfermar gravemente. Es usted alérgico a la filosofía natural.

Al principio, Braithwhite se negó a creerlo, pero luego miró dentro de sí y trató de invocar algunos de aquellos otros poderes, y su expresión pasó de la incredulidad al horror y la desesperación incipientes.

—*No* —exclamó—. No, Atticus... ¡Atticus, venga! No puedes...

—Puedo —afirmó Atticus—. Y lo he hecho.

Dio media vuelta para marcharse. Braithwhite intentó cogerle el brazo, pero Atticus se soltó sin problemas y luego una oleada de debilidad y de náuseas hizo que Braithwhite saliera dando tumbos hacia atrás.

—¡Atticus! —gritó—. ¡Atticus, por favor...! ¡Me necesitas, Atticus!

Rodeado una vez más de su familia y amigos, Atticus miró atrás y enarcó una ceja.

—¿Lo necesito? —repetió—. Creo que le conviene consultar el diccionario, señor Braithwhite.

—¿Te crees que esto ha acabado sólo porque la logia de Lancaster está destruida? —dijo Braithwhite—. ¡Esto no se ha acabado! Hay otras logias por toda América. Ahora saben de tu existencia. Y vendrán a por ti, pero no como yo. No te considerarán familia suya, ni siquiera una persona, y no te dejarán en paz hasta que consigan lo que quieran de ti. Da igual adónde vayas, nunca estarás a salvo. Tú...

Pero tuvo que interrumpirse porque Atticus se había echado a reír de repente. Letitia, George, Hippolyta y los demás se estaban riendo también; incluso Montrose, que hasta ahora había estado de mal humor por el hecho de que Braithwhite se fuera a escapar con

vida. Se estaban riendo a carcajadas.

—¿Qué? —gritó Braithwhite, mirándolos como si estuvieran locos —. ¿Qué es tan gracioso? —Pero durante un rato largo se estuvieron riendo y no pudieron contestar.

—Oh, señor Braithwhite —dijo por fin Atticus, secándose las lágrimas—. ¿Con qué me está intentando usted asustar? ¿Cree que no sé en qué país vivo? Claro que lo sé. Lo sabemos todos. Lo hemos sabido siempre. Es *usted* el que no lo entiende.

Sin dejar de reír, se metieron en la furgoneta y se alejaron. Caleb Braithwhite se quedó plantado en medio del frío mucho rato después de que sus faros traseros desaparecieran a lo lejos. Al cabo de media hora, cuando paró a su lado un policía de carreteras de Indiana, seguía allí de pie, boquiabierto y a oscuras con el plano de carreteras en la mano cerrada, como un viajero perdido intentando averiguar exactamente dónde y cómo se había equivocado de camino.

Epílogo

¡1955! Se acerca un nuevo año y, como siempre, dedicamos un momento a dar gracias por los adelantos de los últimos doce meses: el justo dictamen del Tribunal Supremo en el caso Brown contra el Departamento de Enseñanza; la noticia de que se ha completado la desegregación de nuestras fuerzas armadas, y otras victorias, menos publicitadas pero igual de vitales. Seguimos esperando el momento, ya no muy lejano, en que todos los viajeros sean tratados de la misma forma. Y hasta que llegue ese día glorioso nos proponemos avanzar con brío, preparados para cualquier desafío que nos plantee la carretera.

Guía de viajes seguros para negros,
edición de primavera de 1955

—Claro que se lo puedo preguntar —dijo Letitia—. Pero no puedo prometer que lo vaya a hacer.

—Estoy dispuesta a intercambiar favores con él, dentro de lo razonable —repuso Hippolyta.

Era una mañana de principios de marzo y estaban las dos sentadas a la mesa de la cocina de Hippolyta. Sobre la mesa había una hoja de papel en la que Hippolyta había dibujado una tabla de

ocho casillas por ocho. Unas cuantas casillas estaban rellenadas con números —vacilantes y a lápiz—, pero la mayoría seguían en blanco.

Letitia tocó el papel con un dedo.

—¿Estás segura de esto? Esa mujer te intentó matar.

—Estaba intentando proteger a su hija.

—¿Y tú crees que te va a dar las gracias por contarle lo que le pasó a Pearl?

—No, seguramente no —admitió Hippolyta—. Pero tampoco me parece bien dejarla allí sin más.

—Puede que no —dijo Letitia. Echó un vistazo al resto de los documentos que había sobre la mesa: folletos informativos y solicitudes de ingreso de la Universidad de Chicago y de dos universidades más, más lejanas, que también ofrecían cursos de astronomía—. Pero dime una cosa. ¿Hasta qué punto todo esto no son más que tus ganas de probar otra vez esa máquina?

Hippolyta sonrió.

—Si pudiera tener ese portal aquí en casa, sin guardias vigilándolo... —Hizo una pausa y rememoró un crudo amanecer rojo extraterrestre. Y a Escila—. En fin, aun así necesitaría tener cuidado, pero en ese caso, ya lo creo, me encantaría explorar. Ahora mismo no me imagino haciéndolo de forma regular, sin embargo. Sería sólo una vez más.

Letitia se mostró escéptica; había oído aquellas mismas palabras de labios de otra gente. Pero dijo:

—Muy bien, hablaré con el señor Winthrop, a ver si me da la combinación.

—Gracias —dijo Hippolyta—. Te agradecería que no se lo mencionaras a George.

—Sí, ya me imaginaba. No te preocupes.

Hippolyta se levantó para servirse más café.

—¿Y cómo le va a Ruby?

—Si la ves, quizá me lo puedas decir tú —dijo Letitia.

—¿No ha venido por aquí?

—Vino el domingo pasado a la iglesia, pero salió corriendo al terminar el servicio antes de que yo pudiera hablar con ella. Creo que está enfadada conmigo.

—¿Por qué?

Letitia se encogió de hombros.

—Supongo que siente lástima de sí misma. Deshacernos del señor Braithwhite le ha costado otro trabajo, de forma que es como si la hubiéramos castigado por hacer lo que había que hacer.

—Ella se ha llevado un castigo y tú te has llevado la casa Winthrop.

—Le he dicho que la compartiría con ella —dijo Letitia—, pero Ruby no quiere. No sabe lo que quiere, ése es el verdadero problema... Pero no es culpa mía. Simplemente a veces la vida no es justa, ¿sabes? No es justa, pero ¿qué se le va a hacer?

A mediodía se quedó esperando en el vestíbulo del edificio, con el pelo rojo recién cortado en una variante del peinado de Amelia Earhart. Esta vez llevaba medias, vestido nuevo y unos zapatos comprados especialmente para la ocasión. En el bolso tenía documentos de identidad nuevos que le había conseguido, por un precio considerable, un antiguo socio profesional de su padre.

—¿Señorita Lightbridge? —dijo, cuando la mujer salió del ascensor—. Disculpe, señorita Lightbridge.

Joanna Lightbridge miró con recelo a aquella desconocida que le estaba sonriendo como si fuera una vieja amiga.

—Perdone, ¿nos conocemos? Señorita...

—Hyde. Hillary Hyde. Y no, no me conoce usted. Lamento tenderle una emboscada. Intenté concertar una cita, pero su recepcionista me dijo que tendría que entrevistarme una de sus

asistentas, y, aunque estoy segura de que lo hacen muy bien, es con usted con quien quiero hablar. —Abrió su bolso y sacó un recorte de periódico doblado—. Leí la entrevista que le hicieron el mes pasado en el *Tribune*. Muy inspiradora.

—Le aseguro que *yo* no la llamaría así —dijo la señorita Lightbridge, y su expresión se agrió—. Ni siquiera estoy segura de considerarla una entrevista.

—El periodista fue muy maleducado con usted. Todo eso de preguntarle por qué no estaba casada me pareció muy inapropiado. Pero usted contestó bien, y me di cuenta de que había más cosas que usted estaba intentando decir, y quizá cosas que usted dijo que él no transcribió. —Entró un cartero en el vestíbulo, procedente de la calle, empujando una carretilla cargada de paquetes; las dos mujeres se apartaron para dejarlo pasar y terminaron más juntas de lo que estaban antes—. Señorita Lightbridge, perdí a mi madre hace poco más de un año —continuó— y desde entonces he vivido otros cambios; no la aburriré con los detalles, pero esos cambios me han hecho darme cuenta de que no estoy satisfecha con el trabajo que he estado haciendo. No estoy casada y tampoco quiero montar una familia en el futuro próximo. Sé mucho de lo que no quiero, pero no mucho de lo que sí quiero. Y al leer su entrevista me dio la impresión de que usted también estaba pasando por algo parecido. Ya sé que está usted muy ocupada, pero confiaba en que pudiera cederme un poco de su tiempo, quizá indicarme la dirección correcta, darme una idea de cómo empezar a buscar lo que estoy buscando...

Ahora Joanna Lightbridge estaba sonriendo.

—Señorita Hyde, ¿verdad? —dijo.

—Hillary, por favor.

—Hillary, ¿has comido?

—Pues no. Pero estaría encantada de invitarla a comer.

—No hace falta, Hillary. Invito yo.

Al principio a George se le había ocurrido algo voluminoso y obvio, una de esas cajas fuertes que hace falta una cuadrilla para mover, pero Montrose le señaló que ni siquiera el acero de unos dos centímetros de grosor iba a impedir a un ladrón apuntarte con una pistola a la cabeza —o a la cabeza de tus familiares— y exigirte la combinación. De forma que George había dejado que Montrose llevara uno de sus archivadores a un taller mecánico para que se lo trucaran. Los dos cajones superiores seguían funcionando con normalidad (contenían los informes de campo de Virginia Occidental, Wisconsin y Wyoming), pero los dos de abajo eran falsos: un simple panel con bisagras que se abría para revelar una caja fuerte de más de medio metro de altura remachada al suelo.

—¿Eso son trescientos mil dólares de verdad? —dijo Horace, contemplando los fajos de billetes de la caja fuerte.

—Ahora son menos —le contestó George—, pero siguen bastando para pagarte la universidad, y la de los hijos de Ophelia.

—Y la tuya —añadió Montrose, dirigiéndole a Atticus una mirada cargada de intención.

—Y la de mamá —intervino Horace.

—Sí, la de ella también —dijo George—. Y ya veremos qué queda después, pero si todavía quieres publicar tebeos cuando termines los estudios, quizá te podamos conceder un préstamo.

—¿En serio?

—Ya hablaremos cuando tengas el diploma —dijo George—. Pero hasta entonces, Horace, no le puedes hablar de esto a nadie, ¿entendido?

—Entendido —respondió Horace.

George cerró la caja fuerte y el panel falso, y los cuatro regresaron a la oficina de la agencia. Contra la pared estaban

amontonadas las cajas de cartón en las que había llegado la edición de primavera de 1955 de la *Guía de viajes seguros para negros*. George hojeó un ejemplar suelto, inhalando la tinta fresca y preguntándose, como siempre, cuánto tiempo faltaba para que pudiera dejar de publicarla y ponerle a la empresa un nombre tan sencillo como Agencia de Viajes Berry.

Unos años más, seguramente.

—Antes de irte —dijo, girándose hacia Atticus—, tengo unas cuantas recomendaciones que me gustaría que comprobaras.

—¿Dónde?

—En Memphis. Y también una casa turística al otro lado del río, en Arkansas.

—Muy bien —dijo Atticus—. Puedo bajar con el coche este fin de semana.

—¿Puedo venir? —preguntó Horace.

—Me temo que no —respondió George—. Tienes deberes este fin de semana, ¿no?

—Los puedo hacer en el coche.

—Además, son estados segregados.

—Ya lo sé —aseguró Horace.

—La segregación no es ninguna atracción de feria —le dijo Montrose, reconociendo el tono del niño.

—Ya lo sé —respondió Horace—. Pero en algún momento tengo que verla. —Miró a su padre—. El mes que viene cumplo trece años.

George y Montrose intercambiaron una mirada. Luego habló Atticus.

—Yo estoy dispuesto a llevármelo si me dejáis. Y tú también puedes venir, papá.

—¿Yo? —se sorprendió Montrose.

—Sí, tú —contestó Atticus—. Puedes asegurarte de que Horace extraiga las lecciones correctas de lo que ve. Como hiciste conmigo. Y a mí me gustaría que me acompañaras.

Montrose frunció el ceño. Pero no dijo que no.

—Yo me encontraría más cómodo si fueras —sugirió George—. Yo también vendría si no estuviera ocupado.

—Venga, papá —insistió Atticus.

—Bueno, de acuerdo —dijo Montrose—. Pero conduzco yo.

Agradecimientos

Esta novela tuvo una gestación más larga que la mayoría. Las primeras semillas de la inspiración se plantaron hace casi treinta años, en una serie de conversaciones con Joseph Scantlebury y con el profesor James Turner de la Universidad de Cornell. Hace también mucho tiempo, aunque no tanto, me encontré por casualidad el ensayo de Pam Noles titulado *Shame*, que trataba de las dificultades peculiares de ser un fan negro de la ciencia ficción. Y el libro de James W. Loewen, *Sundown Towns*, me introdujo al *Negro Motorist Green Book* («Libro verde del automovilista negro»), momento en el cual la historia empezó a cobrar forma.

Estoy como siempre en deuda con mi mujer, Lisa Gold, y con mi agente, Melanie Jackson. También debo dar gracias a Jonathan Burnham, Maya Ziv, Lydia Weaver, Tim Duggan, Barry Harbaugh, Jennifer Brehl, Karen Glass, Caitlin Foito, Amy Stolls y a la Donación Nacional para las Artes, a Alix Wilber y Richard Hugo House, Neal Stephenson, Karen Laur, Greg Bear y Peter Yoachim.

Territorio Lovecraft
Matt Ruff

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Lovecraft Country*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Getty Images

© Matt Ruff, 2016

© de la traducción, Javier Calvo Perales, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-233-5530-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com